

# REVISTA DE HISTORIA MILITAR



NUESTRA PORTADA:

*Reinado de Isabel II*  
*Estado Mayor General del Ejército*  
*y de la Armada*

(Reproducción autorizada por la Real Academia de la Historia de la lámina 167 del álbum «El Ejército y la Armada», de M. Giménez y González, obra que ha sido editada por el Servicio de Publicaciones del E.M.E.)

INSTITUTO DE HISTORIA  
Y CULTURA MILITAR



Revista  
de  
Historia  
Militar

Año XLV

2001

Núm. 91

Los artículos y documentos de esta Revista no pueden ser traducidos ni reproducidos sin la autorización previa y escrita del Instituto de Historia y Cultura Militar.

La Revista declina en los autores la total responsabilidad de sus opiniones.

Edita:



NIPO: 076-01-021-3

ISSN: 0482-5748

Depósito Legal: M-7667-1958

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Tirada: 750 ejemplares

Fecha de edición: diciembre 2001

## NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ORIGINALES

La Revista de Historia Militar es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar. Su periodicidad es semestral y su volumen generalmente de 288 páginas.

Pueden colaborar en ella los escritores militares y civiles, españoles y extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas. En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas, usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy, el estudioso de la historia y jóvenes investigadores.

Los trabajos han de ser inéditos y deberán precisar las fuentes documentales y bibliográficas utilizadas.

El texto debe presentarse mecanografiado a doble espacio, sin correcciones. Los originales se enviarán por duplicado. El texto irá acompañado por su correspondiente disquete de 3,5 pulgadas, sistema PC compatible. Los artículos deberán tener una extensión mínima de veinte folios y un máximo de cuarenta, incluidas notas, bibliografía, etc.

Las notas deben redactarse a pie de página, ajustándose al siguiente es-que- ma:

- a) *Libros*: Apellidos en versales (en mecanografía, mayúsculas sin subrayar) seguidos de coma, y nombres en minúsculas seguido de dos puntos. Título completo del libro en cursiva (en mecanografía, subrayado) seguido de punto. Editorial, lugar y año de edición, tomo o volumen y página de donde procede la cita (indicada con la abreviatura p. o pp. si son varias).

Ejemplo: PALENCIA, Alonso de: *Crónica de Enrique IV*. Ed. BAE, Madrid, 1975, vol. I, pp. 67-69.

- b) *Artículos en publicaciones*: Nombre y apellidos del autor citado anteriormente. Título del artículo entrecomillado, seguido de la preposición en. Nombre de la publicación en cursiva, número de volumen o tomo, año y página de la que procede la cita.

Ejemplo: BERNÁLDEZ, A.: «Historia de los Reyes Católicos», en *Crónicas de los Reyes de Castilla, III*, 1953, p. 584.

c) Una vez citado un libro o artículo, puede emplearse en posteriores citas la forma abreviada que incluye solamente el apellidos del autor, año de publicación, número de volumen (si procede) y página de donde procede la cita.

Ejemplo: PALENCIA, 1975, I, p. 66.

d) Cuando la nota siguiente hace referencia al mismo autor y libro puede emplearse *ibídem*, seguido de tomo o volumen y página (si procede).

Ejemplo: *Ibídem*, p. 65.

e) Las fuentes documentales se pueden citar de la siguiente manera: archivo, organismo o institución donde se encuentra el documento; sección, legajo o manuscrito, título del documento entrecomillado y fecha.

Ejemplo: AHN, Estado, leg. 4381. «Carta del Conde de Aranda a Grimaldi» de fecha 12 de diciembre de 1774.

La bibliografía citada al final del trabajo, tanto de libros como de artículos, debe presentarse en página aparte, por orden alfabético de autores y en la misma forma que las notas, aunque sin citar página.

Para su publicación los artículos deberán ser seleccionados por el Consejo de Redacción.

Los originales se enviarán a: Instituto de Historia y Cultura Militar. Revista de Historia Militar, C/ Mártires de Alcalá, 9, 28015 - Madrid.

# Sumario

Páginas

## ARTÍCULOS

<i>Estampas de la guerra en la España visigoda</i> , por José <b>ORLANDIS ROVIRA</b> , Catedrático de Universidad .....	11
<i>La batalla de Calatañazor: mito y realidad</i> , por Juan <b>CASTELLANOS GÓMEZ</b> , Teniente General .....	25
<i>¿Existió un poder naval hispánico? La reciente historiografía sobre la marina en tiempos de los Habsburgo (1516-1659)</i> , por Roger <b>MESSEGUÉ I GIL</b> , Historiador .....	43
<i>El Norte de Nueva España en tiempos de Carlos III</i> , por Gabriel <b>RODRÍGUEZ PÉREZ</b> , Coronel de Infantería, DEM .....	69
<i>La guerra de fortalezas en el periodo napoleónico (1796-1815)</i> , por José Vicente <b>HERRERO PÉREZ</b> , Master of Arts y Doctor en Estudios sobre la Guerra .....	129
<i>La renovación de la Historia de las Batallas</i> , por Antonio <b>ESPINO LÓPEZ</b> , Universidad Autónoma de Barcelona .....	159
<i>Espartero: Una figura de leyenda</i> , por Rafael <b>VIDAL DELGADO</b> , Coronel de Artillería, DEM .....	175

## DOCUMENTOS

Manuscrito de las Memorias del Coronel Palomino .....	233
---	-----

## ACTIVIDADES

VII Jornadas de Historia Militar del CESEDEN .....	269
Ciclo de conferencias .....	269

	<u>Páginas</u>
Jornadas organizadas por el CIDOC .....	269
Jornadas de Historia Militar y Cultura de Defensa .....	271
Jornadas de directores de Centros Regionales .....	272
Exposiciones y colaboraciones .....	272
Cursos .....	272
Próximos cursos .....	273
Restauración .....	273
Junta económica en Ávila .....	273
Visitas .....	274
Donaciones y depósitos .....	275

#### OBRAS EDITADAS POR EL IHCM

Revista de Historia Militar .....	279
África .....	279
Historia del Ejército Español .....	279
Ultramar .....	280
Historiales de los Cuerpos y del Ejército en general .....	281
Tratado de Heráldica Militar .....	282
Galería Militar Contemporánea .....	283
Otras obras .....	283
Carpetas de láminas .....	284
Boletín de suscripción .....	285



## ARTÍCULOS

# ESTAMPAS DE LA GUERRA EN LA ESPAÑA VISIGODA

José ORLANDIS ROVIRA  
Catedrático de Universidad

## *Entre Vouillé y Guadalete*

DOS batallas —dos derrotas militares— encuadran cronológicamente la historia del reino visigodo de España. En el año 507 la batalla de Vouillé, en la que el rey visigodo Alarico II fue vencido y muerto por el franco Clodoveo, decidió el nacimiento del reino visigodo español. Tras noventa años de existencia, el reino tolosano se derrumbó y los visigodos hubieron de cruzar los Pirineos y buscar un nuevo asentamiento en la Península Ibérica. Las Galias iban, por fin, a transformarse en Francia, el país de los francos, con la excepción de la Galia Narbonense, que sería dominio visigodo hasta comienzos del siglo VIII. Así, por extraña paradoja, el revés militar sufrido por los godos en las cercanías de Poitiers y la eficaz intervención de Teodorico el Ostrogodo a favor de su nieto Amalarico, hijo del difunto Alarico II, determinaron la aparición de un reino hispánico, que con toda razón podrá ser considerado reino y *patria* de los godos<sup>1</sup>. Vouillé podría ser considerada como la *felix culpa* que dio vida a la España visigoda.

---

<sup>1</sup> TEILLET, S.: *Des Goths a la nation gothique. Les origines de l'idée de nation en Occident du V au VII siècle*, París 1984. Ofrece una extensa y documentadísima visión de la progresiva configuración de la conciencia y de la realidad nacional de los godos desde su primer contacto con el Imperio romano hasta la desaparición del reino visigodo español. La historia gótica, con particular atención al proceso de enogénesis, hasta la extinción del reino visigodo de Toulouse y del reino ostrogodo de Italia han sido objeto de un excelente estudio moderno: WOLFRAM, H.: *Geschichte de Goten*, München, 1979.

Esa España dura dos siglos y su desaparición se consumó en otra acción militar, Guadalete, en el mes de julio del año 711. Pocos acontecimientos registra la historia de tan desastrosa consecuencias como esta derrota, que provocó la súbita desaparición de una realidad política de la entidad del reino de los godos. Y, sin embargo, es obligado afirmar que los visigodos había jugado —y siguieron jugando— un papel decisivo en la configuración de España como una de las grandes naciones europeas. San Isidoro lo advirtió lúcidamente al ensalzar la política del «gloriosísimo Suínthila», que obtuvo un triunfo superior al de todos los demás reyes, pues al acabar con los últimos reductos bizantinos, «fue el primero que obtuvo el poder monárquico sobre toda la España peninsular»<sup>2</sup>. La obra de los visigodos no desapareció por eso con la «pérdida de España». Su legado, España, había nacido ya como entidad histórica<sup>3</sup>, y por esa razón la secular empresa de la Reconquista no sería más que la inmensa epopeya por rehacer España, aquella España que había sido, que se había «perdido» pero no había muerto, y que tenía que volver a ser.

La guerra, que estuvo tan presente en el orto y el ocaso de la España visigoda, reapareció a menudo en el curso de su historia. Hubo «grandes guerras», pero también, de manera casi continua, «guerras menores», dirigidas sobre todo a conseguir y fortalecer el efectivo poder de la monarquía sobre la totalidad de la Península Ibérica. Las grandes guerras contra un enemigo exterior fueron sobre todo guerras franco-góticas, destinadas a repeler agresiones francas; y la verdad, es que esos enfrentamientos, a diferencia de lo ocurrido en Vouillé, se saldaron de ordinario con victorias visigodas. Vale la pena recordar los episodios bélicos más significativos.

### *Las grandes guerras*

El primero de esos episodios tuvo por escenario el valle del Ebro y lo llamé en alguna ocasión «el primer sitio de Zaragoza»<sup>4</sup>. La invasión franca

<sup>2</sup> RODRÍGUEZ ALONSO, E.: *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla. Estudio, edición crítica y traducción* (León 1975) *la Historia Gothorum*, 62.

<sup>3</sup> La idea de que España es el gran legado visigótico a la historia del mundo occidental fue formulada por R. de Abadal en «Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo» V, *Caratteri del secolo VII in Occidente*, pp. 541-585: *Apropos du legs wisigothique en Espagne*. La perduración de este legado a través de la Edad Media ha sido estudiada por J. A. Maravall en su importante obra, *El concepto de España en la Edad Media* (Madrid, 1954).

<sup>4</sup> ORLANDIS, J.: «Zaragoza visigótica» en su libro *Hispania y Zaragoza en la Antigüedad Tardía* (Pamplona, 1984), pp.19-21.

se produjo en el año 541 y de ella nos da breve pero exacta noticia una excelente fuente histórica contemporánea: la *Crónica Cesaraugustana: En este año* —dice— *los reyes francos, en número de cinco, entraron en Hispania por Pamplona, vinieron a Zaragoza y la sitiaron por espacio de cuarenta y nueve días, produciendo una despoblación que afectó a casi toda la provincia Tarraconense*<sup>5</sup>. Las fuentes francas son, afortunadamente, mucho más expresivas y ofrecen relatos pormenorizados de la invasión. Se trató, sin duda, de una expedición militar importante, encabezada por los hermanos reyes Clotario y Childeberto, acompañado éste por tres hijos suyos. Zaragoza resistió, y cuando la situación se hizo insostenible, los zaragozanos pusieron su esperanza en la ayuda divina: hicieron un ayuno riguroso y una procesión penitencial desfiló sobre los muros de la ciudad llevando la túnica de san Vicente Mártir. Los francos creyeron que los asediados estaban lanzando un maleficio; pero, informados por un prisionero, llamaron al obispo de la ciudad, Juan, y le ofrecieron levantar el sitio a condición de que les entregara, —y así lo hizo— la estola del santo mártir<sup>6</sup>.

Levantado el cerco, ¿cuál fue el definitivo éxito militar de la expedición? Los historiadores francos dicen que los invasores pudieron regresar a las Galias llevando consigo un gran botín que habrían tomado, no en Zaragoza pero sí en el resto de la provincia Tarraconense. Pero esta versión del éxito relativo de la expedición es contradicha por san Isidoro que afirma que los francos fueron expulsados de España *non prece sed armis* —no como fruto de súplicas sino por las armas—. Según uno de los dos relatos de la *Historia Gothorum*, los francos fueron perseguidos por un ejército visigodo enviado por el rey Theudis, al mando del duque Theudiselo, su futuro sucesor en el trono. Éste habría cortado la retirada a los francos, que hubieron de comprar a muy alto precio una breve tregua para cruzar los Pirineos<sup>7</sup>.

Pero la principal guerra franco-gótica de todos los tiempos fue la provocada por el ataque franco-burgundio contra la Galia Narbonense en el año 589. Era el año de la solemne conversión de los visigodos al Catolicismo en el III Concilio de Toledo. La finalidad del ataque, inspirado por el visceral

<sup>5</sup> *Monumenta Germaniae Historica*, AA., XI. *Chron. min. saec. IV, V, VI, VII*, vol. II, ed Th. Mommsen (Berlín 1961). *Chron. Caesaraug. reliquiae ad an. 541*.

<sup>6</sup> *MGH. Script. rer. merov.*, I. *Gregorii episcopi Turonensis Libri Historiarum X*, ed. B. Krusch et W. Levison (Hannoverae 1951), lib. III, cap. 29. Cfr. Aimoinus. *De gestis Francorum*, en BOUQUET, M.: *Récueil des historiens des Gaules et de la France*, III (París 1889), p. 57. Vid en este mismo volumen, p. 436, la visión que da los hechos la *Vita Sancti Droctovei*.

<sup>7</sup> *Historia Gothorum*, 54.

antigoticismo de Gontran de Borgoña —el monarca *senior* de la estirpe merovingia— no era otro que la expulsión de los visigodos de la Galia Narbonense, la única provincia transpirenaica que conservaron con posterioridad al final del reino de Tolosa. Se trató de una operación militar de gran envergadura y, aunque quizá sea exagerada la cifra de guerreros —sesenta mil— con que, según las fuentes hispanas contaba el ejército franco-burgundio, éste debía ser muy superior a sus rivales visigodos. La batalla de Carasona constituyó por ello una deslumbrante victoria debida a la pericia militar del duque Claudio de la Lusitania, el mejor general de Recaredo, que no era godo de raza, sino hispano-romano y católico: un buen indicio del grado de integración alcanzado por los dos elementos populares —romano y godo— de la ya denominada unitariamente *gens gothorum*<sup>8</sup>.

La noticia transmitida por san Isidoro no puede ser más entusiasta: Recaredo obtuvo *un glorioso triunfo sobre casi sesenta mil soldados francos que invadían la Galia, enviando contra ellos al duque Claudio. Nunca se dio en España una victoria de los godos ni mayor ni semejante; pues quedaron tendidos en tierra o fueron cogidos prisioneros muchos miles de enemigos, y la parte del ejército que quedó, habiendo logrado huir inesperadamente, perseguida por los godos hasta los límites de su reino fue destrozada*<sup>9</sup>. Juan de Biclario veía en su *Crónica*, contemporánea de estos hechos, un signo del auxilio de la gracia divina al católico Recaredo y a su pueblo, converso del arrianismo, y comparaba la gesta del duque Claudio con la de Gedeón, que venció con trescientos hombres a una ingente multitud de madianitas<sup>10</sup>. La magnitud de la victoria visigoda en la batalla de Carasona viene corroborada por el testimonio de las propias fuentes francas. Gregorio de Tours, que arroja la parte principal de la culpa sobre el duque Boso, comandante del ejército franco-burgundio, da unas cifras alarmantes: los francos habrían tenido cinco mil muertos y otros dos mil cayeros prisioneros<sup>11</sup>.

### *Las «guerras menores»*

Las «guerras menores» —como ya se ha dicho— se combatieron en tierras de Hispania o de la Galia Narbonense, y tuvieron como fin la sumi-

<sup>8</sup> Una biografía del duque Claudio puede verse en ORLANDIS, J.: *Semblanzas visigodas*, (Madrid, 1992) pp.79-90.

<sup>9</sup> *Historia Gothorum*, 54.

<sup>10</sup> *Juan de Biclario, obispo de Gerona. Su vida y su obra*, ed. J. Campos (Madrid 1960). *Chron. ad a. 589, III, Rec.2.*

<sup>11</sup> *Hist. Francorum*, IX, 31.

sión al efectivo dominio de la Monarquía de todo el territorio peninsular, incluido el reino suevo de Galicia, destinado a desaparecer anexionado por su poderoso vecino visigodo; trataron también de superar rebeliones regionales o intenciones secesionistas que pudieran sobrevenir en cualquier momento. Estas acciones militares alcanzaron su mayor intensidad durante el reinado de Leovigildo, el gran monarca unificador de España. La *Crónica* de Juan de Biclario ha transmitido una noticia fiel y puntual de aquellas acciones que se sucedieron con sorprendente regularidad, año tras año, a lo largo de tres lustros. Una sucinta relación de estas campañas puede contribuir a dar idea de este interesante capítulo de la historia militar hispano-goda.

Apenas asumido por Leovigildo el gobierno de Hispania dieron comienzo las campañas militares. En el año 570 los visigodos combatieron a los bizantinos en la Bastetania y en la región de Málaga<sup>12</sup>; en 571 ocuparon la importante plaza fuerte bizantina de Sidonia<sup>13</sup>; en 572 se apoderaron de la rebelde ciudad de Córdoba, núcleo de la resistencia antigua de la Bética, y redujeron a su autoridad otras localidades y aldeas de la comarca<sup>14</sup>. A partir del año 573, las expediciones se dirigieron hacia otras tierras distintas del mediodía peninsular: ese año, el objetivo fue la región de la Sabaria poblada por los *sappos*, tal vez el grupo de astures cismontanos<sup>15</sup>. En el año 574 le tocó el turno a Cantabria, una región situada en tierras hoy de Santander y Burgos, que se había mantenido independiente de la autoridad visigoda<sup>16</sup>. En 575 el ejército de Leovigildo hizo una incursión a una región limítrofe con el reino suevo, los montes *Aregenses*, cuyo príncipe, Aspidio, fue capturado con su mujer y sus hijos<sup>17</sup>. En 576 los visigodos «perturbaron» las fronteras con la Galicia sueva y, su rey, Miro, envió embajadores en demanda de una paz que no pasó de ser una precaria tregua<sup>18</sup>.

En el año 577, el esfuerzo militar visigodo se dirigió otra vez hacia el mediodía peninsular y, en concreto, contra la Oróspeda, una abrupta región

<sup>12</sup> *Chron. Bicl. an. II, Leov., 2.*

<sup>13</sup> *Chron. Bicl. an. III, Leov., 3.* Cfr. VALLEJO GIRVÉS, M.: *Bizancio y la España Tardoantigua (ss. V-VIII): un capítulo de historia mediterránea* (Alcalá de Henares 1993), que ha estudiado minuciosamente las campañas leovigildianas contra los bizantinos: vid. pp. 143-160.

<sup>14</sup> *Chron. Bicl. an. IV, Leov., 2.*

<sup>15</sup> *Ibid. an. V, Leov., 5.*

<sup>16</sup> *Chron. Bicl. an. VI, Leovigildo 2* vid; *Sancti Braulionis Caesaraugustani Episcopi, Vita S. Emiliani*, ed. crítica por L. Vázquez de Parga (Madrid 1943), 33.

<sup>17</sup> *Chron. Bicl. an. VII, Leovigildo, 2*

<sup>18</sup> *Ibid. an. VIII, Leov., 3.*

en torno a la sierra de Cazorla; los indígenas se rebelaron y fueron reducidos por la fuerza<sup>19</sup>. La ocupación de la Oróspeda aparecía a los ojos del Biclarense como la culminación del ingente esfuerzo desplegado por Leovigildo desde el año 570. El cronista escribe que en el año 578, aplastados por doquier los rebeldes y vencidos los invasores, el monarca y su pueblo pudieron gozar de un merecido descanso. Fue un reposo temporal, pues el levantamiento en la Bética del católico príncipe Hermenegildo y la consiguiente guerra civil entre padre e hijo polarizaron la vida del reino durante los cinco años siguientes<sup>20</sup>. La guerra civil, que tuvo por principal teatro la Bética, no fue óbice para que los visigodos ocuparan en 584 una parte de Vasconia y fundasen la ciudad de *Victoriacum* en un paraje cercano a la Vitoria actual<sup>21</sup>. En 585, Leovigildo, que moriría al año siguiente, completó su gran designio político con la anexión de la Galicia sueva. La *Crónica del Biclarense* proclamó con acento triunfal: *Leovigildo ... sometió a su potestad la nación de los suevos, su tesoro y su patria, e hizo de ella una provincia de los godos*<sup>22</sup>.

Desaparecido el reino suevo, sometido de hecho a la autoridad de la monarquía visigoda el conjunto de sus dominios peninsulares, no por ello desaparecieron de la historia castrense visigoda las «guerras menores». La presencia bizantina en el Levante peninsular provocó una serie de campañas militares que se prolongó hasta la desaparición, en torno al año 620, de los últimos residuos de la provincia imperial en Hispania<sup>23</sup>. Pero algún episodio extraordinario, como la rebelión del duque Paulo en la Narbonense y, sobre todo, la subsistencia de un *limes* vascón en el norte peninsular, explica que las campañas militares, las *publicae expeditiones*, constituyeran un fenómeno crónico que se prolongó hasta el final de la España visigoda.

<sup>19</sup> *Ibid. an. IX. Leovigildo, 2.*

<sup>20</sup> *Chron. Bicl. an. XI, 3; XIV, 3; XV, 1; XVI, 3; XVII, 3 Leov. ...* L. Vázquez de Parga hizo una revisión de conjunto del problema de san Hermenegildo en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia: *San Hermenegildo ante las fuentes históricas* (Madrid 1973); ORLANDIS, J.: «Algunas observaciones en torno a la «tiranía» de San Hermenegildo», en *Estudios Visigóticos III* (Roma-Madrid 1962), pp. 3-12.

<sup>21</sup> *Chron. Bicl. an. XIII Leov. 3.*

<sup>22</sup> *Chron. Bicl. an. XVII Leov. 2.*

<sup>23</sup> VALLEJO GIRVÉS, M.: *Bizancio y la España Tardoantigua*, pp.303-310; *Historia Gothorum*, 62; *Chronica Muzarabica* 13, en Gil, I.: *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*, I (Madrid, 1973), p. 20

*Retórica y propaganda*

San Isidoro, al referirse a estas «guerras menores» contra bizantinos y vascones hace una observación interesante: *en tales operaciones —dice— parece que se trataba más que de hacer una guerra, de ejercitar a su gente como en el juego de la palestra*<sup>24</sup>. Esas campañas periódicas aparecen como unas maniobras de adiestramiento para mantener en buena forma a la juventud, cuyo espíritu se enardecía con el recuerdo y la práctica de las virtudes militares del pueblo de los godos. Un pueblo que, como culminación de su gloriosa carrera, se había fundido con España. Por eso san Isidoro termina así su *Alabanza de España: la floreciente nación de los godos, después de innumerables victorias en todo el orbe, con con empeño te conquistó y amó, y ahora te goza segura entre ínfulas regias y copiosísimos tesoros en seguridad y felicidad de imperio*<sup>25</sup>.

La conciencia de seguridad, la moral de victoria heredadas de un paseo militar glorioso, se renovaban con el ejercicio de la milicia y constituían un factor indispensable para mantener vivo un prestigio nacional que contribuyó a forjar el que ha sido denominado «mito Gótico»<sup>26</sup>. El valor de los godos había sido puesto en duda a propósito de la batalla de Vouillé. Clodoveo presentó la guerra como una cruzada contra los herejes: *Ardo en impaciencia —dijo a sus guerreros— viendo a los arrianos ocupar una parte de las Galias. Marchemos contra ellos y, con la ayuda de Dios, someteremos su país*. El comentario de Gregorio de Tours a la victoria franca tiene un cierto regusto de sarcasmo: *Tras unos intentos de resistencia, los godos, según tienen por costumbre, volvieron las espaldas y Dios concedió la victoria a Clodoveo*<sup>27</sup>. Pero Vouillé —como ya se advirtió— quedaba muy atrás y desde entonces la victoria sonrió reiteradamente a los godos en sus luchas contra los francos. La importancia de la retórica propagandista se puso especialmente de manifiesto con ocasión de la guerra dirigida por el rey Wamba contra el duque Paulo de la Narbonense<sup>28</sup>.

<sup>24</sup> *Historia Gothorum*, 54.

<sup>25</sup> *De laude Spaniae*, en RODRIGUEZ ALONSO, E.: *Las Historias de los Godos*, p. 171.

<sup>26</sup> MESSMER, H.: *Hispania-Idee und Gothenmythos* (Zürich, 1960).

<sup>27</sup> *Historia Francorum*, II, 37.

<sup>28</sup> La campaña de Wamba contra los rebeldes de la Galia está excepcionalmente documentada por un testigo e historiador contemporáneo, TOLEDO Julián de: *Historia Wambae*, ed. por W. Levison en MGH, Script. Rer. Merov., V, (Hannoverae et Lipsiae, 1910) pp. 486-635. Entre la bibliografía moderna puede consultarse, GÁRATE CORDOBA, J. M.<sup>a</sup>: *Historia del Ejército español*, I (Madrid, 1981) pp. 330-373; ORLANDIS, J.: *Historia de España*, 4. *Epoca visigoda* (Madrid, 1987), pp. 237-245; GARCÍA MORENO, L. A.: *Historia de España visigoda* (Madrid, 1989), pp. 171-174.



La rebelión se produjo cuando Wamba, en el primer año de su reinado, se encontraba luchando contra los vascones en las cercanías de Cantabria. Ante la inesperada noticia del levantamiento de la Galia, hubo disparidad de opciones sobre si procedía emprender de inmediato la marcha hacia la provincia rebelde o si sería más prudente retornar a sus bases, reforzar el ejército en hombres y pertrechos e iniciar entonces la campaña en mejores condiciones. Wamba se declaró partidario de marchar contra los rebeldes sin demora ni descanso. Julián de Toledo ha recogido algunas arengas pronunciadas por Wamba y por el cabecilla de los rebeldes, que constituyen una interesante muestra de la retórica militar de la época de la Tardía Antigüedad:

*Ya tenéis noticias, jóvenes —comenzó diciendo Wamba— de la calamidad que ha caído sobre nosotros y de cual es el propósito que persigue el autor de esta sedición. Es preciso tomar la delantera al enemigo y combatirle antes de que el incendio se propague todavía más. Sería vergonzoso no correr inmediatamente a la lucha y regresar a nuestros hogares sin haber acabado con el... Sería ignominioso que el adversario nos tenga por débiles y afeminados, como ocurriría si no somos capaces de hacerle frente con todas nuestras fuerzas. Y refiriéndose al papel que los francos pudieran tener en la rebelión de Paulo, el monarca añadía: No es con mujeres sino contra hombre que hay que combatir; de sobra es sabido que jamás los francos fueron capaces de resistir a los godos. La conclusión a que Wamba llegó era terminante: ¡Asestemos sin demora un duro golpe a los vascones y marchemos veloces contra los sediciosos, para acabar con ellos de una vez para siempre!<sup>29</sup>.*

Cuando la guerra llegaba a su punto álgido y los godos preparaban el asalto a Nimes, el último reducto de Paulo, éste trató de levantar la moral de sus aliados y disipar sus temores: *no tenéis por qué temer —les decía—; aquel famoso valor militar de los godos, que les hizo temibles en la defensa de lo suyo y terribles ante el enemigo se ha marchitado. Han olvidado el arte de combatir; no tienen ya costumbre de luchar, ni experiencia de hacer la guerra<sup>30</sup>. Esos aliados, luego, en el fragor de la batalla, dirigirían duros reproches a Paulo por su engañoso optimismo: de ningún modo advertimos en los godos —protestaban— aquella indolente apatía de que nos hablaste. Bien al contrario, les vemos rebosantes de audacia y bien resueltos a alzar-*

<sup>29</sup> *Historia Wambae*, 9.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 16.

*se con la victoria*<sup>31</sup>. Es evidente que, en la Galia, la guerra psicológica intentada por los rebeldes se volvió contra ellos.

### *La liturgia de la guerra*

En la época de la monarquía visigodo-católica, la reiteración de las «guerras menores» llegó a dejar su huella en la liturgia de la Iglesia. La marcha del rey y del ejército desde Toledo para dar comienzo a una campaña y el retorno a la urbe regia estuvieron rodeados de unas solemnidades rituales que pueden reconstruirse con ayuda del *Liber Ordinum* y de los himnos compuestos para estas circunstancias. Los documentos de que disponemos permiten rehacer a grandes rasgos una estampa de la vida religioso-castrense de la España del siglo VII.

La basílica *Pretoriense* de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, situada extramuros de la capital toledana —seguramente la iglesia de la mesnada real— era el escenario de la ceremonia litúrgica de despedida del ejército que iba a entrar en campaña. El rey, al llegar ante la puerta del templo, era incensado por dos diáconos y, luego, precedido por los clérigos portadores de la cruz, entraba en la iglesia y se postraba en oración. El coro cantaba la antifona *¡que Dios esté en vuestro camino!*, tras la cual el obispo rezaba en voz alta una oración pidiendo a Dios que asistiera al monarca y a su pueblo y le concediera los bienes que más necesitaba: un ejército valeroso, unos jefes leales, la concordia de los corazones, para poder así obtener la victoria y retornar felizmente a aquella misma iglesia de donde ahora partía.

El obispo hacía entonces entrega al rey de una reliquia de la «Vera Cruz» y el monarca, tras tenerla en sus manos, la pasaba al clérigo que habría de llevarla durante toda la campaña. Acercábanse entonces los abanderados y cada uno recibía el estandarte de manos del obispo y salía al exterior de tal modo que junto a las puertas del templo se congregaban todos los abanderados con sus enseñas. El obispo salía entonces al umbral de la basílica y un diácono invitaba: *¡Humillémonos para recibir la bendición!* Otro diácono decía luego la fórmula de la despedida: *En nombre de Jesucristo, ¡Id en paz!* El rey abrazaba al obispo, montaba a caballo, el clérigo portador de la «Vera Cruz» se ponía en cabeza y todo el ejército emprendía la

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, 17.

marcha<sup>32</sup>. Es probable que mientras la hueste se alejaba, el clero entonase el himno litúrgico *In profectone exercitus*, conservado en el «Himnario» toledano al que pertenecen entre otras las siguientes estrofas:

*Te pedimos humildemente ¡Señor! que conduzcas por el camino derecho a los rectores de la patria, junto con los pueblos a ellos confiados.*

*Sé un guía plácido para estos hijos tuyos y que la fuerza angélica les acompañe. Destruye, ¡oh Dios!, los ejércitos enemigos y sus bélicos pertrechos.*

*Tú ¡Padre de todos los reyes! escucha el gemido de nuestros príncipes y atendiendo a las fúnebres ofrendas de tus fieles destruye a los enemigos con tu recta espada.*

*Concede oh Cristo, a nuestros cristianos reyes, la palma celestial de la victoria sobre los adversarios*<sup>33</sup>.

Mientras duraba la guerra, proseguían las plegarias por el ejército. Un concilio de Mérida del año 666 dispuso que *todos los días ... se ofrezca el Sacrificio a Dios Todopoderoso por su seguridad, la de sus súbditos y la del ejército, para que el Señor conserve a todos la vida y el Omnipotente otorgue la victoria al rey* (can. 3)<sup>34</sup>. Terminada la guerra, el rey regresaba al frente de las tropas a la basílica de los Santos Apóstoles. El *Liber Ordinum* recoge también la liturgia del retorno y las oraciones que se recitaban en esta circunstancia<sup>35</sup>.

### *Los desastres de la guerra*

El título con que se conoce la célebre serie de grabados de Goya sobre la guerra de la Independencia tiene validez general y pone de manifiesto que también las guerras menores podían llevar aparejados infortunios y

<sup>32</sup> *Le «Liber Ordinum», en Usage dans l'Église wisigothique et mozarabe de l'Espagne du cinquième au onzième siècle*, ed. M. Férotin (Paris 1904), LXVIII: *Incipit ordo quando rex cum exercitu ad prelium egreditur*.

<sup>33</sup> *Analecta Hymnica Medii Aevi*, XXVII; BLUME; C.: *Hymnodia Gothica. Die Mozarabischen Hymnen des alt-spanischen Ritus*, n. 195 (Leipzig, 1897).

<sup>34</sup> *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, ed J. Vives, Barcelona-Madrid, 1963; Concilio de Mérida (666) can. 3: *Quid sit observandum tempore quo rex in exercitu progreditur pro regis, gentis aut patriae statu atque salute*.

<sup>35</sup> *Liber Ordinum*, IL: *Item orationes de regressu regis*; ORLANDIS, J.: *La vida en España en tiempo de los Godos* (Madrid, 1991), pp. 148-150 y 150-159.

penalidades. Esto parece haber ocurrido concretamente en las fuertes ofensivas militares dirigidas por el rey Sisebuto contra los bizantinos entre los años 615 y 616<sup>36</sup>.

Es bien sabido que Sisebuto fue uno de los monarcas que más eficazmente contribuyó a la desaparición de la provincia bizantina de España. *Este monarca* —escribió san Isidoro— *fue notable por sus conocimientos en el arte de la guerra y célebre por sus victorias*. Redujo a su autoridad a varios pueblos del interior que se habían rebelado. Además dirigió dos campañas contra los bizantinos arrebatándoles algunas ciudades, entre ellas Málaga. Pero este rey era un hombre de corazón sensible y le afectaban sinceramente los sufrimientos que provocaba la guerra<sup>37</sup>.

La fama de piedad del monarca trascendió más allá de las fronteras del reino. La *Crónica* franca de Fredegario le atribuye esta exclamación que habría salido de sus labios a la vista de las grandes pérdidas sufridas por sus enemigos bizantinos: *¡Ay mísero de mi, en cuyos días se produce tan gran derramamiento de sangre humana!*; y añade que *salvaba de la muerte a cuantos podía socorrer*<sup>38</sup>. San Isidoro precisa todavía más: *Se mostró —dice— tan clemente después de la victoria que pagó un precio con el fin de poner en libertad a muchos que habían sido hechos prisioneros por su ejército y reducidos a esclavitud, llegando incluso su tesoro a servir para el rescate de los cautivos*<sup>39</sup>.

La correspondencia cruzada entre Sisebuto y el patricio bizantino Cesario, gobernador de la España imperial y su adversario en la lucha, viene a confirmar los sentimientos humanitarios del rey visigodo. *¿Por qué —se pregunta— los días que deberían proporcionar gozo y alegría a quienes vivimos honestamente han de estar ensombrecidos por fúnebres exequias, frecuentes pestes y ruinosas calamidades? ... Si se producen conflictos, si la cruenta espada se ensaña por doquier, si los vicios de los hombres hacen que los tiempos presentes sean tiempos de guerra, ¿qué cuentas, pensadlo, habrá que rendir a Dios por tantos crímenes, por tantas calamidades, por tantas funestas heridas? Y el rey se atreve a sugerir al patricio: ¡Retornemos a vuestro ardiente amor y a nuestro limpísimo afecto!*<sup>40</sup>.

<sup>36</sup> VALLEJO GIRVÉS, M.: *Bizancio y la España tardoantigua*, pp. 287-302.

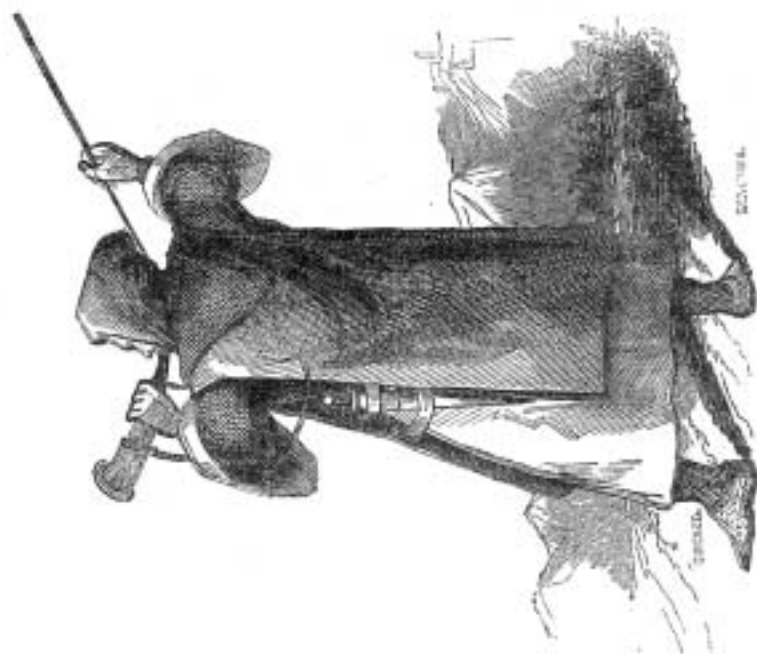
<sup>37</sup> ORLANDIS, J.: *Semblanzas visigodas*, pp. 106-110. Biografía de Sisebuto.

<sup>38</sup> MGH, *Script. rer. merov., II. Fredegarii et aliorum Chronica*, ed. B. Krusch (Hannoverae 1888). *Chron. Fredegarii*, 33.

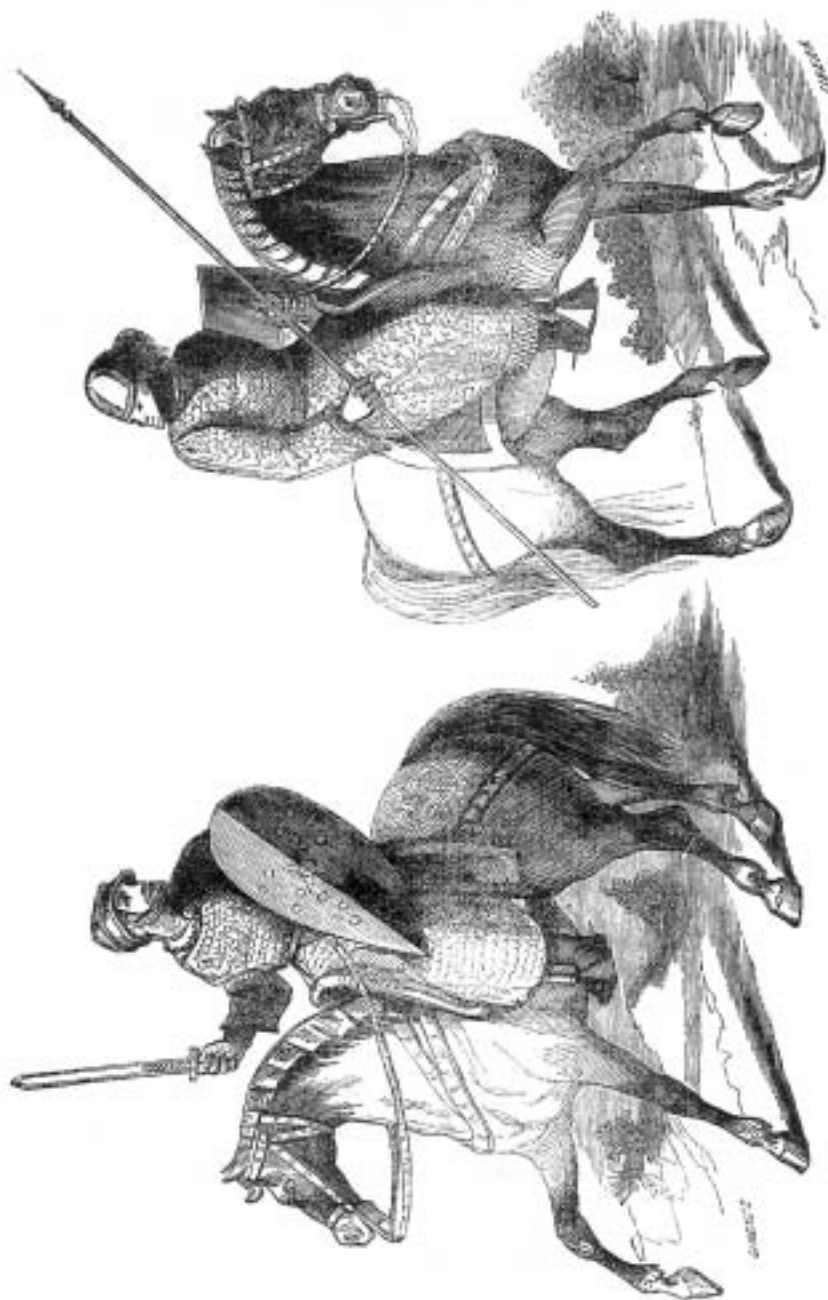
<sup>39</sup> *Historia Gothorum*, 61.

<sup>40</sup> *Rescriptum Domni Sisebuti per Ansemundum ad Cesarium destinatum*, en GIL, I.: *Miscellanea visigothica*, (Sevilla, 1972), pp. 8-10.

Estas estampas acerca de la guerra de hace catorce siglos, con su retórica y su propaganda, con su liturgia y hasta con los sentimientos que provocaba, han sido compuestas sobre las fuentes documentales contemporáneas con el deseo de ofrecer al lector una visión real de ciertos aspectos de la historia militar de España durante la época visigoda.



*Infantería goda en España*



*Caballería goda en España*

# LA BATALLA DE CALATAÑAZOR: MITO Y REALIDAD

Juan CASTELLANOS GÓMEZ  
Teniente General del Ejército

**L**A Historia es inagotable manantial de enseñanzas que imitar o que repeler, pero siempre será necesario el reproducirlas. Nunca será posible hacer una obra histórica perfecta. Hay épocas de las que no se conservan datos suficientes para historiarlas y épocas que por ser excesivas las referencias y muy diseminadas es casi imposible reunir las; todo ello, independientemente del origen de las fuentes históricas con el fin de apreciar el mayor o menor grado de parcialidad. Difícil es el estudiar con imparcial criterio la Historia de España.

Con el presente estudio intentamos analizar la tan conocida y mitificada batalla de Calatañazor, donde el hasta entonces invicto Almanzor, conforme a la versión tradicional, sufrió una gran derrota y de cuyas consecuencias falleció en la noche del 9 al 10 de agosto del año 1002, siendo enterrado en la histórica villa soriana de Medinaceli.

En vísperas del milenio de su muerte, considero oportuno estudiar tan significada efeméride, haciendo constar que la mayoría de los historiadores modernos consideran que, a tenor de los documentos históricos conocidos, dicha batalla constituye un total anacronismo en sus aspectos histórico, geográfico y cronológico.

Como bien sabemos, el anacronismo puede ser intencionado o bien fruto de la ignorancia; en nuestra historia abundan, aun reconociendo que sólo los pueblos que tienen historia pueden ofrecerlos. Sin duda alguna, existe un vacío histórico por carencia de fuentes fidedignas: las narraciones



fabulosas que tanto abundan eran muy del gusto de cristianos y musulmanes aunque existieran sólo en la imaginación de los narradores; la afición a lo maravilloso y exagerado cala muy hondo en la naturaleza humana de todos los tiempos y razas. Por ello, los antiguos eruditos rellenaban estas carencias históricas con leyendas mitológicas o fábulas más o menos realistas que no satisfacen a la crítica moderna.

Con este breve preámbulo vamos a intentar desentrañar este anacronismo referente a la batalla de Calatañazor, basándonos inicialmente en las escasas fuentes históricas cristianas, como son los viejos *Cronicones*, *Anales* y *Cantares de Gesta*, considerados como los primeros balbucesos de nuestra Historia: *...narraciones ingenuas en su fondo, rudas en su forma, austeras y concisas en su expresión, escritas en bárbaro latín o en romance latinizado, histórica y cronológicamente alteradas en las sucesivas copias que nos han llegado. Cantares de Gesta, que aunque a veces atropellan la historia con la fábula, fueron recurso maravilloso para suplir el silencio de los Códices o el laconismo de Anales y Cronicones*, conforme nos indica fray Justo Pérez de Urbel.

Fueron éstas las únicas fuentes cristianas hasta llegar a las *Crónicas* de los Reinos que con mayor amplitud relatan la historia de aquellos tiempos, como: *Sampiro de Oviedo* (cronología de los reyes astures y leoneses desde Alfonso III a Ramiro III, 866-985), *Pelayo de Oviedo* (desde Vermudo II a Alfonso VI de Castilla, 982-1109), *Lucas de Tuy* (segunda mitad del XII-1288), *Rodrigo Jiménez de Rada* 1170-1247), la *Estoria de España que mandó componer Alfonso X el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1239* (hacia 1270) y posteriores compiladores que reunieron e interpretaron cuantos datos históricos pudieron hallar.

Lo cierto es que hasta mediado el siglo XII se desconocía tanto el topónimo Calatañazor como la mítica batalla que lleva su nombre. No es comprensible que un acontecimiento de tal trascendencia, como corresponde tanto a esta acción bélica como al fallecimiento de Almanzor, sea ignorado por fuentes históricas coetáneas: las musulmanas totalmente y algunas cristianas sólo en forma telegráfica, sin citar las causas de su muerte. Vamos a citar las *Crónicas* o *Anales* cristianos que recogen la muerte de Almanzor según el profesor Antonio Huici Miranda<sup>1</sup>:

- *Cronicón Iriense*. Confundiendo la cronología nos dice: *...Almazor interceptado en Medinaceli, ciudad máxima por el demonio que lo había poseído viviendo, fue sepultado en el infierno...*

---

<sup>1</sup> HUICI MIRANDA, Antonio: *Crónicas latinas de la Reconquista*, tradc. Valencia, 1913.

- *Cronicón Burgense. Era MXL (año 1002), mortus est Almanzor et sepultus est in inferno.*
- *Anales Compostelanos. Aún más escuetos: (Era MXI (año 1002): mortus est Almanzor.*

Son las únicas fuentes que citan el fallecimiento de Almanzor, la primera de forma anacrónica y las otras dos, acordes con el año del fallecimiento. Otras fuentes coetáneas como el *Cronicón de Cardena*, el *Silense*, la *Crónica del obispo Pelayo de Oviedo*, ignoran tan importante evento.

El obispo Pelayo de Oviedo recopiló más extensamente, en su *Corpus Pelagianum*<sup>2</sup>, hechos históricos comprendidos entre los años 982-1109 ignorando vida y hechos de al-Mansur.

La primera mención del topónimo *Calatañazor* y de la batalla que lleva su nombre, proviene del también obispo-cronista *Lucas de Tuy*, conocido por el *Tudense*, que en su obra titulada *Chronicon Mundi* (hacia 1236)<sup>3</sup> nos relata esta supuesta batalla de forma totalmente anacrónica conforme iremos comprobando.

*El Tudense*, de forma desacostumbrada por su extensión, nos dice resumidamente: ...*Después desto* (de la conquista de Santiago de Compostela y destrucción de su iglesia en el verano del 997), *el rey Vermudo ynbió mensajeros al conde Garçi Fernández de Castilla y a García (el Temblón) de Pamplona para que le diesen ayuda para combatir a tantos enemigos... Y como Almançor salio de Galizia y otra vez quería destruir los términos de Castilla, corrio a él el rey Bermudo con gran hueste e en el lugar que se dice CALATANASOR muchos millares de sarracines cayeron, y si la noche non cerrara el día, ese Almançor fuera preso. Empero ese dia no fue vencido, mas de noche tomo fuyda con los suyos. Y al dia siguiente el rey Bermudo mando ordenar las hazes... mas llegándose la hueste a las tiendas de los sarracines, fallaronlas solamente, fartadas con muchedumbre de despojos. Mas el conde Garçi Fernández, siguiendo los moros que fuyan, mato*

<sup>2</sup> SÁNCHEZ ALONSO, B.: *Corpus Pelagianum* del Obispo Pelayo de Oviedo, tradc. Madrid, 1924. El obispo Pelayo vivió en la segunda mitad del XI y primera del XII. Consagrado obispo en 1098, murió en 1109. Su obra abarca desde 982-1109, desde Vermudo II de León a Alfonso VI de Castilla, y trata con cierta extensión los reinados de Vermudo II (982-999) y de su hijo Alfonso V (999-1027) ambos coetáneos de Almanzor.

<sup>3</sup> PUYOL, Julio: *Chronicon Mundi* del obispo Lucas de Tuy, tradc. Madrid, 1926. Cronista oficial del reino por designación de Dña. Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla (1158-1214), esposa de Alfonso IX de León (1188-1230) y madre de Fernando III el Santo (1217-1252). Su obra abarca hasta la muerte de Fernando III el Santo (1252), contenida en cuatro volúmenes.

*innumerable muchedumbre de ellos. Pero fue vn maravilloso dicho en ese dia que en Calatanasor fue vencido el rey: vno como pescador en la ribera del rio Guadalqueuir, como plañendo, boces en palabra caldea, e a ueces en española, clamaua diciendo: en calatanaçor perdió almançor el atambor «, que quiere decir su alegría; viniendo a él todos los bárbaros de Córdoba, e como se allegasen a él, desfaziase ante sus ojos y llorando a ellos otra vez apareşía e lo tornaua a decir. Este creemos que fue el diablo que lloraba la cayda de los moros. Mas Almasçor, desde ese dia que fue vençido, nunca quiso comer ni beuer y viniendo a la çibdad que se dice Medinaceli morio....*

Esta es la primera versión historiográfica que se tiene sobre la tan controvertida y mitificada batalla de Calatañazor. Hemos querido transcribir casi íntegramente la versión que sobre esta batalla y muerte de Almanzor nos da *El Tudense* para analizar con mayor objetividad su contenido:

- Inicialmente podemos comprobar que esta versión se da a conocer dos siglos y medio (hacia 1236) posteriores al hecho histórico (verano del 1002).
- La campaña de Santiago tuvo lugar en el verano del 997 (48 según fuentes musulmanas) y la muerte de Almanzor en el 1002 (la 56 y última); el anacronismo histórico y cronológico es evidente, pues fueron dos acciones bélicas independientes y no pudo haber continuidad entre estos dos hechos de armas (cinco años entre las dos campañas) como nos relata *El Tudense*.
- Los reyes y condes cristianos que figuran en esta supuesta batalla de Calatañazor son: Vermudo II de León (985-999), García Sánchez III, el Temblón de Pamplona (994-1000) y el conde castellano García Fernández (970-995). Los tres habían fallecido. En agosto del 1002 reinaba en León Alfonso V (999-1028), en Pamplona Sancho Garcés III el Mayor (1000-1035), y en Castilla el conde Sancho García (995-1017).
- Nos relata *El Tudense* que el mismo día de la muerte de Almanzor aparecía y desaparecía a orillas del Guadalquivir un extraño personaje que repetía incesantemente, unas veces en árabe y otras en español: *en Calatañazor perdió Almanzor su atambor*, que equivale a su alegría o más bien, a la pérdida del símbolo de su autoridad y poder.
- Todo aquello que tiene un sentido enigmático o fantasioso cala muy hondo en las mentes de todos los tiempos, como indicamos anteriormente. Pocos saben de la vida y hechos de Almanzor, pero la enigmática sentencia de que *en Calatañazor perdió Almanzor su*

*atambor* es generalmente conocida. Pudiera ser esta la semilla que diese origen al mito nacional de la batalla de Calatañazor con la derrota y muerte del, hasta entonces, invicto al-Mansur billah (el Victorioso por Allah).

- Muy pocos desconocen este enigmático aforismo y como bien nos indica fray Justo Pérez de Urbel, ha sido perpetuado por la tradición hasta nuestros días.
- La coincidencia entre esta sentencia que repetía incesantemente el extraño personaje a orillas del Guadalquivir, que Calatañazor se halle en el entorno geográfico de ésta su última campaña (56) según fuentes musulmanas y la muerte de Almanzor, afianzaron en el vulgo la creencia de que en este lugar de la geografía soriana sufrió el castigo divino por haber profanado el sepulcro del apóstol Santiago.
- Comprender la historiografía de aquel entonces resulta difícil. Nada ocurre que no caiga dentro de la *lógica providencialista* de los historiadores de aquella época y de la *credulidad milagrera* de aquellas gentes, sin olvidar que cuantos datos historiográficos de procedencia cristiana poseemos provienen de personas totalmente vinculadas a la Iglesia, obispos y monjes<sup>4</sup>.

La versión, también resumida, del arzobispo Jiménez de Rada<sup>5</sup>, conocido por El Toledano, es como sigue: *Y así, en el año decimotercero, Almanzor, tomado de nuevo su ejército, penetró por la parte de Galicia que se llama Portugal....y habiendo llegado a las tierras cercanas al mar, destruyó también la ciudad y la iglesia de Santiago, pero espantado por un rayo, no se atrevió a hollar el lugar donde se creía estaba el cuerpo del apóstol...Lo que si hizo...llevarse las campanas menores como señal de victoria, y las utilizó como lámparas en la mezquita de Córdoba...Al, como después podremos comprobar, Almanzor y su ejército...fue aniquilado por una peste asquerosa de por sí, esto es, la disentería... Y así Almanzor, forzado por la peste, regresó a su tierra. Por su parte el rey Vermudo, forzado por los acontecimientos, envió una embajada al conde de Castilla García Fernández y al rey de Navarra García el Temblón para que, olvidados de las afrentas, hicieran frente común a librar en los combates en defensa de la fe...y cuan-*

<sup>4</sup> CASARIEGO, Jesús: *Crónicas de los reino de Asturias y León*, León 1985, pp. 11-12.

<sup>5</sup> FERNÁNDEZ VALVERDE, Juan: *De Rebus Hispaniae* del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247), tradc. Alianza Editorial, Madrid 1989. Obispo de Osma (Soria) y arzobispo de Toledo, cronista oficial de Alfonso VIII de Castilla (1158-1214).

*do todos se hubieran reunido, salieron al encuentro de Almanzor, que venía con sus árabes a invadir Castilla, en un lugar que en árabe se llama Calatañazor y en latín Altitudo Vulturum (Altura de los buitres). Y como ambos bandos se arremetieran a conciencia, pereció la mayor parte del ejército agareno; sin embargo, al cesar la batalla con las tinieblas de la noche, ninguno de los dos bandos cedió terreno; pero al constatar (Almanzor) la carnicería que habían sufrido los suyos, no se atrevió a reanudar el combate. Por lo que huyó de noche, y al llegar al valle de Bordecorex, expiró abatido por el dolor y fue llevado a Medina, la llamada Celi. Con la primera luz del día, el ejército cristiano creyó que los árabes volverían al combate, pero cuando comprobaron que las tiendas estaban vacías, se hicieron con ellas, los bagajes y demás botín. Por su parte, el conde García Fernández, emprendiendo con ardor la persecución de quienes habían escapado a la muerte, no dejó casi ninguno con vida. Almanzor por su parte, el que siempre había vencido, se siente tan abrumado por el dolor que desde el día del combate hasta el último de su vida no probó alimento ni bebida alguna.*

Esta versión de *El Toledano*, en general, difiere poco de la de su antecesor *Lucas de Tuy*. Se aprecia un menor misticismo, así como un mayor conocimiento de la zona geográfica donde tuvo lugar aquella supuesta batalla de Calatañazor. Rodrigo Jiménez de Rada fue obispo de Osma (Soria) antes de ocupar la silla episcopal de Toledo y muy vinculado con el célebre monasterio soriano de Santa María de Huerta, fundación de su familia.

Independiza las acciones de Santiago y Calatañazor, aunque sin aportar ningún dato cronológico; en la primera, *...sufriendo un castigo acorde con el sacrilegio que habían cometido... siendo aniquilados por una peste asquerosa de por sí, esto es, la disentería.. Y así Almanzor, forzado por la peste, regresó a su tierra... y en la segunda,... totalmente derrotado... huyó de noche, y al llegar al valle de Bordecorex, expiró abatido por el dolor y fue llevado a Medina, la llamada Celi...*

Omite la aparición del extraño personaje a orillas del Guadalquivir repitiendo incesantemente la enigmática y conocida sentencia, pero añade algún dato complementario, como la traducción de Calatañazor como *Altitudo Vulturum (altura de los buitres)* así como *... en su huída nocturna (Almanzor), al llegar al valle de Bordecorex* (pequeña aldea soriana situada en la ruta de Gormaz, Berlanga de Duero, Barahona, Medinaceli), *expiró abatido por el dolor...*, dando a entender que falleció en este valle o aldea y enterrado en Medinaceli (ver croquis).

La versión de *El Toledano* es menos fabulosa e irreal que la de *El Tudense*, aunque los anacronismos históricos y cronológicos son igualmente evidentes.

Posteriores cronistas oficiales de los reinos como Hernán Pérez del Pulgar (1451-1531), Florián de Ocampo (1499-1591), Ambrosio de Morales (1513-1591), Esteban de Garibay (1533-1590), etc., siguen, más o menos, la versión de *El Tudense* y de *El Toledano*.

Jerónimo de Zurita (1512-1580) en su magnífica obra *Anales de la Corona de Aragón* ignora todo lo relacionado con Almanzor<sup>6</sup>.

Este anacronismo sobre la batalla de Calatañazor perduraba en los libros de historia hasta épocas recientes:

José Antonio Conde (1765-1820), erudito arabista y pionero español en la traducción de manuscritos árabes, nos relata esta batalla con mayor extensión y fantasía, aunque en lo esencial no difiere de la versión de *El Tudense*<sup>7</sup>.

La magnífica y amena *Historia de España* de Modesto Lafuente (1806-1866), contempla este controvertido episodio conforme a las versiones de *El Tudense* y *El Toledano*<sup>8</sup>.

Realizado este somero estudio de las fuentes históricas cristianas, que contemplan la supuesta batalla de Calatañazor, así como la muerte del todopoderoso al-Mansur, pasemos a analizar todo cuanto nos proporcionan fuentes históricas musulmanas.

El gran historiador musulmán Ibn Hayyan (988-1076), recopiló todas las campañas del amirí en un extenso manuscrito titulado *al-Ma'atir al-Amiriyya (Las gestas de los amiríes)*, y las relató todas con su cronología, mencionando lo logrado en ellas. Desgraciadamente este importante manuscrito se halla desaparecido, aunque muchos códices musulmanes que van apareciendo y contemplan las campañas del amirí, se supone que provienen de Ibn Hayyan.

Un reciente estudio del profesor arabista Luis Molina, de un manuscrito aparecido en la Biblioteca Real de Rabat, ha iluminado un tanto este oscuro período histórico tan complejo y tan poco estudiado.

---

<sup>6</sup> *Crónicas de los Reyes de Castilla, desde Alfonso el Sabio hasta los católicos Don Fernando y Doña Isabel*, Madrid 1953. Colección recopilada y ordenada por Cayetano Rosell.

<sup>7</sup> CONDE, J.A.: *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias árabes*, Madrid 1874, capt. CII, pp.134-136. Esta obra contiene, en general, anacronismos y errores que no son aceptados por la crítica moderna. Fue el historiador arabista R. Dozy quien criticó, más acerbamente, la obra histórica de Conde.

<sup>8</sup> LAFUENTE ALCÁNTARA, Modesto: *Historia de España*, Barcelona 1889, t. 3, pp. 24-26.

Este valioso ejemplar anónimo cuyo título en árabe es *Dikr bilad al-Andalus*, es una recopilación histórico-geográfica que recoge las cincuenta y seis campañas del invicto al-Mansur. Su traducción y estudio fue objeto de su tesis doctoral, cuyo título castellano fue *Una descripción anónima de al-Andalus*, CSIC, Madrid 1983.

Las exageraciones en cuanto al resultado victorioso de las campañas y beneficios obtenidos son evidentes: el anónimo autor musulmán se limita a citar las localidades u objetivos de cada expedición olvidando muy frecuentemente la cronología de las mismas pero exagerando en demasía el éxito o el botín de guerra obtenido. No obstante, este manuscrito es un documento valioso hasta el momento presente.

Las versiones y traducciones las transcribiremos literalmente pues cualquier enmienda o añadidura, además de ser una profanación, pudiera bastardear su contenido:

La última campaña del todopoderoso al-Mansur la contempla el *Dikr...*, y nos dice<sup>9</sup>: *La quincuagésimosexta, la de B.t.r.yus, en la que falleció. Salió de Córdoba estando ya enfermo, el jueves, seis de.....del 392 (1002), e hizo botín... la enfermedad, por lo que emprendió regreso hacia Córdoba, pero murió....y fue enterrado en la frontera, en Medinaceli, el veintisiete del ramadán de ese año (9 al 10 de agosto del 1002). Fue enterrado bajo el polvo que había recogido en sus campañas, pues, cada vez que salía de expedición, sacudía todas las tardes sus ropas sobre un tapete de cuero e iba reuniendo toda el polvo que caía. Cuando murió lo cubrieron con ese polvo.*

*Sobre su tumba se escribió:*

*Sus hazañas te informarán sobre él  
Como si con tus propios ojos lo estuvieras viendo,  
¡Por Allah!, nunca volverá a dar el Mundo nadie como él  
ni defenderá las fronteras otro que se le pueda comparar.*

Esta es la versión que nos da el anónimo compilador musulmán, en traducción del profesor Molina, que seguidamente nos añade: *Ibn al-Jatib (historiador musulmán)*<sup>10</sup> llama a esta campaña de «Canales y el Monaste-

<sup>9</sup> MOLINA, Luis: «Las Campañas de Almanzor, a la luz de un nuevo texto», *Al-Quantara*, II (1981), p. 263; Idem: «Las Campañas de Almanzor, nuevos datos», *Al-Quantara*, III (1982), p. 472; ARJONA CASTRO, Antonio: *Almanzor y la gota*, B.R.A. Bellas Letras de Córdoba, Córdoba 1992, t.122, pp. 151-154; SECO DE LUCENA, L.: «Acerca de las campañas militares de Almanzor», *M.E.A y H.*, Granada 1956-57.

<sup>10</sup> IBN AL-JATIB: *Ihata...*, El Cairo 1901, tradc. O. Machado Mouret, pp.56-58.



rio», que tradicionalmente se identifica con el Monasterio de San Millán de la Cogolla (prov. de La Rioja). El nombre que le da nuestro autor (B.t.r.yus) puede ponerse en relación con el del río Pedroso, que corre muy cerca de la zona de Canales de la Sierra (villa riojana al sur de la provincia, en la vertiente meridional de la Sierra de la Demanda y al suroeste del Monasterio de Valvanera).

Todos estos datos geográficos, fruto de la traducción y estudio realizado por el profesor Molina, los iremos desarrollando a medida que vayamos exponiendo las versiones que, sobre la última campaña de al-Mansur, nos relatan otros historiadores cristianos o musulmanes.

El erudito arabista holandés Rheinard Dozy (1820-1883)<sup>11</sup> fue el primero en rechazar íntegramente las tardías versiones de *El Tudense* y de *El Toledano*, basándose en tres factores que ya hemos indicado: el silencio de las crónicas cristianas coetáneas, los evidentes anacronismos ya conocidos y el total mutismo de las crónicas musulmanas.

Para mayor concreción vamos a exponer resumidamente las razones en que se basa el sabio orientalista, así como las posibles conclusiones que deduce:

- Acepta la versión del historiador musulmán Ibn al-Jatib sobre esta última campaña de al-Mansur denominada como la de Canales (de la Sierra) y del Monasterio (San Millán de la Cogolla), patrón de Castilla. Este monasterio fue incendiado por las huestes musulmanas, conforme a un documento manuscrito hallado en la Colección Diplomática del Monasterio de Leire (Navarra), datada en 1027 por el rey Sancho Garcés III el Mayor (1000-1035).
- Reafirma los anacronismos históricos, cronológicos y geográficos, tal y como ya expusimos al analizar las versiones de *El Tudense* y *El Toledano*.
- No comprende el absoluto silencio del monje de Silos en su *Crónica Silense*, por pura razón geográfica al hallarse este monasterio próximo a Calatañazor.
- Una vez analizadas las anacrónicas versiones de *El Tudense* y *El Toledano*, deduce que la supuesta batalla de Calatañazor fue parte de un conjunto de leyendas que tienen su origen en la campaña de Santiago de Compostela (verano del 997).

---

<sup>11</sup> DOZY, R.: *Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almorávides (711-1110)*, trad. F. de Castro, Sevilla 1887; *Ibid.*: *Études sur la conquête d'Espagne par les arabes*, Leyden 1849, capt. II, pp. 19-20.



- Deduce Dozy que para el pueblo cristiano era incomprensible que al-Mansur hubiese podido profanar el sepulcro del apóstol Santiago, sin sufrir el tremendo castigo divino acorde con semejante sacrilegio; bien es cierto que ... *Almanzor y su ejército, golpeados por el Señor, sufrieron un castigo acorde con el sacrilegio que habían cometido..una peste asquerosa, la disentería...*, conforme a la versión del arzobispo Jiménez de Rada.
- Pero esto no era suficiente. Fue necesario el inventar una sonada victoria sobre el invicto al-Mansur, incluida su muerte, para convencer al orbe cristiano del castigo divino por la afrenta al Apóstol Santiago.
- Concluye el sabio profesor holandés sentenciando que: *Esta famosa batalla, ha sido añadida como corolario a una serie de leyendas inventadas, no de golpe sino sucesivamente, para salvar el honor de Santiago y el honor nacional.*

Esta radical sentencia de Dozy no es aceptada inicialmente por los profesores Saavedra y Codera<sup>12</sup>, aun reconociendo los anacronismos de *El Tudense* y *El Toledano*. Sus razonamientos coincidentes son los siguientes:

- Argumentan que con este radicalismo histórico que muestra Dozy: *apenas quedaría en pie el esqueleto de la Historia.*
- Piensa el profesor Saavedra, *que la crítica severa de Dozy se hubiera atenuado, si hubiese comprendido la naturaleza de las operaciones militares desde su inicio, y añade: en las campañas musulmanas o expediciones militares hay que distinguir dos períodos: el de conquistas y el de incursiones periódicas con objeto de causar daño, debilitar a los cristianos y coger botín.*
- No descartan una posible acción ofensiva del conde castellano Sancho García, en las inmediaciones de Calatañazor, sobre la retaguardia de un ejército en retirada, con su jefe moribundo y posiblemente con abundante «botín de guerra» y por ello, lento y pesado; su capacidad operativa, en todos los órdenes, tendría que hallarse muy disminuida.
- Este posible encuentro, por su escasa importancia, no sería mencionado en los documentos históricos cristianos y musulmanes.

---

<sup>12</sup> SAAVEDRA Y MORAGAS, Eduardo: *La bataille de Calatañazor*, Melantges Hartwig Derembourg, París (1909), pp. 236-241; CODERA, Francisco: «La batalla de Calatañazor». en *B.R.A.H.*, LVI, (1910), pp. 197-200.

- Pero el hecho de que Almanzor falleciese a los pocos días en Medinaceli, como consecuencia de la enfermedad que padecía, explica que el pueblo cristiano creyera que había muerto en la batalla de Calatañazor.
- Muy brevemente, estas son las conclusiones de los profesores Saavedra y Codera sobre el juicio de Dozy acerca de la mítica batalla de Calatañazor.

El sabio orientalista Lèvi Provençal, en su *Historia de la España Musulmana*<sup>13</sup>, nos dice: *La campaña tuvo lugar en el verano del 1002, contra el territorio de La Rioja, dependencia del Condado de Castilla... todo lo que sabemos es que el ejército musulmán avanzó hasta Canales (de la Sierra), a unos 50 klmts. al suroeste de Nájera, alcanzando el Monasterio de San Millán de la Cogolla, que fue saqueado. Al regreso de esta campaña, la muerte vino a poner fin a la prodigiosa carrera del dictador cordobés...el regreso a Medinaceli lo realizó en litera durante 14 días de trayecto. Por recomendación suya quedó enterrado en el patio del alcázar de Medinaceli.. En su lápida se grabó una sencilla inscripción...*

En nota adicional añade: *El historiador musulmán Ibn al-Jatib, siendo primer ministro del reino nazarí de Granada, envió un negociador a Castilla (hacia 1365), pero le encargó pasase previamente por Medinaceli, para informarle si existía la tumba de Almanzor. Enseñaron la tumba al enviado granadino, pero la lápida sepulcral no contenía ninguna inscripción ni histórica ni poética.*

Sin tomar partido por las versiones expuestas, muestra su total acuerdo con Ramón Menéndez Pidal que, *...adoptando una postura más razonable, calificando la supuesta batalla de completo anacronismo y buscando el origen de la leyenda en la actitud agresiva del conde castellano Sancho García, que acaso le valió algunos pequeños éxitos a medias, cuyo recuerdo ha guardado la epopeya castellana, amplificándolos poco a poco.*

Añade aún más: *la leyenda de Calatañazor pudo tener su origen en la batalla de Cervera (verano del 1000), donde Almanzor estuvo a punto de ser derrotado. Este encuentro, a pesar de su resultado negativo, pudo representar por primera vez la voluntad de resistir y la solidaridad cristiana frente al poderío musulmán.*

*Es perfectamente natural que posteriores leyendas hayan glorificado esta resistencia y deformado poco a poco la verdadera Historia.*

---

<sup>13</sup> LÈVI PROVENÇAL, E.: «Historia de la España Musulmana» en la *Historia de España* de R. Menéndez Pidal, t. IV, pp. 427-429.

Nos indica Lèvi Provençal que quizás sea el historiador Antonio Ballesteros (1880-1949)<sup>14</sup> quien mejor haya relatado la supuesta batalla de Calatañazor, a tenor de los documentos historiográficos, cristianos y musulmanes, más recientes.

Otro de nuestros grandes medievalistas, fray Justo Pérez de Urbel<sup>15</sup>, coincidiendo con las versiones ya expuestas, nos añade que: *el motivo de esta su última campaña y a pesar de su estado de salud, pudo estar inspirada por el odio religioso y no quiso morir sin destruir otro de los lugares más venerados por la cristiandad: la Casa Grande de Castilla, el monasterio de San Millán de la Cogolla*. Añade seguidamente: *...engendro diabólico, movido por el genio del mal, apareció a los ojos de los cristianos de su tiempo la figura de Almanzor... atraía a los señores cristianos con una tolerancia aparente y al mismo tiempo humillaba y profanaba sus santuarios mas venerables.. el monasterio grande, es decir San Millán, fue abrasado...*

El sabio benedictino que, como historiador, reconoce los anacronismos de *El Tudense* y *El Toledano*, aporta algo más —vinculándolo con lo providencial, acorde con la mentalidad de aquellos tiempos— pues acepta la posibilidad de una acción del conde Sancho sobre la retaguardia musulmana arrebatándole parte del botín.

Igualmente nos añade que el hecho de que en esta campaña falleciese al-Mansur, acompañada de la mítica y tan conocida sentencia de *El Tudense* de que *en Calatañazor perdió Almanzor su atambor*; fuese el origen de la fabulosa leyenda acerca de la batalla de Calatañazor y que la tradición oral ha hecho llegar hasta nuestros días.

Posiblemente haya sido el profesor Ramón Menéndez Pidal<sup>16</sup> quien mejor haya conjugado la leyenda con la realidad de forma clara y precisa y dice:

*Almanzor hizo la última expedición de su vida, dirigiéndose a través de Castilla, hacia San Millán; fue una expedición victoriosa como todas, pero tuvo que retirarse al sentirse muy enfermo. Se hacía llevar en litera... agobiado por crueles dolores... repasó la frontera y llegó a Medinaceli, primera plaza de armas musulmana; murió el 10 de agosto del 1002.*

*Por débil que hubiese sido la resistencia del conde Sancho ... es de su poner que los caballeros castellanos molestasen esa retirada de un ejército*

<sup>14</sup> BALLESTEROS Y BERETTA, A: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, Barcelona 1920, t II, pp. 60-63. Sin duda, la versión de este eminente historiador sobre la tan controvertida batalla, está muy documentada y magníficamente expresada.

<sup>15</sup> PÉREZ DE URBEL, Fray J.: *Historia del Condado de Castilla*, 1945, t. II, pp. 797-802.

<sup>16</sup> MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia y Epopeya*, Madrid 1934, pp. 21-22.

*cuyo caudillo iba moribundo... y bien se pudo creer que Almanzor muere huyendo del conde Sancho.*

Finaliza manifestando que: ... *la gran batalla de Calatañazor es un completo anacronismo, mientras la sencilla victoria del conde Sancho, puede pasar por uno de tantos recuerdos de la realidad, conservados con ligera exageración por la epopeya castellana.*

Ante la acertada conclusión del profesor Menéndez Pidal huelga cualquier otro comentario.

### *Conclusiones*

— A mediados del siglo XIII se desconocía la batalla de Calatañazor. Las versiones de *El Tudense* y *El Toledano*, que fueron origen de esta leyenda, se consideran como anacrónicas en su triple aspecto histórico, geográfico y cronológico, sin más valor que el puramente legendario.

— Por pocos conocimientos de historia que se tengan casi nadie desconoce la mítica sentencia de que *en Calatañazor perdió Almanzor su atambor*; ello, unido a su fallecimiento, dio origen a la leyenda que la tradición oral ha conservado hasta nuestros días.

— La última campaña que realizó el amirí (56) es conocida como *La de Canales* (de la Sierra) y *el Monasterio* (San Millán de la Cogolla), según fuentes históricas musulmanas.

— El itinerario de la misma sería: tomando como base de partida Medinaceli o bien la fortaleza de Gormaz, por Osma, Clunia y Salas de los Infantes, remontando el cauce del río Pedroso, se dirige a la villa condal de Canales de la Sierra y de aquí al monasterio de San Millán de la Cogolla (de Suso) que incendió. En el trayecto no hubo oposición cristiana.

— Inició su campaña enfermo. El empeoramiento de su enfermedad le obligó a ordenar la retirada siguiendo un itinerario más dificultoso, posiblemente para ocultar su enfermedad y alcanzar lo antes posible la capital fronteriza de Medinaceli. Por el puerto de Santa Inés (oeste de Sierra Cebollera) y en dirección sur por Vinuesa, Abejar, Calatañazor, La Muela y por el Portillo de Andaluz, vadear el Duero, continuando por Berlanga de Duero, Caltojar, Bordecorex, Rello, Barahona hasta Medinaceli (ver croquis adjunto).

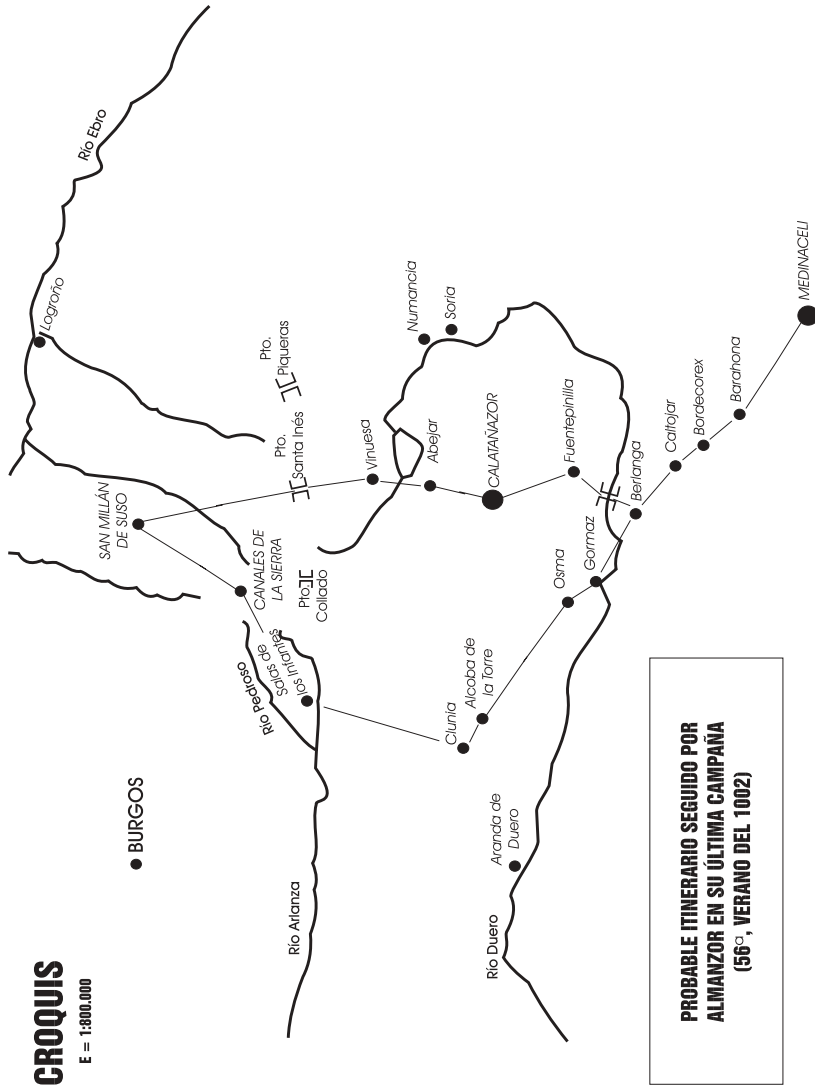
— La retirada duró catorce días y pudo fallecer en Bordecorex. Murió en la noche del 9 al 10 de agosto del 1002, estando presentes sus hijos Abd-al-Malik y Abd-al-Rahman Sanchol, y enterrado en Medinaceli.

— No debemos descartar una parcial reacción del conde castellano Sancho sobre la retaguardia musulmana en precipitada retirada, con su cau-

dillo moribundo, y probablemente cargada de «botín de guerra» y por ello lenta y pesada, con su capacidad operativa muy disminuida. Este hostigamiento bien pudo desarrollarse en las inmediaciones de Calatañazor, en el itinerario de retirada del ejército musulmán.

— Interpretar los escasos e insuficientes datos historiográficos que se poseen es difícil, sin tener bien presente que nada ocurre que no caiga dentro de la lógica «providencialista» de los historiadores de aquella época y de la «credulidad milagrera» de aquellas gentes del alto medievo.

Mito y realidad: es lo que hemos intentado investigar en este modesto y breve trabajo sobre la tan controvertida batalla de Calatañazor, ya con noticias históricas, ya con relaciones legendarias, intentando añadir un poco de luz sobre un período histórico donde reina la más completa oscuridad.



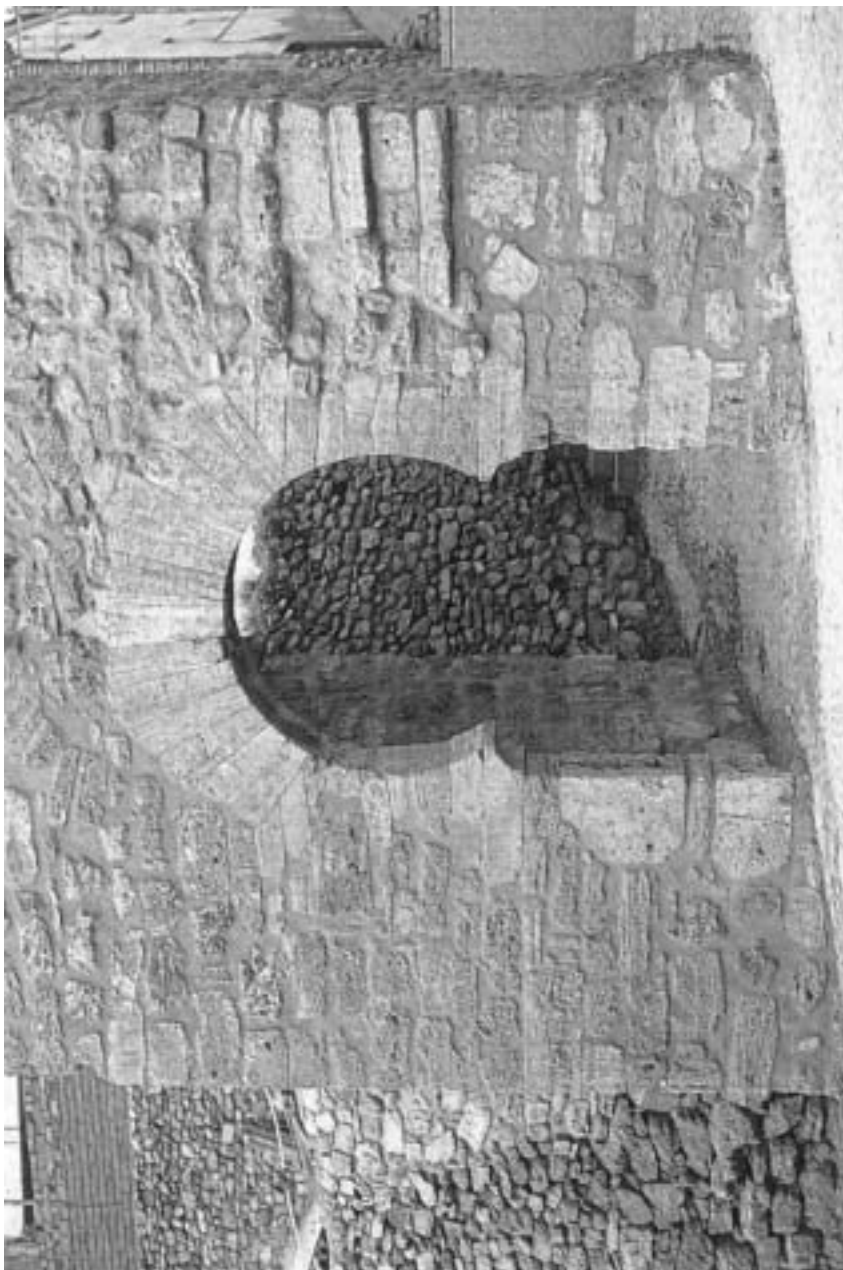


*Monasterio de San Millán de la Cogolla (Suso)*



*Ruinas del Castillo de Calatañazor*





*Puerta de las murallas, siglo X. Ágreda, Soria*

¿EXISTIÓ UN PODER NAVAL HISPÁNICO?  
*La reciente historiografía sobre la marina en tiempos  
de los Habsburgo (1516-1659)*

Roger MESSEGUÉ I GIL  
Historiador

*Introducción*

**L**A historiografía militar sobre el ejército de la Monarquía Hispánica ha sido, sin duda, muy extensa y prolífica, sobre todo en los últimos años. Un aspecto de la historiografía de corte militar es que en contadas ocasiones ha tratado sobre la Marina de guerra que, en definitiva, fue cobrando su importancia con el devenir de los tiempos y, por esto mismo, configurándose como una pieza más del poder militar hasta lograr su reconocimiento.

El objetivo que aquí se busca es rastrear en historiadores que han dedicado obras a la temática para encontrar signos de un poder naval hispánico que se ha infravalorado y, a la vez, considerado como hegemónico. Se pretende dar una visión del desarrollo de una marina de guerra que se ha considerado desde distintas perspectivas como, por ejemplo, el caso de la Armada Invencible. No se pretende hacer una valoración de los éxitos y fracasos, sino de la logística que se empleó en la formación de la marina en una de las potencias de la Europa Moderna. A su vez se pretende ver el desarrollo de esta logística, aunque de modo muy puntual, en otras potencias de la época, como Inglaterra y las Provincias Unidas, viendo así mejor los distintos caminos tomados y hacia dónde condujeron.

Por último, se argumentan determinadas hipótesis sobre el poder naval hispánico, empezando con la de si verdaderamente existió o no en la época a que nos referimos.

*Carlos I*

El César heredó de sus abuelos maternos, además de territorios aliados y rivales, una determinada política naval centrada en el Mediterráneo. En este escenario, el Imperio otomano representaba una amenaza para la Cristiandad y en concreto para Carlos una amenaza a sus dominios imperiales y a los de la Corona de Aragón. Bajo el auge de Solimán I el Magnífico (para la historiografía turca Solimán II el Legislador), el Imperio otomano expandió sus territorios debido a sus conquistas. Sirviéndose de los corsarios berberiscos (entre otros, los hermanos Barbarroja) Solimán maniobró para adueñarse del Mediterráneo occidental. La conquista de Túnez en 1534 por mano de Barbarroja, marcó el punto más álgido del peligro y se revitalizaron las demandas de actuación contra los *infieles* por parte de Castilla, existentes ya en 1519, el mismo año en que estando el César en Barcelona vio los efectos de una incursión berberisca. Tras sus éxitos en el Mediterráneo, Barbarroja no era ya un simple corsario protegido por Solimán, sino el almirante de la flota turca y cabecilla de los corsarios berberiscos.

La presión de Castilla no tuvo que ser muy intensa puesto que el mismo Carlos necesitaba asegurar su patrimonio marítimo y, además, creía en que la empresa era encomendada por Dios. Un miembro de las Cortes de Castilla dejó constancia del proyecto del César:

*Su Majestad ha determinado de hacer una armada gruesa de muchas galeras (...) de manera que sea tan poderosa o más que la de los enemigos, y con ayuda de Nuestro Señor, romperla y desacerla, o echarla de los mares de sus reinos y de la Cristiandad. (...) de manera que son por todas las galeras que aquí se hallan 74, y habrá otras 30 galeotas, bergantines y fustas de remos, y los navíos serán cerca de 300, con las carabelas, galeones y naos del serenísimo rey de Portugal, nuestro hermano, entre los cuales hay 10 o 12 galeones muy bien armados y artillados.*

Carlos consiguió arrebatarle Túnez a Barbarroja en 1535, pero sus aspiraciones no se vieron reflejadas en la realidad de la empresa, en la que se debe atribuir parte del éxito a la ayuda de la Monarquía portuguesa, un hecho que con frecuencia escapa de los juicios sobre la toma de Túnez, acontecimiento que se ha tendido a castellanizar.

A pesar de lo que el César pretendiera tras su victoria naval en Túnez, las palabras del historiador Fernand Braudel anuncian un hecho paralelo y no menos importante:

*Desde 1534 a 1540 y 1545, una dramática lucha invirtió la situación en el Mediterráneo: los turcos aliados a los corsarios berberiscos, mandados por el más ilustre de todos, Barbarroja, consiguieron adueñarse de casi todo el Mediterráneo (...); esto fue un enorme acontecimiento.*

La extraordinaria recuperación del poder naval turco-berberisco llevó al Papa, Venecia, Génova y a Carlos a unir sus fuerzas en 1538 para proteger sus respectivos intereses hacia un enemigo común. Esta primera Liga Santa no sirvió de mucho, excepto para demostrar la incompatibilidad de los aliados para organizarse, defenderse y hacer un frente común. Tras el desastre de Prevesa, en la fecha de 1541, el César tomó la iniciativa atacando la plaza de Argel, hecho que constituyó uno de los más sonados fracasos de su trayectoria. A partir de este momento los turcos se adueñaron por completo del Mediterráneo occidental: una tras otra las plazas fuertes de la Cristiandad fueron cayendo bajo su ímpetu. La toma de Djerba y los fracasos repetidos en los contraataques hispanos marcaron tanto el punto culminante de la hegemonía turca como el fracaso de la Monarquía Hispánica. La reacción que desde círculos castellanos se esperaba ya no tuvo lugar. Las palabras del propio César pusieron de relieve este hecho: *Llegados aquí (...) por no aventurar todo lo que por clemencia Nuestra Señora ha quedado, se ha resuelto, dexando por agora la empresa para otro tiempo que, con su ayuda, se podrá más convenientemente hacer.*

Carlos atribuyó el fracaso, algo que también hicieron sus sucesores, a la voluntad divina; sin embargo, nunca prestaron atención a las voces de los expertos. Harían falta muchos años para que la percepción del poder naval llegara a la política de Castilla que, en definitiva, era la de la Monarquía Hispánica.

### *Felipe II, el Mediterráneo y el Atlántico*

El historiador Geoffrey Parker en su obra *Felipe II* equipara unos versos de Shakespeare (pertenecientes a *Julio César*) a la figura del Rey Prudente:

*Pues, hombre, recorre el estrecho mundo  
como un Coloso, y nosotros miserables  
pasamos bajo sus enormes piernas...*

Los mismos versos son aplicables al tan mencionado poder naval hispánico. En el tema naval, el peor enemigo de la Monarquía Hispánica fue la

propia Monarquía Hispánica, concretamente Castilla y los particulares intereses de su política. La puesta en escena en el ambiente naval que se dio en otros estados de la época, en el caso de la Monarquía Hispánica fue relegada a un lugar muy secundario y siempre en función de los intereses de Castilla, ignorando en ocasiones las necesidades de los demás reinos que formaban la monarquía.

El gobierno de ésta recaía tanto en la figura de un rey que por las exigencias y deseos de Castilla (y por su gusto) se fue castellanizando, como en su círculo de consejeros, formado en su mayor parte por castellanos, que veían con malos ojos a los que no lo eran aunque formaran parte de otros reinos hispánicos. Estos consejeros castellanos tenían, mayoritariamente, unos claros intereses terrestres; además, pesaba en ellos la tradicional cultura militar castellana, enfocada por entero al ejército terrestre. Frente a esto, los intereses de quienes gobernaban en estados rivales, como Inglaterra o las Provincias Unidas, giraban entorno a una clase burguesa con evidentes motivaciones comerciales. Es por ello que en estos estados hubiera una clara apuesta por el poder naval, que se tradujera no únicamente en la creación de astilleros y arsenales, sino también en crear academias para la formación de marinos de guerra, tanto marinería llana como oficiales entrenados.

En los primeros años de su reinado, de hecho hasta el inicio de la revuelta holandesa, Felipe II intentó llevar a cabo los frustrados planes de su padre respecto a la política en el Mediterráneo. A diferencia de Carlos, Felipe II se preocupó de realizar una política de reconstrucción naval, lo cual constituía algo elemental para poder enfrentarse al Imperio otomano por el dominio de las aguas. La década de 1560 fue testimonio, entre otros acontecimientos, de las pugnas hispano-turcas. El fin del período de Solimán I benefició la tarea de Felipe, puesto que los turcos debían prestar atención a sus disputas con Persia y por ello abandonaron un tanto el Mediterráneo.

El primer gran éxito hispánico, tras una larga sequía, se dio en 1565, cuando en el asedio de Malta los turcos salieron derrotados; cabe añadir que, además de por la defensa en sí, por las epidemias que les afectaron diezmando sus efectivos. Sin embargo, eliminado momentáneamente el peligro turco, quedaba la amenaza berberisca. La revuelta de las Alpujarras (1568-1571) creó en la Monarquía cierta paranoia por la que se creía una conjura en la que tomaban parte los sublevados moriscos y los berberiscos bajo la dirección del Imperio otomano. Las maniobras a nivel internacional del Rey Prudente consiguieron como fruto la creación de una nueva Liga Santa en la que tomaban parte la propia Monarquía, el Papado y la República de Venecia, que si en 1565 no había prosperado, en la fecha de 1568 se llevó a la práctica.

Los cinco años de relativa inactividad entre 1565 y 1570 dieron la oportunidad al sultán Selim II de rearmar su flota y renovar la moral; se reanudaron las acciones navales y de nuevo se comprometió la hegemonía cristiana en el Mediterráneo occidental. Finalmente se cumplió el deseo de Pío V y Carlos I de unir a la Cristiandad contra el infiel.

Tras las obvias discusiones dentro del bando cristiano, se llevó a cabo el proyecto final del ataque contra los turcos. Bajo el mando de Don Juan de Austria se reunió un enorme potencial bélico jamás visto hasta entonces. Según Braudel:

*Lepanto fue el más grande de los acontecimientos militares del siglo XVI en el Mediterráneo, el más grande de todos.*

Verdaderamente el éxito fue, en gran parte, debido a la estrategia utilizada por Don Juan de Austria. Más que la superioridad que representaban arcabuces contra arcos y flechas, fue el gran número de combatientes lo que otorgó la mencionada ventaja a los cristianos: Don Juan prometió la libertad a los presos remeros si luchaban en el combate. La victoria cristiana permitió la tranquilidad, relativa, en el Mediterráneo. Este hecho se debió a las treguas secretas que firmaron el Sultán y el Católico y que fueron posteriormente renovadas. Cabe añadir un factor de gran relevancia: la victoria psicológica, algo que también ocurrió en el caso de la Invencible que hizo que aunque los turcos renovaran su flota, la moral tras la derrota de 1571 ya era la de *los vencidos*. Con esta tranquilidad, tanto el Imperio otomano como Felipe II giraron sus atenciones hacia otros derroteros, la amenaza persa y el Mar del Norte respectivamente. Dos historiadores dan gran magnitud a este hecho: por una parte Chaunau menciona el giro en política internacional de Felipe II al cambiar *la frontera de la Cristiandad por la frontera de la Catolicidad*, mientras Braudel concluye con que *a partir de Lepanto y las treguas de 1580, el Mediterráneo permanecería fuera de la Gran Historia*.

La problemática en torno a la revuelta holandesa y la intromisión de la Inglaterra de Isabel I en ella, llevaron al Rey Prudente a centrar la atención en el Mar del Norte. A partir de finales de la década de 1560 los incidentes tomaron un nuevo rumbo cuando el corsario Hawkins, acompañado de un joven Francis Drake, llevó a cabo varios saqueos en las Antillas. Ambos contendientes fueron hostigándose hasta que las aguas se calmaron en 1574 gracias al tratado de Bristol, por el que las dos partes intentaron apaciguar los ánimos. Sin embargo, la nueva expedición de Drake, que le valió el nombramiento de Sir, en diciembre de 1577, trajo dos importantes hechos: por una parte, Inglaterra tomó conciencia de cuan importante era para su fortuna el control del mar; por otra, Felipe II tuvo la certeza de no poder

controlar a los rebeldes holandeses sin antes destruir a Inglaterra, esto último fue algo que los papas Gregorio XIII y Sixto V no dejaron de recordarle, incitándole a *acometer alguna empresa famosa*<sup>1</sup>. Esta nueva incursión de Drake en los dominios hispánicos coincidió con los primeros pasos de una maniobra geoestratégica por parte de Felipe II al consolidar la anexión del Reino de Portugal, mediante la toma de las Azores por el marqués de Santa Cruz, Álvaro de Bazán. Este hecho marcó una pauta para la pretendida consolidación del poder hispánico en el mar, puesto que los dominios portugueses pasaron a engrosar los de la Monarquía Hispánica sirviendo, algunos, de base para la lucha contra los ingleses.

La guerra anglo-hispana se inició tras el saqueo de Vigo, Santo Domingo, Cartagena de Indias y San Agustín de Florida, de nuevo de la mano de Drake, corsario de Su Graciosa Majestad Isabel I, pero considerado un simple pirata desde la perspectiva hispánica. El plan de Felipe II consistió en encargar a Santa Cruz, experto marino, el proyecto de la invasión de Inglaterra. El marqués previno una fuerza naval de quinientos sesenta barcos, la mitad de los cuales deberían destruir la flota inglesa —en una clara superioridad numérica— y la otra mitad transportar a los Tercios, cuerpos militares terrestres mejor armados y con mucha más experiencia que los soldados de Isabel I. Una vez desembarcados deberían tomar la ciudad de Kent y dirigirse hacia Londres para apresar la ciudad, a ser posible con la reina y los ministros en ella<sup>2</sup>. Además, se contaba con que la caída de Londres produciría revueltas en la Escocia calvinista y la Irlanda católica que ayudarían a destronar a Isabel. Alejandro Farnesio creyó mejor embarcar las tropas en los Países Bajos para no arriesgarse a los peligros del transporte naval. Esto, sin embargo, eliminaba el factor sorpresa, ya que dirigirse hacia Dunkerque retardaría la empresa además de exponerse ante la flota inglesa. Del proyecto presentado por Santa Cruz cabe decir que sólo quedó el nombre en su puesta en escena: el marqués había pensado en una flota *Invencible* por su número, de hecho de doble magnitud que la inglesa, con lo que era posible enfrentarse a los ingleses en el mar y a la vez desembarcar a los Tercios sin exponerse a peligro alguno. Las halagadoras palabras de Santa Cruz al rey terminaron por consolidar el proyecto de la *Invencible*, mientras que éste aludía a la voluntad divina como parte esencial del éxito.

---

<sup>1</sup> Es curiosa la inicial (e incluso airada) respuesta del rey: *¿No les debe parecer famosa la de Flandes, ni deven pensar lo que se gasta en ella? Poco fundamento tiene lo de Inglaterra.*

<sup>2</sup> Éste fue uno de los muchos planes trazados por los consejeros del rey. Finalmente se desestimó la opción de un ataque directo desde la Península, reuniendo para ello en un solo grupo a la Armada y los Tercios.



Aunque el proyecto inicial de Santa Cruz pudiera haber hecho verdadera la invasión de Inglaterra, no contempló las estructuras navales de la Monarquía Hispánica; pues, aunque existían astilleros y arsenales era inconcebible preparar una flota de tal envergadura. Además, el presupuesto que exigía el proyecto no era aplicable a la siempre y tan repetida mala situación financiera de la monarquía con lo que el proyecto final se quedó en ciento treinta naves (tan sólo veinticuatro de guerra, que regresaron todas intactas); obviamente, con la realidad, se iba eliminando el matiz de *Invincible* a la Armada propuesta por Santa Cruz. A la muerte de éste, Felipe II otorgó el mando de la expedición al duque de Medina Sidonia, hecho que dejó francamente desconcertado al recién nombrado almirante. De la relación epistolar que se conserva entre estos dos personajes se pueden extrañar hechos muy significativos y sorprendentes, como por ejemplo el que Medina Sidonia confesara a su rey:

*Señor, yo no me hallo con salud para embarcarme, porque tengo experiencia de lo poco que he andado en la mar, que me mareo (...) no es justo que la acepte —la empresa— quien no tiene ninguna experiencia de mar, ni de guerra, que no lo he visto ni tratado (...) que he de dar mala cuenta, caminando en todo a ciegas y guiándome por el camino y parecer de otros, que ni sabré cuál es bueno y cuál es malo.*

O también:

*Ir a cosas tan grandes con fuerzas iguales no convendría, cuanto más siendo inferiores como lo están... y así crea Vuestra Majestad que esto está muy flaco. ¿Cómo va a salir bien esta empresa con lo que lleva?*

Por toda respuesta Medina Sidonia recibió de Felipe II la plena y absoluta confianza en que Dios guiaría a sus naves y ejércitos hacia la victoria contra los herejes.

Mientras tanto Isabel I encargó a Drake los preparativos para la defensa, a quien se puede atribuir el primer paso hacia la creación del futuro dominio naval inglés. La estrategia del corsario consistió en una fuerte apuesta por la artillería de sus naves, superior a la de Medina Sidonia. Este último confió en la victoria a imitación de Lepanto, es decir, en abordar las naves y dejar a la experimentada infantería el resto; Drake, consciente de esto, mejoró el alcance de sus cañones con lo que pretendió hundir las naves de la *Invincible* antes de ser abordado por éstas. Esta estrategia, junto a la ayuda de los *Mendigos del Mar* holandeses y sus *brulotes* (pequeñas lanchas incendiadas repletas de munición) fueron las ventajas de Drake frente al almirante andaluz, quien vio a su flota derrotada en la decisiva batalla de las Gravelinas. Tras ésta, la opción de Medina Sidonia para no arriesgar más a sus naves y hombres fue la de rodear las islas británicas eludiendo así el



bloqueo anglo-holandés del Canal de la Mancha, aunque las tormentas acabaron por diezmar la expedición. Por mucho que Felipe II aludiera más tarde a que había enviado a sus naves a luchar contra los hombres y no contra los elementos, la opinión de Stradling sostiene que *nadie se ocupó en España de construir galeones, de fabricar una artillería apropiada y, en definitiva, de crear todo un aparato naval permanente*<sup>3</sup>. El mito creado en torno a la derrota del poder naval hispánico con la *Invencible*, difiere mucho de la realidad histórica: tras el desastre de 1588, Felipe II fue consciente de la necesidad de fomentar un poder naval fuerte para sostener su hegemonía mundial *pues no va en ello menos que la seguridad de la mar y de las Indias y de las flotas dellas, y aún de las propias casas*. Una vez asumido este concepto, Felipe II emprendió una política de construcción naval sin precedentes; de este ímpetu surgieron la *Flota de Barlovento*, la *Flota de los Mares del Sur*, *Los Doce Apóstoles* (de más de mil toneladas) y setenta naves de guerra más, que no en vano incitaron el temor de Isabel I ante una posible segunda invasión. Con la misma iniciativa se fortificaron ciudades costeras, tanto en la Península como en otros puntos de la Monarquía y —para mayor pasmo, pues habían sido prohibidos por los Reyes Católicos en 1498— se facilitaron préstamos para construir naves dedicadas al corso y se eximió del pago del *Quinto Real*, fructificando bases en Cantabria y Galicia a modo de protección de las costas, las rutas y los corredores militares. El caso del corso hispánico fue verdaderamente curioso, no solamente por el caso de «amnesia histórica» de los monarcas, sino por su carácter defensivo, en contraposición con el de los corsarios ingleses, franceses y holandeses. Los corsarios al servicio del Rey Prudente fueron considerados como un mal menor ante la imposibilidad de la Monarquía de asegurar todos los frentes, a pesar de la política de construcción naval. Cabe preguntarse si esta aceptación del corsarismo escondía en su interior la incapacidad de la Monarquía Hispánica para mantener a raya a sus adversarios en el mar.

### *Felipe III: los proyectos y la realidad*

Siguiendo las instrucciones de su padre, Felipe III se preocupó por cerrar todos los frentes bélicos que mantenía la Monarquía Hispánica; la Paz de Vervins (1598) y la Paz de Londres (1604) supusieron el fin de las

---

<sup>3</sup> A esto debería añadirse lo que Parker define como las consideraciones técnicas, tácticas y operativas que eran para ellos (los consejeros y el rey) un libro cerrado.

hostilidades con Francia e Inglaterra, respectivamente, mientras que la Tregua de los Doce Años (1609) posponía el conflicto con los holandeses hasta 1621. Sin embargo, que se cerraran los frentes de manera oficial, no significa que se cerraran de manera real: las hostilidades en el mar prosiguieron, de forma encubierta, en el Atlántico, el Pacífico, el Índico y en especial en la zona del Caribe.

La política naval iniciada por Felipe II se truncó en gran parte debido al clima de la *Pax Hispanica* y también por la sangría a las maltrechas finanzas (debido a la política de Carlos I y Felipe II) que suponía mantener a los ejércitos y la marina, estando los rivales en paz. Además, tanto la historiografía, que se ha centrado más en las figuras de Carlos I, Felipe II, Felipe IV y Carlos II por su trascendencia, como la tarea de los *reputacionistas*, al borrar el rastro de los *arbitristas* que rodearon a Felipe III, hace difícil encontrar algún indicio de sus actuaciones en el tema naval.

Lo que demostró ser un factor de gran valor para la Monarquía fue el papel del corsarismo como medio para la defensa de las rutas y las costas hispánicas, al igual que con los últimos años del reinado de Felipe II. Cada vez más a los corsarios se les atribuyeron nuevas funciones y así terminaron por cobrar más importancia y fueron insustituibles. Con el tiempo, los consejeros del rey tendrían más en cuenta al papel de este curso hispánico, que acabó apareciendo como un elemento indispensable en muchos proyectos navales.

El Mar del Norte cobró una renovada importancia ya que la estrategia en este medio era fundamental de cara al reinicio de las hostilidades con los holandeses. La monarquía encontró en la figura del marqués de Velada al hombre que debía planificar el poder militar naval de cara a enfocar el conflicto con ventaja, o al menos con igualdad, frente a los enemigos. Impresionado por la visión y los proyectos de Velada, Felipe III creyó conveniente reforzar la armada de guerra. En este proyecto del marqués —cuyo inspirador fue Gauna, pionero de la escuela vizcaína de pensadores y gestores en torno a la marina— se veía cómo la amenaza verdadera de la armada no era sólo por su poder militar sino que también se convertiría en un elemento de presión sobre la población y la economía de los rebeldes, ya fuera bloqueando sus puertos, cortando sus líneas de suministros o hundiendo su flota pesquera, base en gran parte de su economía. Esta política tuvo su éxito, ya que se hundieron cerca de dos mil barcos de pesca; pero, aunque la situación llegó a ser desesperada para los holandeses, no fructificó como se esperaba puesto que éstos consiguieron apoderarse de la *Flota de la Plata* recuperando con creces lo perdido.

Las únicas actuaciones de Felipe III ante el tema naval consistieron en seguir con la política del corso y la empresa del Mar del Norte, ambas ya perfiladas por su padre Felipe II. Con éstas se aseguró el rey mantener abierta la ruta de suministros hasta Flandes por la que mandar dinero, tropas, municiones y alimentos. Felipe III contribuyó a consolidar las rutas marítimas y a frenar un tanto las amenazas a las que estaban expuestas, aprovechando el periodo de relativa paz que se vivía en Europa. Antes de cerrar los conflictos con los ingleses y holandeses se constató la eficacia de las medidas tomadas por Felipe II tras el desastre de 1588: cada vez era más difícil y arriesgado irrumpir en el comercio hispánico<sup>4</sup>. Sin embargo, en Portugal las clases comerciantes y dominantes se quejaban a menudo —un descontento que crecería con el tiempo— del desentendimiento en el que cayeron sus rutas comerciales por parte de la monarquía, orientada hacia otras miras, usando para ello las infraestructuras navales portuguesas, algo común al resto de los reinos. El inicio de la guerra de los Treinta Años en 1618, brindó una nueva oportunidad para comprobar la eficacia de la política naval, sobre todo en el Mar del Norte. A modo de imitación de Carlos I, quien usó los puertos flamencos para atacar a Francia, Felipe III usó los corredores militares del Mar del Norte para actuar en el Imperio, jugando estratégicamente con la armada y el ejército terrestre.

El problema que surgió bajo el reinado de Felipe III, y que afectó a los reinados siguientes, fue la falta de hombres de mar experimentados, dolencia que ya afectó al Rey Prudente. Mientras que en el ejército terrestre se dieron figuras de renombre como don Ambrosio de Spínola; en el mar, desde la muerte de Álvaro de Bazán, no se produjeron figuras de su mismo talante, mientras que ingleses y holandeses iban proliferando cada vez más en barcos, tácticas y dotados hombres de mar, tanto para tripulación como para el mando. Sin embargo, las palabras como las del experto Semple fueron reiteradamente desoídas por el monarca y su círculo de consejeros:

*Tengo 40 años de experiencia tras de mí, de modo que los ministros de Vuestra Majestad harían bien en escuchar mis propuestas.*

---

<sup>4</sup> Por el contrario, el Caribe siguió un tanto desprotegido, algo que Felipe II abandonó con tal de centrar todos sus esfuerzos en la Armada de 1588.

*Felipe IV y Olivares*

Bajo el reinado de Felipe IV y el gobierno de Olivares la Monarquía Hispánica vio renovado su ímpetu militar y su propio canto de cisne como potencia hegemónica. El conde-duque de Olivares menospreció el poder naval frente al terrestre de los Tercios, llevando a cabo varias políticas militares en las que relegó la marina a un lugar secundario; la ironía del destino le llevó a dejar cierta cantidad de dinero en su testamento para la creación de una escuela de marinería. La ya tradicional desconfianza hacia mandos extranjeros fue más destacada en este período: los oficiales italianos, portugueses o flamencos del Rey Católico fueron paulatinamente retirados del poder y sustituidos por oficiales castellanos con escasa o nula experiencia; incluso a Ambrosio de Spínola le fue retirado su cargo de Almirante de las Galeras de Flandes.

En 1621 Olivares editó una cédula en la que, entre otros, figuraba un proyecto para la nueva guerra marítima por el que se pasaría a ampliar el corso y, evidentemente, a no incrementar la marina de guerra<sup>5</sup>. De nuevo un plan de la Monarquía chocaba con la mentalidad castellana y, hecho ya también tradicional, con las maltrechas finanzas puesto que el proyecto requería una inversión que se escapaba de los presupuestos. Otro punto del plan de Olivares consistía en la autofinanciación de una armada para cada reino según sus posibilidades, prestando especial atención al Reino de Nápoles y a la Corona de Aragón. A esta política contribuyó la obra de Anthony Sherley, dedicada a Olivares, y en la que se apostaba para que la Monarquía Hispánica encontrara un aliado en el Mar del Norte; de esta manera se cumplirían las previsiones del autor:

*Ingleses y holandeses se han convertido en los amos del mar y del comercio a costa de burlar nuestro poder en tierra (...) Su Majestad debe mantener una gran flota en las aguas de Flandes. No importa que existan sólo dos puertos apropiados, Dunkerque y Ostende. Ambos pueden ofrecer un fondadero seguro (...) para una flota que cerque a los rebeldes y estrangule el comercio que los sustenta hasta destruirlo.*

Ante estos planes surgieron dos nuevos problemas: la alarma por la financiación que el proyecto requería y, de nuevo, la envidia de los conse-

---

<sup>5</sup> En esta fecha Olivares creyó suficiente aumentar la flota del Atlántico hasta una fuerza de cuarenta y seis barcos, una cantidad que se aventuraba un tanto limitada ante el número de enemigos lanzados al mar.

jeros castellanos que expusieron otras tácticas ya que despreciaban a Sherley. Esto se justificaba con la vieja idea de la Monarquía Hispánica como una potencia en el ejército terrestre, lo cual se creía suficiente para vencer e imponerse.

La idea básica de Olivares radicaba en llevar a cabo completamente sus planes basándose en la colaboración de todos los reinos. Los informes encargados respecto de la política naval más conveniente a seguir especificaban (...) *formar para nuestra defensa marítima varias escuadras, de modo que esta Corona pueda realizar al fin la restauración comercial.*

Los planes de Sherley se apartaban, pues, de los planes elaborados por el valido. El autor inglés pretendía, básicamente, imitar a los rebeldes holandeses: explotar los puertos para la construcción y potenciar nuevas bases navales y comerciales, hechos que de paso animarían a la economía de los Países Bajos. En cuanto a la Península, seguiría ésta una política autárquica, lo que se traducía en un esfuerzo considerable para proteger las rutas hispanas y portuguesas.

Lo cierto es que con proyectos presentados por extranjeros o por el propio Olivares, en 1623 el proyecto para la reforma de *La Flota de la Plata* sólo prosperó al aceptar barcos holandeses e ingleses en las filas hispánicas ya que no quedaba otra opción *por la terrible escasez que padecemos en estos reinos*. El mismo año, Felipe IV debió pedir a las Cortes de Castilla más dinero ante las alarmantes noticias de un gran rearme de los holandeses y el peligro que esto suponía; de tal magnitud se consideró el asunto que por primera vez en la historia de la Monarquía Hispánica se triplicaron, durante seis años, los presupuestos anuales para la marina de guerra. Por su parte, Olivares se centró en intentar convertir a los aristócratas de Sevilla con intereses comerciales, en futuros miembros del aún por crear Almirantazgo, algo que en otros estados europeos se hacía desde aproximadamente un siglo.

El estancamiento militar terrestre hizo que se valorara la marina de guerra a finales de la década de 1620 e inicios de la de 1630: se protegieron mediante corsarios los convoyes hacia los Países Bajos (que a su vez debían traer productos procedentes del Báltico) y se aprovecharon los períodos invernales para impulsar el corso hacia los rebeldes. Como testimonio de estos éxitos nos han llegado las palabras de Manuel Sueyro, un espía en Zelanda, en las que advertía la cólera causada entre los rebeldes a causa de las acciones navales hispánicas. Otras voces, como las del cardenal De la Cueva, o la propia gobernadora de los Países Bajos, Isabel, confirmaban esta opinión, añadiendo que el deseo de venganza de las Provincias Unidas contra la Monarquía Hispánica se estaba convirtiendo en deseo de reconciliación.

A esta derrota de los rebeldes se debe sumar la de los otros enemigos. Inglaterra, en este caso, fue quien sufrió las iras de los corsarios hispánicos, incluso en la ciudad de Londres. También allí la situación se invertía contra el enemigo y las mismas voces que empezaron a pedir la guerra pasaron ahora a pedir la paz.

Ahora bien, si esta política del corso aportó tales beneficios a la Corona, la prohibición de comercio con el enemigo afectó a la propia monarquía. Desde los Países Bajos se veía cómo esta medida estaba poco a poco arruinando el país. Retama llegó a decir al rey y a su valido que estas medidas que ahora aportaban quejas podían acabar con una rebelión en las «provincias obedientes». En 1627 las oleadas de protestas se hicieron más evidentes, pero nada se hizo desde el seno de la monarquía, puesto que ahora el conde-duque de Olivares tenía la vista fijada en el Báltico a resultas de la guerra de los Treinta Años. Con fecha de 1628 se encuentra un memorial de Olivares en el que se pone de manifiesto el pensamiento del valido en cuanto a la estrategia naval. En este caso el valido consideraba una guerra ofensiva por mar como *la ruina de un Estado*, con lo que su posición final consistió en intentar recurrir a la fuerza del Emperador para unir sus naves y cortar las líneas de suministro de los enemigos, hundiendo así la economía de las potencias protestantes del Báltico. Sin embargo, contra este plan se alzaron las voces de los comerciantes de Amberes, quienes querían reactivar su maltrecha economía y no contribuir de nuevo con sus barcos, hombres y dinero a un nuevo proyecto. Además, una guerra contra las potencias del Báltico les aportaría un nuevo enemigo a sumar a los holandeses e ingleses. Pero de nuevo Olivares atendía a otros asuntos: en esta ocasión a una posible invasión de Inglaterra para lo que necesitaba la colaboración de Francia, y por ello era necesario que Olivares pactara con Richelieu una posible ayuda en el asedio a La Rochelle. Poco a poco, el valido fue acrecentando sus expectativas respecto al poder naval, llegando a incluir en su lenguaje cotidiano metáforas relacionadas con el mundo del mar. Según Stradling, *la sal había entrado definitivamente en sus venas (...)* Su mente se veía estimulada por la dimensión marítima de su trabajo. Se veía a sí mismo como piloto de la nave del Estado.

Poco a poco Olivares fue prestando más atención al mar, pero no por interés real, sino por la cada vez más desastrosa situación de los ejércitos hispánicos y por las llamadas *guerras relámpago* que contribuían a la sangría de dinero que escaseaba con el paso del tiempo. A su vez, el Almirantazgo se hallaba en una verdadera lucha interna para hacerse con el poder, de la que Spínola dejó un testimonio:

*... me veo obligado a reconocer los problemas cada vez mayores por la falta de inteligencia entre el personal del Almirantazgo.*

La situación fue a peor en el momento en que todos los oficiales de las flotas que no eran castellanos fueron relevados de sus puestos de mando, siendo sustituidos por castellanos poco o nada cualificados. La corrupción que se dio de inmediato paralizó todas las operaciones en activo o en proyecto. Según la gobernadora Isabel:

*Nada impedirá la ruina de estas armadas, lo que sería de lamentar considerando la cantidad de bajas que han causado en nuestros enemigos.*

En esta delicada situación se tuvo que prestar atención al Atlántico, espacio por el que navegaban a sus anchas piratas y corsarios y por lo que se paralizaron todas las acciones navales. El nuevo empeño militar de Olivares para firmar (a estas alturas y viendo la realidad) una paz honrosa con las Provincias Unidas, hizo al válido sopesar la importancia de las acciones navales. La plena conciencia de la armada como un poder efectivo llevó al válido a impulsar más el tema naval. Las palabras del marqués de Gelves reconfortaron más aún a Olivares:

*Cada escudo gastado en la armada aprovecha más que diez destinados a los Tercios, y no sólo por el daño acusado al enemigo, sino porque devuelve la inversión a la Corona (...) Dicha armada, sin embargo, demanda alguien que conozca la gente de la flota y sepa afrontarse a los problemas cuando surgen.*

La archiduquesa Isabel fue, de nuevo, quien puso un tono de realidad en los proyectos de Olivares al instarle a buscar oficiales aptos y a establecer puntos estratégicos de control en el Mar del Norte y el Sund; sin embargo, los múltiples frentes abiertos en la Monarquía Hispánica hacían de cualquier proyecto una fantasía en cuanto a su financiación, sobre todo por la negativa de Felipe IV ante cualquier proyecto que fuera más allá de Castilla.

A partir de entonces los desastres tocaron plenamente a la monarquía y a sus flotas. La media de duración de un navío con la bandera de la Monarquía Hispánica era de tan sólo setenta días en el mar. La desolación se empezó a apoderar de los barcos, llegando al extremo de quedar algunos de ellos en los puertos pudriéndose, al no poder pagar ni a las tripulaciones ni los víveres.

Los rebeldes holandeses apresaron dos veces seguidas la *Flota de la Plata*, logrando que su enemiga acérrima no renovara en absoluto sus mal-



trechas finanzas; además, el gran botín logrado por los *Mendigos del Mar* sirvió para frenar el descontento en las Provincias Unidas y recuperarse de las pérdidas en la guerra. El poderoso coloso hispánico se tambaleaba y su mejor baza, la armada, le seguía los pasos. El embajador de Venecia en Madrid envió una carta al Senado en 1632 en la que decía:

*... los holandeses son ahora más que nunca los amos absolutos del mar; pues España ya no tiene marineros y apenas alguna fuerza naval de relieve.*

Desastres como Matanzas destrozaron al completo la armada y la moral, pues cada vez abundaban menos los hombres dispuestos a morir en el mar. La desesperación por cubrir todos los frentes, en una clara inferioridad, llevó a que escuadras enteras sucumbieran a causa de los temporales en un desesperado intento de llegar a salvar tal puerto. Los corsarios también fueron víctimas de esta derrota general y cada vez eran más las víctimas ante los holandeses. En 1630 el monarca sueco Gustavo II Adolfo consiguió destruir una importante escuadra hispánica en el Báltico con lo que, además de dinamitar el proyecto hispano-imperial de dominio de la zona, se cortó la vía de suministros de materias primas necesarias para la construcción naval. Con el conflicto con los holandeses abierto y en el peor momento para la Monarquía Hispánica, la Francia de Richelieu declaró la guerra en 1635. El marqués de Aytona aseguró a Felipe IV:

*El mayor daño que podemos infligir a Francia es destruir su comercio y asegurarnos así la quiebra del rey francés.*

Así, la armada era imprescindible en esta estrategia para nuevas guerras. El problema residía en que la guerra era para Francia un conflicto que iniciaba en un buen estado, mientras que la Monarquía Hispánica estaba, desde 1618, enfrascada en acciones militares por toda Europa. El proyecto de Aytona hacía bajar la guardia en las defensas francesas en el Atlántico, el Mar del Norte y la Península, embarcándose en nuevas reclutas —cada vez más difíciles— y en imposibles financiaciones. Otro error fue la poca previsión del rey y el válido en las alianzas entre Francia y las Provincias Unidas: eran ya dos enemigos muy poderosos en el mar, un medio que cada vez era más adverso para la Monarquía Hispánica. Los apoyos de los *reinos periféricos* eran nulos, pues sus infraestructuras estaban ya agotadas. Olivares decidió entablar negociaciones con Carlos I de Inglaterra para hallar soporte económico y servicios logísticos, pues hasta entonces usaban únicamente los puertos ingleses como puntos de refugio y reunión de los bar-



cos. Sin embargo, los ingleses fueron lentamente retractándose de sus iniciales posiciones a medida que los acontecimientos se sucedían.

El desacuerdo de los gobernadores de los *reinos periféricos*, así como el inicio de las revueltas de Cataluña, Andalucía, Nápoles y Portugal hicieron que Olivares aceptara el fracaso de las empresas que se habían planeado, como, por ejemplo, el de *un ataque definitivo contra Francia, lanzado desde ambos mares (...) y así hemos resuelto hacerlo si Dios quiere ayudarnos*. Para más desesperación de Olivares, un espía castellano en La Haya informó sobre los rumores de actuación franco-holandeses:

*Han comprendido que por sí solos pueden destruir la mayor parte de los negocios por mar y elevar al doble el coste de los actuales (...) perciben también que los españoles se resisten a abandonar sus métodos, que están encantados por las presas de los corsarios, y aún depositan toda su confianza y fe en grandes flotas comandadas por inexpertos.*

Las angustias de Madrid crecían ante tales palabras, y el gobernador don Fernando de Austria no auguraba una situación mejor:

*En el canal, el general Dorp está a la espera con sus barcos de guerra. Por si ello no bastara, el conde de Oñate me avisa que tanto los holandeses como el rey de Francia se esfuerzan por sumar a los suyos los barcos del rey de Inglaterra contra nosotros (...) Como veis, desde todas partes se nos condena y amenaza.*

Todos los planes que Olivares tramó resultaron estériles. Alcalá-Zamora estimó las pérdidas de la Monarquía Hispánica entre 1638 y 1640 en más de cien naves, doce almirantes, cientos de oficiales y veinte mil marineros. Mientras estas cifras golpeaban a la Monarquía, Felipe el Grande emulaba a Felipe el Prudente aceptando el devenir de los acontecimientos como la voluntad divina del Ser Supremo, agradeciendo de antemano la victoria que le sería dada. En 1639, las dos batallas de Las Dunas, el almirante Tromp asestó un golpe total y absoluto al quebrado poder naval hispánico: las grandes pérdidas sufridas constituyeron un bache que la Monarquía Hispánica no superaría hasta el reinado de Carlos III. La *Flota de la Plata* ya sólo llegaba a costa por las acciones tan heroicas como suicidas de algunos oficiales muy entregados. Tras la caída del valido, Felipe IV tomó las riendas del poder. Algunos consejeros sugirieron la idea de aceptar en la precaria marina a corsarios holandeses leales, hecho al que el Consejo de Guerra reaccionó casi con horror:

*No es conveniente permitir la entrada de los extranjeros con sus barcos (...) pues o bien se convertirían en piratas que infesten aquellos mares o saquearán en su propio provecho. Además, la flota se considera suficientemente fuerte.*

Afirmar que la flota era aún fuerte era un verdadero eufemismo: los corsarios hacía ya tiempo que se autofinanciaban mediante sus pocas presas y lo peor era que la propia marina les tuvo que copiar la táctica.

Por otra parte, catalanes junto a franceses ocuparon enclaves estratégicos como Rosas y Tarragona, bases que sirvieron para realizar incursiones a los puertos hispanos del Mediterráneo. Stradling ha comparado la situación naval hispánica en este momento con una representación teatral, en donde el público ve casas y bosques en lo que es únicamente un decorado.

En 1648 la guerra se paralizó un tanto, debido a la paz con las Provincias Unidas; para Francia era un momento difícil, ya que Mazarino debía concentrarse en la insurrección de la Fronda, girando su poder militar hacia su casa. La paz con las Provincias Unidas y la capitulación posterior de Barcelona ofrecieron a Felipe IV, sino una ventaja, un respiro. El caso de Portugal seguía abierto y se convirtió en una obsesión para Felipe IV. Cabe añadir a este ambiente que el Lord Protector Cromwell firmó un tratado comercial con los Braganza y un pacto de amistad con Francia en 1655; ese mismo año pesaba una seria amenaza sobre la isla La Española, por mano de Inglaterra, que finalmente ocupó Jamaica ante la pasividad forzada del Rey Católico.

El pacto de amistad anglo-francés se tornó en 1657 en una alianza defensiva contra la Monarquía Hispánica. La guerra contra Inglaterra llevó a reunir todos los barcos posibles, fuera cual fuera su nacionalidad. Las reformas militares navales del Lord Protector<sup>6</sup> y la pericia de sus almirantes, como Blake y Oliver, convirtieron finalmente la esperanza de Felipe IV en un sueño frustrado. Las ilusiones militares de antaño de poco servían ahora. El miedo al fracaso llevó a algunos consejeros a escribir palabras como: *tenemos que construir una gran armada, con la que rechazar al enemigo. Don Juan de Austria será su almirante... pero no hay dinero para nada y no podemos apelar a ninguna fuente.*

Diego Enríquez de Villegas, experto comentarista militar, ideó una escuela en 1657 para generar una clase de nobles castellanos marineros, a

---

<sup>6</sup> Domínguez Ortiz y Stradling consideran que las acciones de Cromwell en la guerra franco-hispánica pusieron fin al punto muerto, debido al equilibrio y desgaste de ambas potencias tras 1635 y especialmente tras Rocroi en 1643.

modo de academia militar. Su plan, como otros tantos, se obvió en una Castilla con una clara y marcada cultura militar terrestre.

La reputación del poder militar se le arrebató a la Monarquía Hispánica. Las Provincias Unidas e Inglaterra quedaron como las potencias marinas, y Francia como la potencia militar terrestre. La Monarquía Hispánica era la gran derrotada.

### *Conclusiones*

Visto el panorama en el ámbito naval entre las fechas de 1517 y 1659, se pueden extraer varias conclusiones que ponen en duda la existencia de un poder naval hispánico, tal y como en ocasiones se ha presentado.

Ante todo, habría que desmitificar dos aspectos en concreto: los éxitos *cristianos* que han pasado como *hispánicos* y las victorias psicológicas. Del primer aspecto se ha visto cómo las acciones como la toma de Túnez o la victoria de Lepanto no fueron logros exclusivamente hispánicos, sino que contribuyeron otros estados europeos en función, evidentemente, de sus intereses particulares, como, por ejemplo, el preservar de peligros sus rutas comerciales de las que dependía su economía. Respecto a las victorias psicológicas se debe resaltar lo hondo que caló la derrota en los vencidos; aunque el Imperio otomano y la propia Monarquía Hispánica se recuperaran materialmente de los efectos de las respectivas batallas, no lo hizo del todo su mentalidad, en la que siempre quedó el estigma de la derrota. Como ejemplo de esto se puede tomar el caso del Imperio otomano que a los pocos años de Lepanto volvió a tener la misma fuerza en el Mediterráneo aunque ya no se aventuraron a combatir tan decisivamente contra los cristianos.

Una segunda conclusión radicaría en lo tardía que fue en la Monarquía Hispánica la percepción del poder naval como pieza estratégica para el dominio mundial. En 1760, Choiseul, el primer ministro francés, decía:

*En el estado actual de Europa son las colonias, el comercio y, en consecuencia el poder naval, lo que determina el equilibrio de fuerza en el continente.*

Esto que en el siglo XVIII se tenía tan claro, en los albores de la Época Moderna no era tan apreciado, pero entre 1490 y hasta la aparición del ferrocarril, en 1840, nos encontramos con la edad de oro del poder naval. Según Mahan: *una época en la que el control de las aguas de importancia estratégica decidía el equilibrio de fuerzas tanto en Europa como fuera de ella.*

Aunque a comienzos del Renacimiento no se tuviera la perspectiva de Choiseul, es obvio que estados como Inglaterra o las Provincias Unidas vieron en el mar su futuro, la clave de su poder comercial y económico, para lo que era necesario desarrollar su poder naval. En la Monarquía Hispánica, y pese a ser la que tenía el monopolio americano, no se tuvo esta perspectiva: no se vio qué se podía obtener con dominar el mar. Haría falta una derrota que sería sonada en Europa para que se apreciara el error. La fecha de 1588, y contrariamente a lo establecido comúnmente, marcó el inicio del poder naval hispánico o, al menos, la preocupación real por éste. Felipe II tomó buena nota de la derrota de la *Invencible* y se preocupó por crear una marina a la altura de las circunstancias; pero dinero, barcos y hombres ya se habían perdido y, lo que fue fatal, los estados rivales ya habían empezado a jugar la baza del poder naval y a probar su eficacia. Resulta irónico encontrarse con que fue el propio Felipe quien en 1555, como rey consorte de Inglaterra, previno a los ingleses de los riesgos que corrían sus desprotegidas costas y el estado de su marina ante una posible invasión.

Por otra parte, otro grave error fue confiar en las estructuras navales de los llamados *reinos periféricos* para los objetivos que se marcaban desde Castilla. Con esto el poder naval hispánico se fue también castellanizando, pero a la vez no se dieron medidas ni para acrecentar el poder naval de Castilla, ni para suplir las deficiencias de los demás reinos en su obligado servicio al rey. Como ejemplos podemos tomar los casos de Portugal, los Países Bajos y la ciudad de Barcelona.

Con la incorporación del Reino de Portugal a la Monarquía Hispánica en 1580, bajo el reinado de Felipe II, las estructuras navales propias de Portugal y enfocadas a su comercio en Asia, India y Brasil, tuvieron que adaptarse a las demandas de Castilla. Esto provocó un claro declive del comercio portugués ya que sus estructuras navales no obedecieron a su función, además de un resentimiento de la clase comerciante portuguesa.

En los Países Bajos ocurrió algo similar. Con el inicio de la guerra de los Ochenta Años entre la Monarquía Hispánica y las Provincias Unidas, los intereses comerciales propios de los Países Bajos se vieron obligados a cambiar debido al contexto de la guerra que inició la Monarquía Hispánica, un hecho que, como en Portugal, causó grandes recelos e inestabilidad social.

Carlos I necesitó la ayuda de la flota de guerra genovesa para imponerse a Francia en un episodio más de las guerras franco-hispánicas mantenidas a lo largo de su vida por el César. Como compensación, el monarca ofreció a los genoveses el comercio del Mediterráneo que conectaba con Sevilla, eliminando los intereses de la Corona de Aragón, quien hasta entonces controlaba la ruta.

Estos son unos ejemplos de cómo los intereses hispanos afectaron a los reinos hispánicos y, por lo tanto, de cómo la dependencia de las estructuras navales de estos reinos periféricos no estimularon una política naval desde Castilla a la altura de las circunstancias, sino que, por el contrario, llevaron a una confianza extrema en los recursos foráneos. A la vez, con las clases dominantes de los reinos periféricos más disgustadas (y susceptibles de rebelarse) con la política de Castilla, se tuvo que ceder a sus demandas olvidando, obviamente, los enfoques que se dieron a tales estructuras externas de Castilla.

Un factor más a sumar al tema naval era el hecho de que los «extranjeros» fueran mal vistos e incluso odiados si acaparaban demasiado la atención del monarca. Fue así cómo gente experimentada en los temas navales fue dejada de lado a favor de castellanos con una experiencia naval inferior; a veces, incluso nula. Las voces de consejeros expertos, como Semple, Spínola y Sherley, entre otros, fueron desoídas e incluso enmudecidas por castellanos que no soportaban la presencia extranjera en los círculos de poder de la Corte. De la misma forma, los oficiales fueron desplazados por otros de procedencia castellana aunque, como Medina Sidonia, reconocieran que lo único del mar que sabían era de sus mareas.

Un nuevo error de la Monarquía residió en que tras la *Invencible* el verdadero problema que surgió, y que no se subsanó, no fue tanto la pérdida de barcos, sino la pérdida de hombres de mar. Tras 1588 Felipe II ordenó la construcción naval como prioridad pero no se preocupó por la formación de gente para tripularlos ni para mandarlos en combate. El almirante británico Nelson reconocería visitando Cádiz que:

*Los españoles son capaces de hacer buenos barcos, aunque no consiguen preparar hombres.*

El detalle de Olivares en su testamento, dejando cierta cantidad para la creación de una escuela de marinería, así como el proyecto de Villegas en 1657, son buenos testigos de este hecho.

Como último aspecto sobre el poder naval hispánico ha de valorarse el papel del corso. En 1498 los Reyes Católicos con la *Pragmática Sanción* prohibieron para ellos y sus herederos la práctica del corso por parte de sus súbditos. Felipe II, ante las circunstancias, debió ceder en ese punto olvidando esta ley y estimuló el corso. Este es un aspecto de la política naval hispánica muy chocante. Los corsarios eran muy mal vistos en toda la Monarquía —llamados también perros, malditos y mendigos del mar— pero a la vez fueron necesarios para defender los puertos y rutas comercia-

les ante la avalancha de incursiones enemigas por parte de holandeses, ingleses y hugonotes franceses. Esta medida significó que la Monarquía Hispánica se veía incapaz por ella sola de actuar en todos los frentes con sus propios recursos. También cabe decir que el corsarismo era visto por los contemporáneos y por algunos historiadores actuales, como el «recurso del débil» ante la conciencia de inferioridad. A medida que avanzó el tiempo y los enemigos se hicieron más fuertes y se incrementaron, los corsarios se iban convirtiendo en más necesarios. Esto quedó reflejado en las ventajas que se otorgaron a estos marinos: se les subvencionaba la construcción del barco, las provisiones, el pago de las tripulaciones e incluso se les eximió del pago del *Quinto Real*; es decir, la parte del botín que correspondía a la Monarquía. Los corsarios, inicialmente, actuaron como apoyo a la armada de guerra, pero finalmente acabaron como único recurso para proteger el Caribe, los puertos peninsulares y los convoyes con suministros y tropas por los corredores militares.

Por otra parte, la Monarquía Hispánica desaprovechó las oportunidades de mejorar sus flotas. Por ejemplo, durante la Tregua de los Doce Años se dieron ambos contendientes un respiro para recuperarse y renovar su poder. Mientras que las Provincias Unidas buscaron aliados e impulsaron en gran manera su poder militar, la Monarquía Hispánica cerraba un frente y abría otros como consecuencia del papel de árbitro que debía jugar como fuerza hegemónica (la Guerra de Mantua) y su parentesco con los Habsburgo de Viena (el involucrarse en la Guerra de los Treinta Años). Con estas premisas no era de extrañar que tras la tregua, las Provincias Unidas se hubieran convertido en una potencia militar y naval de primer orden. La Monarquía Hispánica no pudo tampoco centrarse del todo en su poder naval: las estructuras navales de los Países Bajos no se recuperaron al mismo ritmo que las de las Provincias Unidas, en gran parte debido a su relegación a los intereses castellanos, y Portugal debió soportar la incursión en sus dominios asiáticos de los corsarios ingleses y holandeses. Con la conciencia de este hecho que ya se tenía en la época, no debe sorprender que los rebeldes holandeses rehusaran ampliar la duración de la tregua, en un momento en que eran superiores; frente a esto, la Monarquía Hispánica daba ya signos claros de un evidente desgaste a todos los niveles, desde lo económico hasta lo militar.

Actualmente, y desde nuestra perspectiva, puede parecer imposible ver cómo un pequeño territorio como las Provincias Unidas se hiciera con la victoria ante el poderoso gigante que parecía la Monarquía Hispánica. La clave de la victoria fue que este pequeño territorio centró todos sus esfuerzos e intereses en un gran desarrollo de los asuntos navales, que le daría la solución económica y militar teniendo, evidentemente, plena conciencia de

que se jugaba el éxito a la carta militar únicamente; de hecho, significó su supervivencia entre 1565 y 1609. El desarrollo de este plan, la estrategia con la que se hicieron los holandeses, les otorgó el éxito frente a ese gigante tan inmenso y poderoso, pero que tardó en jugar, y jugó mal, la carta estratégica que le tocaba y que no desarrolló suficientemente.

No se daría hasta el reinado de Felipe V, y con la política italiana de Alberoni, la recuperación de la preocupación por el mar, al observar la estrategia británica y su desarrollo y éxito. Tras las reformas de Carlos III, la marina de guerra llegó a ocupar una tercera posición, tras Gran Bretaña y Francia, y en igual nivel que Rusia; sin embargo, ya ha sido señalado el problema casi endémico de la flota en las citadas palabras de Nelson: la falta de hombres aptos para su manejo.

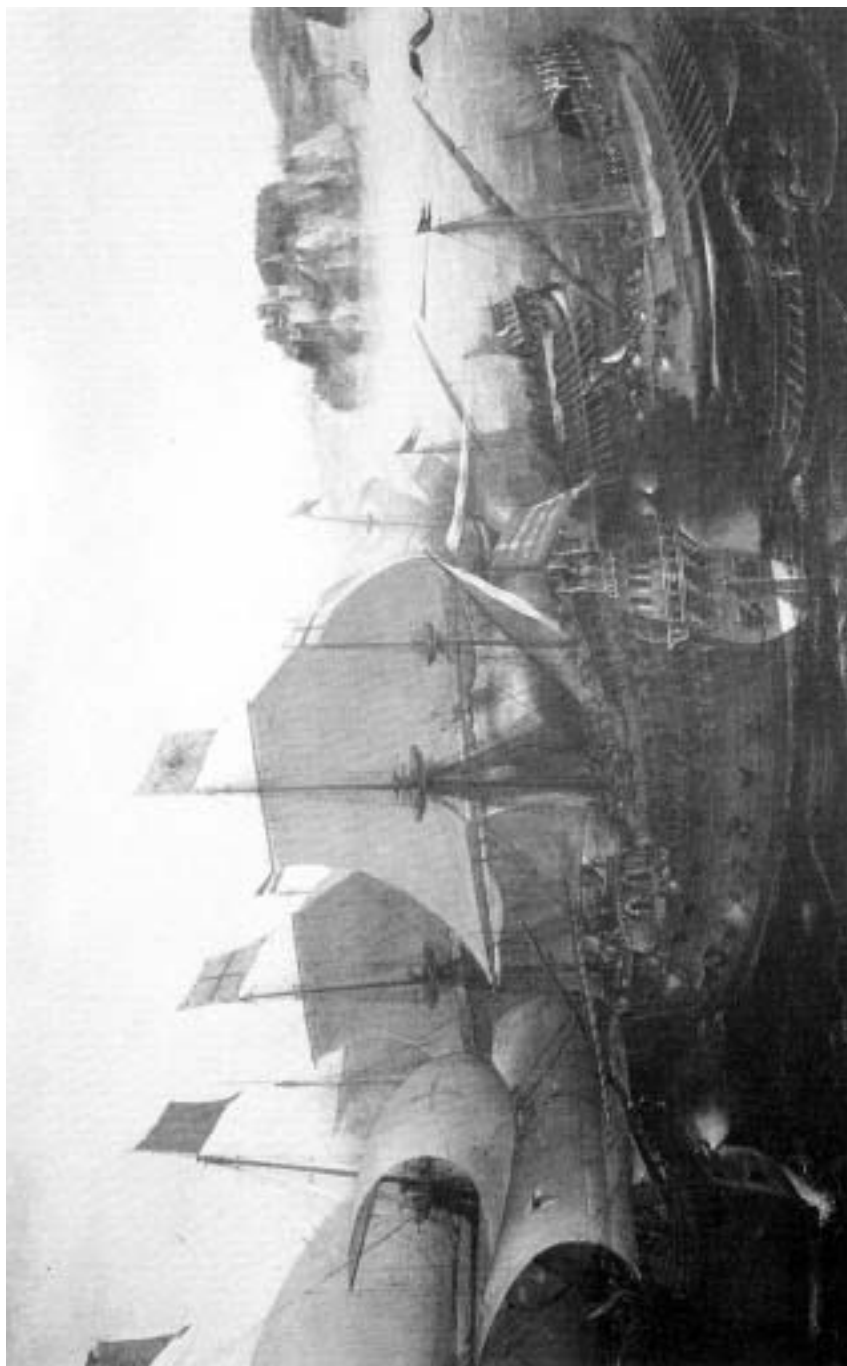
## BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, M.S.: *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.
- BENNASSAR, M.B.; JACQUART, J.; LEBRUN, F.; DENIS, M.; BLAYAU, M.: *Historia Moderna*, Akal, Madrid, 1998.
- BLACK, Jeremy: *A military revolution? Military change and european society, 1550-1800*, MacMillan, Londres, 1991.
- BRAUDEL, Fernand: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- CERVERA, José: *La estrategia naval del Imperio: auge, declive y ocaso de la marina de los Austrias*, San Martín, Madrid, 1981.
- DAVIS, Ralph: *La Europa atlántica: desde los descubrimientos hasta la industrialización*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
- ELLIOTT, John H.: *La España imperial, 1469-1716*, Vicens Vives, Barcelona, 1998.
- FERNÁNDEZ, Manuel: *Carlos V, el César y el hombre*, Espasa, Madrid, 2000; IDEM: *Felipe II y su tiempo*. Espasa, Madrid, 1999.
- GRAHAM, Winston: *The Spanish Armadas*, Collins, Londres, 1972.
- PARKER, Geoffrey: *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Crítica, Barcelona, 1990; IDEM: *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, Alianza, Madrid, 2000; IDEM: *Felipe II*, Alianza, Madrid, 1987; IDEM: *La gran estrategia de Felipe II*. Alianza, Madrid, 1998.
- ORTEGA Y MEDINA, J.A.: *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico. Siglos XVI-XVII*, Algazara, 1992.
- PARRY, John H.: *Europa y la expansión del mundo, 1415-1715*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
- RODRÍGUEZ, María José: «Felipe II y la crisis post armada: política exterior y rebelión, 1588-1594», en *Instituto de Historia y Cultura Naval*. Madrid, 1993.
- STRADLING, Robert A.: *La armada de Flandes. Política naval y guerra europea, 1568-1668*, Cátedra, Madrid, 1992.
- VAN LOON, Hendrik: *La conquista de los mares: historia de la navegación*, ed. Luis Miracle, Barcelona, 1936.





*Batalla de Tímez*



*La Armada Invencible (Kunstmuseum, Frankfurt del Main)*



*Situación de las escuadras movilizadas por las cuatro grandes potencias marítimas, 10 de septiembre de 1639*

## EL NORTE DE NUEVA ESPAÑA EN TIEMPOS DE CARLOS III

Gabriel RODRÍGUEZ PÉREZ  
Coronel de Infantería, DEM.

### *Antecedentes*

**D**ESDE que en 1521 Hernán Cortés completó su prodigiosa hazaña, con unos cientos de españoles y unos miles de indios *tlaxcaltecas*, comenzaron las expediciones de exploración y conquista hacia el norte y el oeste. Fueron llegando españoles a los que se fueron uniendo indios cristianos y fueron fundándose nuevas ciudades, villas y pueblos, cuyas poblaciones aumentaban continuamente, como fruto de la paz y del desarrollo de las fuentes de riqueza que se ponían en explotación. En 1535, aquel territorio, que el Emperador llamó «Nueva España» por sugerencia de Hernán Cortés, fue convertido en reino de la Corona de España y se le nombró su primer virrey. Cortés era capitán general, marqués del Valle de Oaxaca y dueño de una gran propiedad rural, pero ya no ejercía ningún cargo de gobierno. Entonces se estableció en su palacio de Cuernavaca y se dedicó a la explotación y mejora de su hacienda y a financiar expediciones exploradoras.

La gran actividad exploradora y pobladora se continuó realizando por iniciativa privada con la hueste como forma de organización. Las expediciones por tierra recorrieron desde Nueva Galicia (actuales estados mexicanos de Jalisco y Michoacán) hasta Sinaloa; las que se efectuaron por mar fueron dando a conocer las costas del Mar del Sur u Océano Pacífico. Inició estas expediciones exploradoras, en 1529, la de Nuño de Guzmán, que llegó hasta la costa de Sonora. Cristóbal de Oñate, nombrado gobernador de

Nueva Galicia, fundó Guadalajara (Guadalajara), su capital; puso en explotación las minas de plata de Zacatecas y llevó a cabo expediciones de exploración con las que llegó a cruzar la Sierra Madre Occidental. Ginés Vázquez de Mercado recorrió Sinaloa, donde fundó San Miguel de Culiacán y varios pueblos y reales de minas (campamentos mineros), y llegó hasta Sonora. Culiacán se convirtió en centro de nuevas exploraciones y, durante muchos años, fue la ciudad más avanzada en la costa del Pacífico.

Después se fueron organizando, sucesivamente, nuevas expediciones exploradoras y colonizadoras durante todo el siglo. Se fueron fundando ciudades, villas, pueblos, misiones, haciendas ganaderas o ranchos y reales de minas. Los colonizadores españoles en esta amplísima zona fueron sobre todo misioneros, campesinos y mineros, *impulsados por los alicientes de los indios por convertir, las tierras por explotar y las minas por descubrir y excavar*, como ha escrito el profesor Hernández Sánchez-Barba. Su avance era muy lento pero no se detenía. No había más medios de transporte que el caballo, la mula y el carro, con los que se avanzaba a través de una tierra sin caminos; ni siquiera límites, cruzando enormes extensiones desiertas o apenas recorridas por tribus indias nómadas. Esta difícil, y por tanto más meritoria, expansión, fue añadiendo nuevas tierras al reino de Nueva España, en el que el territorio que había ocupado el Imperio azteca se iba quedando cada vez más pequeño ante las grandes extensiones añadidas.

La más prodigiosa aventura de todas las exploraciones fue sin duda la de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que había salido de San Agustín de la Florida en 1528 y, después de haber recorrido gran parte de la cuenca del Mississippi hasta las Rocosas y descendido después hacia el sur, apareció cerca de Culiacán, con tres acompañantes, en 1536, cargado de información y experiencia sobre los territorios que había recorrido y las tribus que los habitaban. Por cierto, que no terminó ahí su actividad exploradora y descubridora, pues unos años después, siendo gobernador del Paraguay, descubrió las cataratas del Iguazú, como recuerda un grueso monolito al borde de uno de los senderos que, en la orilla argentina, dan frente a las famosas cataratas, cerca del «Hotel Internacional».

En 1539, fray Marcos de Niza fue de Nueva Galicia a Culiacán, desde donde dirigió una expedición que recorrió Sinaloa, Sonora, Arizona y Nuevo Méjico. Al final de su recorrido, los expedicionarios vieron unas altas masas rocosas, que parecían coronadas por sendas ciudades que brillaban al sol, y creyeron que habían encontrado las Siete Ciudades de Cíbola, uno de los mitos más populares por aquellos años. En realidad, eran los poblados de los indios *zuñis*, llamados también indios *pueblos*, por ser los únicos que habi-

taban en viviendas reunidas, las cuales eran casas colgantes con varios pisos, sobre cerros rocosos muy elevados, en los que era fácil la defensa.

Al regreso de fray Marcos de Niza, su relato produjo general impresión, avivándose la ya existente creencia en los mitos que circulaban. En este ambiente se organizó la expedición de Vázquez de Coronado, enviado a explorar por el virrey don Antonio de Mendoza, el primer virrey que tuvo el reino de Nueva España (decimos reino y no virreinato porque la primera es la expresión que hemos encontrado siempre en escritos de la época, mientras que la segunda sólo la hemos visto en escritos más recientes, además de ser más imprecisa, por corresponder más a la función y dignidad de virrey que al territorio). Vázquez de Coronado, sucesor de Cristóbal de Oñate en el gobierno de Nueva Galicia, fue nombrado capitán general de una expedición exploradora de trescientos jinetes, ochenta soldados veteranos de infantería y ochocientos indios auxiliares *tlaxcaltecas*, con mil caballos, piaras de cerdos y rebaños de carneros. Salió de Culiacán en 1540 y con fray Marcos de Niza como guía, recorriendo su misma ruta. Desde allí, envió tres expediciones a explorar, hacia el oeste, el norte y el este. La que fue hacia el oeste, al mando del capitán García López de Cárdenas, descubrió el Gran Cañón del Colorado. En aquella zona de Tíquez, donde había establecido su base, Vázquez de Coronado hizo soltar caballos, que fueron el origen de las grandes manadas en estado salvaje que se fueron formando en las praderas norteamericanas. Poco antes de regresar, tuvo conocimiento de los rumores que corrían entre los indios de la zona sobre la supuesta existencia de otra ciudad de fábula, Quivira, que los indígenas señalaban hacia el noreste, en dirección a la actual Kansas, pero el relato no le hizo cambiar sus planes. Al iniciar la marcha de regreso, dos misioneros se quedaron a evangelizar y fueron salvajemente sacrificados por indios de aquella zona. Vázquez de Coronado regresó muy quebrantado físicamente, hasta el punto de no poder volver a participar en más expediciones, pero la suya había valido por muchas, pues había traído a Nueva Galicia una completa información sobre la realidad de las tierras que había recorrido y sus condiciones, de incalculable valor para las siguientes exploraciones y para el poblamiento sistemático posterior. Actualmente, se le recuerda mucho en los estados del suroeste de Estados Unidos.

Simultáneamente a la expedición de Vázquez de Coronado por tierra, Hernando de Alarcón llevó a cabo otra expedición paralela por mar, con la que recorrió el golfo de California, hasta la desembocadura del río Colorado, y aportó una completa información sobre aquellas costas.

Al iniciarse la segunda mitad del siglo había desaparecido la anterior creencia en los mitos, a lo cual había contribuido notablemente la expedi-

ción de Vázquez de Coronado. Las expediciones se organizaron ya con más información y experiencia y, por tanto, con criterios más realistas. La más importante de dichas expediciones fue la del capitán don Francisco de Ibarra, un noble vasco muy apreciado por su valor, prudencia y honradez, y poseedor de una gran fortuna. Ibarra fue designado por el virrey don Luis de Velasco para la conquista de la Nueva Vizcaya, para lo cual organizó la expedición que, muy bien preparada y adecuadamente provista de todos los medios necesarios, salió de Zacatecas, ciudad muy rica por su minería y que se había convertido en centro irradiador de expediciones. Su primera fundación fue Fresnillo, en el valle de San Martín, donde existían ricos yacimientos de plata, que fueron la base de un rápido crecimiento y prosperidad. En Fresnillo se le unieron los primeros misioneros que envió el virrey para evangelizar la nueva provincia, cuatro franciscanos a cuyo frente iba fray Juan de Herrera. La noticia atrajo a numerosos colonizadores, que en su mayoría eran vizcaínos, paisanos por tanto del capitán Ibarra, cuyo prestigio también debió influir. Así pudo enviar a su teniente a fundar, en el valle de Guadiana, la villa de Durango, nombre de su villa natal, la cual se convirtió rápidamente en capital de Nueva Vizcaya. Estas acciones de exploración, conquista e inicio de la colonización de Nueva Vizcaya tuvieron lugar esencialmente entre 1563 y 1566. Después Ibarra continuó explorando y poblando, siguiendo el río Conchos hasta más al norte de Chihuahua. Posteriormente, con la decisiva guía y ayuda de la cacica cristiana Doña Luisa, que había servido de intérprete a Vázquez de Coronado, llegó a su territorio en Sinaloa, donde fundó la villas de San Juan y San Sebastián. Parece ser que esta actividad de Ibarra y su buen proceder influyeron decisivamente para que Sinaloa, hasta entonces perteneciente a Nueva Galicia, fuera agregada a Nueva Vizcaya por resolución real.

La geografía guiaba y determinaba la expansión, que avanzó más por las planicies centrales entre la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental, inclinándose más a ésta por sus buenas condiciones para el establecimiento de explotaciones ganaderas y agrícolas, condiciones que, en esta zona, eran mucho más favorables que en las desérticas extensiones del noreste. Fue así como Nueva Vizcaya se convirtió en la zona de más fundaciones nuevas y de partida de nuevas expediciones hacia el oeste, el norte y el este. En la selvática e insana costa del Seno Mexicano o Golfo de México, la expansión quedó detenida durante mucho tiempo en Tampico y Pánuco. En la costa del Pacífico, entre Nueva Galicia y Sonora, a las dificultades de su carácter escabroso, dominada por la Sierra Madre Occidental, se unían los ataques de indios belicosos que habitaban las zonas más abruptas. En dicha costa, la colonización se limitó a los valles, en cuya desemboca-



dura se fundaban las poblaciones, de las que la más importante fue la ya citada de San Miguel de Culiacán, la más avanzada durante muchos años, cuando hubo que abandonar los pueblos fundados más al norte. Canalizada la expansión por la Sierra Madre Occidental, el desierto llamado Bolsón de Mapimí y el río Grande del Norte, era Sonora la continuación natural. El avance siguió, lento pero continuo, aprovechando los pasos entre los abruptos macizos, que se alzaban como muros ante la marcha de hombres, caballos y carros. Y, como ha escrito el profesor Hernández Sánchez-Barba, podemos decir que *la conquista de Sonora fue una acción derivada de otra principal: el establecimiento, conquista y posterior colonización de Nueva Vizcaya.*

En estos años, hubo también una interesante actividad exploradora por mar. Fray Andrés de Urdaneta, que al ingresar en la orden franciscana ya era un experto piloto, descubrió la ruta de su nombre, que permitió el tornaviaje o regreso a Acapulco del galeón de Manila, siguiendo las corrientes favorables, desde las Filipinas hasta la altura del cabo Mendocino en la costa californiana, para después seguir costeando hacia el sur. Sebastián Vizcaíno exploró las costas de California llegando a dar una información muy precisa sobre las mismas, a las que tanto interés dio la ruta descubierta por Urdaneta.

En 1596 se fundó Monterrey, que sería la capital de la provincia de Nuevo León; y, en el mismo año, Juan de Oñate, hijo de Cristóbal de Oñate, iniciaba los preparativos de la expedición para la conquista y colonización de Nuevo México, que inició en 1598, al cruzar el río Grande del Norte y fundar El Paso del Río del Norte, abreviadamente El Paso, la más antigua ciudad de la mitad occidental de los Estados Unidos. El Paso fue, desde su fundación, el punto de enlace de Nuevo México con Nueva Vizcaya.

Al terminar el siglo XVI ya se había iniciado la expansión al norte del río Grande del Norte; mientras, en los extremos, la expansión seguía detenida en Tampico, en la costa del Seno Mexicano (Golfo de México) y en la costa del Mar del Sur (Océano Pacífico), próxima a Culiacán. Ya habían surgido ciudades, villas y pueblos, ranchos y reales de minas en toda Nueva Vizcaya y se había llegado a conocer bien las provincias de Sonora, Sinaloa, Nuevo León y Coahuila, cuya colonización se había iniciado.

Ya se habían dado episodios que demostraban el interés y poder efectivo de los misioneros en la defensa de los indios. Nuño de Guzmán, que había atropellado a los indios de Nueva Galicia hasta provocar su levantamiento, fue preso y remitido a España por el virrey Toledo para su enjuiciamiento, pues era oidor, es decir magistrado, y había sido presidente de la Audiencia de México. El sucesor de Ibarra en la gobernación de Nueva Vizcaya, Hernando de Bazán, fue destituido por su mal comportamiento con



los indios, y Juan de Oñate, pese a sus méritos, no fue nombrado para la gobernación de Nuevo México, como consecuencia de su dureza en la conquista de los poblados *zuñis*.

Al empezar el siglo XVII, lo más sobresaliente fue la conquista y colonización de Nuevo México. Juan de Oñate, hijo de Cristóbal de Oñate y criollo, es decir, nacido en el Nuevo Mundo, había fundado El Paso del Río Grande del Norte, como base y como enlace del nuevo territorio con Nueva Vizcaya. Después de dicha fundación, Juan de Oñate emprendió una expedición exploradora hacia el norte, con cuatrocientas personas, pobladores en su mayoría, más soldados y misioneros. Aunque, desde la expedición de Coronado, se tenía bastante información sobre las tierras que convenía colonizar, continuaron las expediciones de exploración, no sólo para conocer las zonas próximas sino también con la finalidad de descubrir el supuesto paso de Anián, que se decía que había descubierto el pirata inglés Drake. En busca de ese paso, la expedición de Oñate recorrió tierras de los actuales estados norteamericanos de Missouri, Nebraska e Iowa, durante 1601, y descendió siguiendo el curso del río Colorado hasta su desembocadura. También fundó la segunda ciudad del oeste de los actuales Estados Unidos, San Gabriel de los Españoles, y el primer emplazamiento de Santa Fe, que después, en 1609, quedaría fundada definitivamente en su emplazamiento actual. En San Gabriel tuvo lugar la primera representación teatral que se dio en Norteamérica y allí reunió una asamblea general de caciques indios de aquella zona. Para dominar el territorio, tuvo que atacar muy duramente el poblado *zuñi* de Acoma, en el que produjo una gran matanza al efectuar disparos de artillería contra los indios que lo defendían encarnizadamente. Después se sometieron los poblados *zuñis* (o *pueblos*) y se colonizó el territorio, que constituyó una nueva provincia, con el nombre de Nuevo México y capital en Santa Fe. Dos mil españoles fundaron ranchos en las zonas más fértiles, explotaron minas y establecieron cincuenta misiones, asignadas a otros tantos misioneros que llevaron a cabo una eficaz evangelización y se hicieron cargo de las primeras escuelas, pero la dureza con que actuó en Acoma se volvió en su contra y ya no fue nombrado gobernador de la nueva provincia. Fue su sucesor quien hizo la definitiva fundación de Santa Fe, en 1609, en el mismo lugar que hoy ocupa, junto al río Bravo (curso alto del Grande del Norte), en un fértil valle con vista a las cumbres nevadas de las Rocosas, formando un conjunto paisajístico parecido al de Granada y Sierra Nevada.

El siglo XVII fue el de la continuación de la obra colonizadora, sin prisa pero sin pausa. Las caravanas de los nuevos colonos iban llegando, como se ha dicho, sin más medios de transporte que el caballo, la mula y el carro, a

través de unas tierras sin límites a la vista ni más caminos que los que se habían ido abriendo con el uso entre las pocas ciudades y villas existentes. Como dice M.<sup>a</sup> del Carmen Velázquez: *al Norte del Reino de Nueva España, las tierras eran tan vastas (desde la costa atlántica hasta el río Bravo), que las poblaciones que se iban formando quedaban casi en completo aislamiento*. Más que una época de expansión territorial, lo fue de rellenar y dar consistencia a la colonización del territorio ya explorado y puesto en vías de colonización. Fue decisiva la acción de los misioneros para la asimilación de las tribus indias que, con bajísima densidad de población, aún vivían en el Neolítico y recorrían a pie, como nómadas, extensos territorios en los que tenían sus cazaderos. Su nivel de vida creció mucho cuando los misioneros los trasladaron del Neolítico al Renacimiento y les dieron vacas, ovejas y asnos, que mejoraron su alimentación y sus posibilidades de transporte que hasta entonces sólo habían podido hacer sobre sus propios hombros o espaldas. Pero no todas las naciones indias se avinieron a cristianizarse y adoptar la vida de los españoles. Hubo tribus belicosas, nada dispuestas a recibir a los misioneros ni a cambiar de vida. Así, mientras los *tepehuanes* de la zona del sur de Nueva Vizcaya y Sinaloa se convirtieron rápidamente, los *tarahumaras*, que ocupaban la escabrosa y extensa Sierra Tarahumara, entre Nueva Vizcaya y Sonora, y los *seris* de la zona costera de Sonora y otras tribus que habitaban las montañas al norte de Culiacán, se mantuvieron durante muchos años en actitud belicosa, hostigando a los nuevos pobladores, cuyos establecimientos les ofrecían el aliciente del pillaje. Ello dificultó mucho la expansión colonizadora en ciertas zonas, haciendo que fuera muy irregular y que avanzara más en el centro que en la zona costera del Pacífico. En la zona costera del Seno Mexicano, la larga detención en Tampico se debió a las difíciles condiciones de aquella costa con su espesura selvática y su insalubridad.

Las naciones más belicosas guerreaban de siempre entre sí y, al aparecer los españoles, también lo hicieron contra éstos. Esta inquietud permaneció sin que fuera un problema grave hasta 1680. A la dureza y ferocidad de los indios infieles llegaron a responder los españoles con los mismos procedimientos y, a veces, el empleo sistemático de la dureza en el trato llegó al mal comportamiento. Ello provocó, en 1680, en Nuevo México, la sublevación general de los *zuñis* y *apaches*, cuyo odio estalló con toda la barbarie de que eran capaces. Dice María del Carmen Velázquez: *... en odio de la nación española, los indios no dejaron piedra sobre piedra de los conventos y templos, y hasta las gallinas, los carneros, los árboles frutales de Castilla y aún el trigo, fueron destruidos y acabados. La guerra de reconquista allí duró muchos años y fue cruel y costó muchas vidas, tanto de*

*indios como de españoles*. Hay que tener en cuenta que estos españoles, en su mayoría, eran ya criollos; es decir, nacidos en el Nuevo Mundo y mestizos. Y el especial odio a los misioneros, que tanto se habían sacrificado por los indígenas, y a sus construcciones e incluso a los animales domésticos que tanto habían mejorado su difícil vida y su deficiente alimentación anterior, fue obra de la intervención de sus hechiceros, al frente de los cuales estaba el chamán Popé. El alzamiento de 1680 arruinó toda la obra hecha en la provincia de Nuevo México. En una arriesgada marcha de los pobladores reunidos y hostigados por los bárbaros llegaron desde Santa Fe hasta El Paso, única población que permaneció en pie y que volvió a encontrarse como la más avanzada y única en dicha provincia, igual que ochenta y dos años antes, cuando la había fundado Juan de Oñate.

En 1681, menos de un año después y como un contagio del alzamiento de los *zuñis* y *apaches*, también en la zona de Sonora, iniciaron hostilidades los *pimas* y *seris*. Todos estos hechos hicieron que en la capital de Nueva España se empezara a poner mayor atención a los territorios del norte y a las costas de California y Sonora. Fue entonces cuando tuvo lugar la impresionante obra exploradora y evangelizadora del padre Kino, como se llamó al jesuita padre Eusebio Francisco Kühn, bávaro procedente de la residencia de Munich y que fue a Nueva España con un grupo de misioneros de su orden. En 1684 salió la expedición naval dirigida por el almirante don Isidro de Atondo y Antillón, muy bien preparada, con finalidades de exploración y pacificación y que llegó hasta el fondo del Golfo de California para atravesar la península del mismo nombre hasta el Pacífico, lo que reafirmó la observación hecha por Hernando de Alarcón, un siglo antes, que California era una península en vez de una isla como se seguía creyendo.

En los años siguientes, el padre Kino con otros jesuitas, acompañados por el alférez don Juan Mateo Mange, recorrieron la mayor parte de Sonora, consiguiendo un buen conocimiento del territorio y un contacto con los indígenas muy fructífero para el futuro pues fue la base de una eficaz evangelización y una leal colaboración, que resultó muy positiva en lo sucesivo por parte de los *pimas*, y sobre todo de los *ópatas*, a los que después se les llamaría «los *tlaxcaltecas* de tierra adentro». La actuación exploradora y misionera del padre Kino aún se recuerda como básica para la incorporación de las tierras del noroeste a la civilización. No obstante, en 1690, hubo nueva situación de guerra con el alzamiento de los *tarahumaras* en su escabrosa y extensa sierra, que constituyó su refugio y la base de partida de sus incursiones. Durante mucho tiempo se resistieron a recibir la evangelización y cambiar de vida y llevaron a cabo diversas revueltas, si bien desde su sumisión, ya avanzado el siglo XVIII, colaboraron incluso con las armas. Al

final del siglo XVII, si bien en la costa del Seno Mexicano seguían Pánuco y Tampico como poblaciones más avanzadas, entre la Sierra Madre Oriental y la Occidental, las fundaciones y asentamientos habían ido llenando el territorio hasta el río Grande del Norte y habían saltado a la orilla norte, iniciándose, más allá de El Paso, la recuperación de Nuevo México.

En cuanto a Sonora, las primeras informaciones de los sucesivos exploradores la habían presentado como un emporio de extraordinaria riqueza minera, especialmente de plata e incluso de oro. Los bajos rendimientos de los primeros intentos de explotación, dada la deficiente técnica aplicada, y los ataques de los belicosos *seris* y *pimas*, más alguna incursión de los *apaches*, hicieron perder todo el interés por aquel territorio, hasta los viajes que hemos visto del padre Kino. Puede decirse que entonces empezó a actuarse en forma efectiva para la colonización y evangelización de Sonora, que pasaría a ser una de las más importantes entre las llamadas «provincias internas» de Nueva España.

El siglo XVIII se inauguró con la nueva dinastía de Borbón, al ser coronado Felipe V en Madrid, en febrero de 1701. La guerra civil que durante doce años asoló gran parte de España no tuvo reflejo en las Indias que, desde tres años antes (la paz de Ryswick), no sufrían los asaltos de los corsarios franceses, ahora aliados de la Corte de Madrid, ni de los ingleses, aliados con la Casa de Austria y sus partidarios españoles. Los primeros años del siglo fueron en las Indias, y por tanto en Nueva España y en sus territorios del Norte, una época de paz, prosperidad, expansión colonizadora y creación de riqueza, detenida sólo por la menor afluencia de nuevos pobladores, como consecuencia de dicha guerra.

A la paz de Utrecht siguió un mayor desarrollo, apoyado por la modernización de la administración. Se fueron fundando misiones, pueblos, reales de minas y haciendas ganaderas en Sonora. En Sinaloa, se rompió la prolongada detención en Culiacán y se empezó a ver surgir explotaciones mineras y ganaderas. En Nuevo México, resurgieron y se mejoraron Santa Fe y los pueblos destruidos por la feroz sublevación de 1680 y se fundaron otros nuevos. La península de California estaba ya evangelizada por las misiones de los jesuitas, que fundaron varios pueblos, de los que los más importantes fueron Loreto y el puerto de La Paz. Al norte de Tampico surgió la nueva provincia de Nuevo Santander, con las colonias fundadas por don José de Escandón, que pronto fueron prósperos pueblos agrícolas y mineros. Y en Texas también fue importante la labor misionera y colonizadora, fundándose misiones y pueblos entre los que destacó San Antonio de Béjar (se escribía Béjar y Texas, como México y Guadalajara, hasta la normalización de la ortografía en 1845, que fue adoptada generalmente, menos

en algunos nombres propios como México, Oaxaca y Texas). Sólo Coahuila, debido a su extraordinaria sequedad, siguió muchos años como provincia despoblada, con sólo algunos pueblos mineros, como La Monclova, llegando a pensar en anexionarla a Nueva Vizcaya o Nuevo León. En 1734 se estableció una gobernación que de sur a norte abarcaba las provincias de Sinaloa, Ostimuri y Sonora, con cabecera en esta última, la más extensa y de mayor potencial económico y expansivo.

En 1737 tuvo lugar una sublevación de los indios *pimas bajos* que se refugiaron en Cerro Prieto, escabrosa montaña en la zona costera de Sonora, con difíciles accesos. Esta sublevación es una muestra del poder de los hechiceros. Descontento por las actividades de los hombres blancos en su territorio, en el que los misioneros predicaban y conseguían conversiones, el jefe Asirusivi lanzó a la guerra a sus súbditos, que le obedecían fanáticamente y le llamaban por ese nombre, que en su lengua significa dios. Este alzamiento fue reducido por el capitán don Juan de Anza, que atacó duramente a los acogidos a Cerro Prieto, consiguiendo dar muerte a Asirusivi.

Poco después se sublevaron los *yaquis*, en la costa del sur de Sonora, en ocasión de encontrarse el gobernador, Alonso de Huidobro, en California. La razón fue el descontento contra los mayordomos de los jesuitas, que no eran de su nación sino venidos de otras y los trataban duramente y con desprecio. El problema no llegó a alcanzar importancia, pues, al regresar el gobernador, hizo que fueran alejados aquellos mayordomos que habían sido causa de los disturbios y los *yaquis* no volvieron a producir ninguna alteración.

Más graves fueron las sublevaciones de los *seris*, que, si bien eran los menos numerosos, eran los más belicosos, indómitos y crueles. Impregnaban las puntas de sus flechas con un veneno cuyo simple roce producía la muerte en menos de veinticuatro horas, lo que hacía que todos tuviesen una idea clara de su peligrosidad. El peligro que representaban para la colonización y para los demás pueblos indios con sus frecuentes alzamientos hizo necesario establecer en 1741 el presidio de Pitic que, en 1748, fue trasladado a San Miguel de Horcasitas: no es de extrañar que se llegara a proponer su exterminio, aunque ello nunca se llegó ni siquiera a considerar.

En 1752 hubo incursiones de los indios *sobaipuris* y *pimas altos* hasta que el capitán don Bernardo de Urrea, comandante del presidio de Altar, los derrotó completamente en los llanos de Aribac. Los *sobaipuris*, los más aguerridos y belicosos, guerreaban continuamente con los *apaches* y éstos se sentían atraídos por la riqueza ganadera que se había creado en Sonora que les ofrecía satisfacer sus ansias de pillaje y sustituir con ventaja la caza

de bisontes. Los *apaches* quedaron muy quebrantados por el número de bajas sufridas y los *pimas altos* hicieron la paz y se avinieron a vivir en pueblos de misión, lo que por otra parte les suponía mejorar notablemente su vida. Todos estos alzamientos e incursiones posteriores a 1680 nunca llegaron a suponer una verdadera guerra, sino más bien un bandolerismo primitivo y feroz, frente al cual no se pasaba de acciones limitadas, con muy escasos efectivos, en defensa de la seguridad de los pueblos, reales de minas y ranchos.

Pero en 1758 tuvo lugar un hecho de extraordinaria gravedad que provocó gran alarma en la frontera y preocupación en la corte virreinal: fue la llamada *tragedia de San Sabá*. Misión, con un destacamento de tropa, establecida a orillas del río San Sabá, en el norte de Texas, en una zona habitada (más bien recorrida) por los *lipanes*, rama de los *apaches*, con los que se había tratado la paz y, en parte, habían establecido sus rancherías cerca de la misión, que trataba de convertirlos sin éxito, pues no estaban dispuestos a renunciar a su vida nómada de guerra, pillaje y caza, con el trabajo a cargo de las mujeres. En marzo de dicho año se presentó ante la misión una masa de «indios del Norte», entre los que iban muchos *comanches*, que guerreaban contra los *apaches* desde hacía mucho tiempo. Tomando a los habitantes de la misión por amigos de los *apaches*, les atacaron y la destruyeron, dando muerte a dos misioneros y a otras ocho personas que se encontraban en la misma. En este ataque se demostró un odio especial a los «ropas negras»; es decir, a los misioneros, en lo que tenemos que ver la acción de los hechiceros de las tribus bárbaras o infieles de la «Gran Quivira», como se había llamado a las grandes extensiones de praderas inexploradas o poco exploradas del norte a las que no había llegado la evangelización. Muchos de los atacantes llevaban fusiles franceses. Francia era aliada natural de España, por estar regidas por la misma dinastía pero, en ese momento, reinando todavía Fernando VI, España estaba en paz con Inglaterra. Dos años antes había estallado la Guerra de los Siete Años, tan desfavorable a Francia, que fue totalmente expulsada del Continente. Tenemos que pensar que esas armas las llevaban «indios del Norte» aliados de los franceses, que fueron acogidos por los *comanches* y llevados a guerrear contra los *apaches*, que se desplazaron hacia el sur e incluso buscaron una seguridad cerca de la misión. La escasez de fuerza en la frontera se puso de manifiesto al tener que esperar casi un año para reunir una fuerza total de unos seiscientos hombres, con la cual se efectuó una expedición de castigo que recorrió las praderas y llegó hasta el curso alto del río Colorado. Desde allí, regresó sin haber podido tomar un poblado de los indios *taobayas*, fortificado en una brusca elevación como los de los *zuñis*, y bien surtido de armas de fuego,

proporcionadas por los traficantes franceses o ingleses. Su único efecto práctico fue hacer una demostración de fuerza.

### *La situación en los primeros años del reinado*

En 1759 murió Fernando VI y le sucedió en el trono su hermano Carlos VII de las Dos Sicilias, que fue coronado como Carlos III de España, en noviembre de dicho año. Ello supuso el cambio de la paz armada y preparación económica y militar, a una visión de la política exterior decididamente antibritánica y por tanto muy profrancesa, que consideraba llegada la hora de recuperar Gibraltar y hacer pagar a Inglaterra sus agravios. Aunque inicialmente Carlos III trató de mantener la política de Fernando VI y actuar de mediador entre franceses e ingleses, la actitud inflexible de éstos y los ataques que se produjeron por parte de sus corsarios a buques mercantes españoles, hicieron que el Rey cediera a los requerimientos franceses y al ambiente antibritánico de la Corte. En 1761 se firmó el III Pacto de Familia con la consiguiente entrada en la Guerra de los Siete Años, una verdadera guerra mundial, en que intervienen todas las potencias europeas en todos los continentes. Guerra que no nos fue favorable, pues aún faltaban unos años de construcciones navales para poder hacer frente a los ingleses en el mar y tampoco se pudo recuperar Gibraltar, que con su inexpugnable posición resistió el duro cerco a que se le sometió. En América del Norte, su resultado fue una gran victoria inglesa, que supuso la expulsión de Francia de aquel continente, en el que antes poseía un territorio mucho más extenso que el que poseía Inglaterra. En el mismo, en menos de siglo y medio, los franceses habían desarrollado una notable labor colonizadora y misionera en Nueva Francia (Canadá y cuenca del Ohio) y, en menor grado, en la Luisiana, donde desde fundaciones tan alejadas entre sí como Detroit, Saint Louis y Nueva Orleáns, habían extendido una cadena de factorías y misiones a todo lo largo del Mississippi.

En aquel momento, la línea definida por los asentamientos españoles más avanzados pasaba desde la península de California y el Norte de Sonora, adentrándose en el territorio de Arizona, subía bruscamente hacia el norte en Nuevo México, hasta Taos, desde donde se adentraba en Texas siguiendo por delante de San Antonio de Béjar hasta la Bahía del Espíritu Santo. Esta vanguardia de la zona poblada era la frontera, entendiéndose esta palabra no con significado de límite entre dos estados sino como zona avanzada en continuo desplazamiento, escasamente poblada e insuficientemente controlada, y como la extensa «tierra de nadie» que se extendía al frente,



por donde podían aparecer partidas de indios bárbaros o infieles, como se llamaba a los indios aún no civilizados y que eran una amenaza sobre los pueblos, reales de minas y ranchos que siempre tenían que estar en situación de defenderse. Era como en la Edad Media la frontera frente a los moros, apoyada en una línea irregular de castillos, con una amplia «tierra de nadie» por delante; y, en parte, se conservaban los usos, la mentalidad y el vocabulario de la frontera andaluza de la Baja Edad Media, con el caballo como más útil auxiliar y en guardia permanente frente a los indios paganos, a los que se llamaba infieles, como en la Reconquista a los moros, y bárbaros, como los romanos a los pueblos paganos que tenían frente a las fortalezas avanzadas del Imperio. Esta línea formada por los establecimientos más avanzados, desde la península de California hasta cerca del Mississippí, abarcaba una distancia total de quinientas ochenta y cinco leguas, que dejaba al sur toda la zona colonizada, excepto Nuevo México, donde la misma se extendía, como una punta de lanza de la expansión española, hasta Taos, al norte de Santa Fe. Esta frontera estaba defendida por los presidios, nombre dado a los pueblos fortificados con una guarnición, o a los que podríamos llamar fortalezas habitadas, aunque éstas fueran mucho más rústicas y distaran mucho de parecerse a las verdaderas fortalezas de la frontera medieval frente a los moros. Estos presidios solían estar guarnecidos por sendas compañías llamadas presidiales, que en realidad eran escuadrones de caballería, de composición variable según las necesidades de cada uno en función de su situación. Su misión, más que de guerra, era de defensa de la seguridad de los pueblos, reales de minas y ranchos, y de persecución de las partidas depredadoras.

Lo de San Sabá fue sólo el primer acto de una larga tragedia. Las naciones indias del norte, empujadas por la presión angloamericana hacia el oeste, empujaron a su vez hacia el sur y fueron produciéndose unos desplazamientos en cadena que hicieron aumentar la eterna situación de guerras tribales en que se debatían muchas de ellas, que se disputaban los mejores cazaderos de bisontes o cíbolos. Estos desplazamientos vinieron a presionar al final a los *apaches*. Éstos habitaban o nomadeaban en la zona comprendida entre los meridianos 98° y 111° O. y los paralelos 30° y 38° N. Más allá estaban las belicosas naciones de los *comanches* y *yutas* y las llamadas Naciones del Norte. Los *apaches* se dividían en parcialidades, que a veces chocaron entre sí, y que actuaban independientemente. Las más numerosas eran las de los *mimbrenos*, en Arizona; los *chiricaguas* o *gileños*, en la cuenca alta del río Gila; los *mezcaleros* entre los ríos Grande del Norte y Pecos, y los *lipanes*, en Texas. Otras parcialidades menores eran los *llaneros*, los *coyotes*, los *faraones*, etc. El conjunto de su territorio era llamado la Gran



Apachería, que comprendía una gran parte de los actuales estados norteamericanos de Arizona, Nuevo México y Texas. Los *apaches* se vieron desplazados de los mejores cazaderos y empujados hacia la zona habitada por los españoles y los indios de paz, que en muchos casos ya había despertado su interés por las grandes posibilidades de pillaje que ofrecían los pueblos y sobre todo los ranchos, por el gran número de vacas y caballos que podían conseguir en una incursión. La presa más codiciada eran los caballos, que les servían de montura y de carne.

La peligrosidad de las tribus belicosas y depredadoras, como los *apaches*, había aumentado notablemente por dos hechos: el uso del caballo, que habían aprendido a domar, y el empleo de armas de fuego. Los caballos, descendientes de los que soltara Vázquez de Coronado, habían llegado a ser muy abundantes, en manadas salvajes que recorrían las praderas, y las armas eran proporcionadas a cambio de pieles por traficantes franceses e ingleses, adquiriendo éstos prácticamente el monopolio después de la Guerra de los Siete Años, aunque también hubo algunos españoles.

Dado que los *apaches* fueron el único enemigo importante en la frontera, hasta el punto de llegar a arruinar gran parte de la economía ganadera y minera de las provincias de Sonora, Nueva Vizcaya y Nuevo México, debemos dedicarles especial atención a su forma de actuar, muy bien explicada por el gobernador de Sonora don Antonio de Pineda. En primer lugar, siempre hacían sus incursiones a las órdenes de un jefe, elegido por ser el más sagaz, más audaz o más ágil y fuerte, o por reunir en mayor grado estas cualidades. Desde que dispusieron de caballos, cada guerrero llevaba el suyo sin montura, sólo con un ligero fuste, y no lo montaban hasta el momento de atacar o huir, llevándolo hasta entonces del ronزال a pie. Aprovechaban los terrenos montañosos para no ser vistos y, cuando tenían que cruzar un llano lo hacían de noche, procurando no dejar huellas, fraccionados en grupos pequeños, y ello después de reconocerlo detalladamente y sin hacer fuego para evitar el humo. De esta forma llegaban a las proximidades de los pueblos, misiones o ranchos y se situaban en los puntos dominantes desde los que observaban durante el día y bajaban por la noche a dar el golpe, previo reconocimiento en las noches anteriores. Este reconocimiento lo hacían cubriéndose el cuerpo de barro y hierba, hasta parecer matorrales y arrastrándose hasta llegar a su objetivo. Durante dicho reconocimiento, en que llegaron hasta registrar la ropa de los que dormían, imitaban los sonidos de las aves nocturnas y los aullidos de lobos y coyotes, mediante lo cual comunicaban en clave lo que veían. Terminado el reconocimiento, montaban a caballo silenciosamente hasta las inmediaciones del objetivo y se lanzaban rápidamente sobre él, con una violencia y unos alaridos ensordecedores,

que no daban tiempo a ponerse en condiciones de defenderse. Estas condiciones de sorpresa y terror inicial les daban una gran ventaja, tanto para un enfrentamiento como para robar y huir rápidamente, que era lo más frecuente. Ésto hacía que las tropas presidiales necesitaran un adiestramiento especial, muy diferente del que se daba a las unidades regulares.

También debemos considerar con especial atención el extremo opuesto, los *ópatas*, que fueron los indios más leales a España, los más adelantados y los más eficaces auxiliares y aliados de las tropas presidiales en el mantenimiento de la seguridad del territorio y en la lucha contra *seris* y *apaches*. Los *ópatas* vivían en la zona noreste de Sonora, en los pueblos que ocupaban las cuencas altas de los ríos Yaqui y Hermosillo. Dedicados a la agricultura, se habían aplicado a aprender sus técnicas, con las que consiguieron buenas cosechas. Habían sido evangelizados desde la época del padre Kino, tan eficazmente que habían adquirido una educación, demostrada en el trato social y en el respeto y atenciones a las mujeres, que nunca se vieron en las demás tribus. También les distinguía su valor y su facilidad para aprender. Cooperaron con las tropas españolas como auxiliares y formando las compañías fijas de Babispe y Bacoachi, formadas exclusivamente por *ópatas*, con oficiales españoles. Llegó a haber oficiales *ópatas*, como el capitán Morales y hasta un general, cuando su jefe Medrano recibió el despacho de brigadier, lo que años después se repitió con su jefe Varela. Su pueblo más importante era Babispe. Fueron los únicos indios a quienes se entregaron armas de fuego. El ya citado gobernador don Antonio de Pineda informó: *Los ópatas es la nación más valerosa, más noble y más leal entre todas las amigas. Para los españoles, su lealtad y esfuerzo les ha dado el sobrenombre de tlaxcaltecas de tierra adentro.* También se les ha llamado «los niños mimados de la Corona de España».

La avalancha de incursiones de los *apaches* en la frontera, al ser empujados desde el norte, se dejó sentir en Sonora, Nueva Vizcaya, Nuevo México y Coahuila. Con fecha 8 de enero de 1761, don Pedro Tamarón y Pascual, obispo de Durango, al regreso de una visita pastoral a Chihuahua, envió una carta al Secretario (ministro) de Indias, Arriaga, en la que le expresaba el terror que causaba a los caminantes, arrieros e incluso soldados el verse sorprendidos por una partida de *apaches*, por pequeña que fuese. También le exponía la situación de inseguridad de Chihuahua, que le pareció a punto de perderse debido a las enormes pérdidas, tanto en vidas como en haciendas y actividades comerciales. En dicha carta añadía que *es necesario introducir tropa reglada de Infantería, que con tres mil hombres sería suficiente.* A continuación proponía *dividir por mitad este contingente en dos cuerpos, de los que el primero podría dar una batida desde Chihuahua, por el presidio*

de San Buenaventura, hasta alcanzar el río Gila, y de aquí hasta Zuñi, donde se decidiría si continuar hasta el Moqui o al Oeste, por las tierras de los navajos y el río Grande de Navajos, de modo que se produjese el encuentro con el segundo de dichos cuerpos expedicionarios, el cual habría acabado primero con los seris y luego se enfrentaría a los apaches, entrando a las dos Pimerías y siguiendo luego hacia las cabeceras del Colorado. Finalmente, observaba que, hecha la convergencia de fuerzas, se resolvería el nuevo objetivo a tomar y, para evitar desgaste y deserciones, proponía que el transporte se hiciera por mar, desde Acapulco hasta un puerto en el Yaqui. Pero, como hemos dicho, ese año estalló la guerra y uno de sus efectos fue que la carta no llegó al Secretario de Indias hasta 1764 (había enviado otras dos, la última en diciembre).

En noviembre de 1762 se firmó un acuerdo preliminar de paz y en septiembre de 1763 se firmó la Paz de París, en virtud de la cual se entregó La Florida a Inglaterra y, como compensación, se recibió de Francia La Luisiana Occidental; es decir, las inmensas tierras al oeste del Mississippi, donde vivían y nomadeaban las naciones indias del norte: *osages*, *kiowas*, *missuris*, *siux*, *tonkavas*, etc, que, más allá de los *apaches*, *moquis*, *comanches* y *yutas*, ocupaban unos territorios que pasaban a pertenecer teóricamente a la Corona española. Ello dejó a España directamente frente a esos indios del norte, sin tener en medio a los franceses, lo que supuso recibir directamente su empuje y, a la vez, el poder firmar tratados con ellos, así como tener enfrente todo el tráfico de armas y alcohol que los traficantes ingleses extendían al oeste del Mississippi. España recibió, entre otros, los establecimientos franceses de San Luis, Arkansas y Natchitoches, frecuentemente hostilizados por los belicosos *osages*, que se extendían desde el río Missouri al Arkansas, frente a los cuales se recibió la adhesión de otros pueblos que habían sido aliados de los franceses, entre los que destacaban los *guaupaus*.

#### *La misión de Villalba y la visita de Gálvez*

1764 fue un año decisivo en la frontera. Al recibir la carta de don Pedro Tamarón, el Secretario de Indias escribió al Virrey ordenándole que informara. Le decía: *Hallándose el Rey con noticia de los continuos daños que reciben los naturales de la provincia de la Nueva Vizcaya de los indios bárbaros que atacan y asolan las fronteras, y lo que urge la defensa del pueblo de Chihuahua, que es el más florido en comercio y abundancia de minas, y en que cada día cometen muchas muertes y robos, me manda decir S. M. a*

*V. E. informe en primera ocasión el estado de las citadas fronteras de Chihuahua y provincia de Sonora y progreso de los presidios que la defienden y las providencias que V. E. haya dado para evitar los citados daños de los indios bárbaros.* El Virrey, en su respuesta, comunica que en Junta de Guerra se acordó la creación del presidio de Buenavista, con una guarnición de cincuenta hombres, cuyo capitán sería don Lorenzo Cancio, de infantería, por ser tres veces más económica que la de caballería y poder entrar en las sierras y peñascales a donde habitualmente huían a refugiarse. Además, con ello, se ahorraban los problemas prácticos de los servicios de aguadas, los retenes de hombres con los caballos, las estampidas, las huellas y las polvaredas. Y otra ventaja era que el fusil tenía más alcance que la escopeta de los presidiales.

1764 fue también el año de la revisión del sistema defensivo frente a la amenaza inglesa, a la vista del desarrollo de la guerra recién terminada. Se realizó una reorganización, con traslados de fuerzas, construcción y mejora de fortificaciones, etc. A Nueva España fue enviado el Regimiento de América, que desembarcó en Veracruz en ese mismo año, así como un batallón de Voluntarios Catalanes, tropa ligera muy bien preparada. Pero esos refuerzos y fortificaciones sólo eran una parte de la reorganización militar a fondo que se había hecho necesaria en Nueva España y, para estudiarla y ponerla en práctica, se envió una misión dirigida por el prestigioso teniente general don Juan de Villalba, con el cargo de Comandante General de las Armas, dotado de atribuciones superiores a las del propio Virrey en los asuntos militares y de defensa del Reino. Era su segundo en dicha misión otro general de prestigio, el mariscal de campo (general de división) don Cayetano María Pignatelli, marqués de Rubí. Como dice el profesor Hernández Sánchez-Barba, *esta polarización de actividades, los opuestos caracteres de Villalba y Cruillas, su mutua antipatía desde el primer momento, el seco y severo estilo militar de Villalba, que chocaba con la cuidada y pulcra cortesía de Cruillas, tuvieron una consecuencia lógica y natural: la radical enemistad entre ambos personajes.* La tensión llegó al máximo cuando Villalba dispuso la reorganización de la guardia del palacio virreinal, sin consultar al Virrey que, lógicamente, se quejó al Rey por esta desatención. El Rey le contestó que debía reconocer las atribuciones supremas otorgadas a Villalba, lo que supuso que éste actuara con total independencia del Virrey. En diciembre de dicho año, al disponerse a emprender el estudio y reorganización de la frontera, Villalba pidió al Virrey una relación circunstanciada del «estado militar» del Reino, tanto en personal veterano como en milicias, con expresión de los sueldos de los oficiales y «prest» de la tropa. Después de reiterar la petición sin que el Virrey la atendiera, Villalba, ya en

marzo de 1765, lo comunicó al Secretario de Indias, Arriaga: la razón era que Cruillas quería mantener bajo su dependencia los presidios fronterizos, mientras que Villalba los consideraba como *los principales que están a mi cuidado, por las plazas presidiales, las que con más atención deben mirar...* En esa comunicación, Villalba acusa al Virrey de tener interés particular en mantener los presidios bajo su dependencia, porque *...de conservarlas el Virrey en sí, sin intervención del Comandante General de las Armas, toca el beneficio de quatro por ciento de la crecida suma que en ellos expenden las Armas Reales...* Ello motivó la inmediata marcha a Nueva España del Visitador Gálvez, que además de sus misiones concretas de inspección de la Real Hacienda, llevaba la secreta de investigar la conducta del Virrey en tal sentido. El resultado de los enfrentamientos entre el marqués de Cruillas y el general Villalba fue la destitución del primero de su cargo de virrey, en el que fue sustituido por don Carlos Francisco de Croix.

Según certificación de los oficiales reales de la Caja de México, de fecha 24 de diciembre, los presidios eran los siguientes:

Texas: El presidio de Nuestra Señora de Loreto, en la Bahía del Espíritu Santo, estaba mandado por un capitán, con un teniente, un sargento y cuarenta y ocho soldados; su presupuesto era de diecinueve mil seiscientos cuarenta y ocho pesos. El de Nuestra Señora de los Adaes, estaba mandado por el gobernador de Texas, con un teniente, un alférez, un sargento y cincuenta y siete soldados; su presupuesto anual era de veintisiete mil setecientos sesenta y cinco pesos. El de San Sabá, estaba a cargo de un capitán, con dos tenientes, dos alféreces, cuatro sargentos, un capellán y noventa soldados; en total, cuarenta mil setecientos sesenta pesos anuales. Y el de San Antonio de Béjar, estaba guarnecido por un capitán, un sargento, un capellán y veinte soldados, con un total de ocho mil novecientos noventa y cinco pesos.

Nuevo México: El real presidio de Santa Fe estaba a cargo del gobernador de la provincia, con un teniente, un alférez, un sargento y setenta y siete soldados; el total era de treinta y cuatro mil sesenta y cinco pesos. El de El Paso del Río del Norte, contaba con un capitán, un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y seis soldados; en total, veinte mil doscientos sesenta y cinco pesos.

Nayarit: El presidio de San Francisco Javier Valero, contaba con un capitán, dos tenientes, dos sargentos y treinta y ocho soldados; en total, trece mil novecientos veinte pesos.

Nueva Vizcaya: El presidio de la Junta de los Ríos del Norte y Conchos, estaba mandado por un capitán, con un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y seis soldados; su total anual era de veinte mil doscientos sesenta y cinco pesos. El de Santiago de Janos, tenía un capitán, un teniente, un

alférez, dos sargentos, un capellán y sesenta soldados; en total, veinte mil doscientos sesenta y cinco pesos. El de la Compañía Volante de Guajoquilla tenía un capitán, dos tenientes, un alférez, dos sargentos, un capellán y sesenta soldados; en total, veinticuatro mil ochocientos cinco pesos.

Coahuila: El real presidio de San Juan Bautista del Río Grande del Norte, contaba con un capitán, un teniente, un sargento y treinta soldados; en total, diez mil doscientos cuarenta y cinco pesos. El real presidio de San Francisco Coahuila, estaba mandado por el gobernador de la provincia, con un teniente, un sargento y treinta y tres soldados. El presidio de Santa Rosa del Sacramento, tenía un capitán, un teniente, un alférez, un sargento, un capellán y cuarenta y seis soldados; su total era de veintiún mil sesenta y cinco pesos.

Nuevo León: El presidio de San Agustín Ahumada de la Rinconada, estaba mandado por el capitán don Antonio Urresti, que no cobraba sueldo, y contaba con un sargento, un cabo caudillo (sic) y veinticuatro soldados; resultaba al año por sólo seis mil pesos.

Sonora: El real presidio del Coro de Guachi, estaba al mando de un capitán, con un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y ocho soldados; en total, veinte mil seiscientos sesenta y cinco pesos. El presidio de San Miguel de Horcasitas estaba al mando del gobernador de Sonora, con un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y siete soldados; en total, veinticuatro mil sesenta y cinco pesos. El de Tubac, en la Pimería Alta (Arizona), tenía un capitán, un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y siete soldados; en total, veinte mil seiscientos sesenta y cinco pesos. El de San Felipe de Jesús de Terrenate (Guevabi), contaba con un capitán, un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y siete soldados; en total, veinte mil seiscientos sesenta y cinco pesos. El de la Compañía Volante de Caborca (Altar), en la Pimería Alta, tenía un capitán, un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y siete soldados; en total, veinte mil seiscientos sesenta y cinco pesos. El presidio de Buenavista, «que por Junta de Guerra y Hacienda está determinado se establezca a orillas del río Mayo», tiene asignados un capitán, un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y siete soldados; en total, veinte mil seiscientos sesenta y cinco pesos.

California: El presidio de Loreto (el que se había llamado de las «yslas californianas»), tenía un capitán y veintinueve soldados; en total, trece mil seiscientos setenta pesos. La escuadra de San José del Cabo tenía un cabo comandante y veintinueve soldados; en total, doce mil cuatrocientos pesos.

Las colonias del Nuevo Santander: Un presidio, el de Santa Ana Camargo, y trece escuadras que protegían las villas fundadas por don José de Escandón. Éstas eran las de San Fernando, Nuestra Señora de Loreto de Burgos, Santa María de Llera, Nuestra Señora de las Caldas de Altamira,

San Francisco de Genes, San Juan Bautista de Horcasitas, Dulce Nombre de Jesús de Escandón, Soto la Marina, Cinco Señores del Nuevo Santander, Reinos y San Antonio Padilla. Cada una de estas escuadras estaba al mando de un capitán y tenía además un sargento; el número de soldados variaba entre trece, en Santa Ana Camargo, y cinco, en San Antonio Padilla. El total era de trece capitanes, un teniente, un alférez, once sargentos y ciento quince soldados; el presupuesto, treinta y seis mil ciento cuarenta y dos pesos.

Según esta relación, en 1764, en las Provincias Internas de Nueva España, existían veintitrés presidios y quince escuadras volantes, con un total de mil doscientas setenta y una plazas, incluidos los setenta y dos oficiales y tres capellanes. Así consta en el informe que el teniente general Villalba remitió a la Corte, una vez cumplida su misión.

#### *La misión del marqués de Rubí*

Con fecha 7 de agosto de 1765, el Secretario de Indias dirigió una comunicación al marqués de Rubí en la que, en nombre del Rey, le ordenaba que pasara revista inmediatamente a todos los presidios de Nueva España; en la misma, debía reconocer su situación, revistar a las tropas que los guarnecían y examinar el reglamento de precios subsistente, para proponer finalmente cuanto estimara conveniente para su mejor gobierno y estado de defensa. A la vez, se ordenó al marqués de Cruillas que le entregase el reglamento antiguo y toda la documentación e información necesarias para el cumplimiento de la comisión de servicio encomendada, y que le proporcionase los auxilios convenientes, comunicándolo a Madrid, para rápido conocimiento del Rey. Para dar cumplimiento a esta misión, el marqués de Rubí organizó una expedición, en la que integró al capitán ingeniero militar don Nicolás de Lafora, el más antiguo de los siete ingenieros recién llegados a Nueva España, entre los que se encontraba el después famoso don Miguel Constanzó, entonces subteniente. Lafora fue un eficaz auxiliar de Rubí con su asesoramiento técnico y los mapas que fue levantando.

La expedición salió de México el 12 de marzo de 1766, dirigiéndose, por Zacatecas, a Durango, capital de Nueva Vizcaya, donde pasó revista a la escuadra de un cabo y diez soldados que daba el presidio del Pasaje para la seguridad de la ciudad. Desde allí, por el presidio de Huejoquilla, se dirigió a Chihuahua y, después, a La Junta de los Ríos, El Paso y Santa Fe. Desde allí regresó visitando sucesivamente los presidios de San Buenaventura y



Janos, en Nueva Vizcaya, y los seis de Sonora. Desde Buenavista, cruzando por el valle de Basuchil, volvió a Nueva Vizcaya, y visitó los de Huejoquilla y Cerro Gordo. Desde allí pasó a revistar los presidios de Coahuila y Texas y las guarniciones de Nuevo León, desde donde regresó dando un rodeo por Nayarit. Llegó a México el 23 de enero de 1768. Su viaje de inspección había durado veintitrés meses y había visitado veintitrés establecimientos. No había podido pasar revista al de Julimes ni a los del Nuevo Santander, a donde fue, en su nombre, el teniente coronel Fernández Palacios. No era ésta la primera visita general de revista de los presidios, pues, ya en 1724-28, la había hecho don Pedro de Rivera, con el ingeniero don Francisco Álvarez Bareijo y dos amanuenses. De regreso en la capital del reino de Nueva España, el marqués de Rubí redactó un extenso informe, fechado en Tacubaya e ilustrado con el mapa levantado por Lafora, al que dio el siguiente título: *Situación en que se hallan todas las Provincias del Reyno de Nueva España Fronterizas a la Gentilidad en las partes del Norte. Ventajas o Nulidades de los Presidios puestos en la Frontera de dhas Provincias para contener las inmensas Naciones que las hostilizan, con detall del número de soldados que guarnecen dhos Presidios y del costo que tiene anualmente a S.M.* En el mismo dictamina lo que considera ventajoso y desventajoso y propone modificaciones e incluso supresiones en la línea de presidios, con vista a conseguir la mayor eficacia frente a los ataques de los indios bárbaros a las provincias internas de Nueva España. Dicho informe puede resumirse en lo siguiente:

La provincia de Sonora, rica y fértil, es el actual *Theatro de la Guerra con las Naciones Seris y Pimas sublevadas, que viviendo en su centro la aniquilan insensiblemente como Ladrones Caseros y con los apaches gileños, que la hostilizan por la parte del Norte. Limita al oeste y norte con las Naciones Gentiles, Papagos y Pimas altos, que viven sobre el río Gila, quasi en el desemboque de éste en el Colorado, y con los Apaches Gileños, que están situados también sobre las orillas del consabido Río Gila, a la parte el este de la Papaguería* (zona de los papagos). Al este, limita con la provincia de Nueva Vizcaya, de la que la separa la Sierra Madre: *Por el sur, con la de Ostimuri y por el poniente, con la costa del Seno de California, de que están apoderados los indios alzados, desde el Puerto de Guaymas hasta las inmediaciones de Caborca.* Tiene seis presidios.

El presidio de Buenavista está situado en una pequeña loma, sobre la orilla del río Yaqui. Su guarnición está formada por una compañía (*sic*) de caballería, con cincuenta y una plazas (capitán, un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y siete soldados, con una dotación total de veinte mil seiscientos sesenta y cinco pesos anuales).



El de San Miguel de Horcasitas (capital de la provincia) está guarnecido por una compañía, cuyo capitán es el gobernador, y tiene además un teniente, un alférez, un sargento y cuarenta y siete soldados, con una dotación total de veinticuatro mil sesenta y cinco pesos.

Sobre los dos presidios anteriores, dictamina que *opuestos en el día a las incursiones de los Seris de Zerro Prieto*, [su existencia] *está pend<sup>e</sup> del éxito de la presente expedición (...)* y *así en cuanto se consiga reducirlos, dichos presidios serán innecesarios y deben suprimirse.*

El presidio de Santa Gertrudis del Altar está a unas treinta leguas de la costa de la Mar del Sur: *Se estableció para contener las hostilidades de los Papagos y Piatos, que habitan los rumbos Norte y Noroeste.* Estaría mejor más cerca de la costa, donde *sin perjuicio del fin de su establecimiento, cortaría las comunicaciones de aquellos indios con los de Zerro Prieto...*

El de San Ignacio de Tubac está a menos de cuarenta leguas del de Altar. Lo guarnece una compañía de cincuenta y cinco plazas, incluidos los oficiales (capitán, teniente, alférez, sargento y cuarenta y siete soldados).

El de Terrenate (o San Felipe de Jesús Guebavi) dista menos de cuarenta leguas del de Tubac. Lo guarnece una compañía de cincuenta y una plazas.

La provincia de Nueva Vizcaya ocupa una gran extensión. La capital, Durango, es la mayor ciudad de todas las situadas en las Provincias Internas, en una zona cuyo grado de poblamiento y desarrollo la diferencian notablemente de lo normal en dichas provincias. Su latitud está comprendida entre los 23° y 33° y su longitud entre 255° y 275° al oeste del meridiano del Teide. Tiene enfrente, en territorios de Nuevo México y Texas, a los *apaches*, que realizan frecuentes incursiones hacia el sur, con mucha profundidad, recorriendo el desierto llamado Bolsón de Mapimí, desde el que pueden salir a dar sus golpes hasta cerca de Durango o Saltillo. Estos *apaches* son los de las parcialidades de los *chiricaguas* o *gileños*, *carlones*, *chilpacines*, *jicarillas*, *faraones*, *mezcaleros*, *natages* y *lipanes*, de O. a E.

Los presidios en Nueva Vizcaya son los de Janos, San Buenaventura, Huevoquilla, El Pasaje, Cerro Gordo y la Junta de los Ríos.

El presidio de Janos está ubicado a sesenta leguas al E. de Fronteras y lo guarnece una compañía compuesta por su capitán y cincuenta plazas más, incluidos el teniente, el alférez y un sargento. Se estima que cubre una distancia demasiado grande, con accesos fáciles, muy difíciles de controlar. Su latitud es 35°18'N. y su longitud 258°24'O.

El presidio de San Buenaventura está situado a los 30°16'N. y 299°55'O. Su situación en hondo es mala y no sirve bien en su ubicación actual, por lo que debe adelantarse.

El presidio de Huejoquilla se ubica a orillas del río Florido, a  $27^{\circ}57'N$ . y  $261^{\circ}30'O$ . Lo guarnece una compañía de cuarenta plazas, incluidos los mandos. Para mejor atender a su finalidad debe adelantarse.

El presidio del Pasaje se encuentra a cuarenta y cuatro leguas al norte de Durango, a  $25^{\circ}29'N$ . y  $265^{\circ}35'O$ . Queda muy retrasado (como consecuencia de haberse establecido para hacer frente a las incursiones de los *apaches* a través del Bolsón de Mapimí). Lo guarnece una compañía de treinta y seis plazas.

El presidio de Cerro Gordo, guarnecido por una compañía de cuarenta y una plazas, se encuentra a  $33^{\circ}06'N$ . y  $261^{\circ}40'O$ . Debe adelantarse.

El presidio de La Junta de los Ríos (Grande del Norte y Conchos) ha sido trasladado a Julimes. Al quedar abandonado, ha sido destruido por los *apaches*. Lo guarnece una compañía de cincuenta plazas, que está en muy buenas relaciones con los indios *natages*, que habitan al otro lado del río Grande del Norte.

En la provincia de Nuevo México sólo existen dos presidios ubicados en las dos poblaciones más importante: Santa Fe y El Paso del Río Grande del Norte. Esta provincia, situada entre los  $32^{\circ}$  y  $38^{\circ}N$ . y entre los  $258^{\circ}$  y  $264^{\circ}O$ , tiene ochenta poblaciones.

El Paso del Norte, a  $33^{\circ}6'N$ . y  $261^{\circ}40'$ , es la mayor población de la provincia, pues pasa de cinco mil habitantes, con las misiones contiguas. Su guarnición es una compañía con cincuenta y seis plazas. Podría trasladarse a las inmediaciones de El Carrizal, en Nueva Vizcaya, muy débilmente defendido. El Paso, con población suficiente, podría defenderse con sus propias milicias, que no están organizadas sólo por el problema de las discordias entre sus habitantes. Ello hace necesario que tenga un buen jefe.

Santa Fe, capital de la provincia, con activo comercio de vinos, tejidos, lana, aguardientes y frutas, se encuentra a  $36^{\circ}10'N$ . y  $262^{\circ}40'O$ . La existencia de su presidio es indispensable, pues su situación es muy ventajosa para acudir rápidamente a cualquier población amenazada. Su guarnición es una compañía de ochenta y una plazas.

La provincia de Coahuila, se encuentra entre los  $26^{\circ}$  y  $32^{\circ}N$ . y los  $262^{\circ}$  y  $265^{\circ}O$ . Está constituida por un terreno montañoso, seco y escasamente poblado, con parte del desierto llamado Bolsón de Mapimí. Su único interés radica en los yacimientos mineros, que determinan los núcleos de población. Su límite norte es el río Grande del Norte, en cuya orilla izquierda y sierras inmediatas se encuentran las rancherías de los *apaches lipanes* y *natages*, ahora en aparente paz. Sólo tiene un presidio en La Monclova, su capital. Su guarnición está constituida por una compañía de treinta y seis plazas, cuyo capitán es el gobernador de la provincia. Se encuentra a

27°36'N y 270°10'O. *Podría colocarse junto al Río Grande, para guardar su paso y evitar las consecuencias de su abandono.*

El presidio de Santa Rosa del Sacramento está situado a menos de cuarenta leguas al noreste de La Monclova, a 28° 13'N. y 268°49'O. Es la mayor población de la provincia, frente a Villa Nueva de San Fernando, de poca población. *Alejado y en paz ahora, pero sin seguridad, por las muchas avenidas de llegada y retirada de los apaches.* La guarnición está constituida por una compañía de cincuenta y dos plazas, incluido un capellán.

El presidio de San Juan Bautista del Río Grande está situado a cuarenta leguas al este de San Fernando, a 28°N y 272°5'O. Está en buena situación y cubre las avenidas de los *lipanes*. Su guarnición es una compañía de treinta y tres plazas.

El presidio de San Sabá, dependiente directamente del Virrey, se encuentra a orillas del río San Sabá, a noventa leguas al noreste de San Fernando, a 31°38'N. y 273°28'O. *Su situación y existencia no tienen ninguna utilidad y son causa de perjuicios, porque sólo han servido para defender a los lipanes, enemigos nuestros que, unidos a los natages, penetran y atacan ranchos en las inmediaciones de San Fernando y en Coahuila.*

La extensa provincia de Texas se extiende entre los 26° y 34°N. y entre los 275° y 286° O. En su territorio existen los presidios de San Antonio, La Bahía, Los Adaes y Orcoquizac.

La mayor población es la villa de San Antonio de Béxar, a 29°52'N y 275°57'O. Su presidio tiene una guarnición de sólo veintitrés plazas, con un capellán, pero sin teniente ni alférez. Dicha guarnición debe aumentarse con la de los presidios suprimidos.

El presidio de la Bahía del Espíritu Santo tiene, como guarnición, una compañía de cincuenta plazas.

El presidio de Nuestra Señora de los Adaes está guarnecido por una compañía de cincuenta y ocho plazas, mas dos misioneros capellanes. Su capitán es el gobernador de la provincia.

El presidio de Orcoquizac está a 30°25'N y 285°52'O., a ciento veinte leguas al sur de Adaes. No tiene ninguna utilidad, por lo que debe suprimirse.

Como final de su extenso informe, el marqués de Rubí pone unas notas con sus observaciones y propuestas. De manera general considera que, para poder contar con una línea defensiva eficaz, es imprescindible superar el punto de vista localista en la ubicación de cada presidio, imponiendo una visión de conjunto en el establecimiento de una línea continua de presidios, desde la costa del golfo de California, en las proximidades del presidio de Altar, a 30° de latitud N., hasta la desembocadura del río

Guadalupe, en la costa de Texas, también a los 30°N. Esta línea defensiva estaría formada sólo por diecisiete presidios: Altar, Tucson, Terrenate y Fronteras, en Sonora; Janos, San Buenaventura, El Carrizal, Huejoquilla, Julimes y Cerro Gordo, en Nueva Vizcaya; San Sabá, Santa Rosa, La Monclova y San Juan Bautista, en Coahuila, y Bahía del Espíritu Santo, en Texas. Fuera de la línea fronteriza, propone mantener los presidios de San Miguel de Horcasitas y Buenavista, así como las dos compañías provinciales de Sonora; estos dos presidios se mantendrían sólo hasta que se lleve a cabo la reducción de los *seris* de Cerro Prieto, causantes de tantos problemas en Sonora. A vanguardia de dicha línea, en Nuevo México, el presidio de Santa Fe sería la punta de lanza del dispositivo. Propone una organización uniforme de la frontera, variando lo necesario la ubicación de los presidios para que no queden a una distancia tan excesiva como la existente entre Fronteras, el más al este de Sonora, y Janos, el más al oeste de Nueva Vizcaya. Con ello se lograría que los presidios de Sonora quedasen a una distancia entre sí de unas cuarenta leguas. Se unificarían las plantillas de las compañías presidiales, que quedarían todas con un capitán, un teniente, un alférez y un sargento y cuarenta y seis entre cabos y soldados, más diez indios exploradores, uno de los cuales sería su cabo. Cincuenta plazas que, sumadas las de los destacamentos, harían un total de novecientos cuarenta hombres, lo que supondría un total de dotaciones anuales de trescientos sesenta mil quinientos setenta y cinco pesos. En resumen, el marqués de Rubí propone la supresión de todos los presidios no incluidos en la línea de fronteras, con excepción de los de Nuevo México y de los dos presidios interiores de Sonora, ésto sólo mientras persistiera la amenaza de los *seris* de Cerro Prieto. Con la idea de la acción de conjunto de la línea de fronteras, propone la creación del cargo de Comandante de Campaña en Sonora, que tendría a sus órdenes los cuatro presidios de esta provincia; de otro similar en Nueva Vizcaya, y de un tercero en Coahuila y Texas. Los dos de Nuevo México continuarían a cargo de su gobernador, ya que estaban fuera de la citada línea de seguridad de la frontera. La propuesta del marqués de Rubí se extiende asimismo a todas las medidas a tomar en la reorganización de la defensa de la frontera, tales como armamento, uniformidad, construcciones, pago de haberes y detall y contabilidad.

El informe del marqués de Rubí, desde el momento de su entrega, siguió su camino administrativo hasta surtir sus efectos muy eficazmente cuatro años después. Si actualmente los efectos prácticos de un estudio similar tardan años en llegar a la práctica, con más razón tenía que ocurrir lo mismo cuando las comunicaciones eran mucho más lentas.

*La pacificación de Sonora y la ocupación de California*

En 1768, ante la situación creada en Sonora por las depredaciones de los *seris* de Cerro Prieto, se estimó necesario acabar con el problema, someténdolos. Eran los *seris* la tribu más rebelde y feroz, temibles por lo súbito y violento de sus ataques y sus flechas envenenadas. Formaban como una isla en la áspera montaña de Cerro Prieto y sus escabrosos alrededores, frente a la isla del Tiburón, en el Golfo de California, cerca de Guaymas, el único puerto importante de Sonora. Con los *seris* se había estado en guerra casi siempre, se les había infligido duros golpes y se les había intentado atraer a una vida civilizada, viviendo en pueblos y mejorando notablemente, pero siempre se habían negado a dejar su vida salvaje. Su guerra no era tal sino meras incursiones de pillaje, en las que además de los robos, marcaban su itinerario con destrucciones y muertes, que ya habían sido motivo de que se despoblaran veinte aldeas, y aún seguían hostilizando a los pueblos de los indios *yaquis*. Además, en sus incursiones, se les unían los maleantes que buscaban aventura y botín, y habían llegado a apoyar incursiones de *apaches*. Por ello, en general, se veía necesario el desalojarlos de Cerro Prieto, empleando la máxima dureza si resistían, y obligarlos a establecerse en pueblos, donde se dedicaran a la agricultura y cría de ganado y fueran evangelizados.

Para la acción contra Cerro Prieto no eran suficientes las compañías presidiales de San Miguel de Horcasitas y Buenavista. Era necesaria una fuerza más importante, lo cual chocaba con la escasez de efectivos del ejército regular de Nueva España, que se concentraban en la zona México-Veracruz, orientados frente a la amenaza de intento de desembarco inglés. Por ello, para llevar a cabo dicha acción tuvo que llegar de México el coronel don Domingo de Elizondo, con tropas destacadas de su regimiento (el de Dragones de México) y del Regimiento de Infantería América, más una compañía del Batallón de Voluntarios Catalanes. En el puerto de Guaymas quedaron acuartelados trece oficiales y doscientos treinta y ocho soldados; diecinueve oficiales y doscientos ochenta y siete soldados marcharon a Pitic, donde quedaron acuartelados en el antiguo presidio. Todos los componentes de esta fuerza, que carecían de preparación para la lucha propia de la frontera, fueron sometidos a un duro adiestramiento para el tipo de acción que iban a emprender.

El 12 de octubre de 1768, bajo el mando del coronel Elizondo, Comandante de las Armas de Sonora, se iniciaron las operaciones previas, procediéndose a limpiar los alrededores de Cerro Prieto con destacamentos seleccionados. El 29 del mismo mes se dio por terminada la preparación. El

prestigioso capitán don Juan de Anza dirigió la operación previa de reconocimiento; era hijo de aquel capitán don Juan de Anza que años antes había combatido también a los *seris* en la misma zona. El 18 de noviembre se inició la aproximación de las tropas, apoyadas por indios *pimas* auxiliares y, el 19 se llevó a cabo el ataque, en el que tuvo destacada actuación el capitán Anza con los indios *pimas* así como los voluntarios catalanes del capitán Fagés. Parte de los *seris* habían huido en balsas a la isla del Tiburón. Entonces el visitador Gálvez, que había llegado a Santa Bárbara, envió una carta urgente al coronel Elizondo y al gobernador don Juan de Pineda, con un bando de perdón en el que daba a todos los *seris* un plazo de cuarenta días para presentarse en el Real de los Álamos. A este punto, llegó don José de Gálvez, el 15 de mayo de 1769, después de recorrer las misiones establecidas en los valles de los ríos Sinaloa, Fuerte y Yaqui.

Simultáneamente con la operación de acabar con la amenaza de Cerro Prieto, se habían realizado los preparativos para la ocupación de la costa de la Alta California, en la que manifestó un especial interés el visitador Gálvez. A mediados de siglo se había producido un hecho de trascendental importancia para las Provincias Internas, para el planteamiento general de la defensa de Nueva España y para los intereses de España: la presencia de naves y exploradores rusos en las costas de Alaska, con manifiesta tendencia a continuar hacia el sur. La noticia debió producir gran alarma en Madrid, ya que ello suponía la aparición de una nueva potencia, acercándose a territorios teóricamente pertenecientes a España, y una amenaza potencial sobre California y la ruta de retorno del galeón de Manila, que costea California desde el Cabo Mendocino. Y aunque no hubiera un choque entre rusos y españoles, era indudable que, para las autoridades de México, podría surgir un grave problema con la posible apertura de una nueva ruta para el contrabando. El visitador Gálvez, estando cumpliendo su cometido en México, proyectó resolver definitivamente los problemas que afectaban a la provincia de Sonora y realizar además la ocupación de la Alta California, anticipándose a los rusos o a los ingleses que también empezaban a interesarse por aquellas costas. Con ese objeto, además de trasladarse personalmente a la península de California y a Sonora, don José de Gálvez, con su autoridad de visitador, pudo hacer disponer los recursos necesarios para el rápido envío de tropas veteranas a Sonora y para la creación de un astillero y base naval en San Blas, de donde partirían las expediciones navales hacia California.

Para la ocupación de la Alta California se organizó una doble expedición, por mar y por tierra, siguiendo las directrices de Gálvez, en las que expresó su preocupación por el pronto establecimiento de una presencia

permanente en dicho territorio, que había alcanzado tan gran interés político, especialmente por la seguridad de la ruta de retorno del galeón de Manila. La expedición terrestre iba a las órdenes del capitán don Gaspar de Portolá, gobernador de California. Su grueso lo componían cuarenta hombres de una compañía de voluntarios catalanes y treinta indios voluntarios armados de arco y flechas. Como vanguardia de dicha expedición iba el capitán don Javier de Ribera y Moncada, comandante del presidio de Loreto, con veinticinco de sus presidiales y algunos indios, con misión de exploración y llevando el ganado vacuno. Su salida se efectuó el primero de diciembre de 1768, pero la falta de pastos y agua obligó a suspender la marcha hasta el 29 de marzo de 1769, a una distancia de veinte leguas, donde se fundó la misión de San Fernando de Velicatá. El grueso, a las órdenes de Portolá, salió de San Fernando de Velicatá el 15 de mayo; en él iba fray Junípero Serra, entonces superior de las misiones de California de las que ya se habían hecho cargo los franciscanos en sustitución de los jesuitas.

En cuanto a la expedición naval, cumpliendo las citadas instrucciones de Gálvez, el paquebote «San Carlos» llegó al puerto de La Paz, a mediados de diciembre de 1768. Como llegó haciendo agua, fue necesario carenarlo, lo cual pudo hacerse sin retraso, gracias a la idea que tuvo Gálvez de obtener la brea de las pitahayas, unas plantas cactáceas abundantes en aquella zona; con ello demostró unos conocimientos científicos que sorprendieron a todos. La fuerza que tenía que embarcar llegó quince días después de acabar dicho carenado y pudo zarpar inmediatamente; estaba compuesta por veinticinco voluntarios catalanes, con su capitán don Pedro Fagés, el ingeniero don Miguel Constanzó, el cirujano don Pedro Prat y fray Fernando de México, que iba como misionero de San Diego; el capitán Fagés y sus voluntarios catalanes habían sido segregados de la fuerza destinada a combatir a los *seris*, lo que indica el interés prioritario que el Visitador tenía por la expedición a California. El 15 de enero de 1769, el buque dobló el cabo San Lucas y pronto llegó a San Diego, donde los expedicionarios desembarcaron y establecieron un campamento, en el que esperaron a la expedición terrestre. El tiempo de estancia en ese campamento transcurrió muy dificultosamente por haber enfermado la mayoría de los noventa hombres desembarcados. Entre marineros y soldados sólo quedaron dieciséis hombres en condiciones de hacer las guardias, efectuar las tareas de vida y mantenimiento, y atender a los enfermos. En esta situación, dio un magnífico ejemplo el cirujano, que siendo uno de los enfermos, continuó atendiendo a los demás.

El 14 de mayo llegó la vanguardia de la expedición terrestre, al cabo de mes y medio de marcha, al completo, sin bajas ni enfermos, pero sin más



viveres que tres sacos de harina, después de varios días a media ración. Este encuentro supuso la consecución del primer objetivo y la ayuda mutua entre las dos expediciones, que tan necesitadas se hallaban ya, por lo que se celebró con gran alegría. Entonces, los mandos de ambas expediciones acordaron el traslado del campamento a una legua más al norte, donde quedó establecido sobre una altura inmediata al río, con buena observación sobre todo el valle. Poco después, fue enviado el «San Antonio» a llevar los informes sobre el desarrollo de ambas expediciones.

A primeros de julio llegó el grueso de la expedición terrestre, y don Gaspar de Portolá dispuso todo para embarcar y zarpar hacia Monterrey, objetivo final. Ello no fue posible, por estar aún enfermos la mayoría de los tripulantes del «San Carlos», lo que obligó a esperar la llegada del «San José», que Gálvez enviaría con viveres, tan pronto como lo desembarcase a él en Sonora. Pero al gobernador le pareció excesiva esa espera y ordenó la marcha por tierra. En San Diego quedaron los enfermos con una fracción de la tropa para la seguridad y servicios, el cirujano, fray Junípero Serra y otros dos misioneros. Esta expedición hizo un descubrimiento inesperado, pues pasó frente a la bahía de Monterrey sin verla, por impedírselo las alturas de la sierra de Santa Lucía, que la ocultaban; continuó su exploración, dejando atrás su objetivo sin saberlo, y llegó hasta la bahía de San Francisco, de cuya importancia no se dieron cuenta de momento, pensando sólo en el objetivo marcado, que era la de Monterrey. Entonces aparecieron el escorbuto y la diarrea, por lo que Portolá ordenó el regreso a San Diego. Allí se encontraba ya de regreso el paquebote «San Antonio», lo que permitió emprender una doble expedición hacia Monterrey que salió de San Diego el 17 de abril. Por tierra fueron los capitanes Portolá y Fagés; por mar, fray Junípero Serra y el ingeniero Constanzó, embarcados en el «San Antonio», que ancló en la bahía de Monterrey el 31 de dicho mes, y allí esperó a la expedición terrestre que llegó ya en mayo y tomó posesión de aquel objetivo que tanto había costado encontrar. En cumplimiento de las instrucciones que llevaban, se fundó la misión de San Carlos Borromeo y el presidio de San Carlos de Monterrey, con otras edificaciones que, en su conjunto, fueron el origen de la capital de la Alta California. Poco después, el gobernador y Constanzó regresaron en el «San Antonio», quedando Fagés como primer comandante del presidio de Monterrey.

En México, cuando el Virrey, que lo era el marqués de Croix, recibió la información de haberse fundado la misión y presidio de San Carlos de Monterrey, ordenó la impresión de un folleto con toda la información relativa al nuevo descubrimiento y ocupación, lo que demuestra la gran importancia que se daba a aquella costa.



En noviembre del mismo año, llegaron de nuevo a Monterrey el «San Antonio» y el «San Carlos», transportando a treinta misioneros que empezaron las fundaciones de nuevas misiones y realizaron una eficaz labor de evangelización, favorecida por el carácter pacífico y acogedor de los indios de aquel territorio.

### *La reorganización*

El 27 de julio de 1771, el virrey marqués de Croix presidió en México una junta de Guerra y Hacienda, a la que asistió el visitador Gálvez. En la misma se examinó el informe y propuestas del marqués de Rubí y toda la documentación e información sobre la defensa y el orden en la frontera. Allí se aprobaron las bases para la redacción de un reglamento de presidios que debía entrar en vigor a principios del año siguiente. También se acordó en esta junta la creación del cargo de Comandante Inspector de Fronteras, cuya labor de inspección impidiera la reaparición de las graves deficiencias observadas por el marqués de Rubí. Dicho cargo debía ser desempeñado por un oficial de alta graduación, con experiencia en la frontera y buen conocimiento de los problemas de los presidios. Para el mismo se proponía al teniente coronel de Infantería don Hugo O'Connor, en quien *...a más de su acreditado zelo, actividad y desinterés, concurren los más de tres años...* Con carácter interino, ocuparía dicho cargo el capitán del Regimiento de Infantería de la Corona don Bernardo de Gálvez, sobrino del Visitador, que, años después, se haría famoso en Luisiana y Florida y terminaría su carrera en México como virrey.

Los acuerdos de la citada junta se remitieron con urgencia al Secretario de Indias, para su estudio y aprobación por una Junta de Generales, de la que se proponía que formaran parte el marqués de Rubí, por su gran conocimiento de aquellos territorios y de sus problemas, fruto de su reciente comisión, y don Alejandro O'Reilly por su experiencia de la frontera de Texas durante su misión en Luisiana.

Al recibir en Madrid dicha documentación, el Secretario de Indias la remitió inmediatamente al marqués de Rubí, que se encontraba en Barcelona, para que la estudiara y le enviara un informe para la Junta de Generales. El marqués de Rubí remitió su informe con fecha 23 de mayo de 1772. En el mismo, se reafirmaba en su anterior dictamen, ampliado *con posteriores meditaciones y el cotejo que he hecho del mismo proyecto, con lo que enseñan algunos escritores de la profesión, que me han fortificado más en mi primitiva idea.*

Las propuestas contenidas en el informe pueden resumirse en lo siguiente: Estimaba que las fortificaciones debían ser sencillas, por el hecho de que los indios no atacaban los ranchos que veían defendidos con una simple tapia. No creía necesario el envío de artillería, dado lo sinuoso y quebrado de las rutas seguidas por los indios en que las armas de fuego eran inútiles. Debía cambiarse el sistema de pago a los soldados dándoles en mano lo que se les daba como ración de comestibles para que ellos los compraran en los pueblos cercanos o, en caso de estar lejanos, establecer un depósito en el presidio correspondiente; así se acabaría con el sistema de confiar a los capitanes la provisión de víveres a sus soldados, contra lo dispuesto en las Leyes de Indias y en las Ordenanzas Militares, que disponían que se pagara en dinero y en propia mano, y con ello se acabaría con una situación en la que había capitanes más preocupados de sus almacenes que de la misión encomendada al presidio.

La Junta de Generales elaboró el *Reglamento de Presidios Internos*, basándose en la redacción hecha en México el año anterior y añadiendo observaciones propias que pueden resumirse en lo siguiente:

1.º) Debía aprobarse la línea fronteriza propuesta por el marqués de Rubí y conceder al Virrey un crédito de mil pesos por cada presidio, para construirlos todos de modo uniforme, según el proyecto del ingeniero Lafora.

2.º) Debía efectuarse una depuración de la oficialidad presidial, separando a los que no reunieran las condiciones necesarias de moralidad, valor y espíritu militar, sustituyéndolos por oficiales de reconocido valor, celo y honradez.

3.º) A los gobernadores de Texas, Coahuila y Nuevo México se les debía equiparar con el de Sonora, en su sueldo de cuatro mil pesos, pero no al de Nueva Vizcaya, que no tenía el mando de un presidio.

4.º) A la tropa presidial se la debía equiparar con la veterana, teniendo en cuenta su situación de constante lucha con los indios, y fijarle un prest suficiente para no pasar estrecheces. La junta lo estimó en no menos de doscientos noventa pesos anuales para los soldados, más diez pesos de gratificación; a los cabos se les debía dar una distinción de diez pesos mas de prest. A los oficiales y sargentos, se les debía mantener el sueldo regulado en el reglamento anterior. La administración debería hacerse por un oficial habilitado, bajo la dependencia directa del capitán, que no debería intervenir en nada relativo al aprovisionamiento de sus soldados.

5.º) Se debía crear el cargo de Comandante Inspector de Fronteras y nombrar para el mismo al teniente coronel don Hugo O'Connor, ascendiendo a coronel y elevando su sueldo a ocho mil pesos, que se estimaron necesarios por los elevados gastos que tendría que hacer en los frecuentes viajes de inspección.

6.º) Se le pondrían dos ayudantes con la graduación de capitán, sin mando y sólo con la misión de efectuar revistas en los presidios, a las órdenes directas del comandante inspector.

7.º) Antes de trasladar los presidios a sus nuevos emplazamientos, deberían revistarse todos, para depurar a la oficialidad y a la tropa. Esta revista debería pasarse con la mayor rapidez por el comandante inspector y sus dos ayudantes.

8.º) Se debía unificar el armamento, proveyendo a la tropa presidial de nuevos materiales y, para su mantenimiento, se destinaría a un maestro armero con plaza de soldado, con una gratificación por plaza sencilla.

La Junta de Generales añadía que, dado el aumento continuo en que iban los robos, muertes y depredaciones de los indios enemigos, consideraba urgentísimo reprimir sus desmanes mediante la guerra sin cuartel, puesto que ya se había podido llegar al convencimiento de que su naturaleza rebelde, guerrera y audaz no haría posible su reducción misional.

Finalmente, la Junta de Generales se refería a California en una forma que parece demostrar cuánto había influido el pensamiento de don José de Gálvez: *Ha considerado esta Junta que los antiguos y nuevos establecimientos de Californias merecen dignamente la soberana y particular atención de V.M. por lo que en posesión de ellos se interesan la extensión de sus dominios, el alto decoro de su Corona Real, la seguridad de aquella península que siendo antemural y Barrera de la América septentrional por el mar del Sur, no está libre de ambición y tentativas extranjeras; y sobre todo la propagación de la Fee y luz del evangelio que han penetrado y se extienden pacíficamente ante una numerosa y dócil Gentilidad. Por lo que el impulso de estas reflexiones y las demás que tendrá presente V.M. propone la Junta con referencia al artículo final del Reglamento que se sirba hacer mui especial encargo al Virrey actual de la Nueva España para que sostenga y fomete y auxilie dichos establecimientos a fin de que no decaigan, antes bien se estienda la Nueva conquista mediante la reducción voluntaria de los Indios.*

Con fecha 10 de septiembre de 1772 Carlos III firmó el reglamento y una instrucción, para su cumplimiento en los presidios de la frontera de Nueva España. En su introducción señala la finalidad de *defender en aquellas Fronteras las vidas y Haciendas de mis vasallos de los ynsultos de las Naciones Bárbaras, ya sea conteniéndolas o ya consiguiendo por este medio y el del buen trato, reducirlos a Sociedad y atraerlos al conocimiento de la verdadera Religión.*

En el reglamento quedaba establecido que la línea de presidios debía estar formada por los de Altar, Tubac, Terrenate y Fronteras, y temporal-

mente San Miguel de Horcasitas y Buenavista, en Sonora; Janos, San Buenaventura, El Carrizal, Guajoquilla, Julimes y Cerro Gordo, en Nueva Vizcaya; San Sabá, Santa Rosa, La Monclova y San Juan Bautista, en Coahuila, y Bahía del Espíritu Santo, en Texas.

El avituallamiento de los soldados estaría a cargo de los oficiales habilitados, bajo la vigilancia de los capitanes, sin que éstos pudieran intervenir directamente.

La plantilla de cada presidio comprendería un capitán, un teniente, un alférez, un capellán, un sargento, dos cabos y cuarenta soldados, mas diez indios exploradores, uno de los cuales sería su cabo.

Los sueldos anuales serían: tres mil pesos el del capitán, setecientos el del teniente, quinientos el del alférez, cuatrocientos ochenta el del capellán, trescientos cincuenta el del sargento, trescientos el de los cabos y doscientos noventa el de los soldados, mas la gratificación de diez pesos por plaza sencilla y el pago de tres reales diarios a los indios exploradores. El situado anual de cada presidio ascendía a dieciocho mil novecientos cuarenta y ocho pesos y seis reales.

El uniforme se compondría de: chupa corta de paño azul con una pequeña vuelta y collarín rojo, calzón de triple azul, capa azul, cartuchera, cuera, bandolera de gamuza en que se llevaría bordado el nombre del presidio, corbatín negro, sombrero, zapatos y bolines. A cada soldado se deberían entregar las prendas que necesitara de dicho vestuario, según se viera en las revistas que habrían de pasarse con regularidad.

El armamento estaría formado por espada ancha, lanza, adarga, escopeta y pistolas. Los indios exploradores llevarían una pistola, adarga y lanza, además de su arco y carcaj con flechas. En cada presidio se debería guardar su dotación completa de armamento que debería reponerse en los arsenales de México.

En cuanto a montura, cada soldado debería tener seis caballos, un potro y una mula. No debía permitir el capitán que se mantuviera ninguno en malas condiciones físicas. Y todo soldado tenía la obligación de tener siempre preparados dos caballos tanto de día como de noche. Se debía usar la silla vaquera, con mochila, coraza, armas, cojinillos y estribos de palo cerrado, quedando prohibidas las estriberas grandes, consideradas perjudiciales.

Del prest del cabo y del soldado se entregarían dos reales diarios a cada uno en propia mano, y el resto se depositaría en las cajas comunales de los presidios, para el pago de la ración diaria en especie o para sustituir los caballos muertos o perdidos. Por el mismo procedimiento, se suministrarían las prendas de vestir a los soldados y sus familias, cuyo precio tenía que ser

el de coste. Toda esta administración estaría a cargo del habilitado, bajo la inspección del capitán, y lo mismo se haría con los oficiales, sargentos y capellanes.

En cuanto a munición, a cada hombre se le suministrarían tres libras anuales de pólvora para ejercicios de tiro. A los reclutas otros tres para aumento de sus ejercicios. Para las operaciones, se suministrarían balas y pólvora a granel, para todo lo cual debería existir siempre un depósito suficiente de pólvora.

Para la provisión de las plazas de la oficialidad debía tenerse en cuenta el valor reconocido y preparación militar. Los capitanes tendrían que pasar una revista mensual a sus respectivas compañías, formando un extracto de la misma, que debía estar en el presidio a disposición del Comandante Inspector de Fronteras.

*Deviendo la Guerra tener por objeto la Paz...* en el reglamento se recomienda que, pese al estado de guerra, no deben olvidar sus instrucciones para poder llegar a extender una paz que facilite la conversión de los indios gentiles. Ordena que se haga la más implacable guerra a los indios enemigos, pero prohíbe rigurosamente todo maltrato a los prisioneros; impone la pena de muerte a quienes los maten a sangre fría y ordena que se les asista con la misma ración que a los indios auxiliares.

Para fomentar la población ordena que no se impida que las familias y gentes de buenas costumbres se avencinen en el interior de los recintos presidiales, dando preferencia a los soldados que hubiesen servido los diez años de su compromiso. Asimismo se decía: *Prohíbo expresamente que a los Mercaderes de Géneros, víveres y otros efectos (que no sean prohibidos) o a los Artistas que quieran ir a trabajar a los Presidios se les moleste...*

Se precisaban las atribuciones del Comandante Inspector de Fronteras, que debería vigilar el cumplimiento de todo lo ordenado en el reglamento, siendo responsable de ello y recibiendo autoridad disciplinaria. Debería revistar anualmente los presidios, vigilando el grado de instrucción de los soldados y examinando la conducta y circunstancias de los oficiales y de todos los que se encontrasen en el recinto presidial. Determinaría el número, composición y calidad de los destacamentos que habían de vigilar y luchar en el campo, hacia las rancherías enemigas, y establecer contacto entre los presidios. También tendría la facultad de conceder paces y treguas cuando los enemigos lo solicitasen, y tratar los preliminares de paz, siempre a las órdenes del virrey. Sus dos ayudantes debían auxiliarlo en todas las misiones.

Por último, al capitán de un presidio se le señalaba como principal obligación mantener a sus oficiales y tropa en estricta observación de este regla-

mento atendiendo a las órdenes del Virrey y del Comandante Inspector de Fronteras. Debería vigilar la dotación del soldado y que sus pagos se hicieran puntualmente. Revistaría su tropa y sus caballos, haciendo que estuvieran siempre en perfecto estado de revista, lo mismo que el armamento. Dedicaría especial atención a los nuevos reclutas, haciendo que adquirieran rápidamente un grado de instrucción suficiente y, a su ingreso, les daría una comunicación escrita de que quedaban filiados por diez años, no pudiendo obligarlos a que sirvieran más, salvo en el caso de encontrarse en campaña y ser necesarios para ello.

Por último, el reglamento establece las obligaciones de los oficiales, sargentos, cabos, capellanes y habilitados.

Cuando el virrey, don Antonio María de Bucareli, recibió el reglamento, lo entregó al coronel don Hugo O'Connor, ya nombrado para el nuevo cargo de Comandante Inspector de Fronteras, junto con la instrucción reservada para su puesta en vigor a principios de 1773, lo cual cumplió eficazmente. Para ello, organizó una expedición, con la que salió de México para Chihuahua, donde estableció su puesto de mando y desde donde empezó a combatir a las partidas de *apaches*. Asimismo, organizó un recorrido de todos los presidios, haciendo que en ellos quedara firmemente establecida la observancia del nuevo reglamento. Entonces fue también cuando se crearon las compañías volantes que tan buen resultado dieron en la persecución de las partidas de *apaches*. Su actuación fue muy eficaz, con la coordinación permanente en la línea de presidios, que consiguió reducir notablemente la actividad de las partidas *apaches*, de modo que, cuando en 1777 entregó el mando, había mejorado mucho la situación en Nueva Vizcaya y Sonora.

Asimismo, el Virrey remitió la nueva normativa al nuevo gobernador de la Alta California, el anterior comandante del presidio de Loreto don Fernando de Ribera y Moncada, para que desarrollara una labor de colonización pobladora entre los indios, reduciéndolos a misión y construyendo pueblos, en los que el comandante debía señalar las tierras de comunidad, hacer el reparto de tierras a los pobladores y tomar todas las medidas de gobierno para que aquel territorio, tan alejado y aislado, más allá de la línea de presidios, fuera una verdadera provincia bien organizada que frenara toda intención extranjera. Las dificultades eran enormes, pero el capitán Anza, que aparece en distintos puntos de este relato, presentó por propia iniciativa, ante una Junta de Guerra y Hacienda en México, la propuesta de explorar hasta encontrar una ruta que uniera Sonora con la Alta California. La junta aprobó la propuesta, oído el dictamen del ingeniero Constanzó: *Las tierras del Norte de California son pobres y escasas de frutos y por consi-*

*guiente no pueden dar el menor socorro a los establecimientos de San Diego y Monterrey; y si algunos han recibido por tierra han sido desde el presidio de Loreto, remitiendo el gobernador de aquella Península la parte de lo que a él se le envía en granos y efectos de San Blas. La distancia de Loreto a San Diego es de 300 leguas de áspero camino... la navegación desde San Blas a San Diego es larga y dificultosa; los buques en que se hacen son cortos y no permiten el transporte de familias para poblar el establecimiento... la distancia desde Tubac al puerto de San Diego no es inmoderada... y abierta la comunicación que propone el capitán Anza, se les facilitará a los San Diego y Monterrey unos socorros más pronto y podrán pasar familias a poblar aquellos establecimientos recientes...*

En consecuencia, Anza preparó una expedición que salió del presidio de Tubac en enero de 1774, con la cual descubrió la ruta entre Tubac y San Diego. Después, entre finales de 1775 y principios de 1776 condujo una caravana de familias colonizadoras desde el citado presidio de su mando hasta el de San Diego. La apertura de este camino fue justamente valorada como un hecho de gran importancia pues con ello quedaba establecida la comunicación directa por tierra entre Sonora y la Alta California. Ello permitiría el necesario apoyo desde Sonora a los nuevos establecimientos de California, necesitados de elementos colonizadores, tanto familias pobladoras como víveres, ganados, semillas, herramientas y medios de transporte.

Cuando la primera expedición citada cruzó la confluencia de los ríos Gila y Colorado, fue muy bien recibido por los indios *yumas*, pese a que al tener noticia de su aproximación, la primera reacción de la mayoría de ellos había sido la de oponerse a su marcha por las armas. El buen recibimiento fue obra de la actitud favorable de su cacique Olley Iquatequiche que, en forma decidida, manifestó su propósito de recibir amistosamente a los españoles, alegando que mantenían buenas relaciones con los *pápagos*, que eran sus aliados más fuertes. Frente a los que se mantenían en actitud hostil el cacique se reafirmó en su resuelta actitud, lo que hizo que los *yumas* recibiesen cordialmente a Anza y su expedición. Anza y Olley Iquatequiche tuvieron relaciones muy amistosas que sirvieron para que el cacique se iniciara en los conocimientos básicos de la religión católica y tuviera conocimiento de la existencia del Rey de España y de su gran poderío. Convencido por Anza, el cacique cambió su nombre por el español de Salvador Palma, por el que se le conoció desde entonces. Anza le honró haciéndole entrega de un medallón y un bastón, como símbolos de su autoridad sobre los demás componentes de la tribu y, desde entonces, Palma fue un auténtico amigo y auxiliar de Anza, a quien ayudó fielmente en cuanto necesitó. Así, al marchar hacia San Diego, Anza le confió a siete enfermos con gran



cantidad de ganado y víveres, todo lo cual encontró intacto cuando regresó después de descubrir la ruta buscada. En esta estancia entre los *yumas*, Salvador Palma le rogó que hiciese gestiones para conseguir el envío de misioneros que enseñaran la religión católica a su pueblo. Ello venía a afirmar una verdadera alianza, cuyas ventajas estaban a la vista. Pero Anza, en su ya larga experiencia de trato con indios, había observado muchos cambios de opinión en la mayoría de ellos, por lo que no dio a Palma una seguridad total y prefirió comprobar la constancia de los *yumas*, dejando pasar algún tiempo. Cuando Anza volvió a ver a Palma, al realizar su segunda expedición por la ruta abierta, quedó completamente convencido de las buenas intenciones del cacique y de la firmeza del deseo que había expresado de abrazar la religión católica. Se organizó entonces el viaje de Salvador Palma a México a donde fue en septiembre de 1776 con los principales caciques de la tribu acompañado por Anza y una escolta de soldados presidiales. En la capital de Nueva España, Salvador Palma saludó al Virrey, don Antonio María de Bucareli, y a don Teodoro de Croix, nombrado para el mando de la recién creada Comandancia General de las Provincias Internas. Palma efectuó entonces la petición formal de que se enviasen misioneros para evangelizar a su pueblo. Y el 24 de febrero de 1777 se celebró solemnemente, en la catedral de México, el bautizo de Salvador Palma y de sus acompañantes *yumas*.

### *La Comandancia General de las Provincias Internas*

En 1776 don José de Gálvez fue nombrado Secretario de Indias en sustitución del baylío Arriaga, que pidió el relevo por encontrarse ya muy decaído, después de veintidós años en el cargo. En su nuevo alto cargo, Gálvez se encontró en situación de llevar a la práctica sus ideas plasmadas en el plan propuesto en 1768, consecuencia de su larga «visita» a los extensos territorios de la Nueva España. El proceso de reorganización culminó ese mismo año con la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas, que venía a suponer el reconocimiento oficial del carácter especial de dichas provincias, con poblaciones escasas, alejadas y frecuentemente en peligro, que no podían organizarse ni gobernarse como el resto del reino de la Nueva España. El 22 de agosto de ese mismo año en el Real Sitio de San Ildefonso, Carlos III firmó la Real Cédula de creación de dicha comandancia general y el nombramiento de don Teodoro de Croix como primer Comandante General, así como las instrucciones para el gobierno de la nueva entidad territorial. El contenido de dicha Real Cédula supone la apro-

bación total del citado plan, propuesto por Gálvez y el marqués de Croix en 1768. En la misma se señala como gobernaciones principales las de Sonora, California y Nueva Vizcaya y, como gobernaciones de menor categoría, las de Coahuila, Texas y Nuevo México, con sus poblaciones, presidios y *todos los demás que se hallen situados en el cordón a línea de establecida de ellos desde el Golfo de las Californias hasta la Bahía del Espíritu Santo*. La nueva comandancia general quedaba establecida como demarcación territorial independiente del Virrey. El Comandante General dependería directamente del Rey, a través del Secretario de Indias, pero con la obligación de comunicar al Virrey las disposiciones que tomase y las novedades importantes, tanto para su conocimiento como para que le proporcionase los apoyos que pudieran ser necesarios en su caso. Asimismo, el Comandante General ejercería las competencias de la Superintendencia General de la Real Hacienda, con dependencia directa del Rey, a través del secretario de Hacienda, si bien por la «vía reservada de las Indias», es decir, de hecho, a través del Virrey. También se le conferían las facultades propias de los virreyes en relación con el Real Patronato, con capacidad para delegarlas en los gobernadores. Como órgano de gestión subordinado al Comandante General, se creaba el cargo de Secretario de Cámara y Comercio, para el que fue nombrado el teniente coronel don Antonio Bonilla que tendría a sus inmediatas órdenes a dos oficiales escribientes. Para el asesoramiento jurídico contaría con un auditor de guerra. Se le autorizaba a tener una guardia personal de veinte hombres segregados de los presidios de San Miguel de Horcasitas, Buenavista y Pitic, al mando de un oficial, pudiendo aumentar estos efectivos en los viajes por la frontera.

La capital se estableció en la villa de Arizpe situada en el centro de Sonora, entre tierras de gran fertilidad. Estas circunstancias la habían hecho crecer de tal manera que, de un pequeño pueblo de indios que fue, había pasado a ser la mayor población de la provincia. Aunque su situación quedaba muy excéntrica, con relación al conjunto de las Provincias Internas, su posición céntrica en Sonora influyó decisivamente en su elección, por ser Sonora la base natural de la expansión hacia la Alta California, a la que daba carácter prioritario don José de Gálvez. En las instrucciones, se le ordenaba procurar la conversión de las tribus gentiles del norte para lo cual se le recomendaba la creación de núcleos de población al amparo de los presidios de la línea, y visitar prolijamente la provincia de California y los presidios establecidos en los puertos de San Diego, Monterrey y San Francisco, pensando que se asegurase de modo definitivo la comunicación con Sonora y Nuevo México, valiéndose para ello de los informes de Anza: *Cuidareis con la mayor vigilancia de que por los puertos de la Sonora y Sinaloa se pro-*

*vea a aquella Península de los ganados, frutos y efectos que necesita para su conservación y aumentos; disponiendo pasen algunas familias de españoles a los mencionados puertos y poblaciones que sirvan de fomento y resguardo sobre las costas del Mar del Sur.* En Arizpe, se establecería también la Casa de la Moneda.

Se ha dicho que las Provincias Internas tenían *un régimen colonial, pero no de colonias de España sino de Nueva España*. Más bien tenían el régimen característico de una *frontera*, como los reinos de Sevilla, Córdoba, Jaén y Murcia en la Baja Edad Media, cuya situación frente a los infieles y sus *algaras* era similar. Por ello, el aspecto defensivo y de mantenimiento de la seguridad y el orden en lo posible tenía tanta importancia relativa, que el gobernador de cada una, salvo Nueva Vizcaya, había sido hasta entonces un capitán distinguido como presidencial. A sus presidios, además de con los castillos de dicha frontera, se les ha comparado con los presidios del Norte de Africa.

El 22 de diciembre de 1776 el caballero don Teodoro de Croix hizo su presentación al virrey Bucareli y recibió la Real Cédula de constitución y nombramiento de Comandante General que le confería oficialmente el mando de la nueva demarcación territorial. Inmediatamente empezó su labor de información sobre los problemas y necesidades de los territorios que pasaban a su mando y las disposiciones a tomar con pleno acuerdo del virrey, que le dio todas las facilidades y apoyos pese a que no fue de su agrado que dichos territorios fuesen separados de su autoridad. En esta situación preparatoria estuvo Croix en México hasta el mes de agosto en que emprendió el viaje para tomar posesión efectiva de la comandancia general. Como antes se ha dicho, en México tuvo ocasión de recibir al cacique Salvador Palma, con quien trató de los asuntos relativos a la relación con los *yumas*, de tanto interés para la comunicación entre Sonora y California.

Los acontecimientos demostraron al nuevo comandante general la insuficiencia de la línea de presidios aprobada en 1772, basada en estudios bien hechos, pero también muy orientados a ahorrar gastos a la Real Hacienda. Hubo que reforzar dicha línea de presidios con otros más a retaguardia y así, en 1777 existían en las Provincias Internas veintidós presidios con un total de diecinueve capitanes, mil doscientos cuarenta y ocho soldados y ciento veinte exploradores. También existían cuatro compañías volantes y dos piquetes de Dragones del Ejército regular con seis capitanes, seiscientos veintitrés soldados y ciento veinte exploradores, así como cuatro compañías de milicias, con doscientos doce hombres. Las compañías volantes se habían creado con carácter temporal en Nueva Vizcaya cuando O'Connor llevó a cabo su expedición, pero dieron tan buen resultado que se decidió

mantenerlas. Su misión era la de reserva móvil, en condiciones de acudir a cualquier punto de la línea presidial. Posteriormente, llegaron a ser seis y se les consideró como de Dragones, por estar preparadas para el combate a caballo y a pie. Además existían las compañías indígenas, dos de *ópatas*, la de Babispe y la de Bacoachi, y una de *pimas*, con arco y flechas. Las dos de *ópatas*, con armas de fuego o con arco y flechas, estaban encuadradas en el dispositivo defensivo regular; el reglamento las citaba y reconocía su *valor y constante fidelidad*. El sistema quedaba complementado por las milicias, a las que dedicó especial atención don Teodoro de Croix que, en julio de 1777, ya tenía completo el plan de organización siguiendo las instrucciones recibidas y el *Reglamento de Milicias* que el general O'Reilly había elaborado para las de Cuba y que terminó siendo generalmente adoptado tanto para las ya existentes como para las de nueva creación. Para la puesta en pie de dichas milicias el comandante general creó un equipo organizador e instructor formado por el ayudante mayor don Juan Gutiérrez y los tenientes Panes, García Rebolledo y Gregori. Este equipo recibió la misión de organizar e instruir, en ese mismo año, las de Nueva Vizcaya, por ser la provincia más necesitada de autodefensa, dada la profundidad que en ella alcanzaban las incursiones de los *apaches*, a través del Bolsón de Mapimí, como ya se ha dicho. Cuando Croix salió de México para el territorio de su mando, dicho equipo organizador lo acompañó hasta Durango, donde se iniciaron inmediatamente las gestiones necesarias. El jefe del equipo se estableció en Durango, con el teniente García Rebollo, designado para el reclutamiento, organización e instrucción en la capital y pueblos próximos; a los tenientes Panes y Gregori, se les asignó la misma misión en Parras y Mapimí, respectivamente, y los tenientes Blanco y Soler, agregados al equipo, fueron enviados a cumplir dicha misión en Parral y su comarca. La designación del oficial comisionado para organizar las milicias en la importante villa de Chihuahua, fue delegada por Croix en el intendente.

Entre mayo y septiembre de 1777 en Nuevo México fueron muertos sesenta y nueve de sus pobladores y dieciocho fueron llevados prisioneros por partidas de *apaches* y *comanches*, que robaron más de mil doscientas cabezas de ganado. Solían aparecer formando bandas de treinta o cuarenta, pero en alguna ocasión se presentaron partidas numerosas, como el 16 de julio cuando Taos fue atacado por ciento veinte *comanches*. Formaban parte de una masa total de unos quinientos que, divididos en varias partidas, llegaron hasta Albuquerque haciendo enormes daños. Esta situación hacía muy necesaria una ordenación de las poblaciones dispersas que estaban mal defendidas por lo que era necesario facilitarles las armas y caballos necesarios para formar milicias.

Entre tanto, en Sonora se habían alzado de nuevo los *seris* de Cerro Prieto. En ese mismo año don Juan Bautista de Anza, ya sargento mayor, fue ascendido a teniente coronel y nombrado gobernador de la provincia de Nuevo México. La nueva insurrección de los *seris* llegó cuando el gobierno de Sonora estaba empezando a ser ejercido por el prestigioso intendente Corbalán en virtud de la reorganización administrativa que estableció las intendencias. Ello tuvo como consecuencia que el teniente coronel Anza quedase retenido en Sonora como comandante de las armas de la provincia para llevar a cabo una nueva campaña contra los *seris*, hasta dominar la situación. Entre fines de 1777 y principios de 1778 el teniente coronel Anza efectuó tres ataques a Cerro Prieto apoyado por los indios *pimas* que fueron los combatientes más eficaces. Simultáneamente, mientras los *chiricaguas* atacaban a los pueblos *ópatas*, otros *apaches* llegaron hasta Altar, donde robaron toda la caballada. Ante esta situación se solicitó la intervención de los Dragones para una batida en Cerro Prieto. Además, el comandante general había conseguido que el Virrey, que era don Antonio María de Bucareli, enviara la compañía de voluntarios catalanes que mandaba el capitán Fagés, la cual llegó al Real de los Álamos, el 7 de febrero, y a Pitic, el 22 de abril. Esa demostración de fuerza, cuando los *seris* debían estar ya bastante desgastados, debió tener un efecto decisivo pues ese mismo día empezaron a entregarse por grupos, dispuestos a formar un pueblo en la zona que se les había asignado, cerca de Pitic. Allí se establecieron y empezaron a cultivar las tierras que se les asignaron, además de estar bajo la vigilancia de un destacamento. Había quedado resuelto el problema de los *seris*, pero continuaron las incursiones de los *apaches*, que en abril asesinaron a un misionero y a los cuatro *pimas* que lo acompañaban. Ante ello, el teniente coronel Anza dispuso que la compañía de fusileros catalanes continuara hasta el presidio de Santa Cruz. Entre este presidio y el de Altar, los *apaches* habían atacado cuatro veces, consiguiendo hacer treinta y tres muertos, entre soldados, milicianos y vecinos, y dos prisioneros, además de llevarse unos trescientos cincuenta caballos. Estos ataques continuaron todo el año, de modo que, entre Santa Cruz, San Bernardino y Tucson, al finalizar el año, habían robado más de quinientos caballos.

Durante el año 1778 continuaron siendo habituales las alarmas, los ataques de los *comanches* y los robos de los *apaches*. Los *comanches* actuaban normalmente formando partidas de treinta o cuarenta, pero a veces llegaron a reunirse cien, lo que los hacía atreverse a atacar pueblos como Galisteo y Pecos. Los *apaches*, actuando más solapadamente, causaban daños menores pero continuos. Por ello escribió el comandante general que *los comanches, que pelean como hombres, matan y mueren en sus campañas; pero el apa-*

*che, valiéndose de sus cautelas y traiciones, ejecuta impunemente los daños, va consiguiendo la ruina del país con repetidos robos y muertes...*

En este año 1778, para mejor planear y coordinar las acciones que exigían estos problemas, Croix convocó una Junta de Guerra y Hacienda en Chihuahua, que se celebró en junio. Entonces ya se pudo ver el fruto de la labor de organización de milicias en la provincia en el año anterior. En Chihuahua, Croix pudo revistar tres compañías milicianas de treinta y seis soldados. Además de otras dieciséis en la provincia y once escuadras de *tarahumaras*. El número de alistados iría aumentando hasta llegar a fin de año a veintiuna compañías, con mil quinientas cincuenta y tres plazas. Los oficiales de las mismas pertenecían a las familias más acomodadas de la provincia, generalmente mineros, terratenientes o comerciantes.

También en 1778 tuvo lugar una innovación importante para la organización de las compañías presidiales. El comandante general creó la «tropa ligera», con la finalidad de compensar la falta de movilidad que causaba a los soldados de cuera su pesado equipo. Las nuevas tropas estaban dotadas de escopeta, pistola y espada ancha, sin cuera, adarga ni lanza, y contaban con tres caballos y una mula por hombre. Esta tropa ligera resultó ser la más adecuada para el combate a larga distancia, pie a tierra o en terreno abrupto, mientras que los soldados de cuera, por su potencia en el choque y su equipo defensivo, seguían siendo los más adecuados para el combate cuerpo a cuerpo. Inicialmente, la plantilla de esta tropa se estableció en diecinueve soldados por compañía pero posteriormente se aumentó hasta llegar a ser más de la mitad de la misma.

En 1779 pudo por fin Croix hacer cumplir la R.O. de 10 de febrero de 1777 que le mandaba establecer una misión con resguardo de tropa entre los indios *yumas*, que sirviera de apoyo a la ruta terrestre de Sonora a California. Esta orden era la contestación oficial a la petición de Salvador Palma que, como hemos visto, durante su estancia en México, había solicitado dicha misión para la evangelización e instrucción de su gente. Su cumplimiento se había visto imposibilitado antes por la situación creada por el alzamiento de los *seris* y las incursiones *apaches*, antes citadas. Palma, después de visitar a Croix, había regresado hacia el río Colorado, por Altar y Tucson, desde donde volvió a sus rancherías, con escolta de cuatro hombres de este presidio. Con fecha de 5 de febrero, el comandante general previo informe del comandante del presidio de Altar (capitán Tueros), ordenó enviar al padre Garcés y otro misionero con una escolta, para que fundasen dicha misión que quedó establecida a orillas del río Colorado.

Otro hecho a recordar de 1779 fue la llegada a Sonora de la expedición colonizadora catalana. Don Juan Pujol y Matmitja, sargento del Batallón de

Voluntarios Catalanes, fue a Sonora formando parte de la compañía de fusileros del capitán Fagés. Pujol, que era un hombre culto y con inquietudes, descubrió unas minas con la ayuda de un indio, y pidió y consiguió el permiso necesario para poblar el paraje y explotarlas. Marchó y organizó en brevísimo tiempo, para lo que solía ser entonces, una expedición de familias catalanas (con una castellana), las cuales embarcaron en San Blas y desembarcaron en Guaymas en agosto, marchando desde allí al lugar donde se fundó el pueblo y se inició la explotación minera con muy buenos resultados. Para ello, contó con la ayuda oficial manifestada en órdenes a todas las autoridades para que apoyaran dicha expedición, que era una puesta en práctica de las ideas de Gálvez. Así, se proveyó a la expedición de armas, pertrechos y ropas antes de su embarque y, ya en Sonora, Pujol tuvo un apoyo muy efectivo de su capitán y del intendente. La expedición colonizadora de Pujol tuvo un gran efecto para la recuperación de la prosperidad de Sonora, pues a continuación se reanudaron las explotaciones que se habían abandonado, por las depredaciones de los *seris* y los *apaches*.

En este año el teniente coronel Anza pudo entregar el mando de las armas de Sonora a su sucesor don Jacobo de Ugarte, otro distinguido jefe de la frontera, a quien dejó una situación mucho mejor que la que él había recibido. Por fin Anza pudo marchar a tomar posesión de su cargo de gobernador de Nuevo México en el que tuvo nueva ocasión de dar a conocer su valía en la siguiente Junta de Guerra y Hacienda, en la que presentó al comandante general un completo informe de todos los problemas militares, sociales y económicos de su nueva provincia, con el título *Desórdenes que se advierten en el Nuevo México y medios que se juzgan oportunos a repararlos para mejorar su constitución y hacer feliz a aquel reino*. Antes de marchar para Santa Fe recibió del comandante general las órdenes para la formación de las milicias y para que hiciese el padrón (censo) y un mapa de cada jurisdicción. Para las nuevas milicias le fueron entregados mil quinientos caballos que condujo como parte de su comitiva. Su primera gestión fue la organización de las milicias de El Paso, la mayor población de la provincia, en la que habían fracasado en ese intento tres tenientes siendo gobernadores debido a las disensiones existentes entre sus vecinos. Anza, en su estancia en El Paso, consiguió dejar establecida la milicia, a la que entregó ciento cincuenta y siete caballos y la provisión de pólvora correspondiente. Asimismo dejó organizado el servicio de la misma, de modo que siempre hubiera un grupo de vecinos sobre las armas, mientras los demás atendían a sus ocupaciones habituales. Y además puso en marcha una mejora económica de la villa, al informar a los vecinos sobre el potencial mercado que sus vinos y frutos tenían en Sonora, aumentado por los reales de



minas que resurgían. Todo ello debió influir para que algunos jefes *apaches* de las cercanías de El Paso pidieran la paz, llegándose así a un tratado con los *mezcaleros*.

A finales de junio de 1779 tuvo lugar la declaración de guerra a Inglaterra, en virtud de un nuevo «Pacto de Familia». Fue la guerra en que las Trece Colonias inglesas de la costa atlántica norteamericana lograron su independencia con el decisivo apoyo franco-español. El reino de Nueva España y su Virrey dedicaron toda su atención al «frente inglés» y a la defensa contra la amenaza de desembarco. En este año tuvieron lugar las hazañas que con sus escasos medios llevaron a cabo el mariscal de campo don Matías de Gálvez, Capitán General de Guatemala, que rechazó a los contingentes ingleses desembarcados en América Central; y las de su hijo, el brigadier don Bernardo de Gálvez, Gobernador de Luisiana, que tomó los fuertes ingleses del Mississippi. Las Provincias Internas, apartadas del escenario bélico internacional, quedaron limitadas a sus propios medios sin poder esperar ningún apoyo de la capital.

En ese mismo año 1779 tuvo lugar un hecho de consecuencias decisivas para la posterior pacificación de la frontera. El gobernador Anza, contando con sus dos compañías presidiales, las milicias que había formado y la gran caballada que había conducido al hacerse cargo de su gobernación, mas el sur de la provincia en paz por sus tratados con los *apaches* citados, pensó que era el momento de dar un golpe a los *comanches*. Éstos eran temibles como guerreros y podían poner en armas hasta seis mil. Fue su empuje lo que obligó a los *apaches mezcaleros* y *lipanes* a pedir la paz. Al contrario que los *apaches*, solapados, mentirosos y que rompían los tratados cuando les convenía, los *comanches* eran más valientes en el combate y más nobles y sinceros y se podía confiar en ellos cuando se concertaba un tratado. Pero era necesario demostrarles una superioridad militar incontestable. Anza formó una fuerza escogida de entidad aproximada de un batallón, la preparó en la misma táctica de los indios bárbaros y se lanzó tras los *comanches* hasta su territorio, donde no esperaban ser atacados. Con marchas silenciosas, de noche, borrando las huellas, actuando en todo como ellos, una madrugada cayeron Anza y sus soldados sobre la ranchería comanche, destruyendo la mayor parte de ella y dando muerte a su temible jefe Cuerno Verde, a su segundo Águila Volteada, a su hijo, al pujacante o hechicero y a otros setenta y ocho guerreros, dejando heridos a muchos más. A continuación se retiraron tan rápidamente como habían aparecido.

Esta fulminante acción fue muy oportuna, cuando la frontera se veía reducida a sus propias fuerzas por la guerra. Sus consecuencias empezaron a notarse inmediatamente y sobre todo el año siguiente cuando el nuevo jefe

*comanche*, Ecueraçapa, pidió la paz dos veces. Tras la segunda, se concertó una reunión en que el gobernador Anza fumó la «pipa de la paz» con Ecueraçapa. Por el tratado de paz ajustado entre Anza y Ecueraçapa, los *comanches* se avenían a vivir en pueblos, recibir a los misioneros, cultivar la tierra y criar ganado y no atacar a los españoles, además de devolver los prisioneros que tuviesen; los españoles se obligaban a protegerlos, ayudándoles en épocas de hambre y defendiéndolos contra los enemigos comunes; también se autorizaba el comercio, en realidad intercambio, que ellos valoraban mucho, por permitirles asistir a las ferias y adquirir artículos de los que carecían. Ello fue un gran paso en el camino hacia la convivencia pacífica con los indios de la frontera que la Corona deseaba, como había manifestado reiteradamente. La paz con los *comanches* suponía ganar un importante aliado, dado el número y valor de sus guerreros, su carácter leal y su secular odio a los *apaches* que merodeaban por sus rancherías igual que por los establecimientos españoles. Ello tuvo como efecto una mayor seguridad y tranquilidad en la frontera.

El teniente coronel don Juan B. de Anza fue sin duda el más brillante y efectivo entre los gobernadores de Nuevo México y tal vez de todas las provincias de la frontera. Ciertamente era gobernador exclusivamente y no capitán, como lo eran sus antecesores, y contó además con más apoyo.

No podemos terminar el estudio del año 1779, tan intenso y digno de recordarse, sin hacer alusión a un hecho de capital importancia para las poblaciones y guarniciones de la frontera: el establecimiento del servicio de Correos (la posta) en la misma. Se organizó el recorrido de los correos a caballo, con escolta, uniendo los presidios, en ambos sentidos, recogiendo la correspondencia en días determinados de la semana, y estableciendo los enlaces entre dichos presidios y los demás puntos de las Provincias Internas. Anteriormente sólo existía en Nueva Vizcaya y Sonora.

Fue a principios de 1780 cuando Croix se estableció en Arizpe que empezó a ser en forma efectiva la capital de la comandancia general pues antes había estado recorriendo las provincias de su jurisdicción o establecido en Chihuahua que era la más céntrica de las poblaciones importantes de la misma. En ese año, mientras en otras zonas tenía lugar la guerra con Inglaterra, las Provincias Internas gozaron de bastante tranquilidad, aunque nunca dejaron totalmente de existir partidas de merodeadores.

Por orden del comandante general y después de varios meses de preparación, el 9 de noviembre de 1780, Anza salió de Santa Fe, al frente de una expedición exploradora, con la misión de descubrir una ruta que comunicara Nuevo México con Sonora. Después de una dura marcha, reconociendo terrenos difíciles y desconocidos, el 6 de diciembre pudo dar por cumplida

la misión al llegar al camino real de Nueva Vizcaya a Sonora. La apertura de un camino entre Santa Fe y Arizpe era una condición necesaria para conseguir el desarrollo del comercio de Nuevo México, cuya producción agrícola y minera había llegado a ser importante. El comandante general informó al Secretario de Indias en la forma siguiente: *Lo emprendió Anza el día 9 de noviembre del año próximo pasado desde el Presidio de Santa Fee hasta el parage que llaman de fray Cristóbal por las jornadas regulares y la continuó por las margenes del río Grande del Norte, Sierra de los Mimbres y otras que se refiere en su diario con la variación de rumbos a que le obligaron las fragosidades de los terrenos, la falta de conocimiento de ellos y la escasez de agua, de manera que deviendo recalar al presidio de Santa Cruz de Sonora, vino a salir casi al frente del de Janos en Nueva Vizcaya, executando una marcha de doscientas veinte y una leguas que podrá ser más corta repitiendo el descubrimiento con arreglo a las noticias de los Diarios de Ansa y del Capitán Dn. Joseph Antonio de Vildosola». Como final de esa comunicación, Croix expone la de repetir la exploración, para encontrar «...el camino recto, corto y transitable para abrir la oportuna y segura comunicación entre las dos Provincias...»*

En 1781 ocurrió un suceso muy grave que supuso un gran retroceso en la colonización de California que volvió a quedar aislada por tierra. Hacía poco que el capitán Rivera había conducido una caravana de pobladores que fue la segunda expedición, después de la última de Anza, de Tubac a San Diego. En julio, al pasar la tercera expedición pobladora que conducía también el capitán Rivera, junto con una caballada para California, deteniéndose en la misión de los *yumas*, éstos atacaron súbitamente a la expedición, sin dar tiempo a defenderse, aprovechando el momento en que el capitán Rivera y la escolta de la caballada se habían alejado, confiando totalmente en aquellos indios que tan bien se habían comportado durante los años que llevaban allí las misiones. Los *yumas* apresaron a los pobladores y después asesinaron a los cuatro misioneros y destruyeron las dos misiones. El capitán Rivera, con los refuerzos que recibió, atacó por tres veces a los *yumas* y consiguió, entre los tres encuentros, salvar a todos los prisioneros y recuperar la mayor parte de los caballos, pero la ruta de California quedó cerrada. Había ocurrido que, a la muerte de Salvador Palma, aquel cacique *yuma* tan religioso y leal a España, su hijo y sucesor había cedido a las presiones de los hechiceros muy descontentos por su pérdida de poder e influencia, lo cual explica el ensañamiento con los misioneros. Entre octubre y diciembre de dicho año, así como ya en 1782, se llevaron a cabo operaciones contra los *yumas*, bajo el mando del teniente coronel don Felipe de Neve, gobernador de las Californias. Pero dichas operaciones no bastaban para restablecer la ruta interrumpida, pues las

dificultades del terreno habrían exigido unos contingentes que fueron absorbidos por las misiones prioritarias como reducir el nuevo alzamiento de los *seris* y llevar a cabo una campaña contra los *apaches chiricaguas* que hostilizaron la frontera de Sonora, por lo que, por orden del Secretario de Indias, se renunció de momento a la ocupación permanente de aquella zona, quedando California aislada por tierra durante unos años en los que estuvo comunicada únicamente por mar desde el puerto de Guaymas.

En 1782, bajo el gobierno de Neve, tuvo lugar la fundación del presidio de Santa Bárbara, entre los de San Diego y Monterrey, elevándose a cuatro el número de presidios en la Alta California. El 1.º de mayo de ese año tuvo lugar la heroica defensa del presidio de Tucson, donde el capitán don Pedro de Allande y veinte soldados resistieron el asedio de más de quinientos *apaches*, que fueron rechazados después de dos horas de combate. Había ocurrido que el fortalecimiento de la frontera en la parte central había provocado un desplazamiento de las partidas *apaches* hacia el oeste y, al fracasar su intento de infiltrarse entre los presidios de Janos y Fronteras, fueron a atacar a los más occidentales, Terrenate y Tucson.

En el mismo año el coronel Neve fue nombrado Comandante Inspector de Fronteras. En los primeros días de septiembre hizo entrega del gobierno de California al capitán Fajes. El 25 de octubre estaba en Altar, donde empezó a cumplir los deberes de su nuevo cargo, pasando revista a los presidios de Sonora, naturalmente después de haber tomado posesión del mismo ante el comandante general. En ello se encontraba en Sonora, sin haber podido ir aún a Chihuahua, cuando llegó la Real Cédula de 15 de febrero de 1783. Por esta disposición, don Teodoro de Croix era nombrado Virrey del Plata y don Felipe de Neve era ascendido a brigadier y nombrado para sustituirle en el mando de la comandancia general. El 12 de agosto, en Arizpe, Croix dio posesión del cargo a Neve con toda solemnidad. El día 18 Croix emprendió el viaje a México, de donde habría de salir después para Buenos Aires. Para sustituir a Neve como Comandante Inspector de Fronteras, fue nombrado el coronel don José Antonio Rengel.

En septiembre de 1783 se firmó la Paz de París, que ponía fin a la guerra con Inglaterra. Ello suponía que la atención al «frente inglés» un fuera tan apremiante y se pudiera prestar más atención a las Provincias Internas. En éstas la situación encontrada por Neve era mucho mejor que la que Croix había encontrado al crearse la comandancia general. Neve lo hizo constar así en su informe en el que elogia la gran labor de su antecesor y propone que se le compensen los gastos que hizo en la construcción de la sede de la comandancia general. En ese mismo mes quedó establecida la sede de la nueva diócesis de Sonora, cuyo primer obispo, fray Antonio de los Reyes,

hizo su entrada en Arizpe el día 22. El 22 de agosto se había creado la compañía volante de Saltillo, medio eficaz para el control de las salidas del Bolsón de Mapimí. En los últimos meses del año hubo inquietud en la frontera de Sonora, donde hubo encuentros de destacamentos de la compañía de *pimas* de San Ignacio con partidas de *apaches*. Y a la vez, los Dragones y presidiales acuartelados en Pitic llevaron a cabo diversas acciones contra los *seris* alzados en Cerro Prieto.

En los últimos meses de este año se descubrió la existencia de un grave problema que había permanecido oculto con gran perjuicio del orden público y la seguridad de la provincia de Nueva Vizcaya: un bandolerismo que habían estado cometiendo partidas de malhechores y vagabundos, en su mayoría *indios tarahumaras*, que se hacían pasar por *apaches*. Sabido que en la sierra de Barajas existían partidas de salteadores, se puso en acción un plan en el mes de noviembre para perseguirlos y descubrir a sus cómplices. Al poco tiempo, se tenían más de ochenta presos, llegando a saberse que habían ejecutado más de doscientas muertes en los años transcurridos desde 1767. También se descubrieron las relaciones de algunos con los *apaches* a los que apoyaban en sus incursiones, les entregaban lo robado y los cautivos, e incluso tenían acordado el pasarse a ellos. Llegó a crearse un grave problema político, al saberse que había pueblos, incluso en la jurisdicción de Chihuahua, en que todos los habitantes estaban encartados, ya como autores, como cómplices o como encubridores. También se descubrió que había una cuadrilla, la de Antonio «el Mordullo», que se guarecía en el Bolsón de Mapimí y era culpable de muchos robos y muertes en sus alrededores. Llegó a haber unos novecientos presos, pero muchos no pasaban de vagabundos o sospechosos. Se impusieron más de veinte penas de muerte, así como bastantes penas de azotes y trabajos forzados. Neve, una vez castigados con todo el peso de la ley los cabecillas y ejecutores de los delitos, concedió un indulto general. Como informó el comandante general al Secretario de Indias, quería *...arbitrar un medio para cortar este cáncer con la menos efusión de sangre posible*; posteriormente le comunicó que desde que habían empezado las ejecuciones públicas, *...llegan los apaches enemigos a las sierras en que solían convocarse, hacen sus señales por los humos y como no acuden sus malvados amigos se retiran sin atreverse a entrar*.

### *Los últimos años del reinado*

1784 fue un año que se inició con bastante actividad militar en Sonora. El 26 de enero se aprobó el plan para la acción contra la última insurrección

de los indómitos y crueles *seris*, cuyos alzamientos tanto se habían repetido. Intervendrían unidades de fusileros, Dragones, *ópatas* de las compañías de Bavispe y Bacoachi y *pimas* del presidio de San Ignacio. Para ello fue necesaria la orden de que los fusileros y Dragones permanecieran en Sonora hasta el final de la acción, por estar ya preparado su regreso a México. El 16 de febrero fue apresado el cabecilla Valentín que, al frente de un grupo de diecisiete, intentó liberar a los que estaban prisioneros en Pitic. Después de aquello, la actividad fue a menos, se publicó un perdón general, como solía hacerse, y a partir de octubre, los *seris* fueron presentándose por grupos, sin que se llegara a efectuar la campaña preparada. El problema seri había quedado resuelto mucho más fácilmente de lo que cabía esperar, vistos los antecedentes belicosos de esa tribu.

En febrero, una partida de *apaches* atacó a una patrulla del presidio de Santa Cruz que tuvo varias bajas, y en marzo más de quinientos *apaches* atacaron nuevamente Tucson, donde mataron a cinco soldados y robaron ciento cincuenta caballos. Todo esto era la consecuencia del desplazamiento de partidas *apaches* hacia el oeste del que ya se ha hablado, con lo cual, los *mimbrenos* y *chiricaguas* se veían reforzados. Fue entonces cuando se emprendió una batida general, como no se había hecho desde la época de O'Connor. En febrero y marzo el teniente coronel de Caballería don Roque de Medina efectuó una exploración en la que descubrió la zona de refugio de los *chiricaguas* en la cuenca del Gila. Y el 15 de abril se inició una operación por todas las fuerzas disponibles, divididas en cinco agrupaciones, de las que cuatro los irían empujando y otra los recibiría frente a su desemboadura. Como informó el comandante general, el éxito de esta acción se debió en gran parte a los *ópatas*, que se movieron y combatieron ágilmente en un terreno escabroso donde no podían actuar ni la caballería ni tropas con equipo pesado. La compañía *ópata* de Bacoachi había sido creada el día 1 de abril, de forma que esta acción fue su bautismo de fuego.

El 6 de julio, desde el presidio de Fronteras, Neve enviaba su comunicación dando cuenta del final de la campaña del Gila y se ponía en marcha hacia Chihuahua, pero enfermó en el viaje y murió en la hacienda de Nuestra Señora del Carmen de Peñablanca el 21 de agosto. Le sustituyó, con carácter interino, el Comandante Inspector de Fronteras, don José Antonio Rengel. En el breve tiempo que desempeñó el mando de la comandancia general, Neve había conseguido mejorar mucho la situación de la misma, actuando siempre con gran eficacia y humanidad.

El mando del coronel Rengel como comandante general interino duró casi dos años. Al día siguiente de morir Neve, lo comunicó al Secretario de Indias, al Virrey y a la Audiencia de Guadalajara. La Audiencia le contes-

tó que podía ejercer todas las competencias propias del comandante general, sólo hasta que resolviera el Virrey. La contestación de éste llegó diez días después, con su aprobación hasta la resolución real. Rengel acababa de llegar de España, recién ascendido a coronel y sin ninguna experiencia de la frontera. Una de sus primeras propuestas, para evitar la repetición del bandolerismo, fue la de establecer una nueva gobernación, segregando de Nueva Vizcaya la Tarahumara Alta y la Baja. Para dicho mando, propuso al teniente coronel don Manuel Muñoz, buen conocedor de la zona y del problema, a cuyas órdenes habría que poner una partida de tropa y un asesor jurídico, para constituir un tribunal similar a la Acordada. También llevó a cabo Rengel la creación de la compañía volante de Parras que había quedado pendiente el año anterior cuando se creó la de Saltillo; establecidas las dos, podían vigilarse eficazmente las salidas del Bolsón de Mapimí.

En la frontera de Sonora volvieron las incursiones *apaches* con una fuerza que parecía tener carácter de represalia por la campaña del Gila. En junio doscientos *apaches* atacaron la misión de San Javier del Bac que fue bien defendida por sus neófitos. En agosto más de trescientos *apaches* cayeron por sorpresa sobre Tucson, mataron a dos soldados y robaron cien caballos. También atacaron a los *ópatas* de Bacoachi, de los que mataron a ocho, entre ellos a su capitán, Francisco Tomohua, y asaltaron la caballada de Fronteras. Entonces, los *ópatas* de Bavispe y Bacoachi y los *pimas* de San Ignacio efectuaron operaciones de castigo, con éxito. Como represalia los *chiricaguas* tendieron una emboscada a los *ópatas* de Bavispe que tuvieron varias bajas. Las tropas presidiales actuaron también en operaciones de castigo, la más importante de las cuales fue la que, en noviembre, llevó a cabo con éxito el capitán Echegaray, comandante del presidio de Santa Cruz, con una fuerza de doscientos diez hombres, compuesta de soldados veteranos, presidiales y *ópatas*. Simultáneamente, tuvo lugar la última incursión importante de los *apaches* a Nueva Vizcaya, cuando cuatrocientos *chiricaguas*, divididos en partidas de cincuenta a setenta guerreros, se lanzaron al saqueo, siguiendo distintos itinerarios. Rengel puso en acción la organización defensiva de la provincia, que los rechazó y persiguió, siendo recuperados setecientos setenta y cinco caballos, que fueron devueltos a sus dueños. Para estas incursiones, los *chiricaguas* se habían reunido y acordado actuar en partidas grandes, pensando que así podrían saquear impunemente y llevarse suficiente ganado para pasar el invierno sin volver a hacer incursiones hasta la primavera. El resultado, que los dejaba en muy mala situación, fue la causa de que pidieran la paz, lo que venía a asegurar la tranquilidad aunque sólo temporalmente, pues los *apaches* no mantenían los compromisos mucho tiempo.



1785 empezó con la emboscada tendida por los *apaches* a los *pimas* de San Ignacio y la operación de castigo efectuada por el capitán Azuela, comandante del presidio de Fronteras. La actividad de las partidas *apaches* disminuyó claramente y fue un año bastante tranquilo. En ese año se produjo un hecho de la mayor importancia en la organización de las Provincias Internas: la comandancia general pasaba a depender del Virrey. Y ya a finales del año era nombrado el mariscal de campo don Jacobo de Ugarte y Loyola para el cargo de comandante general, con lo que terminaba el mando interino tan bien desempeñado por el coronel Rengel. El nuevo virrey era el teniente general don Bernardo de Gálvez, conde de Gálvez, famoso por sus victorias en Luisiana y Florida y a quien ya hemos visto como Comandante Inspector de Fronteras interino. Hizo su entrada solemne en México el 17 de noviembre. Tenía sólo treinta y nueve años cuando fue nombrado en sustitución de su padre, don Matías de Gálvez, que, siendo Capitán General de Guatemala, había conseguido expulsar a los ingleses de América Central y rechazar todos sus intentos, con muy escasos medios. El marqués de la Sonora, Secretario de Indias, tenía una gran confianza en las cualidades, preparación y experiencia de su sobrino, lo que debió influir notablemente para que las Provincias Internas fueran reintegradas a la autoridad virreinal.

En 1786 el coronel Rengel entregó el mando de la comandancia general al mariscal de campo don Jacobo de Ugarte en condiciones de seguridad y orden mucho mejores, como hemos visto, pero aún con problemas en uno u otro sector. El Virrey le entregó la *Instrucción* de fecha 26 de agosto de ese año, en la que muy detalladamente expone la política a seguir en las Provincias Internas, especialmente con los indios, y sus ideas al respecto, producto de su experiencia en la frontera. En dicha instrucción se disponía la división de las Provincias Internas, considerándose que formaban un territorio demasiado extenso para una sola entidad administrativa. La comandancia general, en sentido estricto, quedaba reducida a las provincias de Sonora, Sinaloa y las Californias, y se crearon dos comandancias subordinadas, una formada por las provincias de Nueva Vizcaya y Nuevo México, y la otra constituida por las provincias de Texas, Coahuila, Nuevo León y Nuevo Santander y los distritos de Saltillo y Parras.

Las actividades depredatorias de los *apaches* se reanudaban casi periódicamente, si bien no con la extensión de los años anteriores, y seguía habiendo zonas en peligro de que aparecieran sus partidas. Hay que tener en cuenta, además de su inconstancia y su tendencia natural al robo, la necesidad de robar para su subsistencia, su carácter insumiso, «libertario» podríamos decir, con muy escasa autoridad de sus jefes, y el número de parcialidades independientes, a ninguna de las cuales obligaba lo que acordasen las

otras, ni le afectaban los castigos que sufriesen las demás. En este año eran los presidios de la línea en Sonora y Texas los más afectados por esta situación. Sobre este problema, el conde de Gálvez expone, como idea básica, la de evitar las hostilidades siempre que sea posible, basándose en que *nos será más fructuosa una mala paz con todas las naciones que la soliciten que los esfuerzos de una buena guerra*. Pero reconocía la imposibilidad de aplicar esa idea en el caso de los *apaches*, al escribir que *no creo que la apachería se sujete voluntariamente y estos indios son los verdaderos enemigos que tienen las Provincias Internas, los que causan su desolación y los más terribles por sus conocimientos, ardidés, costumbres guerreras (adquiridas por la necesidad de robar para vivir)...* Por las razones expuestas, agravadas por ser los más numerosos, dispone que se les haga la guerra con toda dureza, pero procurando *poner todos los medios de atraer las distintas parcialidades de esta nación*. Añade el detalle de que *la enemistad entre mezcaleros y lipanes es punto interesante y, si se han reconciliado estas dos congregaciones de la apachería es menester que vuelvan a desunirse*. Para atraer a los indios, recomienda establecer relaciones comerciales con ellos, por ejemplo, entregándoles ganado a cambio de pieles para *proporcionarles abundantes crías en el sosiego de la paz y, si esto se logra, cesará la primera causa de sus robos o serán menos frecuentes*. En la instrucción demuestra don Bernardo de Gálvez su experiencia de la frontera, su amplitud de miras y su espíritu humanitario.

En este mismo año el teniente coronel Anza, gobernador de Nuevo México, obtuvo otro resonante triunfo, esta vez diplomático, de gran efecto para la seguridad de su provincia y de Sonora: la alianza con los *navajos*, garantizada por los *comanches*. Los *navajos* eran un pueblo de gran valía guerrera y durante años habían hecho incursiones por la frontera de Sonora, aliados con los *apaches chiricaguas*. Ya Mendinueta, el antecesor de Anza en Nuevo México, había intentado atraerlos con buen trato, ofreciéndoles permitirles la asistencia a las ferias y comerciar libremente en ellas. Pero los *navajos* no aceptaron y volvieron a sus incursiones. Una expedición de castigo los había hecho pedir la paz en 1775. Después estuvieron cumpliendo el acuerdo y observando buena conducta durante unos cinco años. Después de ser sustituido Mendinueta por Anza, la incitación de los *chiricaguas* hizo que los *navajos* volvieran a aliarse con ellos, con lo cual quedaba compensada la gran ventaja que suponía la alianza con los *comanches*. Ello había hecho volver la inseguridad a Nuevo México entre los años 1781 y 1783 y Sonora, a la vez que había influido en los sucesos de la frontera de Sonora, que hemos visto. Naturalmente, el gobernador Anza empezó a actuar por medio de emisarios para separar a los *navajos* de los *apaches*, haciéndoles ver que éstos

los manipulaban y se aprovechaban de ellos. En vista del paso del tiempo sin resultado, ya en 1786, Anza prohibió bajo severas penas el comercio con los *navajos* y les planteó el ultimátum: la paz con los españoles en las condiciones fijadas o la guerra, con la amenaza de lanzar contra ellos a los *yutas*, una de las naciones del norte, formada por duros y temidos guerreros, que estaban en muy buenas relaciones con los españoles. Los *navajos* se avinieron a firmar la paz y, de nuevo, Anza fumó la «pipa de la paz», esta vez con los caciques *navajos* y con los *comanches*, que intervenían como garantes.

Los *chiricaguas* empezaban a pedir la paz por grupos. En septiembre se presentaron varios de ellos dispuestos a establecerse en la zona de Arizpe o Bacoachi. Y en octubre se presentaron en Bacoachi unos representantes del cacique Chiquito, que encabezaba uno de los grupos más numerosos, ofreciendo radicarse allí y pidiendo treinta acémilas para el transporte de su rancharía. Se les concedió lo solicitado y se establecieron en Bacoachi cumpliendo las condiciones sin dar lugar a motivos de queja. La caravana la dirigió el alférez Vergara, otro de aquellos hombres forjados en la frontera, que siendo armero mayor de los presidios de Sonora había organizado una fuerza miliciana a caballo, con la que cooperó eficazmente con los presidiales con bastante gasto por su parte, en premio a lo cual se le había concedido el grado de alférez.

La mala noticia de 1786 fue la muerte de don Bernardo de Gálvez, el 30 de noviembre, cuando llevaba poco más de un año de virrey. Le sucedió interinamente el regente de la Audiencia, don Eugenio de Beleño y, posteriormente, el Arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro, hasta la llegada del nuevo virrey. En ese tiempo, el mariscal de campo Ugarte ejerció el mando de la comandancia general, de nuevo con carácter independiente, de acuerdo con un dictamen de la Audiencia.

El nuevo virrey de Nueva España, don Manuel Antonio Flores, hizo su entrada en México el 17 de agosto de 1787. En virtud de la R. O. de 20 de marzo del mismo año, Flores tuvo las Provincias Internas bajo su dependencia y, por disposición de 3 de diciembre del mismo año, las organizó en dos comandancias generales: la de Poniente y la de Oriente. La Comandancia General de las Provincias Internas de Poniente, bajo el mando de Ugarte, comprendía las de California, Sonora, Nueva Vizcaya y Nuevo México. La de Oriente, bajo el mando de Ugalde, comprendía Coahuila, Texas, Nuevo Santander, Nuevo León y los distritos de Saltillo y Parras. El mariscal de campo Ugarte mantenía su asesor, secretaría y dos de los tres ayudantes inspectores; aunque su capital era Arizpe no se le señaló residencia fija recomendándole que inicialmente la tuviera en Chihuahua. El brigadier Ugalde tendría un mando puramente militar, sin intervención en lo político

y económico, ni en los asuntos de justicia, hacienda y patronato, funciones que quedarían a cargo de los gobernadores e intendentes; tampoco se le señaló residencia fija. Asimismo estableció Flores la coordinación entre ambos comandantes generales para las operaciones. En sus disposiciones, Flores demostró una gran flexibilidad adecuando la organización a la personalidad e historial de sus dos subordinados inmediatos.

En la frontera, 1787 y 1788 fueron dos años de actividad continua, pero menos intensa. Hubo depredaciones de los *apaches* y enfrentamientos, en casi todas las provincias, pero en forma más esporádica y dispersa. Entre abril de 1786 y el final de 1787 se sufrió un total de trescientas seis muertes y treinta cautivos, pero se hicieron a las partidas de *apaches*, de las distintas parcialidades, trescientos veintiséis muertos y trescientos sesenta prisioneros, y se rescataron veintitrés cautivos. El daño en el ganado fue notable, pues lo robado sumó cerca de cuatro mil caballos de los que se recuperaron aproximadamente la mitad. La lucha por la paz y la seguridad de la frontera estaba llegando al final deseado desde tanto tiempo atrás. Ugalde emprendió una implacable campaña contra los *mezcaleros*, que mantuvieron sus acciones de pillaje, e incluso las intensificaron. Ugarte fue consiguiendo imponer la paz en Sonora y Nueva Vizcaya. Julio Albi compara la distinta forma de actuar de ellos: *...Ugarte o...Gálvez podían hacer hincapié en los aspectos más humanitarios, mientras que...Flores, y...Ugalde, reforzaban su perspectiva puramente represiva... La caída en desgracia del infatigable aunque desmedido soldado que fue Ugalde, debida precisamente a su dureza, refleja hasta qué punto en las altas esferas oficiales se reprobaban las campañas de exterminio...*

Cuando en diciembre de 1788 murió Carlos III se había conseguido que la paz y el orden reinaran casi totalmente en las Provincias Internas, aunque ni la paz ni el orden pueden considerarse totales hasta que hicieron la paz los *apaches mimbrenos* y fueron dominados los nuevos brotes de bandolerismo de los *mezcaleros*. Entonces fue cuando ya todas las parcialidades *apaches* habían abandonado el nomadismo y se habían avenido a vivir en pueblos, dedicarse a la agricultura y cría de ganado y recibir a los misioneros. Pero ya reinaba Carlos IV y era virrey don Francisco de Güemes, conde de Revillagigedo.

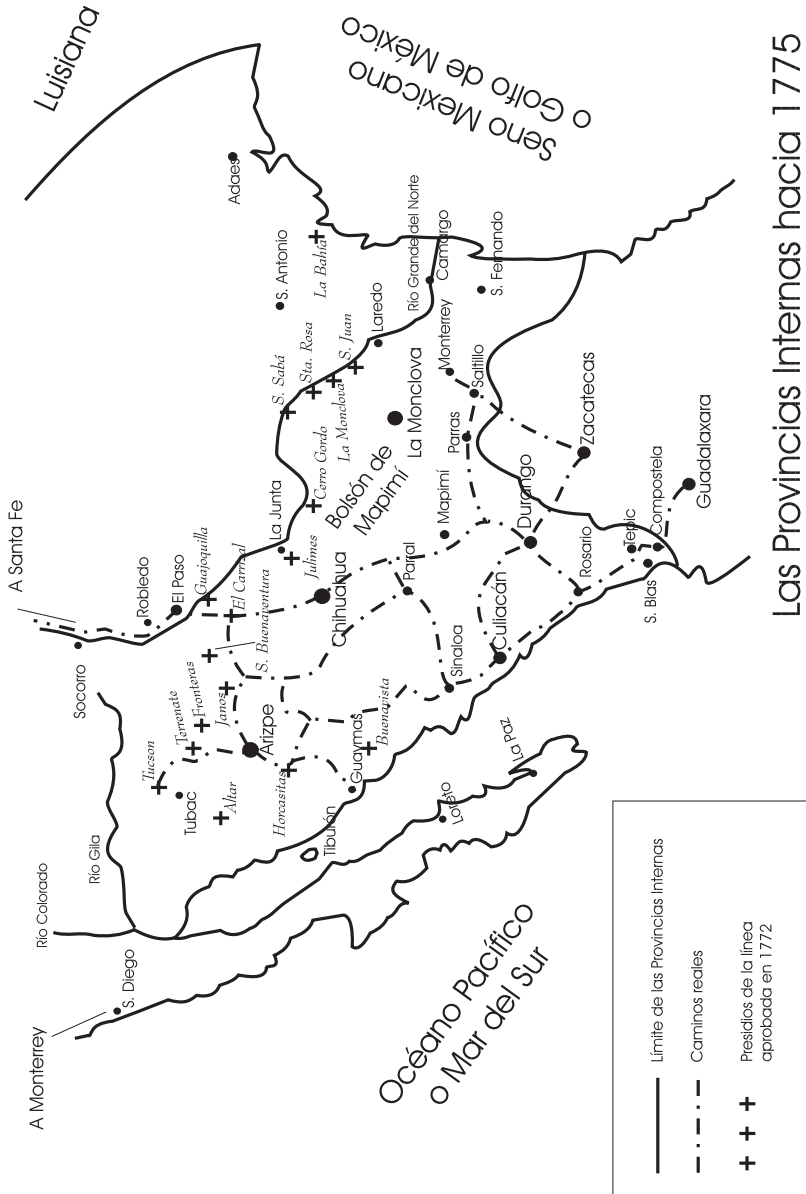
## FUENTES

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR, Archivo General Militar de Madrid, *Colección General de Documentos*, legajos 5-3-9-4, 5-3-9-5, 5-3-9-6 y 5-3-9-8; *Colección Conde de Clonard*, legajo 38.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBI, Julio: *La defensa de las Indias (1764-1799)*, Madrid, 1987.
- CALDERÓN QUIJANO, José Antonio: *Los Virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos III*, Sevilla, 1967.
- FERNÁNDEZ-SHAW, Carlos Manuel: *Presencia española en los Estados Unidos*, Madrid, 1987.
- GÓMEZ CANEDO, Lino: *De México a la Alta California*, México, 1969.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *La última expansión española en América*, Madrid, 1957; IDEM: *Juan Bautista de Anza. Un hombre de fronteras*, Madrid, 1962.
- NAVARRO GARCÍA, Luis: *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, 1966.
- OCARANZA, Fernando: *Crónica de las Provincias Internas de Nueva España*, México, 1939.
- RODRÍGUEZ GALLARDO, José Rafael: *Informe sobre Sinaloa y Sonora. Año de 1750*, México, 1975.
- VELÁZQUEZ, María del Carmen: *Establecimiento y pérdida del Septentrión de Nueva España*, México, 1974.

# Naciones Indias del Norte



Las Provincias Internas hacia 1775



El Adelantado Don Juan de Oñate, c. 1598, en *Riders across the Centuries*, José Cisneros, 1984





Padre Eusebio Francisco «Kino», c. 1700, en *Riders across the Centuries*, José Cisneros, 1984



Don Hugo O'Connor, c. 1775, en *Riders across the Centuries*, José Cisneros, 1984



Soldado Presidial de Nuevo México, c. 1790, en *Riders across the Centuries*, José Cisneros, 1984

# LA GUERRA DE FORTALEZAS EN EL PERÍODO NAPOLEÓNICO (1796-1815)

José Vicente HERRERO PÉREZ  
Master of Arts y Doctor en Estudios sobre la Guerra

## *Introducción*

EL propósito de este artículo es examinar de forma somera el papel estratégico y las características de la guerra de fortalezas en el período napoleónico, aunque nos centraremos sobre todo en las campañas del Primer Imperio. Utilizaremos indistintamente las expresiones «guerra de fortalezas» y «guerra de asedios» para designar en general las operaciones específicamente relacionadas con el ataque y la defensa de fortificaciones permanentes, si bien dedicaremos la mayor parte de nuestra atención al asedio formal. Asimismo es preciso señalar que, si bien tomaremos como referencia fundamental las plazas protegidas mediante fortificaciones abaluartadas, los ejércitos de la época también hicieron uso de otros tipos de fortificación permanente, cuyos pormenores no consideraremos aquí.

Discutiremos en primer lugar, hasta qué punto la estrategia y la logística influyeron en la menor importancia de la guerra de fortalezas, y, a continuación, el papel que desempeñó este tipo de operaciones en las campañas de los ejércitos de la era napoleónica. En la segunda parte del artículo esbozaremos la experiencia personal de soldados y civiles durante un asedio de la época. El aparato crítico ha sido reducido al mínimo de notas y una breve selección bibliográfica, ya que este trabajo no pretende ser una aportación original ni un estudio exhaustivo del tema, y está basado en

fuentes secundarias. Tan sólo trataremos de arrojar un poco más de luz sobre una faceta poco conocida de las guerras napoleónicas, sintetizando en una visión de conjunto cuestiones que han sido tratadas de forma separada por otros autores.

### *Logística, estrategia e innovación napoleónica*

La guerra de asedios ha sido considerada tradicionalmente la mayor víctima de la transformación de la guerra en el periodo napoleónico. Las más celebradas campañas de Napoleón, breves, intensas y decisivas, contrastan con las largas sucesiones de tediosos, casi ritualizados, asedios que son uno de los rasgos más notorios (si no el que más) de la guerra desde comienzos de la Edad Moderna hasta la década de 1790. Muchos tratadistas post-napoleónicos han resaltado especialmente el contraste entre los ejércitos franceses de la era de Napoleón y sus inmediatos antecesores del siglo XVIII. Estos últimos son descritos normalmente como fuerzas lentas, cargadas con voluminosos trenes de bagaje, y dependientes de una línea de almacenes y convoyes de abastecimiento. La seguridad de almacenes y convoyes requería la toma de las fortalezas situadas en la línea de avance, pero también hacía de las campañas militares acciones limitadas y apenas decisorias, porque los ejércitos pasaban la mayor parte del tiempo en asedios, en vez de enfrentarse en el campo de batalla. La poliorcética era, pues, la forma suprema del arte militar en el Antiguo Régimen.

Por el contrario, los ejércitos franceses de la República y el Imperio rompieron las tiránicas cadenas de la logística y, viviendo del territorio en que operaban, fueron capaces de aplastar a sus enemigos mediante ofensivas a fondo destinadas a la derrota total de éstos sin limitarse a la captura de un puñado de plazas fuertes para el posterior regateo en las negociaciones de paz. Podía prescindirse de la poliorcética. Aunque hay una parte de verdad en esta visión tradicional, está basada en una incorrecta interpretación de las realidades de la logística y la guerra de asedios antes y durante el periodo napoleónico.

Antes de la Revolución Francesa, los ejércitos trataban de ser tan independientes de las embarazosas «colas» logísticas como era posible. De hecho, uno de los *desiderata* básicos para cualquier campaña era ejecutarla movilizandando la menor cantidad posible de recursos administrativos propios. La carga de alimentar a las tropas debía recaer en la población del territorio enemigo; el grado de rigor en la obtención de víveres dependía de la potencial «anexionabilidad» del territorio en cuestión. Porque la guerra, sobre

todo desde el último tercio del siglo XVII, era considerada como un instrumento político-económico para la obtención de objetivos concretos y definidos. En la práctica, esto significaba la ocupación de territorios y, por consiguiente, de sus plazas fuertes. Además, la ocupación debía lograrse del modo más barato posible (es decir, el ejército debía vivir a costa de los recursos del vecino y no de los propios). Todo esto se traducían en la práctica en una combinación de asedios mas requisa, pero el problema para el ejército invasor era que este procedimiento de operaciones era casi una contradicción de términos.

Un ejército que avanzase por un territorio relativamente fértil podía ser alimentado con bastante facilidad porque se estaba moviendo diariamente hacia nuevas zonas cultivadas. Sin embargo, cuando la naturaleza de las operaciones era sedentaria —por ejemplo, durante un asedio— las fuentes locales de abastecimiento se agotaban tarde o temprano, y el fantasma del hambre aparecía cada vez que un asedio se prolongaba más de lo esperado. Capturar una fortaleza antes de que los recursos de la comarca circundante se terminasen era un problema fundamental de la guerra. Cuando esto no era posible, se hacía necesario montar las aparatosas organizaciones de abastecimiento que han sido el hazmerreír de muchos críticos posteriores. Por tanto, la guerra de asedios no era la consecuencia de la dependencia de un cordón umbilical de suministros, sino la causa de ésta.

En ese caso, ¿por qué los ejércitos desde finales del siglo XVII, si no antes, hasta la Revolución francesa mostraron una preferencia por los asedios, pese a que éstos eran tan exigentes desde el punto de vista logístico? Ya hemos mencionado anteriormente el carácter político-económico de la guerra en este periodo. Los monarcas estaban más interesados en arrebatar-se provincias unos a otros que en el derrocamiento de sus pares o en la liberación de los súbditos del vecino (objetivos de guerra que necesitaban una justificación moral o ideológica). Por otra parte, esta limitación de objetivos era también resultado de los medios disponibles, no de una concepción «ilustrada» de la guerra. Unas comunicaciones adecuadas son vitales para cualquier ejército, pero en aquella época las carreteras y vías navegables en buenas condiciones eran escasas. Por consiguiente, actuaban como embudos por los que tenían que pasar los ejércitos y que revelaban al enemigo su probable ruta de avance.

Así pues, un estado podía tomar precauciones mediante la construcción de fortalezas en las confluencias de ríos, en los pasos montañosos y en las encrucijadas de carreteras. El resultado era que las penetraciones profundas en territorio enemigo tenían que ser descartadas, ya que los ejércitos no podían abrirse paso a través de un sistema de fortalezas sin recurrir a los

asedios. Pero su incapacidad no se debía a una gran dependencia de almacenes y convoyes. La dificultad para las grandes marchas estratégicas era que con ejércitos de campaña pequeños —como lo eran generalmente los ejércitos dinásticos— resultaba imposible cercar fortalezas mientras el grueso del ejército proseguía el avance. En la práctica, el avance se asemejaba a lentos saltos de una fortaleza a otra, lo cual era suficiente para desanimar a monarcas demasiado ambiciosos. Además, una marcha estratégica hacia el corazón del país enemigo —a menos que el ejército defensor decidiera plantear una batalla campal— era probable que sólo golpease en el vacío en una época en la que los puntos vitales de un estado se encontraban protegidos por sus fortalezas.

Otro factor que favorecía la preferencia por los asedios era el sistema militar de los ejércitos dinásticos, que hacía de los soldados algo demasiado costoso como para arriesgarlos a la ligera en batallas campales. El asedio, convertido en una ciencia casi exacta por Vauban y Coehorn, era una forma menos azarosa de usar un ejército. Finalmente, los avatares de la Historia convirtieron a los Países Bajos y Flandes (los territorios europeos más densamente fortificados) en escenario de muchas de las principales campañas militares de la época. Era inevitable que los asedios asumieran un papel fundamental en ellas. En las campañas en Europa central y oriental, donde la densidad de fortalezas era menor, los asedios fueron menos frecuentes.

No obstante, un especialista en la historia de las fortalezas, Christopher Duffy, ha señalado que, en vísperas de la Revolución francesa, la guerra de asedios ya había perdido importancia respecto a la denominada «edad clásica» de la poliorcética y la fortaleza, que se extendió de Vauban a Federico el Grande. Una razón de este declive fue el papel menor como teatro estratégico de operaciones de los Países Bajos a medida que avanzó el siglo XVIII. Una segunda razón fue un cierto desarrollo técnico de la artillería, que aumentó la ventaja relativa del ataque (era posible disparar más balas con la misma cantidad de pólvora, lo que permitía una relación entre coste y eficacia más favorable para el sitiador). En tercer lugar, la consolidación de los ejércitos permanentes ofrecía al mundo militar un nuevo punto de referencia, tan duradero como los muros de las fortalezas, para evaluar e incrementar el poder bélico de un estado. Esto se produjo en paralelo a una tendencia, lenta pero continua, de aumento del tamaño de los ejércitos, que alcanzaría su clímax con la movilización masiva de la Francia republicana en la década de 1790.

Por otra parte, el desarrollo de la denominada «revolución agrícola» del siglo XVIII hizo posible la producción de sustanciales excedentes de ali-



mentos. El transporte de tales excedentes a los núcleos urbanos requería unas vías de comunicación mejoradas, lo cual condujo a una expansión de buenas carreteras pavimentadas en Europa occidental y central. Ambos factores hicieron más fácil para los ejércitos recurrir a la requisita y mantener la movilidad.

Hacia el final del Antiguo Régimen se introdujeron, además, los medios para poner en práctica las ideas de los teóricos franceses Bourcet y Guibert sobre el sistema divisionario. Los ejércitos dinásticos avanzaban por la misma ruta formando casi un bloque compacto, en parte por la escasez de buenas carreteras, pero también porque carecían de una artillería de campaña que pudiera mantener el ritmo de avance de la infantería. Una división de infantería, sin artillería y separada del grueso del ejército, podía ser arrollada por un enemigo ligeramente superior en número, o no podía fijar mediante un ataque una fuerza enemiga superior (en cierto sentido, las fortalezas habían sido las «divisiones» estáticas de los ejércitos dinásticos, protegiendo sus flancos o actuando como una cortina para proteger sus maniobras). Sin embargo, el desarrollo de nuevas piezas de artillería más móviles (por ejemplo, el sistema Gribeauval, adoptado por el ejército francés en 1774) proporcionó la capacidad para formar divisiones de armas combinadas que podían operar de forma independiente si era necesario, y mejoró la movilidad estratégica del ejército en conjunto: en adelante, sería posible avanzar por separado sobre un frente extenso y combatir concentrado.

La Revolución Francesa fue un catalizador de muchos de los factores que hemos citado, pero en lo que se refiere a la logística no hubo un cambio radical respecto al Antiguo Régimen. Ciertamente, la toma de fortalezas por su valor intrínseco no fue el objetivo de los ejércitos revolucionarios franceses, que se proponían extender los ideales de *liberté, égalité y fraternité*. Pero si, por cualquier razón, dejaban de avanzar, una vez consumidos los recursos alimenticios de los alrededores, dependían tanto de los almacenes y los convoyes como sus adversarios dinásticos.

Napoleón nunca estuvo muy interesado en los asedios. Pero no se debía a que sus ejércitos fueran capaces de prescindir de complejas «colas» logísticas —los ejércitos del Antiguo Régimen también podían hacerlo—. De hecho, como Martin van Creveld ha argumentado convincentemente, Napoleón prestaba una cuidadosa atención a la organización logística, ya que era correctamente consciente de los límites de vivir del país cuando un gran ejército estaba concentrado. Las fuerzas de Napoleón se encontraron con problemas de suministros cada vez que se detenían durante demasiado tiempo en un lugar determinado. Había dos soluciones para esta situación: Una

era establecer una línea de abastecimiento, segura pero embarazosa (la solución tradicional). La otra (la contribución innovadora de Napoleón al arte de la guerra) era la inversión de la relación entre asedios y batallas: el objetivo primordial de la estrategia ya no era las fortalezas del enemigo, sino sus ejércitos de campaña. Como concluye Van Creveld:

*Napoleón, en resumen, se dio cuenta de que era la predilección dieciochesca por la guerra de asedios lo que llevaba a interminables dificultades logísticas. Como él era capaz, gracias al tamaño de las fuerzas bajo su mando, de prescindir de los asedios, hizo en gran medida superfluo el aparato logístico del siglo XVIII<sup>1</sup>.*

La clave del talento de Napoleón como general era su capacidad para pasar directamente de una marcha estratégica a la batalla campal y después a la persecución, sin pausas. Ciertamente, podía encontrar plazas fuertes en su camino, pero sus ejércitos eran ahora lo bastante grandes para cercar una fortaleza —más de una, si era necesario— y seguir su avance. Una vez que el ejército de campaña enemigo era derrotado, la caída de cualquier fortaleza era cuestión de tiempo. Por ejemplo, en 1800, aunque los austríacos todavía poseían muchas de las fortalezas en el Norte de Italia, la victoria de Marengo decidió la campaña; en 1806 las fortalezas del Elba no impidieron a Napoleón penetrar en el reino de Prusia y arrollarlo hasta más allá del Oder.

Todo lo anterior no significa que Napoleón se desinteresara de las fortalezas<sup>2</sup>. Él mismo escribió: *Las plazas fuertes son útiles para la guerra defensiva como para la guerra ofensiva; sin duda, ellas solas no pueden reemplazar un ejército; pero son el único medio que hay para retardar, obstaculizar, debilitar, hostigar a un enemigo victorioso...*<sup>3</sup> Reconocía el valor de las fortificaciones permanentes y no descuidó su mantenimiento o su construcción. El general Foy escribió sobre esto último: *Alessandría, Amberes, Jülich —y quinientas plazas más construidas, restauradas o ampliadas—; estos logros demuestran que las artes de Vauban no han caído en decadencia en manos de los Marescots, los Chasseloups y los Haxos. Toda Europa ha sido cubierta por nuestros reductos y atrinchera-*

<sup>1</sup> CREVELD, Martin van: *Supplying War. Logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977, p. 42.

<sup>2</sup> Sobre el papel que Napoleón asignaba a las plazas fuertes en su estrategia de campaña (pero sin ocuparse de la guerra de sitio propiamente dicha), véase CAMON, H. General: *La fortification dans la guerre napoléonienne*, Berger-Levrault, París y Nancy, 1914.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 1-2.

mientos...<sup>4</sup> Napoleón no sólo se preocupó de fortificar las fronteras; también era partidario de que se construyeran fortalezas en el interior, especialmente en torno a la capital (aunque, paradójicamente, en la práctica descuidó la fortificación de París). Llevar a cabo un asedio al final de una larga línea de abastecimiento en territorio hostil inevitablemente causaría dificultades logísticas a un invasor. Por otro lado, como podían ser guarnecidas por tropas de segunda línea o guardias nacionales, las fortalezas contribuían a reforzar el ejército de campaña dejando disponible para operaciones móviles al grueso de las tropas de primera línea.

Las campañas de Napoleón en Italia en 1796-1797 y 1800 proporcionan buenos ejemplos para evaluar la influencia de las fortalezas en la guerra napoleónica y el empleo que Napoleón hacía de ellas. En la campaña de 1796-1797, el dominio francés sobre Lombardía resultaba precario mientras la fortaleza de Mantua permaneciese en poder austriaco. Incapaz de avanzar dejando una plaza fuerte tan importante a sus espaldas, Napoleón se vio obligado a adoptar una estrategia defensiva desde mayo de 1796 a febrero de 1797. Incluso después de brillantes victorias tácticas (como en Arcola), el ejército francés no pudo perseguir a los austríacos el tiempo suficiente para asegurar su aniquilamiento. El resultado de esta situación fueron cuatro ofensivas austriacas para socorrer Mantua, las cuales obligaron a Napoleón a levantar por dos veces el asedio de la plaza y a emplearse a fondo en orden a mantener su posición en el norte de Italia. Por otro lado, el prolongado sitio forzó a Napoleón a establecer una línea de abastecimiento a través de una zona de retaguardia que todavía no estaba completamente pacificada. No obstante, para ser exactos, hay que precisar que esta campaña no fue del todo «napoleónica», en el sentido de que era el Directorio, y no el brillante general corso, el que ejercía la dirección estratégica de la guerra, en la cual el teatro de operaciones italiano tuvo al menos, inicialmente, una importancia secundaria.

Los papeles se invirtieron en 1800. El ejército austriaco de Melas estaba tratando de tomar Génova para consolidar su posición en la Italia septentrional, antes de invadir Francia. Napoleón poseía la iniciativa estratégica mientras el enemigo estuviera retenido en el asedio. Pero si el objetivo primario de los generales austriacos en 1796-1797 había sido el rescate de Mantua, el propósito de Napoleón era la destrucción del ejército de campaña enemigo, con el socorro de Génova en un lugar secundario. Este contraste de prioridades demuestra claramente la función que las fortalezas

---

<sup>4</sup> CHANDLER, David G.: *The Campaigns of Napoleon*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967, p. 365.

desempeñaban en el arte napoleónico de la guerra. De hecho, Génova capituló finalmente ante los austriacos, pero su guarnición ganó un tiempo inestimable para el ejército principal de Napoleón, que pudo completar sus preparativos y penetrar en Italia a través de los Alpes sin interferencias del enemigo. *En la práctica, la acción de Génova demostró ser la clave de la campaña*<sup>5</sup>.

Durante las grandes campañas napoleónicas en Europa central y oriental, los asedios desempeñaron un papel muy secundario. Napoleón fue capaz de ejecutar sus planes sin la interferencia de fortalezas. De hecho, el único asedio memorable de 1805 a 1812 fue el de Danzig (1807), y fue una acción relativamente menor dentro del conjunto de la campaña en Prusia oriental y Polonia de 1806-1807. Irónicamente, durante sus años de declive, Napoleón da la impresión de ser una víctima de sus propios métodos. Porque cuando se vio obligado a luchar estratégicamente a la defensiva en 1813, dejó efectivos considerables en fortalezas alemanas y polacas, en la esperanza de usar tales plazas como bases de manobra para su reconstituido ejército. Sin embargo, sus esperanzas no se materializaron y algunos estudiosos de sus campañas han argumentado que fue un grave error, ya que las tropas bloqueadas en aquellas fortalezas podrían haber reforzado de forma significativa su ejército a finales de 1813. Por otro lado, en 1814, la línea de fortalezas en la frontera oriental de Francia no retrasó a los ejércitos aliados. Es cierto que algunas plazas fijaron contingentes importantes de los ejércitos invasores, pero éstos eran ahora de tal tamaño que, al igual que podían hacer los franceses algunos años antes, estaban en condiciones de proseguir sus maniobras estratégicas. Los enemigos de Napoleón también habían aprendido con el paso del tiempo.

No obstante, las fortalezas mantuvieron mucho de su antiguo valor en un teatro de operaciones: la Península Ibérica. España y Portugal son países de orografía difícil, en los que, a comienzos del siglo XIX, las principales comunicaciones terrestres consistían en unas pocas carreteras descuidadas, que eran aún peores en periodos de mal tiempo. Como la Península Ibérica era también una de las zonas agrícolas menos fértiles y desarrolladas de Europa, los ejércitos dependían en gran medida de almacenes y convoyes de abastecimiento y, por consiguiente, de líneas de comunicaciones seguras.

La limitada red de carreteras y el terreno quebrado hacían esencial la posesión de ciertas plazas fuertes. San Sebastián y Pamplona controlaban la

---

<sup>5</sup> CHANDLER, p. 286.

ruta Bayona-Vitoria; Figueras y Gerona, las comunicaciones de Perpignan a Barcelona; Jaca, el principal paso por los Pirineos centrales. Plazas fuertes cubrían por ambos lados los principales puntos de paso de la frontera hispano-lusa: Ciudad Rodrigo tenía su contraparte en Almeida, y lo mismo ocurría con Badajoz y Elvas. Por otro lado, algunas ciudades importantes (por ejemplo, Zaragoza, Lérida, Tarragona) eran focos de la resistencia nacional al invasor, que debían ser tomados como un requisito para controlar las comarcas circundantes. Por tanto, no es sorprendente que los dos comandantes con más éxito en la península —el británico Wellington y el francés Suchet— se vieran implicados en casi tantos asedios como batallas campales.

Pero las fortalezas por sí solas no lo eran todo. Alcanzaban su máximo valor estratégico cuando apoyaban las operaciones de un ejército de campaña. Los mandos españoles, por el contrario, cayeron en varias ocasiones en la tentación de introducir todas sus tropas en las plazas fuertes, seducidos por una falsa apariencia de seguridad. Por ejemplo, la caída de Zaragoza demostró ser un golpe demoledor para los españoles. Prácticamente todas las tropas disponibles en Aragón habían sido enviadas a la defensa de la ciudad, y habían sucumbido allí. Como resultado, Aragón quedó virtualmente desprovisto de fuerzas organizadas españolas a comienzos de 1809. De igual modo, los éxitos de Suchet en el Bajo Ebro y Levante en 1810 y 1811 se vieron facilitados por la defectuosa estrategia del general Blake, quien no supo coordinar la defensa de las plazas fuertes con operaciones de su ejército de campaña contra la vulnerable línea de comunicaciones francesa. El caso contrario se produjo en 1812. Wellington, pese a su gran victoria en Salamanca (Los Arapiles), tuvo que detener su ejército para acometer el asedio del castillo de Burgos. Esta situación fue aprovechada por los franceses para reagrupar sus fuerzas y emprender una contraofensiva que obligó al ejército aliado a retirarse hacia Ciudad Rodrigo. Las fortalezas ya no poseían el monopolio de las operaciones de defensa.

### *La experiencia de la guerra de fortalezas*

Acabamos de ver los aspectos estratégicos de la guerra de fortalezas en el periodo napoleónico. En la segunda parte de este artículo nos aproximaremos a ella desde el punto de vista de los combatientes, examinando en qué condiciones combatían sitiadores y sitiados, cómo les afectaban las características de ese tipo de guerra. Lo haremos siguiendo las fases habituales en la conducción de un asedio. Y también nos referiremos en las siguientes

líneas tanto a los combatientes como a quienes no lo eran, porque, con raras excepciones, las fortalezas asediadas incluían población civil.

Hemos visto en la primera parte de este artículo que, pese a la relativa pérdida de importancia estratégica de las fortalezas, los ejércitos del periodo napoleónico no pudieron prescindir completamente de las operaciones de asedio. Las fortalezas tenían que ser tomadas tarde o temprano, ya fuera como requisito para proseguir el avance o en una operación de limpieza (por ejemplo, la campaña del general Vandamme en Silesia durante los primeros meses de 1807). Pero antes de proseguir, describiremos de forma sucinta cómo eran las defensas de una plaza fuerte de la época. La mayor parte de las fortalezas del periodo napoleónico estaban construidas según los principios de la fortificación abaluartada, que había sido configurada a comienzos del siglo XVI y perfeccionada por Vauban en las últimas décadas del XVII. Tales principios permanecieron vigentes hasta después de las guerras napoleónicas, debido a la ausencia de grandes innovaciones tecnológicas.

La columna vertebral de una fortaleza o plaza fuerte era su recinto amurallado continuo. La muralla estaba formada por tramos rectos (llamados cortinas) y salientes angulares (baluartes); estos últimos permitían a los defensores efectuar fuego cruzado. La muralla era construida con tierra, sillería o una combinación de ambas, y tenía un revestimiento (escarpa) de piedra o ladrillo en su cara exterior. No resistía el fuego de artillería mucho tiempo, pero cumplía muy bien el objetivo primario de impedir que la infantería enemiga irrumpiese en la fortaleza por algún medio que no fuese la escalada o el asalto a una brecha. También era la plataforma principal de la artillería de la fortaleza, e incluía una banqueta —una especie de escalón para el fuego de la infantería—. Respecto a los baluartes, nos limitaremos a decir que sus flancos debían ser lo bastante espaciosos para emplazar al menos dos cañones pues de lo contrario una fuerza de escalada enemiga podría ascender por la cara del baluarte adyacente y rebasarla antes de que la dotación de un único cañón tuviera tiempo de recargar.

El foso era otro de los elementos principales de una fortaleza. Se extendía desde la base de la muralla hasta el camino cubierto y podía incluir obras defensivas adicionales (rebellín, contraguardía, tenaza, hornabeque, luneta...). El lado exterior del foso era sostenido por la contraescarpa, una pared continua que reproducía los salientes y entrantes de los baluartes y cualesquiera otras obras que se alzaran en el foso. En su construcción y su forma era como una escarpa en escala reducida, y debía tener altura suficiente para disuadir a los infantes enemigos de saltar demasiado alegremente al fondo del foso. Una posición externa de infantería, el camino

cubierto, se extendía desde lo alto de la contraescarpa y formaba un reborde en el glacis.

El glacis era una zona de terreno despejado en torno a todo el perímetro de la fortaleza. Empezando a una distancia de unos setenta u ochenta metros de la cresta del camino cubierto, ascendía gradualmente hacia la fortaleza con una pendiente muy suave. El glacis era muy importante para obligar al enemigo a emprender el prolongado y laborioso proceso del asedio regular. En primer lugar, obligaba a los sitiadores a excavar trincheras para que el fuego sin obstáculos desde la fortaleza no produjera una matanza. Y, en segundo lugar, el glacis, a medida que ascendía hacia la cresta del camino cubierto, ocultaba la escarpa de la vista, obligando a los sitiadores a desplazar sus cañones de batir toda la distancia hasta el borde del foso (recuérdese que estamos hablando de una época en la que los cañones eran armas de tiro tenso, por lo que la trayectoria de sus proyectiles coincidía con la línea visual).

Además de las defensas básicas que acabamos de describir sucintamente, una fortaleza podía ser una ciudadela. Ésta era una obra de cuatro o cinco lados, compacta, independiente y muy sólida, y situada habitualmente junto al recinto de una plaza fuerte. Las ciudadelas habían sido construidas con uno de dos propósitos en mente (cuando no ambos): proporcionar a la guarnición un lugar para ofrecer una resistencia después de que la fortaleza principal hubiera caído, o mantener a los ciudadanos de la plaza en un temor reverencial.

Pero por muy bien construida y armada que estuviera una fortaleza, su auténtico poderío se hallaba en su guarnición. Si los defensores estaban desmoralizados y carecían de la voluntad de resistir, todas las fortificaciones y piezas de artillería eran inútiles. Esto quedó demostrado en Prusia en 1806 durante el periodo inmediatamente posterior a Jena y Auerstädt, cuando varias fortalezas en buenas condiciones de resistencia se rindieron a las fuerzas francesas con sorprendente —incluso ignominiosa— facilidad. La situación opuesta se produjo en España, donde no pocas guarniciones resistieron tenazmente en circunstancias desfavorables. Un caso destacado es el de Zaragoza durante el primer sitio. En 1808 la capital aragonesa no podía considerarse una plaza fuerte en el sentido genuino del término. Sus murallas eran débiles y casi ruinosas, carecían de parapetos adecuados y estaban hechas principalmente de una mezcla de barro, yeso y fragmentos de ladrillo. No había escasez de artillería y mosquetes, pero el número de tropas regulares eran pequeño: unos mil hombres en una guarnición de ocho mil. Sin embargo, aquella guarnición mixta de soldados y civiles armados, ayudada por una ciudadanía muy valerosa, rechazó dos asaltos directos y con-



tinuó luchando después de que los franceses penetrasen en la ciudad; esto último ocurrió de nuevo en el segundo sitio. Todo ello llevó a un oficial francés a escribir que *el espesor de las murallas de Zaragoza debía medirse por el espacio cubierto por la ciudad entera*<sup>6</sup>. Otro ejemplo, a mucha menor escala y menos conocido, de resistencia decidida es la defensa del castillo de Monzón en 1813-1814, donde una pequeña guarnición francesa (un centenar de hombres), bajo la dirección *de facto* de un simple —aunque experimentado— soldado de ingenieros, hizo frente con éxito notable a una fuerza española veinte veces superior<sup>7</sup>.

Había procedimientos para intentar tomar una plaza fuerte por la vía rápida: el bombardeo artillero, el asalto directo y la escalada. El primer procedimiento consistía en intentar que la guarnición se rindiera amedrentándola mediante un bombardeo relativamente breve, pero violento; en 1799 los austriacos redujeron así Turín en veinticuatro horas, y los británicos forzaron a los daneses a rendirse en 1807 tras bombardear Copenhague durante tres días, incendiando media ciudad. El asalto directo era usado contra fortificaciones anticuadas o débiles, como en Lübeck (1806) y Ratisbona (1809) —con éxito—, o en Zaragoza, Valencia (ambas en 1808) y Smolensk (1812) —sin él—. Una escalada era el intento de subir con escaleras de mano por una muralla, por medio de una acción por sorpresa. En la época de las guerras napoleónicas, era considerada una empresa arriesgada, como comprobaron a su costa los franceses en su intento nocturno contra un baluarte en Gerona (1808) y los británicos en Bergen-op-Zoom (1814); las escaladas británicas en Badajoz (1812) se pueden considerar a mitad de camino entre la sorpresa y el asalto formal, pues fueron ejecutadas al mismo tiempo que el asalto a las brechas.

Si los procedimientos rápidos fracasaban o eran desestimados, el ejército atacante tenía que amoldarse a las servidumbres de un asedio regular, que podía prolongarse durante mucho tiempo. El hambre era uno de los peligros que acechaban a las resistencias demasiado prolongadas. De hecho, cuando tenían mucho tiempo a su disposición, o los demás métodos resultaban infructuosos, los sitiadores podían limitarse a mantener un estrecho bloqueo y someter a la guarnición por hambre. Génova (1800), Figueras (1811) y Pamplona (1813) capitularon después de que se agota-

---

<sup>6</sup> J. Belmas, citado en RUDORFF, Raymond, *War to the Death. The Sieges of Saragossa, 1808-1809*, Hamish Hamilton, Londres, 1974, p. 216.

<sup>7</sup> TIL OLIVERA, José Antonio (coord.): *Sitio del castillo de Monzón en Aragón: del 27 de septiembre de 1813 al 14 de febrero de 1814*. Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio, Monzón, 1996.

ran sus suministros de víveres. El problema del acopio de víveres era agravado por las dificultades para conservar alimentos en una época anterior al almacenamiento en frío y las conservas. No era extraño, por tanto, que las raciones de guarniciones muy tenaces acabasen por incluir carne de perro y rata, una vez consumidas las provisiones almacenadas. Por supuesto, las tropas tenían prioridad en la distribución sobre los civiles; de ahí que éstos tuvieran mayores probabilidades de morir por desnutrición (se ha estimado que quince mil civiles murieron principalmente por el hambre durante el sitio de Génova).

A su vez, los sitiadores, si no disponían de una línea de abastecimiento regular, también podían sufrir escasez de víveres —por las razones que expusimos en la primera parte—. Esto le ocurrió al ejército francés durante las primeras semanas del segundo sitio de Zaragoza: la ración de pan fue reemplazada a menudo por un puñado de arroz o judías, y de hecho estuvo reducida a la mitad durante algún tiempo; las partidas de forrajeo regresaban de vacío muchas veces —habiendo sido atacadas a menudo por guerrilleros—. Otra escasez muy lamentada también por los sitiadores de Zaragoza fue la de sal, y algunos soldados recurrían al salitre de sus cartuchos para hacer comestible su sopa.

Una alimentación inadecuada no era lo mejor para hacer frente a las enfermedades que podían propagarse durante un asedio, particularmente entre los sitiados. La escasez de comida, la falta de disciplina e instalaciones sanitarias, el hacinamiento, los cadáveres insepultos, provocaban y extendían enfermedades como el tifus, el escorbuto y la disentería, que normalmente eran más letales que cualquier fuego de artillería y mosquete. Diecinueve mil de los veinticuatro mil soldados franceses bloqueados en Torgau (1813-1814) murieron de epidemias. Las enfermedades se cobraron durante el segundo sitio de Zaragoza quizás cuarenta mil de los aproximadamente cincuenta mil españoles muertos (civiles en su mayoría) y la mitad de las diez mil bajas francesas. El emplazamiento de la fortaleza también era un factor importante. Mantua, situada en medio de una zona pantanosa, era famosa como plaza fuerte y como uno de los focos infecciosos de Europa. Durante el asedio de 1796-1797, dieciocho mil soldados austriacos y seis mil civiles murieron allí de hambre y enfermedades, y estas últimas se cobraron la mayoría de los siete mil sitiadores franceses fallecidos. A ésto se añadía el hecho de que los ejércitos y la medicina de aquella época tenían una capacidad relativamente limitada para atender a heridos y enfermos, y, con cifras diarias de bajas por heridas y enfermedad que podían llegar a varios centenares, no debe sorprender que los servicios médicos no siempre pudieran proporcionar un tratamiento adecuado. Un oficial polaco escribió

que el hospital francés donde fue internado en el segundo sitio de Zaragoza se parecía más a una *cueva de asesinos que a un lugar donde uno tenía alguna esperanza de ser curado*<sup>8</sup>.

El hambre y la enfermedad no eran desconocidas por los soldados que participaban en operaciones de movimiento. Sin embargo, se libraban de un componente que hacía a la guerra de asedio penosamente «moderna» para el soldado corriente: la presencia constante del peligro. Porque, entre batalla y batalla (y las batallas de la época solían ser acontecimientos que duraban sólo un día y eran relativamente distantes entre sí en el tiempo), un soldado corría un riesgo relativamente pequeño de ser baja por acción enemiga (a menos que sirviera en el ejército francés y estuviera destinado en la Península Ibérica). Pero en un sitio, el soldado que servía en las defensas de la fortaleza o en las obras de asedio podía ser alcanzado en cualquier momento por el fuego enemigo.

Un sitio formal progresaba hacia la fortaleza mediante dos tipos de trincheras: las paralelas (trincheras transversales de apoyo) y los zigzags (trincheras de aproximación). La paralela era una trinchera ancha y profunda que se trazaba en arco alrededor de la fortaleza, por lo que estaba equidistante de las obras de ésta en toda su longitud. Servía como camino cubierto entre uno y otro lado de las obras de asedio y como punto fuerte desde el que la infantería podía rechazar salidas además de apoyar a los zigzags por delante de ella. El peligro comenzaba para el sitiador ya en la primera noche, durante la apertura de la primera paralela. Ésta se «abría» (comenzaba) con la debida precaución a una distancia de la fortaleza que podía ir de unos doscientos metros a cerca de los seiscientos. En la noche escogida y bajo la protección de destacamentos de infantería, los soldados-trabajadores (la infantería proporcionaba la mayor parte de la mano de obra no cualificada) se desplegaban a lo largo del trazado previsto para la paralela, bajo la supervisión de los ingenieros. A continuación, se ponían a excavar una trinchera durante las horas de oscuridad restantes. Si todo iba bien, la guarnición no sabría nada de la *apertura de las trincheras* hasta que el amanecer revelase una cicatriz de tierra removida que se extendía a lo largo de varios centenares de metros alrededor del lado amenazado de la fortaleza. Después, la trinchera era reforzada en los días siguientes hasta que llegaba a ser una verdadera paralela. Pero si los defensores se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo, los resultados podían ser horribles para las cuadrillas de trabajo: *Las plataformas de madera de las baterías, empapadas con*

---

<sup>8</sup> H. von Brandt, citado en RUDORFF, p. 195.

*la sangre de nuestros artilleros, o los troncos decapitados de nuestros dedicados ingenieros, daban testimonio del mortífero fuego opuesto a nosotros*<sup>9</sup>. Los sitiadores podían responder con un bombardeo general, pero, aparte del efecto moral, era improbable que causara muchas bajas en la guarnición y la población civil; de todas formas, la segunda era la más perjudicada, debido a los daños sufridos por sus viviendas.

En la primera o segunda noche después de la apertura de las trincheras, los sitiadores abrían brechas en dos o tres lugares del parapeto y empezaban a avanzar hacia la fortaleza mediante la primera serie de zigzags. Cada tramo de ellos se extendía unos treinta o cuarenta metros (si bien esa distancia se reducía a medida que los aproches se acercaban a la fortaleza) y terminaba en un «corchete» o paralela en miniatura. El trazado en zigzag permitía ganar terreno hacia la fortaleza e impedir que la trinchera fuera enfilada desde las fortificaciones. Los zigzags eran excavados más o menos como la primera paralela, aunque las dimensiones finales eran más modestas, puesto que los zigzags no eran una posición de combate.

A mitad de la distancia hasta el camino cubierto, aproximadamente, los sitiadores excavaban la segunda paralela. Aunque era idéntica a la primera en propósito y diseño, la segunda paralela era establecida mediante la técnica de zapa volante (que describiremos más adelante). Los zigzags desde la segunda paralela eran excavados mediante zapas, debido al más letal fuego defensivo. La cabeza de una zapa era hecha avanzar por una escuadra de cuatro zapadores que excavaban una pequeña trinchera y construían un parapeto de gaviones, sacos terreros y tierra hasta que era lo bastante sólido para resistir la mayoría de las balas de cañón. Entonces, trabajadores menos cualificados ensanchaban la zapa hasta que llegaba a ser una trinchera propiamente dicha. Durante el periodo napoleónico, el ritmo habitual de progreso de una cabeza de zapa era de unos setenta metros en veinticuatro horas. En una «zapa volante», los zapadores plantaban y rellenaban una fila entera de gaviones simultáneamente. Una vez que los zigzags habían llegado al pie del glacis, se abrían zapas transversales a izquierda y derecha para establecer la tercera paralela. Después, nuevas trincheras de aproche podían ser excavadas en el glacis para comunicar con las baterías de batir y para establecer posiciones avanzadas para el asalto.

Las zapas eran una de las tareas más peligrosas en un asedio, por lo que cada escuadra de zapadores era relevada al cabo de una hora, y sus miem-

---

<sup>9</sup> W. Grattan, citado en DUFFY, Christopher: *Fire and Stone*, David and Charles, Newton Abbot, 1975, p. 110.

bro los llevaban a veces coraza y enormes morriones con carrilleras. La actuación especializada de los zapadores nos hace recordar la necesidad de tropas de ingenieros en un ejército implicado en un sitio formal. En la época napoleónica, el arma de ingenieros era en gran medida un cuerpo de oficiales, complementado por unas pocas unidades orgánicas. No resulta sorprendente que, siendo los maestros en ingeniería militar desde los tiempos de Vauban, los franceses tuvieran la mejor dotación, con diferencia, de ingenieros militares, aunque hubo una escasez temporal en el periodo republicano. Durante el Imperio llegaron a existir hasta ocho batallones de zapadores y dos de minadores (unos diez mil hombres); también había un nutrido cuadro de oficiales de ingenieros destinados en los estados mayores de las grandes unidades. En otros ejércitos, los contingentes de tropas de ingenieros eran modestos. Austria tenía cuatro batallones de zapadores y minadores hacia 1810; Prusia y Rusia contaban cada una con un par de batallones. Y el ejército peninsular de Wellington sufrió una desesperada escasez de ingenieros: sólo unas pocas docenas entre oficiales y tropa durante la mayor parte de sus campañas (diecinueve suboficiales y soldados constituyeron toda la fuerza de ingenieros durante el primer asedio aliado de Badajoz). Sólo en 1813 hubo un incremento apreciable con la llegada de varias compañías de los Reales Zapadores y Minadores. Por otra parte, el número de ingenieros militares era afectado por cifras de bajas relativamente elevadas, especialmente entre la oficialidad: veintisiete de los cuarenta oficiales de ingenieros franceses presentes en el segundo sitio de Zaragoza fueron matados o heridos (incluyendo a su comandante, el general Lacoste), y once de los dieciocho oficiales británicos del arma que intervinieron en el asedio de San Sebastián fueron baja (incluyendo al jefe de ingenieros de Wellington, el coronel Fletcher).

Mientras las trincheras eran excavadas, la artillería estaba ocupada en su propia batalla. Se instalaban baterías de cañones, obuses y morteros —protegidas por sólidos parapetos— delante de la primera paralela, en o cerca de la segunda, y delante de la tercera. Su misión era silenciar la artillería enemiga en las murallas y obras exteriores. Una vez logrado esto, se emplazaban las baterías de piezas de batir en las posiciones más favorables y cercanas para abrir brechas en las murallas. Para silenciar a la artillería enemiga, los cañones de 18, 16, 12 y 8 libras servían bastante bien, mientras el cañón de 24 era la pieza más efectiva para abrir brecha.

Los morteros eran útiles piezas de asedio por su capacidad para lanzar granadas al interior de las fortificaciones. Los proyectiles de mortero producían sus efectos más espectaculares cuando lograban hacer volar un polvorín de la fortaleza. Ese fue el caso en Almeida (1810), donde la explosión

destruyó casi todas las municiones de la guarnición, mató a setecientas personas —en su mayoría soldados—, y arrasó el centro de la ciudad; todo ello supuso el final de la resistencia.

La ruptura de la escarpa podía realizarse mediante fuego de cañón o mediante minado. Cuando era escogida la artillería, el objetivo no era abrir a cañonazos un hueco que atravesase toda la muralla. Bastaba con derruir el revestimiento de piedra para que sus escombros rellenasen parcialmente el foso y formasen una rampa lo bastante suave para ser definida «practicable», es decir, en condiciones de ser ascendida sin necesidad de apoyarse en el suelo con las manos. La técnica ideal era batir el revestimiento lo más cerca posible, pero si era necesario, los cañones de la época eran capaces de crear una brecha a distancias de doscientos o trescientos metros, como demostraron los franceses en Ciudad Rodrigo (1810) y los británicos en Badajoz (1811). Sin embargo, estas proezas artilleras fueron de muy poco provecho, ya que las obras de asedio estaban demasiado alejadas para permitir a la infantería aproximarse a cubierto a las brechas.

Como alternativa o complemento de las obras de asedio descritas hasta ahora, los sitiadores podían recurrir al minado subterráneo. Consistía en la excavación de una galería bajo tierra desde una obra de asedio convenientemente cercana hasta los cimientos de la muralla. Cuando éstos eran alcanzados, el final de la galería (hornillo) se ampliaba para colocar en ella la carga de pólvora. El efecto de la detonación de la mina era volar físicamente por los aires la escarpa y parte de la fortificación asociada. Por su parte, los defensores podían responder excavando contraminas para destruir las obras de minado de los sitiadores<sup>10</sup>. Una variante bastante excepcional y peligrosa del minado consistía en enviar minadores a través del foso para que abrieran una pequeña galería en la base de la muralla y colocaran en el núcleo de ésta la carga explosiva. Era una técnica usada sólo en circunstancias muy favorables (los franceses la emplearon en Tortosa en 1810-1811).

Durante la excavación de aproches y la construcción de baterías, los zapadores, los trabajadores y las tropas que protegían las obras contra cualquier posible salida de los defensores, estaban expuestos a balas de cañón y granadas de artillería que podían llegar en cualquier momento, sin más protección, en muchos casos, que un endeble parapeto de gaviones, sacos terrosos y tierra. A medida que los sitiadores se aproximaban a la fortaleza, el fuego generalizado de mosquetería y el paqueo también comenzaban a

---

<sup>10</sup> Como ejemplo ilustrativo de este tipo de guerra, véase TIL OLIVERA, pp. 26-32, 75-82.

cobrarse su tributo diario. Cualquier soldado que expusiera descuidadamente la cabeza por encima del parapeto recibiría casi seguro un disparo tarde o temprano. También los defensores podían sufrir paqueo desde las obras de asedio, y en varios casos se vieron imposibilitados para asomar sus cabezas ante los intensos fuegos de mosquetería de los sitiadores.

Pero, normalmente, la guarnición llevaba ventaja hasta que las baterías de asedio estaban en plena acción. De hecho, el fuego de los defensores podía llegar a ser tan peligroso que las obras sólo podían progresar de noche. Tras el crepúsculo, las tropas eran conducidas en silencio a las trincheras, donde excavaban durante varias horas en total oscuridad, sabiendo que cualquier ruido —incluso una tos— podía atraer fuego de artillería y mosquete. Si el asedio tenía lugar en invierno, la experiencia podía ser muy desagradable para las tropas ubicadas en las trincheras, pero sin intervenir en los trabajos: imposibilitadas de mantener hogueras, envidiaban a quienes estaban excavando, los cuales al menos mantenían su sangre en circulación. A fin de reducir la fatiga, la práctica habitual era turnar las unidades sitiadoras en las trincheras en periodos de veinticuatro horas. Pero en algunas de las obras de asedio en el segundo sitio de Zaragoza, los soldados franceses *no eran relevados en setenta y dos horas, y, al amanecer, los hombres que habían estado excavando durante toda la noche caían dormidos tras los montones de tierra que habían acumulado delante de la trinchera, demasiado agotados para regresar a la seguridad de la retaguardia*<sup>11</sup>.

A veces, los sitiadores también tenían que luchar contra el terreno. En Danzig (1807), la tierra helada fue muy difícil de excavar hasta un deshielo primaveral. En Gerona (1809), los franceses fueron incapaces de excavar trincheras en la piedra desnuda de la meseta de Montjuich. En el segundo asedio aliado de Badajoz (1811), los zapadores de Wellington encontraron el pétreo terreno delante del fuerte de San Cristóbal aún más duro de excavar que los de Beresford durante el primero, porque el general Phillipon, el ingenioso gobernador francés de la plaza, había quitado la delgada capa superficial de suelo que había. Y durante la fase de aproches en el primer sitio de Zaragoza, el general Verdier informó de que *el terreno es tan cortado, boscoso, y está tan atravesado en todas direcciones por muros, que sólo podemos ver cuatro pasos por delante de nosotros cada vez, y cada vez que cubrimos esos cuatro pasos, tenemos que atrincherarnos a fin de salvar las vidas de los soldados*<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> RUDORFF, p. 238.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 127.



No obstante, si el asedio era conducido con éxito, el fuego de la guarnición se debilitaba y se incrementaba la tensión para los defensores, que tenían que reparar en condiciones bastantes peligrosas los daños producidos en las defensas (por ejemplo, retirando escombros del foso). Otra tarea vital para la guarnición era la de obstruir las brechas abiertas en las murallas por la artillería de sitio. La solidez de las obstrucciones dependía tanto de la resolución e ingenio de los defensores como de los recursos disponibles. El conjunto de obstáculos más completo instalado en una brecha durante las guerras napoleónicas fue el ideado en Badajoz en 1812 por el general Philipon, gobernador francés de la plaza, y su jefe de ingenieros, Lamare. Incluía minas y barriles explosivos plantados al pie de la contraescarpa, y conectados con la muralla mediante mechas de pólvora cubiertas; en el fondo del foso, y al pie de las brechas, había toda clase de obstáculos grandes y molestos, como carros volcados al revés, varios grandes botes dañados, algunas marañas de cuerda, y montones de gaviones y fajinas rotos; las pendientes de las brechas habían sido sembradas de abrojos, cubiertas con vigas tachonadas de clavos (pero no fijadas, sino colgando suspendidas de cuerdas desde el «labio» —el extremo superior— de la brecha), y se habían plantado en ellas gradas y puertas tachonadas con escarpías. Y en lo más alto de cada brecha había caballos de frisia, contruidos con hojas de sable de caballería hincados en vigas, y encadenados por sus extremos.

La guarnición también debía construir defensas detrás y en ambos lados de la brecha: parapetos de tierra, sacos terreros y pacas de lana, barricadas entre las casas más próximas (que también eran fortificadas y aspilleras)... Cuando era posible, se emplazaban cañones para disparar metralla contra los asaltantes; en Badajoz y San Sebastián, los gobernadores franceses aumentaron la potencia de fuego de su infantería entregando a cada hombre tres mosquetes cargados. Si las defensas de la brecha eran arrolladas, un gobernador muy resuelto podía intentar una defensa en profundidad. Tal fue el caso del general francés Rey, que levantó barricadas —que se apoyaban mutuamente— en las calles interiores de San Sebastián (1813); desafortunadamente para sus propósitos, no dispuso de tropas suficientes para mantener todos los puntos de defensa. Zaragoza, durante sus asedios en el periodo 1808-1809, es el ejemplo por excelencia de una ciudad defendida en profundidad, si bien presenta además algunos rasgos excepcionales que comentaremos más adelante. Aunque tal vez fue mejor para la población civil que tal tipo de defensa fuera muy poco habitual, ya de lo contrario, bien podrían haberse dado más casos similares al de Lérida (1810). Una vez tomado el casco urbano, el general Suchet, decidido a concluir rápidamente el asedio, ordenó a sus tropas enviar a la población civil a la ciudadela,

todavía en manos españolas. Una vez que estuvo repleta de personal militar y civiles inocentes, los franceses batieron la ciudadela con fuego de obús. Consternado por la matanza entre soldados y civiles por igual el comandante español se rindió al día siguiente.

Una vez que la brecha era declarada practicable, la artillería de asedio concentraba su fuego contra la brecha y la zona inmediatamente posterior, para reducir los escombros a fragmentos más pequeños y disuadir a los defensores de construir nuevas defensas o levantar obstrucciones. Pero ese fuego tenía que cesar justo antes del asalto, y cuanto más durase esa pausa, mayores eran las posibilidades de que la guarnición reparase las defensas. Mientras tanto, las tropas de asalto formaban en columnas en las trincheras.

El clímax dramático de un asedio era el asalto del recinto amurallado, bien mediante la escalada o por medio de un asalto formal a una brecha. Las motivaciones para hacer frente a un asalto que podemos encontrar entre los defensores eran de naturaleza más bien instintiva. Ya que tenía lugar a muy corta distancia (y, de hecho, era a veces cuerpo a cuerpo), la lucha durante el asalto adquiría un carácter intensamente «territorial» para la guarnición; es decir, estaba orientada a preservar la integridad absoluta de límites espaciales muy precisos. Los asaltantes también desencadenaban entre los defensores una «reacción crítica»: los primeros constituían una amenaza tan próxima que obligaba a los segundos a matar por puro instinto. Además, la relativa indefensión de los atacantes si quedaban detenidos en el foso o la pendiente de la brecha, o mientras estaban subiendo por oscilantes escaleras, podía provocar un incontrolable impulso de matar entre los defensores<sup>13</sup>.

El asalto de una fortaleza era una dura prueba para las tropas atacantes; en particular, el asalto a una brecha era, sin duda, *el lance más espeluznante en la vida de un soldado de infantería*<sup>14</sup>. Ya vimos anteriormente los obstáculos y peligros afrontados por los asaltantes. Acometerlos de frente significaba, la mayoría de las veces, pérdidas muy graves —al menos para la primera oleada de tropas de asalto—. Por ello, el elemento de cabeza de las columnas de asalto estaba compuesto por voluntarios o tropas selectas; el ejército británico empleaba como vanguardia para el asalto a una brecha una unidad creada *ad hoc* y denominada ominosamente la *forlorn hope*

---

<sup>13</sup> Sobre 'territorialidad' y 'reacción crítica', KEEGAN, John: *The Face of Battle*. Jonathan Cape, Londres, 1976, pp. 164-8.

<sup>14</sup> BEST, Geoffrey: *War and Society in Revolutionary Europe, 1770-1870*, Fontana, Londres, 1982, p. 101.

(«empresa desesperada»): una tropa de voluntarios formada por un subalterno, dos sargentos y unos veinticinco soldados. A veces, las columnas de asalto eran acompañadas por zapadores con herramientas para retirar obstáculos o con materiales para rellenar fosos.

*Algunos hombres simplemente no podían acometer el trabajo sobrios*<sup>15</sup>, ha escrito el historiador Geoffrey Best sobre este momento. Y, ciertamente, muchos soldados se lanzaban al asalto con su valor marcial reforzado por la variedad báquica del coraje. El deseo de gloria y reconocimiento público de la valentía propia era también un incentivo poderoso: en la mayoría de los ejércitos, los supervivientes de la tropa que encabezaba un asalto tenían muchas probabilidades de recibir una condecoración, o incluso ser ascendidos (el ejército británico era la excepción negativa en este aspecto). Por otra parte, una vez comenzada la lucha, el asalto podía transformarse en una «huida hacia delante»: avanzar contra el fuego enemigo podía parecer menos peligroso que dar media vuelta y sortear otra vez aquellos odiosos obstáculos mientras uno era tiroteado y menos capaz de defenderse.

Mas, sin perjuicio de otras motivaciones, los asaltantes también tenían un incentivo que no iba la zaga a los otros, y que explica la suerte corrida por las plazas asaltadas con éxito. Porque en lo que el soldado pensaba con ilusión más allá de la supervivencia y la gloria era el saqueo. Y éste era una ambición legítima, pues el derecho de guerra heredado de épocas anteriores permitía a los soldados enriquecerse con los despojos de la ciudad como recompensa por un valor más allá de lo que exigía el deber. El asalto de las brechas había sido considerado antes de las guerras napoleónicas una desagradable conclusión de un asedio tanto para el sitiador como para el sitiado. Era una acción sangrienta, y podía acarrear consecuencias aún más sangrientas para la población civil. Sin embargo, un gobernador podía estimar que tenía buenas probabilidades de rechazar asaltos sucesivos hasta que fuera socorrido desde el exterior. Pero como muy a menudo no había tales perspectivas de ayuda exterior o resistencia prolongada, llegó a ser una regla aceptada que la ultimación de una brecha practicable se consideraría como una señal de que era el momento de capitular. Una capitulación no era una mera rendición, con todo lo que ésta se identifica con una victoria rotunda. Era un prudente acuerdo entre una fuerza que parecía segura de vencer y otra que parecía segura de perder, que concedía a la primera la esencia de la victoria (la posesión de la plaza fuerte) sin exigirle el precio completo en

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 101.

sangre, y reconocía (mediante términos más o menos liberales) que la segunda había cumplido con su deber de forma honorable. De hecho, muchos asaltos se realizaban sólo para lograr establecerse en una o más obras vitales cuya pérdida podía persuadir a la guarnición para que entregase la fortaleza mediante acuerdo.

No obstante, un manual español de ingenieros militares exponía en 1801 lo siguiente: *Cuando el enemigo esté definitivamente instalado en la brecha, si el gobernador creyera que puede sobrepasar los límites de una resistencia honorable, elevándola al grado de heroica, defendiendo las calles y las casas, tendrá entonces derecho a Nuestra Real Graciamerced<sup>16</sup>. ¿Era este ensalzamiento explícito de la resistencia a ultranza una derivación de una tendencia hacia la «guerra total» iniciada con las guerras de la Revolución francesa? El régimen republicano francés ciertamente rompió con la convención aceptada al ordenar en una ley de 1792 que una brecha debía ser defendida al menos contra un asalto. Napoleón compartía completamente este criterio. Escribió que los comandantes de fortaleza tenían *instrucciones de defender un puesto, y tienen que hacer esto hasta el grado extremo...*<sup>17</sup> Innegablemente, sus gobernadores siguieron sus instrucciones muchas veces. A su vez, la determinación de rechazar al invasor fue la motivación de muchas porfiadas defensas realizadas por guarniciones españolas. Estos factores incrementaron las probabilidades de que un asedio en la época napoleónica culminase con un asalto a la brecha, y de que las tropas de asalto no tuvieran más alternativa para terminar rápidamente la lucha que seguir presionando más allá de la muralla, lo que también aumentaba sus posibilidades de disfrutar de placeres inmoderados en el posterior saqueo. El problema radicaba en que la búsqueda de botín era, de hecho, indistinguible de, y casi imposible de impedir que se convirtiera en, agresiones inhumanas, robos y violaciones, excesos de embriaguez y reyertas. Los oficiales podían tratar de poner límites al saqueo cuando se produjera, pero las circunstancias no les ayudaban:*

*En el ruido, el humo, la confusión y el peligro de una ciudad asaltada con éxito e incendiada en parte, ¿cómo podían controlar los oficiales a su febril, hipernerviosa, y enfurecida soldadesca, parte de ella ya borracha y toda codiciando el saqueo y,*

<sup>16</sup> Citado en RUDORFF, p. 216.

<sup>17</sup> Citado en DODGE, Thomas A.: *Napoleon*, Gay and Bird, Londres, 1904-1907, volumen IV, pp. 706-7.

*a menos que fuera bastante inusual, también bebida y sexo? No podían; y algunos no lo intentaban mucho, de todas formas*<sup>18</sup>.

Así, pues, un asalto victorioso era seguido por una orgía de saqueo, bebida, violación y atiborramiento de comida, en la que la disciplina y la jerarquía desaparecían, así como cualquier distinción entre combatiente y no combatiente, amigo y enemigo. Algunos de los saqueadores incluso podían ser matados accidentalmente por sus camaradas borrachos, o deliberadamente si se producía una desavenencia en medio del saqueo.

Pero quienes más daño sufrían eran los desafortunados residentes civiles. Los incendios iniciados después del asalto podían causarles más pérdidas materiales que los bombardeos previos. Animosidades nacionales exacerbadas podían agravar el sufrimiento de los civiles a manos de los soldados atacantes, pero era simplemente una cuestión de grado (las ciudades españolas sufrieron destinos similares ya fueran asaltadas por ejércitos franceses o anglo-portugueses). Los soldados defensores salían mucho mejor librados: las amenazas de «pasar la guarnición a cuchillo» raramente eran cumplidas. En las guerras napoleónicas hubo varios casos de prisioneros matados por tropas aún excitadas por el calor del combate en los momentos inmediatamente posteriores a la captura de la muralla —y probablemente las víctimas habían estado disparando hasta el instante previo a su rendición—. No obstante, en la mayoría de las ocasiones, los supervivientes de la guarnición eran hechos prisioneros (una excepción fue Tarragona, donde una parte de la guarnición murió después de que los franceses penetrasen profundamente en la ciudad).

Los civiles, en cambio, estaban para aprovecharse de ellos. Era probable que una familia de una ciudad asaltada tuviera alguna experiencia de allanamiento de morada, vandalismo, robo, violación, lesiones graves o asesinato. Como explica Geoffrey Best:

*En resumen, el problema consistía en que, pese a los intentos de abolir aquel espantoso y tradicional incidente de la guerra, las ideas de botín (legítimo) y de saqueo (ilegítimo) estaban tan hermanadas e implantadas por igual en las mentes de los soldados y en las prácticas del asalto que no podía haber todavía lugar a actuar para negar el derecho de los soldados al botín en aquellas situaciones concretas*<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> BEST, 1982, p. 102.

<sup>19</sup> BEST, Geoffrey: *Humanity in Warfare*. Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1980, pp. 122-3.

De hecho, en Tortosa que se había rendido justo antes de que comenzara el asalto, el barrio adyacente a la brecha fue saqueado por tropas francesas que no querían verse privadas de lo que consideraban su «legítima» recompensa.

No obstante, las demostraciones de humanidad y valentía altruista también tenían cabida en un asedio. No faltaron los oficiales que se arriesgaban para salvar el honor o la vida (o ambos) de los civiles durante los saqueos. En Zaragoza, tras destruir las obras de minado españolas, los franceses hicieron a veces esfuerzos para rescatar a los supervivientes. En San Sebastián, inmediatamente después de que terminase la lucha en el primer y fallido asalto británico, los franceses rescataron a los heridos enemigos que estaban amenazados por la marea alta (el asalto había tenido que cruzar la desembocadura del río Urumea). En Bergen-op-Zoom, los franceses bajaron escaleras para salvar a los británicos del foso inundado. La humanidad también podía manifestarse mediante la práctica del «vivir y dejar vivir»: los franceses que trabajaban en las obras de asedio delante de Zaragoza notaban que el fuego de mosquete español cesaba a las horas de las comidas...

De todos modos, incluso con su aspecto «científico» y su violencia menos espectacular antes del asalto y sus derivaciones, un asedio podía llegar a presentar un rostro de la guerra lo bastante amargo para hacer escribir al mariscal Lannes en una carta a Napoleón, durante el segundo sitio de Zaragoza: *Su Majestad, ésta es una guerra que le llena a uno de horror...*<sup>20</sup>

### *Conclusión*

Como dijimos al principio, este artículo no ha pretendido ser un estudio exhaustivo de la guerra de asedios en el periodo napoleónico. Su objetivo ha sido sólo ofrecer una reconsideración básica de sus aspectos estratégicos y una aproximación a la experiencia del combatiente durante un asedio. Por tanto, los siguientes comentarios deben ser considerados únicamente como provisionales, aunque esperamos que puedan ofrecer puntos de interés para investigaciones y debates futuros.

Las causas para el relativo declive de la importancia de la guerra de asedios deben buscarse en cuestiones de carácter estratégico, más que de índole logística. Más concretamente, en el cambio de énfasis hacia la destrucción de los ejércitos enemigos, en vez de la ocupación de territorio. El

---

<sup>20</sup> RUDORFF, p. 228.

dilema logístico básico de todos los ejércitos hasta bien entrado el siglo XIX era elegir entre vivir del país (sencillo, pero sólo factible mediante avances estratégicos profundos) o depender de convoyes (complejo, pero necesario cuando un ejército dejaba de moverse). En qué medida un ejército recurría a un sistema u otro dependía de sus objetivos estratégicos y sus métodos operacionales. Los asedios conducían al sistema de convoyes, que era el más costoso para el estado, ya que los estados del Antiguo Régimen procuraban librar sus conflictos de la forma menos onerosa posible. Las razones de la preponderancia de la guerra de asedios deben buscarse en ámbitos distintos del de la logística.

El paso de un tipo de guerra dominado en gran medida por los asedios, a otro caracterizado por ofensivas estratégicas de largo alcance no fue repentino. Desde el final de la Guerra de los Siete Años hasta la década de 1790 se produjeron cambios en la agricultura, las comunicaciones terrestres y el armamento que estimularon la formulación de nuevas doctrinas militares que disminuían el papel de la guerra de asedios. La Revolución francesa simplemente proporcionó el contexto político-militar adecuado para que tales transformaciones cristalizaran de manera dramática en una forma coherente de guerra. Favorecido por esas transformaciones económicas y militares, el mérito de Napoleón fue que comprendió que ya era posible derrotar a los estados enemigos destruyendo sus ejércitos de operaciones, y que la mejor forma de hacerlo era mediante marchas estratégicas hacia el interior del territorio enemigo antes y después de las batallas decisivas.

La ausencia de grandes progresos tecnológicos significó que no hubiera cambios significativos desde los días de Vauban en el diseño de las fortalezas y en la poliorcética. Sin embargo, es perceptible una tendencia a prolongar la resistencia de las fortalezas más allá de los límites convencionales aceptados en el siglo XVIII. La resistencia nacional al invasor explica este fenómeno en los defensores españoles. En otros casos, el hecho de que las fortalezas tuvieran en general una menor importancia estratégica podía incrementar, por el contrario, el valor de las pocas que merecían ser asediadas; por lo tanto, mantener la posesión de éstas podía convertirse en un objetivo más valioso de lo que hubiera sido en una época anterior.

Finalmente, esta tendencia a prolongar la resistencia ciertamente incrementaba los riesgos para la población civil cada vez que una plaza fuerte se convertía en un foco de operaciones militares. Ya que ahora era más probable que un asedio regular acabase en un asalto, las posibilidades de sufrimiento para los civiles en el subsiguiente saqueo eran también mayores. Sin olvidar que los ejércitos de la época napoleónica normalmente no vacilaban en recurrir a bombardeos generales cuando lo consideraban preciso.

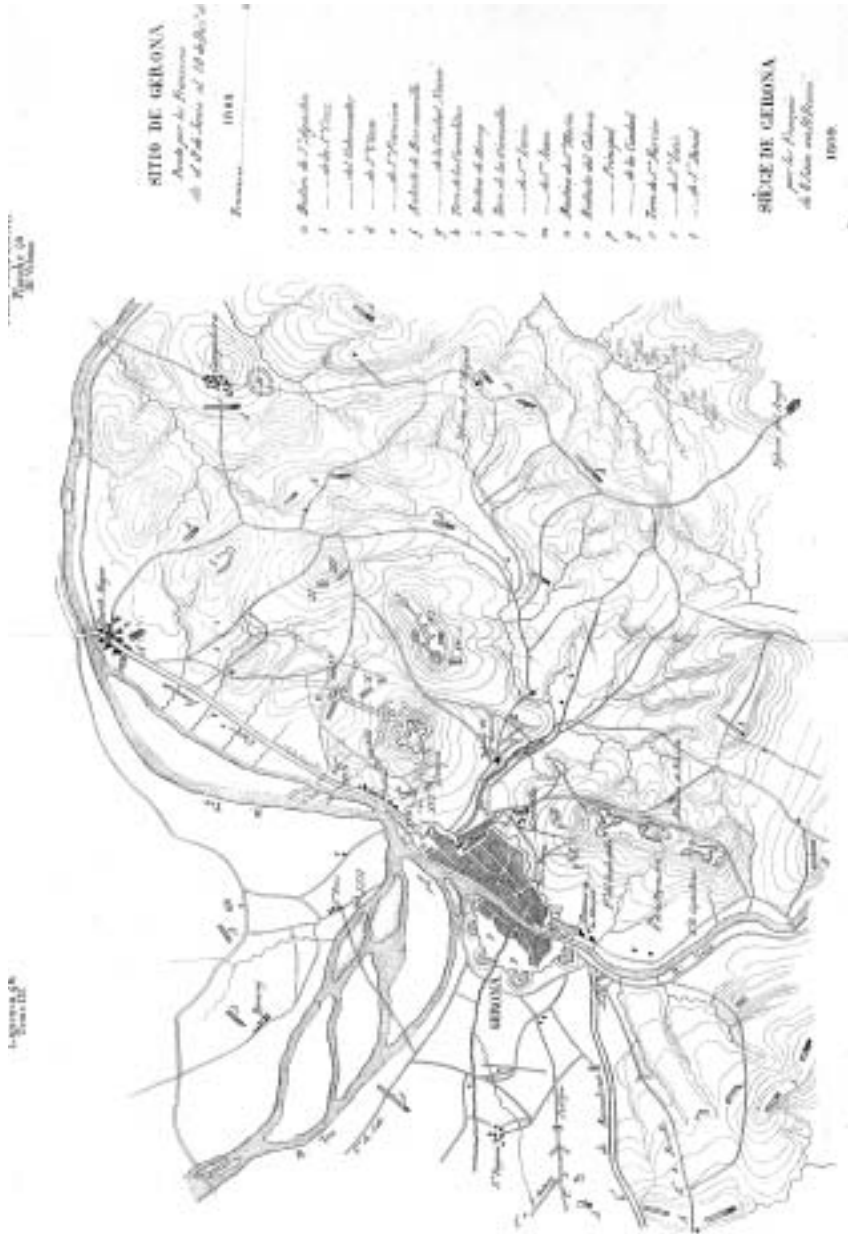


En resumen, la guerra de fortalezas experimentó un cambio bastante drástico en su función estratégica durante el periodo napoleónico, aunque los principios básicos del ataque y la defensa de fortalezas permanecieron sin cambios. No obstante, esto último no impidió que la conducción de los asedios también experimentara, al menos en parte, la tendencia hacia la «guerra total» que caracterizó aquella época.

## BIBLIOGRAFÍA

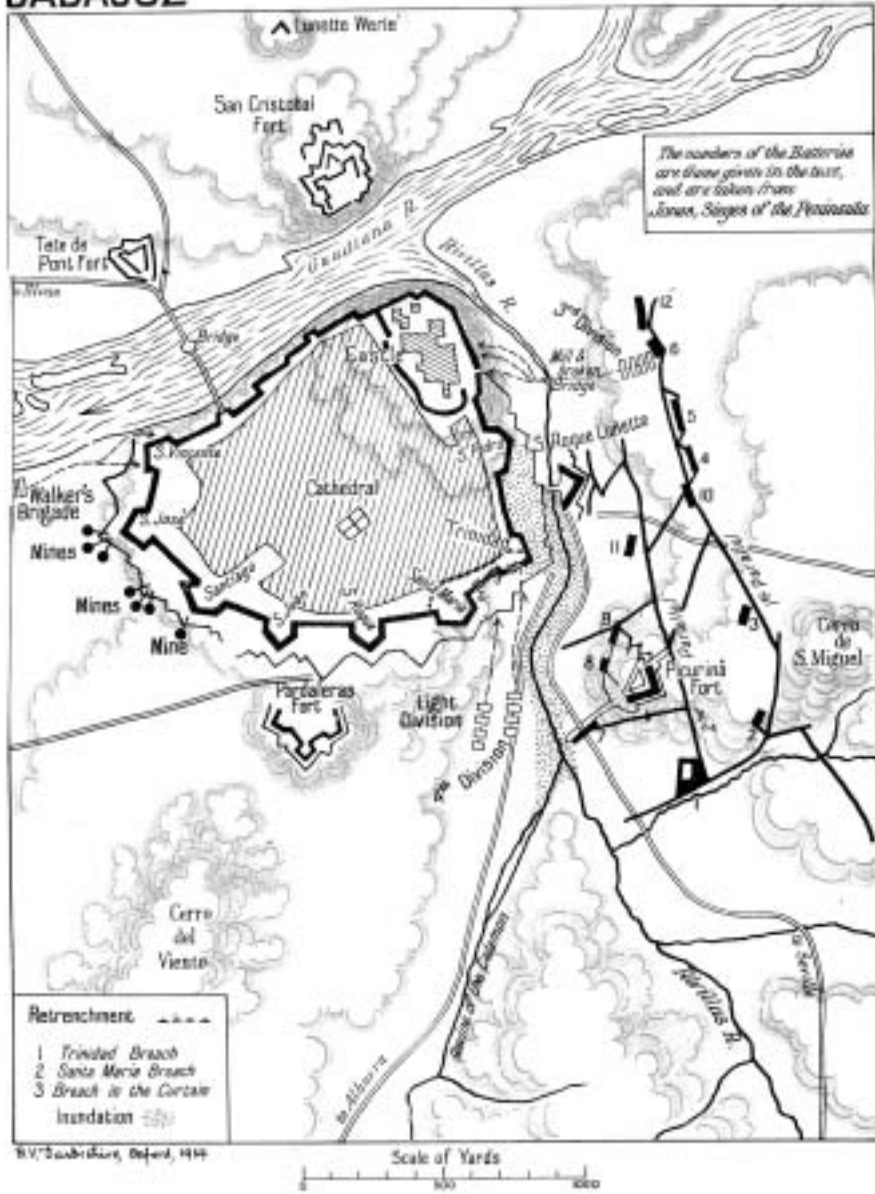
- BEST, Geoffrey: *Humanity in Warfare*. Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1980; IDEM: *War and Society in Revolutionary Europe, 1770-1870*, Fontana, Londres, 1982. [Hay trad. castellana: *Guerra y sociedad en la Europa revolucionaria*].
- CAMON, H.General: *La fortification dans la guerre napoléonienne*, Berger-Levrault, París y Nancy, 1914.
- CHANDLER, David G.: *The Campaigns of Napoleon*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967.
- Dictionary of the Napoleonic Wars*, Arms and Armour Press, Londres, 1979.
- CREVELD, Martin van: *Supplying War. Logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977. [Hay trad. castellana: *Los abastecimientos en la guerra*].
- DODGE, Thomas A.: *Napoleón*, Gay and Bird, Londres, 1904-1907, 4 vols.
- DUFFY, Christopher: *Fire and Stone*, David and Charles, Newton Abbot, 1975.
- The Fortress in the Age of Vauban and Frederick the Great, 1660-1789*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1985.
- HAYTHORNWAITE, Philip: *Napoleon's Specialist Troops*, Osprey, Londres, 1988.
- KEEGAN, John: *The Face of Battle*, Jonathan Cape, Londres, 1976. [Hay trad. castellana: *El rostro de la batalla*].
- MÜLLER, Hermann von: *Geschichte des Festungskrieges*, Ernst Sigfried Mittler und Sohn, Berlín, 1892.
- PARKER, Harold T.: *Three Napoleonic Battles*, Duke University Press, Durham, N.C, 1983.
- ROTHENBERG, Gunther A.: *The Art of Warfare in the Age of Napoleon*, Batsford, Londres, 1977
- RUDORFF, Raymond: *War to the Death. The Sieges of Saragossa, 1808-1809*, Hamish Hamilton, Londres, 1974. [Hay trad. castellana: *Los Sitios de Zaragoza, 1808-1809*].
- STRACHAN, Hew: *European Armies and the Conduct of War*, George Allen and Unwin, Londres, 1983. [Hay trad. castellana: *Los ejércitos europeos y la conducción de la guerra*].
- TIL OLIVERA, José Antonio (coord.): *Sitio del castillo de Monzón en Aragón: del 27 de septiembre de 1813 al 14 de febrero de 1814*, Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio, Monzón, 1996.





Sitio de Gerona

## BADAJOZ



Sitio de Badajoz.

## LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA DE LAS BATALLAS

Antonio ESPINO LÓPEZ  
Universidad Autónoma de Barcelona

EN las últimas décadas se ha producido una paulatina renovación en el estudio de la guerra que ha conducido a su revalorización. Como de todos es conocido, hasta los primeros decenios del pasado siglo, la Historia de la Guerra era, en realidad, el estudio de las batallas más famosas y de los generales más sobresalientes. Su utilidad, más que para el historiador, era para el militar, que debía aprender de las batallas del pasado.

Tras las guerras napoleónicas fue cuando el general Henri Jomini en su *Précis de l'art de la guerre* (1838) distinguió nada menos que tres formas de historia militar: la primera variante se dedicaba a relatar analíticamente, hasta sus detalles ínfimos, una batalla; la segunda consistía en el análisis de una batalla o campaña con la intención, tras depurar sus aspectos particulares, de obtener algunas normas de validez general para la conducta de la guerra más conocida como Arte de la Guerra. Por último, la tercera posibilidad trataba de examinar la guerra de un modo más amplio, asociando los factores puramente militares con aquellos otros políticos, sociales y económicos, apareciendo una auténtica historia político-militar<sup>1</sup>. De estas tres posibilidades a lo largo del siglo XIX triunfó la segunda gracias a la influencia de Clausewitz, que incidirá en la búsqueda del valor pedagógico de la historia

---

<sup>1</sup> ESPINO, A.: «La historia militar entre la renovación y la tradición», en *Manuscrits*, núm. 11, Bellaterra, 1993, pp. 215-242.

militar. Por ello, el Estado Mayor prusiano fue el primero en incluirla en sus programas de estudio con la idea de «enseñar la guerra durante la paz»<sup>2</sup>.

El auge de la Historia como disciplina académica significó la sustitución del estudio de las batallas y las guerras por la historia constitucional y diplomática, al tiempo que los aspectos sociales y económicos incrementaban su presencia. De ahí la importancia de una figura como Hans Delbrück. Delbrück, que confirió dignidad académica a la historia militar, profundizó la obra de Clausewitz definiendo el concepto de estrategia y, sobre todo, atribuyó a esta disciplina la tarea de indagar cómo el intelecto humano adaptó las condiciones económico-sociales y técnicas al desarrollo de un determinado modo de guerrear. En definitiva, no sólo debían estudiarse los aspectos materiales, sino también el espíritu que a lo largo de los siglos animó la estrategia y la táctica. Por otro lado, H. Delbrück analizará en su principal obra *Geschichte der Kriegkunst im Rahmen der Politischen Geschichte* [Historia del arte de la guerra en el marco de la Historia Política, 1900-1936, siete volúmenes] la problemática militar a la luz de las instituciones políticas y sus problemas<sup>3</sup>. Por su influencia posterior en autores como Charles Oman, Ferdinand Lot o Piero Pieri fue, sin duda, el autor que definió y conceptualizó la historia militar eliminando los lastres de su pasado reciente; es decir, de la narración de «simples» batallas.

Peter Paret, más que fijarse en H. Delbrück, rescata la figura de Otto Hintze, presentándolo como el primer historiador que dotó a la Historia de la Guerra de una nueva metodología —combinando, en un análisis comparativo, la Historia Social y Económica y la Historia Política— y, de ese modo, logró darle la necesaria credibilidad a los ojos de los historiadores. La guerra no podía estudiarse como un factor al margen de la economía, de la sociedad o, incluso, de la cultura de un país. Todo influye en la guerra, y la guerra influye en todo. Pero la narración de los acontecimientos bélicos fue sacrificada<sup>4</sup>.

Precisamente, esa primeriza renovación de esta disciplina coincidió temporalmente con los primeros ataques contra la historia de los acontecimientos protagonizados en Gran Bretaña por Lewis Namier y R. H. Tawney, quienes defendían que el historiador en lugar de narrar acontecimientos debía analizar las estructuras. A esta tarea se consagraron con ahínco desde

<sup>2</sup> BOVIO, Oreste: *L'Ufficio storico dell'esercito. Un secolo di storiografia militare*. Roma, 1987, pp. 7-9.

<sup>3</sup> KAEGI, Walter E.: «The Crisis in Military Historiography», en *Armed Forces and Society*, vol. 7, n.º 2, 1981, pp. 308-310.

<sup>4</sup> ESPINO, A.: «La historia de la guerra (siglos XVI-XVIII). Del desprecio ideológico a su revalorización», en *Iber*, núm. 12, IV, Barcelona, 1997, pp. 65-71.



la Segunda Guerra Mundial la llamada escuela de los *Annales*, la Historia Social anglosajona y la historiografía marxista. Por lo tanto, comenzaron a desarrollarse la Historia Económica y la Social, relegando a un segundo plano a la Historia Política, considerada tradicional, y, por ende, a la Historia de la Guerra. La Historia de las Batallas sería considerada la parte más decadente de una disciplina sin interés académico.

Lawrence Stone reprochó en su momento a esa «vanguardia historiográfica» el abandono de este tipo de temática. *Los «nuevos historiadores» de los cincuenta y los sesenta serán sin duda severamente criticados por su obsesión por las fuerzas sociales, económicas y demográficas de la historia, y por su incapacidad para tomar suficientemente en cuenta la organización política y la toma de decisiones, al igual que las veleidades observadas en las campañas, en los sitios militares, en la destrucción y en la conquista. El ascenso y la caída de las civilizaciones ha tenido como causa las fluctuaciones en la autoridad política y los cambios en las vicisitudes de la guerra. Es verdaderamente insólito el que estos asuntos hubieran sido descuidados durante tanto tiempo por aquellos que se consideraban a sí mismos como la vanguardia de la profesión histórica... Un reconocimiento tardío de la importancia del poder de las decisiones políticas personales por parte de los individuos, y de las posibilidades de batalla, ha obligado a algunos historiadores a volver a la modalidad narrativa sea que lo quieran o no*<sup>5</sup>.

Este reproche no pareció caer en saco roto. No debemos olvidar que, en 1973, Georges Duby, un hombre de *Annales*, se decidió a escribir su conocido *Le dimanche de Bouvines*. Como señala el propio Duby en un prólogo a la nueva edición de 1984, escribir sobre la batalla de Bouvines, dentro de una colección titulada «Las treinta jornadas que hicieron a Francia», significaba escribir sobre «Un acontecimiento. Puntual. Resonante». Sus compañeros, discípulos como él de M. Bloch y L. Febvre, se asombraron de tal decisión. Duby asegura que su intención fue acercarse a los participantes en la batalla como si fuesen un pueblo exótico, realizando una especie de etnografía de la guerra en el siglo XIII. Por otro lado, su interés último, si bien Duby acota el terreno propio de la Historia Política poniendo en relación el acontecimiento de Bouvines con la guerra, la tregua y la paz entre el rey de Francia y sus enemigos es, en sus propias palabras, esbozar la historia del recuerdo de la batalla, de su deformación progresiva por el juego de la memoria y el olvido.

---

<sup>5</sup> STONE, Lawrence: «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», en *El pasado y el presente*. F.C.E., México D. F., 1986, p. 103.

Continuando con Francia, Jean Chagniot hablaba aún en 1985 del injusto descrédito en el que estaba sumida la historia de las batallas, entendida por él como una historia de las operaciones militares y de las fortalezas. Para J. Chagniot, durante muchos años, sólo Georges Livet con sus monografías sobre las Guerras de Religión y la Guerra de los Treinta Años, había conseguido transmitir cierto interés por estos temas. Numerosas investigaciones, además, sólo encontraban una difusión limitada en revistas locales de escaso renombre. Finalmente, J. Chagniot nos recuerda que las posibilidades de la Historia de las Batallas son muchas, entre otras la percepción por parte de la opinión pública de diversas épocas de una gran batalla, como el trabajo de Eric de Saint-Denis sobre la batalla de Fontenoy desde 1745 y hasta hoy día, o las operaciones militares francesas en ultramar durante la Época Moderna<sup>6</sup>.

En los Estados Unidos, Allan R. Millet, Peter Paret y Walter Kaegi coincidían en señalar el atraso de la Historia de la Guerra norteamericana respecto a la europea hasta mediados de los años setenta. Los dos primeros autores, en especial P. Paret, criticaban duramente la persistencia en su país de una historiografía militar tradicionalista o convencional —de «trompetas y tambores»—, cayéndose en una confusión metodológica enorme debido a que la principal preocupación era, precisamente, no perder la vieja forma de narrar los acontecimientos. Esta no es una opinión aislada. M. van Creveld, especialista en el estudio de la logística, reconoce que el descrédito de la historia militar provenía, en buena parte, por el excesivo apego a relatar «simples» batallas o campañas. Colin Jones y M. van Creveld creen que la historia militar ha salido del bache en el que había caído gracias al esfuerzo de quienes la practican por introducir la cuantificación en sus trabajos, estudiando las bases económicas, la estructura social y la organización administrativa de la guerra, hasta llegar a una socialización de la historia militar<sup>7</sup>. C. Jones confía en la fuerza de la socialización de la Nueva Historia Militar, pero recuerda que la forma tradicional —narrativa, política, diplomática— de acercarse al estudio de la guerra aún es practicada.

No obstante, aunque la *New Military History* ha triunfado, también ha terminado por desarrollarse lo que podríamos llamar la Nueva Historia de las Batallas. Para nosotros, la figura más importante es la de John Keegan.

---

<sup>6</sup> CHAGNIOT, Jean: «L'histoire militaire de l'Époque Moderne (XVIe.-XVIIIe. siècles)», en *Revue Internationale d'Histoire militaire*, núm. 61, 1985, pp. 65-86.

<sup>7</sup> VAN CREVELD, Martín: «Thoughts on military History», en *Journal of Contemporary History*, vol. 18, n.º 4, 1983, pp. 552-555; JONES, Colin: «New Military History for Old? War and Society in Early Modern Europe», en *European Studies Review*, vol. 12, 1982, pp. 97-98.

Su libro, excelente, se titula *El rostro de la Batalla*, ed. Ejército, Madrid, 1990, 1.ª ed. 1976. Según J. Keegan, los objetos de estudio de la Historia Militar han sido múltiples, desde el estudio de las distintas armas, pasando por el estudio del ejército como institución, de la estrategia, de la táctica... hasta llegar al estudio de los mandos y de determinados generales. A menudo, muchos de los libros que trataban estas temáticas perdían de vista que los ejércitos, en último término, se han creado para combatir. Por ello, concluye Keegan, la Historia Militar debería en última instancia tratar *sobre la batalla*. La Historia de las Batallas —o de las campañas militares— tiene una primacía sobre cualquier otra rama de la historiografía sobre la guerra por que, sencillamente, *no es a través de lo que los ejércitos «son», sino de lo que «hacen» —es decir, ganar o perder batallas— como se cambian las vidas de las naciones y de los individuos* (p. 40).

A partir de este presupuesto, J. Keegan nos recuerda que desde la época de Herodoto se escribe Historia de las Batallas; se trataría de seguir esa tradición incorporando en la medida de lo posible las emociones de los combatientes como parte ineludible del análisis final de la batalla. Obviamente, no en todas las épocas se ha generado documentación que permita dicho propósito. Antes del siglo XIX es muy difícil encontrar testimonios directos de combatientes. Cuando se dispone de algunos materiales, como cartas, diarios personales, memorias de los generales o partes de los estados mayores, aún el historiador debe tener en cuenta que sólo cuenta con la opinión o la percepción de unas pocas personas que tienen una reputación que mantener. No deja de ser una visión subjetiva de la batalla. Por ello, el historiador debe aprender a entender la batalla a la luz de lo que todos los participantes sintieron que fue y no siguiendo las percepciones de unos pocos (pp. 43-46). Sólo de esta forma el historiador puede escapar de lo que J. Keegan llama afortunadamente «retórica de la historia de las batallas», es decir, de la batalla mítica o mitificada. Quienes la han practicado terminan por dar importancia únicamente al resultado final y a las acciones de los grandes jefes, despreciando inconscientemente, pensamos, la experiencia de los que participaron en ellas.

Para J. Keegan, la historia militar británica no ha sido influida por ningún autor del Continente, incluyendo a Hans Delbrück, sino que desde el siglo XIX fue siempre una historia militar basada en el acontecimiento. En 1851 sir Edward Creasy escribió *Quince batallas decisivas del Mundo*, cuyas treinta y ocho ediciones en menos de cincuenta años demuestran su enorme éxito. Para Creasy, el interés por algunas batallas está en que éstas *han servido para que seamos lo que somos... Porque los intereses de muchos estados están a menudo afectados en los enfrentamientos de unos pocos... y el resultado de estos enfrentamientos no se limita a una sola*

*época, sino que puede dar un impulso que influenciará los destinos de la Humanidad.* Esta orientación y el propio título del libro fueron muy seguidos. J. Keegan cita hasta ocho libros cuyos títulos incluyen el adjetivo «decisivo», entre ellos el trabajo clásico del general J.F.C. Fuller *Batallas decisivas del Mundo Occidental* (Madrid, 1985), probablemente, la mejor obra en su género. Las batallas son importantes, ergo la narración de las mismas también lo es. Pero nos encontramos ante meras descripciones de las batallas, se seleccionan algunos incidentes y se olvidan otros, los soldados aparecen como meros peones, sólo interesaba el liderazgo. Pero cuidado, porque si se escribe para un público general, ¿a éste le puede interesar la experiencia directa del soldado, o la narración de los hechos? Y si se escribe para un público que ha hecho de las armas su profesión, desde luego, como dice el general Fuller en el prefacio de su obra citada, le interesa estudiar la Historia de la Guerra para entender la propia guerra. Por ello son más importantes, por trascendentes, las decisiones y las acciones de quienes dirigen la guerra. Este último punto podemos verlo en los siguientes textos. Ambos explican los hechos de la noche del 17 al 18 de junio de 1815 poco antes de iniciarse la mítica batalla de Waterloo. Los protagonistas no son los mismos porque los intereses de ambos autores son divergentes.

El general J.F.C. Fuller en su obra ya citada nos dice: *Luego de descansar una hora o dos, a la una de la madrugada del 18 de junio, Napoleón salió para recorrer los puestos avanzados, bajo la lluvia torrencial. Volvió a su puesto de mando al amanecer; encontrándose con que, a las dos, había llegado un despacho, fechado a las diez de la noche del 17 de junio... Junto con el informe de Milhaud, aquel despacho debía haber sido contestado enseguida. Sin embargo, no fue hasta las diez de la mañana cuando se envió respuesta a Grouchy, informándole de que 'en este momento Su Majestad va a atacar al ejército inglés, que ha tomado posiciones en Waterloo»* (vol. II, p. 581).

J. Keegan nos da una visión bastante diferente: *La Brigada de Adam había pasado casi dos días en la carretera; el 71 Regimiento... había dejado Leuze el 16 de junio, temprano, sin comida, y había marchado durante treinta y seis horas con altos menores de treinta minutos, para alcanzar Waterloo a tiempo para la batalla. Entonces los hombres se sentaron en sus mochilas durante la noche del 17 al 18 y el desayuno que recibieron cuando salió el sol fue el primero que habían tomado en dos días. Los soldados del 4 Regimiento estaban tan cansados la mañana del 18 que difícilmente se mantenían despiertos; ellos... también durmieron, tumbados en campo abierto, durante las cuatro primeras horas de la batalla, a unas mil yardas detrás de la línea de fuego.*

El primero en plantearse el comportamiento humano durante la batalla parece haber sido el oficial francés Ardant du Picq —su obra se titula *Etu-*

*des sur le combat*, publicada póstumamente en 1880—, quien comenzó a repartir un cuestionario entre sus compañeros preguntando por su situación y la de sus hombres durante la batalla. Du Picq quería saber la «verdad» sobre la batalla. Ahora bien, dicho método que, en principio, sólo puede ser aplicado a soldados en activo, J. Keegan lo lleva a la práctica preguntando a fuentes clásicas —como las crónicas sobre la batalla de Agincourt— y a los testimonios personales —cartas y diarios personales, historiales de los regimientos, etc., en el caso de la batalla de Waterloo— pero con una intención diferente a la que movía a Du Picq. J. Keegan asegura que no va a aportar nada nuevo sobre la logística, la táctica o la estrategia, ni va a escribir sobre los generales, sino que centrará su atención en temas como el tipo de heridas recibidas y su tratamiento, el espacio elegido para la batalla, el mecanismo de ser cogido prisionero, el sonido de la batalla, la visibilidad en la batalla, la coerción utilizada por los oficiales para que los hombres resistan en su puesto a pesar del temor y, sobre todo, el peligro que representan para el soldado distintas clases de armas en el campo de batalla. Es decir, lo que hace J. Keegan es reconstruir la experiencia real de la batalla.

Para sacar adelante su proyecto, nuestro autor eligió tres batallas con participación británica muy cercanas geográficamente: Agincourt (1415), Waterloo (1815) y el Somme (1916). La técnica de J. Keegan es la siguiente: presentación somera pero suficiente de la campaña en el transcurso de la cual se produjo la batalla, descripción de la batalla dividida en fragmentos y, seguidamente, explicación de cómo lucharon los hombres y contra qué armas lo hicieron —en el caso de Agincourt arqueros contra infantería y caballería, caballería contra infantería, infantería contra infantería; en el caso de Waterloo, caballería contra caballería, caballería contra infantería, caballería contra artillería, artillería contra infantería e infantería contra infantería—. A partir de aquí se puede entender mejor la batalla, puesto que hemos reunido información sobre diversos puntos de vista de la misma. Hay que tener en cuenta que, desde la Época Medieval, los ejércitos no sólo se hicieron más numerosos, sino que, consecuentemente, cada vez necesitaban más espacio para desenvolverse durante la batalla. Así, Keegan demuestra que el espacio de batalla de Agincourt era veinte veces más reducido que el de Waterloo, y el de esta última respecto al del Somme dieciséis. En Waterloo casi nadie, aparte de Wellington y algunos oficiales del estado mayor que lo acompañaban, tuvo una cierta visión de conjunto de la batalla. Esta situación se observa perfectamente en la siguiente cita de un testigo, C. Mercer: *No podíamos ver nada de lo que estaba sucediendo en el frente de la batalla, porque la altura donde estaba desplegada nuestra primera línea estaba más alta que el terreno que ocupábamos. De esta misma línea sólo*

*podíamos ver los pocos cuadros de infantería inmediatos a nosotros, con las baterías intermedias. De vez en cuando aparecían unidades de caballería en la cresta entre los cuadros, y después se dispersaban por la ladera opuesta de la posición y se desvanecían de nuevo, no sé cómo* (p. 146).

Otra cuestión son las circunstancias físicas de la batalla. Antes del desarrollo del transporte mecánico, muy a menudo los soldados llegaban cansados, tras una larga marcha cargados con el equipo, al campo de batalla. Sufrían las inclemencias del tiempo y de la falta de comida, o porque no la había o porque no había tiempo de cocinarla. La espera antes del combate se describe como físicamente agotadora y emocionalmente frustrante. El alcohol era utilizado para combatir la espera, el nerviosismo y el miedo. El ruido de la batalla —y el humo en Waterloo— también influían en la percepción que de la misma tenían los soldados.

Finalmente, la metodología empleada lleva a J. Keegan a precisar, incluso, los comportamientos y los valores no de un individuo, sino de todo un colectivo: los oficiales. Según J. Keegan, desde la batalla de Crécy (1346), cuando los caballeros franceses fueron batidos por las flechas de los plebeyos ingleses, progresivamente los nobles fueron perdiendo el gusto por la lucha cuerpo a cuerpo, situación reforzada por la irrupción del arma de fuego que mataba a distancia. Así, en la época de Waterloo, los testimonios recogidos permiten a J. Keegan defender que el honor —y el valor— de los oficiales estaba, más que en inflingir personalmente heridas o matar al enemigo, en recibirlas dirigiendo a sus tropas en combate. La consumación del honor del oficial llegaba con el cumplimiento de órdenes que conducían inevitablemente a ser herido o, incluso, a la muerte. Había que comportarse de forma honorable por la imagen que de uno se formaban los compañeros. El prestigio consiguiente serviría para incrementar el liderazgo entre los soldados.

Nos aventuramos a decir que si bien J. Keegan ha conseguido un gran prestigio como historiador militar, al menos en el mundo anglosajón, su obra no ha tenido demasiada continuidad. Nosotros sólo conocemos como inspiración directa un artículo de Greg Denning titulado «The face of Battle: Valparaíso, 1814», publicado en la revista australiana *War and Society* en su número inaugural de 1983. Walter Kaegi también defendió en su momento la idea de establecer una Historia Militar en la que el estudio de la estrategia y el acontecimiento, es decir, el estudio de la batalla siguiendo la nueva metodología propuesta por Keegan, que Kaegi admira, dominasen por encima de cualquier otra consideración<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> KAEGI, art. cit., v.7, 1981, pp. 310-313.

De todas formas, podríamos criticar a John Keegan en el sentido de la preferencia por el tipo de batallas que él estudia, aunque el autor justifica su elección. En todos los casos son «grandes batallas» —batallas decisivas—. ¿Sólo interesa este tipo de batallas? ¿Qué ocurre cuando estudiamos conflictos sin «grandes batallas»? ¿Habría que reservar esta metodología para determinados casos? Por ejemplo, durante la Guerra de los Nueve Años, 1689-1697, en el frente catalán sólo se produjo una batalla campal, la batalla del Ter, en mayo de 1694, que no fue una «gran batalla», aunque sí un gran desastre para los intereses hispanos en dicho frente y, por lo tanto, sí fue importante. ¿Habría entonces conflictos poco interesantes al no haberse producido batallas que merezca la pena estudiar? Es lo ocurrido, por ejemplo, con la Guerra de los Ochenta Años. Según G. Parker, historiadores militares como J.F.C. Fuller pensaban que se podía aprender muy poco de ella —al no producirse «grandes batallas»— y por eso desdeñaban su estudio. Haya o no «grandes batallas», pensamos que en todos los conflictos sería necesario intentar historiar las batallas desde el punto de vista de los soldados. Dicha intención también se puede afrontar partiendo, no ya de una Historia de la Batalla renovada al estilo de J. Keegan, sino de lo que se ha dado en llamar la «Historia desde abajo», utilizando la expresión acuñada por Edward P. Thompson en 1966. Por lo tanto, desde presupuestos ideológicos diferentes. Se trataría de indagar la Historia desde el punto de vista, en este caso, del soldado raso y no del del comandante en jefe. Así, podríamos explicar la batalla de Waterloo no centrándonos en Wellington —cosa que ya hemos visto que J. Keegan no hace— sino en los soldados que, como él, también vencieron a Napoleón. La única forma posible sería utilizando las autobiografías, los diarios y la correspondencia personal. La existencia o no de estos materiales limitaría la cronología de nuestro trabajo. Un ejemplo. El soldado William Wheeler, del 51 Regimiento de Infantería, escribió lo siguiente a su mujer sobre su participación en Waterloo: *La batalla de tres días ha concluido. Estoy sano y salvo, que ya es bastante. Ahora, y en cualquier oportunidad, pondré por escrito los detalles del gran acontecimiento, es decir, lo que me fue dado observar... La mañana del 18 de junio amaneció sobre nosotros y nos encontró calados de lluvia, entumecidos y tiritando de frío... El año pasado me reñiste muchas veces por fumar en casa, pero debo decirte que, si no hubiera tenido una buena provisión de tabaco esa noche, habría muerto*<sup>9</sup>. En el fondo, estaríamos incidiendo en el

---

<sup>9</sup> SHARPE, J.: «Historia desde abajo», en P. Burke (ed.): *Formas de hacer Historia*. Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 38. Sobre W. Wheeler véase CROUZET, M.: «Vie et mort du soldat dans l'armée de Wellington», en *Mélanges André Corvisier*. Economica, París, 1989.



estudio de las experiencias individuales de combate dentro de una historia social de los militares. Aparte del caso de la correspondencia de Wheeler, publicada por Lidell Hart en 1951, también conocemos los diarios de Jakob Walter, un alemán que luchó en el Ejército imperial francés con información de los años 1806-1807, 1809 y 1812-1813 (*The Diary of a Napoleonic Foot Soldier*, Doubleday, N. York, 1991) y las memorias del sargento Bourgogne sobre la retirada de la *Grand Armée* tras la campaña de Rusia en 1812-1813 (*The Memoirs of Sergeant Bourgogne, 1812-1813*, Arms and Armour, Londres, 1979).

Una variante de la Nueva Historia de las Batallas podría ser la que realizó George R. Stewart con su *Pickett's Charge. A microhistory of the Final Attack at Gettysburg, July 3, 1863* (The Riverside Press, Cambridge, 1959). En un extraño afán por resaltar los detalles mínimos, G. Stewart, profesor durante muchos años en Berkeley, se decidió a estudiar no ya una batalla, sino el momento cumbre de una batalla enormemente importante como fue la de Gettysburg. La justificación del autor era que la Guerra Civil norteamericana había sido el acontecimiento dramático más importante de la historia de su país, la batalla de Gettysburg significó el climax de la guerra, y el climax del climax, «el momento central de nuestra historia», fue la fallida carga del mayor-general sudista Pickett la mañana del 3 de julio de 1863. Si el resultado hubiese sido otro, dice G. Stewart, la existencia de dos repúblicas rivales en Norteamérica habría impedido la participación de ésta en las dos guerras mundiales del siglo XX con todo lo que ello conlleva. De modo que la importancia del momento cumbre de la batalla estriba, nada menos, en lo que el autor piensa que podría haber ocurrido si la suerte del combate hubiera sido distinta a como fue. Dada la importancia del acontecimiento, la minuciosidad enfermiza o, siendo indulgentes, caprichosa, de G. Stewart estaría justificada. Según G. Stewart, la riqueza de las fuentes utilizadas —bibliográficas, historia de los batallones, biografías, etc.—, le permite reconstruir no sólo los movimientos de tropas, sino también los pensamientos y los deseos personales. Tras presentar las disposiciones de batalla de ambos bandos y la primera tregua o momento de calma del día, G. Stewart dedica todo un capítulo, más de treinta páginas, a relatarnos el cañoneo entre las 13.10 y las 14.55 horas. Los siguientes capítulos tratan las sucesivas acciones de la batalla, la segunda tregua entre las 15.00 y las 15.10 horas y la carga de Pickett entre las 15.10 y las 15.30 horas (treinta y dos páginas). En resumen, G. Stewart le dedicó más de trescientas páginas a explicar una acción muy localizada espacialmente, cubriendo a nivel temporal quince horas del tercer día de la batalla, en veinte minutos de las cuales se jugó el destino de la misma. No conozco ningún caso parecido para

cualquier otra guerra, aunque teniendo en cuenta la enorme bibliografía que ha suscitado la Guerra Civil norteamericana no es de extrañar que, de tener que surgir una obra de estas características, casi forzosamente debía referirse a este conflicto.

Cristina Borreguero, en su artículo sobre el desarrollo de la *New Military History* en Estados Unidos, nos ha dado referencias sobre la novísima Historia de las Batallas que sería el interés por estudiar la efectividad en el combate, línea de investigación que ya cuenta con algunos resultados<sup>10</sup>. También podríamos incluir aquí, aunque desde un punto de vista totalmente divergente, el libro de Geoffrey Regan *Historia de la incompetencia militar* (Crítica, Barcelona, 1989), en tanto en cuanto es un estudio de algunas operaciones y batallas muy mal pensadas, organizadas y peor dirigidas que, evidentemente, tuvieron su repercusión entre las tropas.

En la última década, el interés por las batallas se ha renovado en tanto en cuanto también interesaba matizar algunos de los aspectos de lo que se ha dado en llamar la «revolución militar»<sup>11</sup>. En su momento, G. Parker había defendido la idea de un incremento de tropas en los ejércitos de los siglos XVI y XVII debido exclusivamente a la aparición de un nuevo tipo de fortificación, a la reducción de la caballería y a la aparición de la artillería de campaña para proteger a los infantes. S. Adams se encargó de criticar estos asertos, argumentando que el volumen de tropas hasta entonces admitido en los diversos ejércitos se había exagerado ya que en las fuentes se alteraban las cifras de efectivos para justificar una derrota o para magnificar una victoria<sup>12</sup>. Pero, por otro lado, también se alega que las victorias o las derrotas en el campo de batalla no se producían tanto por el hecho de

---

<sup>10</sup> BORREGUERO, Cristina: «Nuevas perspectivas para la Historia Militar: la «New Military History» en Estados Unidos», en *Hispania*, Madrid, vol. LIV, núm. 186, 1994, pp. 145-177.

<sup>11</sup> PARKER, Geoffrey: *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Editorial Crítica, Barcelona, 1990; *Idem*: «La 'revolución militar, 1560-1660': ¿un mito?», en *España y los Países Bajos, 1559-1659*. Ed. Rialp, Madrid, 1986; ROBERTS, Michael: *The Military Revolution, 1560-1660*, Belfast, 1956; BLACK, Jeremy: *A Military Revolution? Military Change and European Society, 1550-1800*, Londres, 1991; ROGERS, Clifford J.(Ed.), *The military revolution: Readings on the military transformation of Early Modern Europe*. Oxford, 1995; DUFFY, Michael: *The military revolution and the State, 1500-1800*. Exeter-Londres, 1980; DOWNING, B.M.: *The military revolution and political change. Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*. Princeton, 1992; ELTIS, David: *The military revolution in sixteenth-century Europe*. Londres, 1995.

<sup>12</sup> ADAMS, Simon: «Tactics or politics? The Military Revolution and the Habsburg Hegemony, 1525-1648», en LYNN, John (Ed.): *Tools of war. Instruments, Ideas and institutions of warfare, 1445-1871*, Universidad de Illinois, Urbana, 1990, especialmente pp. 30-46.

tener un ejército tácticamente superior, sino por tener más tropas que el enemigo en el campo de batalla. Así, es útil analizar las batallas en las que participó Gustavo Adolfo II de Suecia en su invasión de Alemania de 1631-1632 para saber si el origen de sus victorias estaba en sus avances tácticos, o bien en que, sencillamente, disponía de más tropas que sus enemigos en el momento del combate. Jeremy Black, muy crítico con G. Parker, nos recuerda algunos datos: en Breitenfeld (1631), una gran victoria, la primera, de los protestantes durante la Guerra de los Treinta Años, el ejército sueco-sajón tenía cuarenta y dos mil hombres, mientras que el ejército imperial de Tilly contaba con treinta y cinco mil hombres. En 1632, Gustavo Adolfo II con treinta y siete mil hombres volvía a derrotar al general Tilly, que tenía veintidós mil (Batalla de Rain). En el segundo encuentro importante de aquel año, la batalla de Lützen, ambos ejércitos contaron con diecinueve mil combatientes y la batalla acabó en tablas, si bien, como se sabe, con la muerte del monarca sueco. Cuando los imperiales lograron poner en el campo de batalla un número superior de hombres las tornas cambiaron: en Nördlingen (1634) treinta y tres mil católicos derrotaron a veinticinco mil protestantes. Y hay más ejemplos: en la Montaña Blanca (1620), veintiocho mil católicos vencieron a veintiún mil checos y protestantes alemanes; o en Rocroi (1643) veinticuatro mil franceses derrotaron a diecisiete mil españoles.

La situación parece ser algo diferente en el siglo XVIII en relación a lo que hemos visto para el siglo XVII. G. Raudzens ha realizado un excelente trabajo indagando sobre las cifras de efectivos —y de pérdidas— en las batallas de los siglos XVI al XVIII<sup>13</sup>. Siguiendo sus datos, podemos apreciar que, en algunos casos, el vencedor es el bando que acumula más hombres en el campo de batalla. En Fontenoy (1745), sesenta mil franceses derrotaron a cincuenta y un mil aliados ingleses y alemanes; en Malplaquet (1709), ciento cinco mil ingleses vencieron a ochenta mil franceses; en Poltava (1709), sesenta y seis mil quinientos rusos se deshicieron de diecinueve mil suecos; o en Hochkirch (1758), setenta mil austriacos derrotaron a treinta mil prusianos. Pero también hay numerosas excepciones: la mayoría de las batallas del ejército prusiano, precisamente, son victorias con menor número de tropas. Ello ocurrió en Hohenfriedberg (1745), Leuthen (1757), Leignitz (1760), Rossbach (1757), Torgau (1760), o Zorndorf (1758). Así, se demuestra la superioridad de las innovaciones tácticas (orden oblicuo), el

---

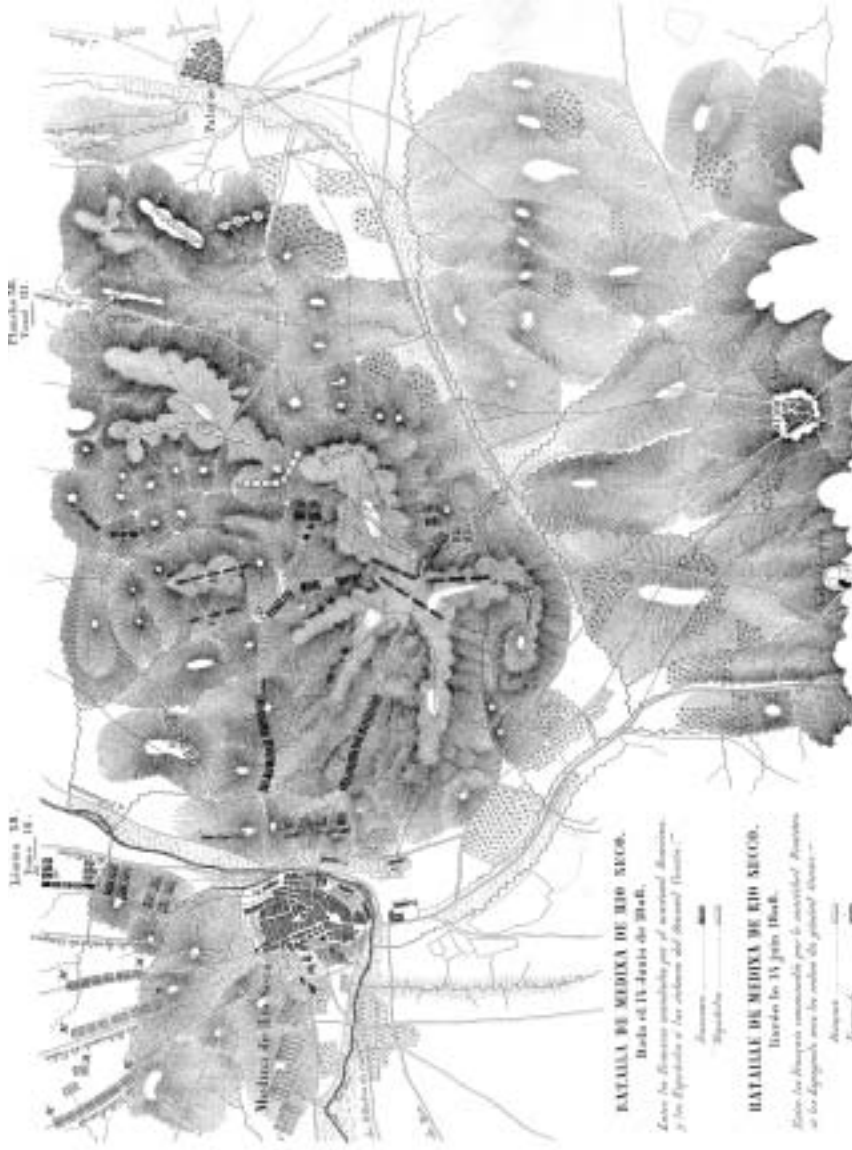
<sup>13</sup> RAUDZENS, G.: «In Search of Better Quantification for War History: Numerical Superiority and Casualty Rates in Early Modern Europe», en *War and Society*, vol. 15, 1997, pp. 1-30.

mejor abastecimiento de los soldados y suministro de armas y de la disciplina de las tropas del ejército prusiano, el más imitado del siglo XVIII.

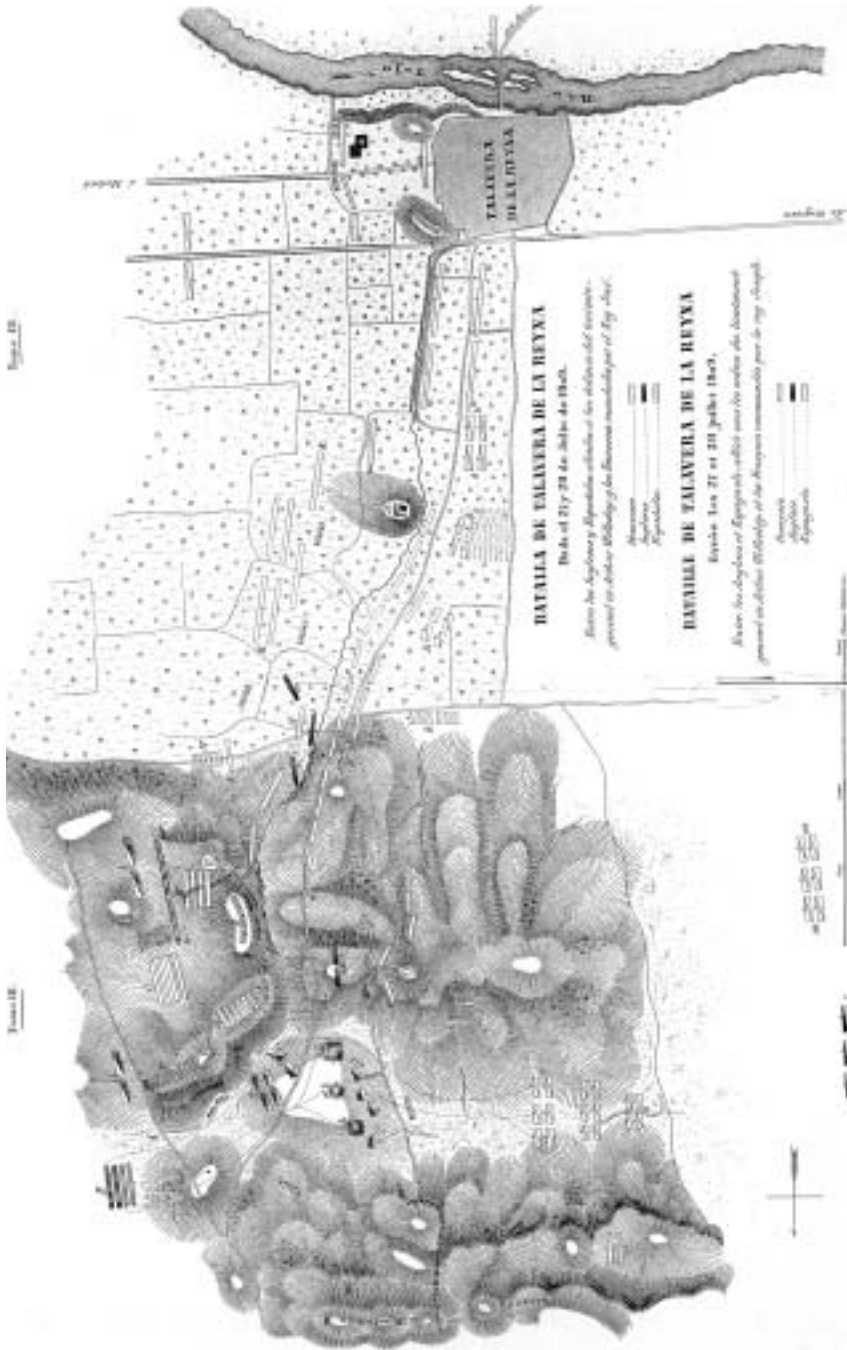
A partir de la influencia de los trabajos de J. Black, otros autores se han interesado por los cambios en la táctica. J. Black señaló como principal innovación técnica y, en consecuencia, táctica, la desaparición de la pica y el uso del fusil con bayoneta, incrementándose la capacidad ofensiva y defensiva de la infantería; a nivel cronológico, el período 1680-1710 fue crucial en dichos cambios. Este aspecto ha sido especialmente trabajado por Brent Norworthy en *The anatomy of victory. Battle tactics, 1689-1763* (Nueva York, 1990), a partir del estudio de las memorias de soldados y de los tratados militares. Por su parte, varios autores han intentado unificar criterios y acercar la *New Military History* a la Historia de las Batallas. Es el caso de John Childs en su *The Nine Years War and the British Army, 1688-1697. The Operations in the Low Countries* (Manchester, 1991); de Russell F. Weigley en *The Age of Battles. The Quest for decisive Warfare from Breitenfeld to Waterloo* (Bloomington-Indianapolis, 1991); o de Dennis Shonwalter en *The wars of Frederick the Great* (Londres, 1996). En todas estas obras, el análisis concreto de las batallas, con criterios renovados, es fundamental.

Estudiar las batallas, y lo que representan, es útil. Todo depende del enfoque que queramos —o sepamos— darle al asunto.

En definitiva, aunque en obras como *La nouvelle histoire* dirigida por Jacques le Goff (París, 1978) no se le dedique ni una triste página a la historia de la guerra, o en el libro de R. Porter y M. Teich *Revolution in History*, 1986 (edición en castellano, Crítica, Barcelona, 1990) no se preste atención al concepto «revolución militar», tan importante a nivel historiográfico, pienso, como Franco Cardini en su introducción a una publicación que conmemoraba el séptimo centenario de la batalla de Campoldino (11-06-1289) [*Il sabato di S. Barnaba. La battaglia di Campoldino*, Electa, Milán, 1989], que el estudio atento de un encuentro militar puede ofrecer, tanto cuantitativa como cualitativamente, una información muy rica. Porque un ejército desplegado en el campo de batalla no deja de ser un compendio de las características, cualidades, defectos, virtudes y límites de la sociedad que lo organizó. Por lo tanto, se podría estudiar dicha sociedad a todos los niveles teniendo como punto de partida sus encuentros militares. Únicamente nos falta convencer a nuestros compañeros historiadores de que no sólo puede hacerse, sino de que merece la pena que se haga.

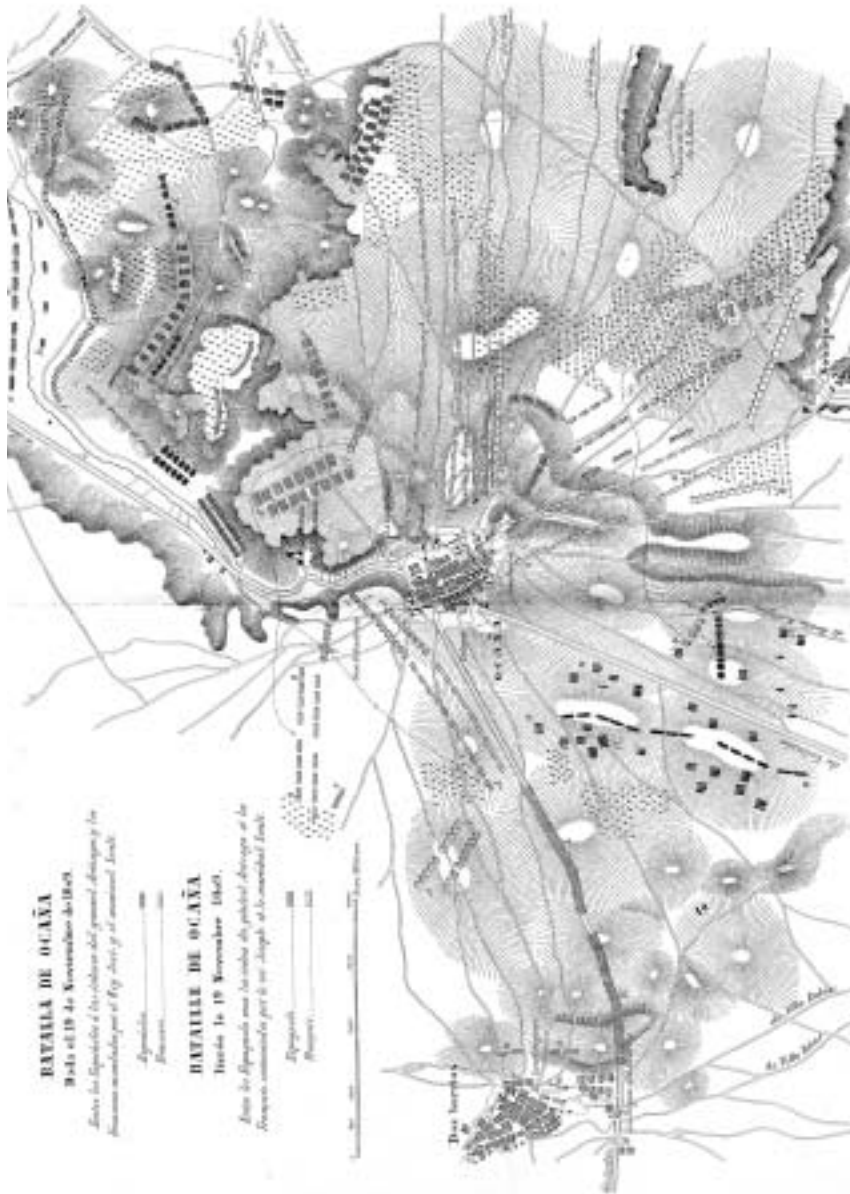


Batalla de Medina de Rioseco



Batalla de Talavera





Batalla de Ocaña



## ESPARTERO: UNA FIGURA DE LEYENDA\*

Rafael VIDAL DELGADO  
Coronel de Artillería, DEM

### *Introducción*

**L**A figura de Espartero llena la primera mitad del siglo XIX y resulta una clara referencia a los intentos democratizadores españoles para la segunda mitad. Como militar ocupó veinticinco años de su vida — contando desde su salida de la Academia Militar hasta su ascenso a Capitán General— de los cuales diecisiete años estuvo en campaña, de tal forma que se le concedió la Cruz de San Hermenegildo a los quince años de servicio, cuando es preceptivo que sea a los veinticinco, excepto si se está en campaña, durante la cual el tiempo se cuenta doble. Como político en activo su carrera fue aún más corta: un trienio en la década de los cincuenta (tenía cuarenta y dos años). En total, algo más de treinta años si contamos el tiem-

---

\* En 1993, con motivo del 150 aniversario de la revolución de 1843, que provocó la caída del entonces Regente del Reino de España, general Espartero, se me invitó a dar una conferencia sobre su figura. El evento cultural, que debía realizarse en Málaga, por motivos organizativos se suspendió cuando yo apenas había iniciado mis investigaciones. Desde el primer momento me cautivó la enorme personalidad del personaje, aunque mis trabajos quedaron arrinconados. No obstante, cuando en 1998 me matriculé en los cursos de doctorado en Historia por la Universidad de Granada, solicité al director de tesis que deseaba desarrollar una específica sobre el tema haciendo hincapié en su pensamiento militar. Antes de profundizar en lo que iba a ser el tema específico de la tesis, *El pensamiento militar de Espartero*, me dediqué a conocer al personaje, resultando de ello el contenido del presente artículo.

po como soldado distinguido y ¿qué es eso para un hombre que vivió cerca de noventa?

Por lo expuesto me pareció apasionante, porque su corta vida en activo la vivió intensamente, abarcando momentos y períodos trascendentales para la Historia de España, como la independencia americana y la primera guerra civil carlista.

A pesar de que el tiempo transcurrido podría posibilitar que el siglo XIX pudiera verse con plena objetividad, la perspectiva histórica ha estado mediatizada por componentes políticos, prohibiendo fuentes importantes para los historiadores y mutilando diversos aspectos en un afán de glorificar el pasado. Por ende, otros historiadores, en esa ley inevitable del péndulo, hacían hincapié en esas fuentes proscritas, eludiendo las demás, provocando que sus tesis tampoco fueran acertadas con la realidad.

El siglo XIX es para España un siglo vital para su propia identidad histórica según unos y, preferiblemente que no hubiera existido, según otros. Durante más de cien años España se encerró en sí misma, sin asomarse a ningún foro internacional, exceptuando los cinco años de gobierno de la Unión Liberal. Si hubiera que buscar una palabra que resumiera el siglo, ella podría ser la de *inestabilidad*: **inestabilidad en el orden político**, nada menos que cien gobiernos tuvo España entre 1820, en donde por primera vez se denominaban Consejo de Ministros, y 1874, coincidiendo con la restauración borbónica; **inestabilidad militar**, consecuencia de la política, con más de dos mil pronunciamientos, levantamientos, revoluciones, etc... con implicaciones de unidades armadas, cuatro guerras civiles<sup>1</sup> que ensangrentaron las tierras españolas y crearon odios y resentimientos, cuyas secuelas aún sufrimos, y como colofón del variopinto siglo el esperpento del nacionalismo exacerbado, plasmado en el cantonalismo de 1873 (los problemas militares no fueron exclusivamente internos de la Península Ibérica, sino que se combatió en África, México, Cochinchina, Italia y, como último eslabón del siglo, en Cuba, Puerto Rico y Filipinas); **inestabilidad social**, con las revueltas campesinas e industriales, motivadas por la permanente opresión del terrateniente y del capitalista incipiente.

---

<sup>1</sup> Muchas veces se olvida incluirla como guerra civil la entrada en España de los llamados «Cien Mil Hijos de San Luis», pero fuentes de la época la denominan de esta manera, ya que aunque duró unos pocos meses, el Ejército español se dividió en dos y hubo enfrentamientos fratricidas.

El general Espartero fue una figura señera del siglo XIX. Nadie como él protagonizó en exclusiva un símbolo, el de la democracia liberal. Los avatares políticos del siglo provocaban la execración de la figura de Espartero o su exaltación hasta niveles de santidad, tal como lo expone Christiansen en su libro *Los orígenes del poder militar en España 1800-1854*, que citando crónicas de viajeros ingleses indica textualmente:

*El predicador en un largo sermón militar, .... le ensalzó por su nombre, casi hasta la divinidad; qué digo, hasta aludió a la circunstancia de que la victoria final en Bilbao y el nacimiento de nuestro salvador ocurrieron en el mismo día del año, como si estuviera hablando de sucesos muy análogos ...*

En las fuentes consultadas a pesar de que son la mayoría documentos de la época, no existe, por las causas anteriores, unanimidad de criterios al analizar aspectos tan sencillos de la biografía de Espartero como son su educación militar o sus antecedentes familiares. Por ello, es relativamente frecuente encontrar que afamados historiadores lo califican de ignorante al haber ascendido por méritos de guerra (de *valor* más propiamente dicho) desde soldado a general.

Con este estudio no se pretende exponer la «verdad» sobre el general don Baldomero Espartero si no que, como hace un investigador al reconstruir el acaecer histórico, a través de unos restos, lo que haremos será presentar su figura desde tres facetas: humana, militar y política. Después de ello, tal vez comprenderemos también mejor el siglo XIX español.

He buscado incansablemente estudios, apuntes y biografías actuales sobre el general Espartero con resultados infructuosos. Con excepción de algún que otro libro, más de carácter divulgativo que de verdadera investigación histórica, los únicos trabajos exhaustivos sobre el General datan del siglo XIX, con lo cual se encuentran llenos de la pasión del momento. Al mismo tiempo las referencias a su figura de prestigiosos historiadores, como el ya citado Christiansen, Stanley G. Payne y Hennesy, por citar tres hispanistas extranjeros, o Tuñón de Lara, Jover, Pericot, etc..., porque la lista sería interminable, están profundamente mediatizadas por las fuentes en las que han bebido, de acuerdo a que sean o no favorables a su persona política.

He procurado establecerme en el plano de la objetividad, analizando y contrastando los mismos hechos relatados por dos fuentes distintas, intentando extraer la auténtica verdad sobre el personaje.

*Sus primeros años*

Nació nuestro hombre el 27 de febrero de 1793 en Granátula, comarca del Campo de Calatrava, que se incluye en la actualidad en la provincia castellano-manchega de Ciudad Real. La villa está construida sobre las ruinas de la antigua ciudad romana de Oreto, cuna de Venusto Publio Véneto.

Oreto fue capital de la Oretania, una de las diócesis en que se dividía la provincia romana de la Tarraconense. Como tal tuvo obispo y aún se conserva un puente de aquella época.

Su casa natal era como una de tantas que debieron existir en el citado pueblo. Madoz, en su diccionario geográfico de mediados del XIX, indica que el pueblo se componía de trescientas sesenta y cinco casas y tres de regular estado, siendo una de estas últimas el ayuntamiento, considerando al resto algo deficientes. Segundo Flores, uno de sus biógrafos, casi se diría hagiógrafo de Espartero, señala que Granátula contaba con cuatrocientos vecinos, lo que coincide con Madoz. La ocupación de sus habitantes era el campo, la manufactura del esparto y la fabricación de blondas y encajes.

Muchas biografías datan su nacimiento el 27 de octubre, incluso en su *Hoja de Servicios* se consigna esta fecha. No obstante el propio General, en telegrama de 11 de marzo de 1871 al ministro de la Guerra, rectifica la misma y la sitúa en febrero.

Era el menor de nueve hijos que en su matrimonio tuvieron Manuel Antonio Fernández Espartero y su esposa, Josefa Álvarez de Toro. Se le impuso por nombre Joaquín Baldomero. Sus biógrafos, en afán de exaltarlo —Don Baldomero se prestaba gustosamente a ello— impusieron su nombre completo como Joaquín Baldomero Fernández-Espartero y Álvarez de Toro, lo cual era más sonoro y hacía revivir tintes aristocráticos, aunque de hidalgo venido a menos. No obstante, él optó por llamarse, desde el primer momento, como Baldomero Espartero.

Su padre disponía de unas tierrecillas que daban poco para vivir, y más teniendo en cuenta la gran cantidad de hijos que vinieron al mundo; por ello, se dedicó al oficio de carretero, —constructor de carruajes, en realidad— y tenía su taller en Granátula. Los biógrafos opuestos al personaje lo denominan con aire despectivo hijo de un carretero. En realidad y tomando en sus justos términos el oficio, hay que considerar que el padre tenía lo que hoy se podría denominar un taller de reparación de automóviles. Como artesano no es probable que abundara en dinero, pero sí podía considerarse desahogado para su gremio.

Parece que don Manuel tenía afán de superación y de hecho procuró proporcionar a sus hijos una educación intelectual superior a la suya. Tres

hijos entraron en religión y una hija profesó en las clarisas de La Calzada de Calatrava, lo que puede dar idea del dispendio económico que le tuvo que suponer.

En 1806, con trece años, parte el joven Espartero de la casa paterna con un cuidado bagaje intelectual —ya que había recibido clases de latín y humanidades— en dirección a Almagro, donde se encontraba su hermano Manuel, fraile dominico del convento de la Asunción.

Almagro era ciudad universitaria literaria, con universidad fundada por el emperador Carlos V en 1553, permaneciendo como tal hasta 1824.

No existe consignación alguna del objetivo de Espartero al iniciar sus estudios de Filosofía, pero el conocimiento de sus actividades infantiles y juveniles no es buena muestra de que quisiera dedicarse a las letras o profesar en religión.

Algunos biógrafos hacen preluir sus dotes militares en sus años infantiles, cuando jugaba a la guerra y capitaneaba un grupo de chiquillos. Citan también como ejemplo la invención de un artilugio, a modo de cañón, con el que lanzaba piedras a mayor distancia que con la mano. En realidad sus juegos no son premonición de su carrera militar o política: eran simplemente juegos infantiles y la existencia del taller de su padre, en donde podían fabricar sus armas de juguete, la característica de su preeminencia sobre el resto de la chiquillería.

Estando en Baza con su hermano, fue ocupado Almagro por las fuerzas del rey José en 1809, y dado que corrían aires patrióticos que se avenían bien con el carácter del joven Baldomero, se traslada a Sevilla donde se alista como *soldado distinguido por el Inspector* (gracia concedida por las gestiones de su hermano Manuel) en el Regimiento de Infantería de Ciudad Rodrigo (hay autores que consignan de Ciudad Real), de guarnición en dicha ciudad y que albergaba a la Junta Suprema Central.

En sus reflexiones en edad madura, recuerda el General aquellos momentos cuando consideraba a los españoles como raza superior a la de los extranjeros, que había rápidamente que expulsar. La desgraciada batalla de Ocaña, primera acción en la que participó (a los nueve días de alistarse), le hizo ver las cosas con más claridad: *Aquel día principié a ser hombre.*

Debió ser dura la experiencia para un joven de dieciséis años. Alistado en Sevilla, inmediatamente sale su regimiento a marchas forzadas (cincuenta kilómetros diarios) para reunirse con el Ejército del Centro del general Areizaga, visto que la Junta Central, tras la batalla de Tamames entre las fuerzas del duque del Parque y el francés Marchand, considera que las tro-

pas españolas están preparadas para enfrentarse a las imperiales en una batalla decisiva para reconquistar Madrid.

### PERFIL HUMANO DE ESPARTERO

Dejemos en este punto biográfico al joven Baldomero y analicemos algunos de sus rasgos humanos.

El conde de Romanones, uno de sus biógrafos, lo retrata cuando tenía treinta y dos años, como *de estatura mediana, por el conjunto y proporciones de su cuerpo no daba la impresión de su pequeñez*. Recoge aspectos importantes de su personalidad al describir sus ojos *...claros, de mirada fría, dura y vaga*, y su rostro: *la impasibilidad era la nota característica de su fisonomía; sus músculos faciales no se contraían en momento alguno, ni aún en los más graves, ni teniendo enfrente la muerte*. Por último: *Su porte todo resultaba militar, que sin vestir el uniforme denunciaba su profesión*.

De su sangre fría existen pruebas fidedignas, como en América, que se hizo pasar por un cabecilla revolucionario y engañó totalmente a una partida, llevándola a una celada.

En la llamada *Conjura de Oruro*, se pretendía un levantamiento de la guarnición militar en apoyo a los rebeldes independentistas peruanos. Enterado del asunto, siendo comandante militar de la plaza, reunió a la oficialidad en una fiesta y al finalizar la misma, planteó la realidad desentrañando a los conjurados. A continuación y dando muestra de esa crueldad, de la que luego hablaremos, nombró unos tribunales militares que, tras juicios sumarísimos, condenó a penas capitales a los implicados. La llegada de un ayudante del General en Jefe impidió que se consumara la tragedia, no pudiéndose salvar los principales cabecillas, que fueron pasados por las armas.

La impasibilidad en el rostro le hacía ser un jugador incuestionable y de hecho ganó y perdió grandes sumas de dinero en Perú. Sus detractores le reprochan esta afición, incluso insinúan una fama de tahir. Por el contrario, sus exaltadores, sin poder erradicar dicha faceta, la minimizan e incluso le dejan entrever buen corazón al perdonar unas deudas de juego antes de una batalla.

Está fuera de toda duda su habilidad como jugador, y de hecho pudo salir de América tras la libertad de prisión ordenada por Bolívar, gracias al dinero obtenido (un millar de onzas de oro) de un alemán, ayudante del Libertador.

Espartero era un hombre impasible, pero en sus accesos de ira y cuando se le contradecía, perdía la mesura y atajaba drásticamente cualquier enfrentamiento hacia sus órdenes. Fue notorio, aireado por la prensa de entonces, un duelo mantenido con un subordinado suyo, teniente coronel del Regimiento Soria n.º 9, siendo él coronel de la citada unidad. No consta el motivo de la disputa que llevó a consecuencias tan fatales, pudieran ser controversias por el modo de instruir a las tropas, de extremada dureza, o por haber detectado Espartero que algunos oficiales simpatizaban con el pretendiente Don Carlos, intentando cortar de esta forma cualquier otra manifestación.

De valor temerario, estaba mentalizado que ningún arma acabaría con su vida, a pesar de que recibió cerca de una decena de heridas. Gustaba de ponerse personalmente al frente de un regimiento y avanzar a bayoneta calada sobre el enemigo. En otras ocasiones y en momentos difíciles no dudaba cargar al frente de su estado mayor, ayudantes y escolta, restableciendo la situación y levantando los ánimos de sus tropas que, al ver a su general implicado en la parte más peligrosa de la batalla, se crecía sacando fuerzas de flaqueza para vencer al contrario.

Sus mayores defectos fueron su *vanidad* y su *soberbia*. Todo lo hacía mejor que nadie y si no se encontraba él para supervisar y dirigirlo, cualquier hecho estaba condenado al fracaso. Su vanidad hizo que todas sus acciones no sólo se enaltecieran a sus ojos, sino que procuraba que todo el mundo las conociera, dejando caer su oprobio y antipatía contra cualquier persona que osara sobresalir en su presencia. Su vanidad le jugó una mala pasada en el duelo antes citado, cuando declaró anteriormente que no mataría a su contrincante sino que solamente lo dejaría inútil o con una herida que le dejara imperecedero recuerdo del lance. La realidad fue que su disparo arrancó la charretera izquierda de su adversario y éste falló, declarando con ello los padrinos concluido el desafío.

Su vanidad se sintió profundamente herida tras la memorable victoria en la batalla de Mendigorriá, en donde el ejército cristino derrotó a las fuerzas carlistas, no repuestas de la muerte de Zumalacárregui. Espartero mandaba el ala izquierda y el General en Jefe, Fernández de Córdoba, la derecha. Todos los honores fueron para el último, que condescendientemente colmó de elogios a su subordinado, lo cual enconó aún más su ánimo. Desde entonces la antipatía fue manifiesta y la rivalidad permanente en los órdenes militar y político.

De carácter infantil, se acentuaba en sus relaciones con su mujer Jacinta, que a pesar de ser dieciocho años más joven que él, ejerció desde siempre poder sobre su marido.



Doña María Jacinta Martínez de Sicilia y Santa Cruz nació en Logroño el 16 de agosto de 1811. Su padre, un rico comerciante, le dejó, en su temprana muerte, una considerable fortuna. Mujer de gran cultura para su época, su figura se ve desdibujada por la del general Espartero pero, como hemos dicho, ejerció notable influencia sobre su esposo, de tal forma que éste no tomaba una decisión importante sin consultarla con ella. Sus largos períodos de separación obligaba al contacto postal, habiendo recopilado el conde de Romanones, en su libro *Espartero, el General del pueblo*, hasta doscientas cuarenta y dos cartas del General a su esposa, párrafos de las cuales y con objeto de presentar rasgos de su carácter, expondremos a continuación. Son cartas cortas, escritas sobre la marcha, para comunicar lo más importante del día o celebrar con ella algún acontecimiento más o menos glorioso, prevaleciendo siempre la enorme vanidad del personaje. Como ejemplos de ellas se pueden citar la del 24 de abril de 1834, desde Bilbao, en la que dice: *En este momento, ocho de la tarde, todo el pueblo se halla al frente de mi casa, dándome vivas*; u otra pocos días más tarde: ... *mi pequeña división es invencible, y lo es tanto más cuanto los enemigos la temen como un rayo*.

Él mismo se autodenominó el general *Bullebulle*, queriendo indicar su movilidad; incluso en la acción de Azpeitia, en julio de 1834, pretende haber puesto en fuga al propio Zumalacárregui, al lanzarse con su «invencible división», mediante esta táctica del movimiento rápido.

Tras su altercado con el general Fernández de Córdoba, le dice a su mujer: *Córdoba, muy fino desde que zanjamos la cuestión, me enseña cartas finísimas de la Reina confiando solo en él. ¡Pobre España! Sigo siendo el comodín; sin mí nada se emprende*.

Poco antes de Luchana el puente de Burceña fue destruido por los carlistas, ordenando Espartero construir otro de barcas. El futuro conde de Luchana lo considera como una obra magna de la ingeniería militar, y le dice a su Jacinta: *Para atravesar esta ría se ha establecido un puente de barcas, acaso el mayor que cuenta la historia militar*.

Y así, como si fuera un nuevo Cid Campeador, desgrana sus hazañas guerreras sobre los ojos de su amada, que le recrimina cariñosamente por llamar *compañeros de armas y fatigas* a sus desarrapados soldados.

Muestras de su carácter es su vena poética ante los grandes acontecimientos. Sus biógrafos recogen varias, aunque como dice el conde de Romanones: *Dios no le había llamado por el camino de la poesía*. La primera composición, escrita en el parte de retreta, la compone al enterarse de la jura de la Constitución de 1812 por Fernando VII. Se conserva otra dirigida a la Reina María Cristina, de la cual se siente su más ferviente admirador.

Se consideraba un nuevo mesías, que había sido puesto en el mundo para salvar a España, a la que verdaderamente adoraba, incluso por encima de su mujer. Para el cumplimiento de su misión salvadora no le detenía ningún obstáculo, cometiendo los atropellos que fueran necesarios para alcanzarla. Podríamos decir que, tal vez sin saberlo, seguía la política de Maquiavelo de que el fin justifica los medios.

Poco antes de ser nombrado regente contesta a su esposa, que le escribió contándole que en los círculos políticos y en los periódicos se criticaba su comportamiento: *Yo no hago caso de matices —le dice— ni de papeles porque yo soy la bandera española y a ella se unirán todos los españoles, unos por el instinto natural a lo justo, otros por necesidad, y todos por convencimiento*. Buena muestra que une su persona a los símbolos constitucionales de la Patria: la Bandera y el Rey.

Anteriormente se ha hablado de la trama de Oruro y el fusilamiento del principal encartado. Pues bien, el mismo proceso realizó a lo largo de su vida militar, con tal de atajar de forma drástica cualquier sensación de indisciplina. Estas formas de actuar, claramente fuera de la ley, fueron duramente criticadas por sus adversarios políticos y militares, y que solo la necesidad del momento, finalizar la guerra civil, dejó en el olvido, sin exigírsele responsabilidades.

Tres acontecimientos le dan una fama siniestra por la crueldad con que fueron llevados a cabo, por la aleatoriedad de la condena y por la teatralidad con que se llevó la ejecución. Tal como dicen sus biógrafos: *Espartero dio siempre a la vida de los hombres un valor relativo, sobre todo cuando se trataba de delitos contra la disciplina*.

En el bando cristino luchaban varios batallones de voluntarios vascos, entre ellos se encontraba el de *Voluntarios francos de Guipúzcoa*, llamados popularmente *chapelgorris*, habiendo dado a lo largo de la campaña denodadas muestras de valor. Los desmanes en los pueblos atacados eran desgraciadamente «normales», y lo mismo que los carlistas no daban cuartel cuando un vasco isabelino caía prisionero, los *chapelgorris* trataban de la misma manera a aquéllos, sin distinguir entre civiles o militares. En los pueblos de Subijana y Ollavarri los excesos fueron superiores a los normales, saqueándose la iglesia del último. Con objeto de hacer un escarmiento que obligara a todas las tropas a respetar el terreno conquistado, ordenó formar a su división en el campo de Sarichu, ocupando el centro el batallón delincuente. Espartero, dirigiéndose al comandante del mismo, le exigió los nombres de los culpables amenazando con la suerte del *quínteo* en caso contrario. Mientras tanto se leía a los demás cuerpos la orden del día y una arenga del General en Jefe. Según cuentan los documentos, la prueba no dio

resultado: el batallón fue *quinteadado* y pasados por las armas los sorteados, entre un silencio sepulcral de todo el ejército, sobrecogido por la tragedia que estaba presenciando.

Choca esta muestra de crueldad, ya que el delito cometido siendo en sí muy grave, era consecuencia de la propia idiosincracia de una guerra civil. Incluso él mandó fusilar en 1834, delante de todos sus feligreses, al sacerdote de uno de los pueblos ocupados, al encontrársele vestido con sotana y con dos pistolas al cinto. Dicen sus biógrafos: *Espartero sentía predilección por ensañarse con los clérigos facciosos; al que caía en sus manos nunca perdonaba*. No sabemos, por tanto, el trasfondo de llevar con tanto rigor la pena contra los *chapelgorris*.

En el año 1836 se produjo una sublevación popular contra el gabinete conservador de Istúriz, exigiendo la restauración de la Constitución de 1812. Los pronunciamientos se sucedieron en distintas ciudades españolas, hasta que a principios de agosto, sólo Madrid permanecía fiel al Gobierno. La culminación de la revolución fue la presentación para su firma de la Constitución de 1812 por los sargentos de la Guardia Real, de los cuales y como anécdota de la Historia española, dos de ellos pasaron con posterioridad a engrosar las filas carlistas. Al igual que ocurriera en el trienio de 1820-23, los enfrentamientos entre absolutistas (conservadores en 1836) y constitucionalistas (progresistas) provocaron gran inestabilidad, repercutiendo negativamente en la marcha de las operaciones y — lo mismo que aceleró, en las dos primeras décadas, la independencia americana— dio nuevos vientos a los que defendían las pretensiones de Don Carlos.

Fueron los años 1836 y 1837 de gran inestabilidad social, política y económica, faltando al ejército combatiente hasta los recursos más perentorios. A pesar de los esfuerzos de los mandos, los soldados llegaban en algunos casos, acuciados por la penuria, a comportarse como ladrones y bandoleros. En Asturias, el 16 de agosto, llegaron a asesinar a su general don Rafael Ceballos Escalera. En Pamplona al anciano y respetable conde de Sarsfiel, que había sido virrey de Navarra. Similares hechos sucedieron en Bilbao, Logroño, Viana y Peñafiel.

La cólera del General en Jefe fue enorme cuando se enteró de los sucesos, pero hubo de esperar porque estaba combatiendo al Pretendiente en las inmediaciones de Madrid. Rechazadas las columnas carlistas se trasladó con todo el ejército a Miranda del Ebro, llegando a esta ciudad el 29 de octubre. Al día siguiente formó cuadro con los distintos cuerpos, completando cerca de treinta mil hombres. Dirigiéndose posteriormente a ellos, les relató los hechos ocurridos, exaltando la figura del general Ceballos. Las

pausas de la arenga fueron frecuentes para que todos se dieran cuenta de la tragedia. Nadie como Espartero ha sabido hablar a las tropas. Al final de la arenga les dijo:

*Sí, soldados, entre vosotros se hallan los perpetradores de tan atroz delito: el aire que respiramos está infestado por su pestífero aliento: vais a conocerlos: vais a presenciar su muerte....Los oculta este Regimiento (designando al de Segovia). Sí, en estas filas se ocultan los abominables asesinos que dieron muerte a su general; que los delaten inmediatamente sus mismos compañeros; y si por este medio no se consigue descubrir a los criminales ... el Regimiento de Segovia que sea diezmado en el acto. General Jefe de estado mayor, disponed que se lleve a efecto lo que acabo de prevenir.*

El silencio cortaba el aire. Del propio regimiento salieron un cabo y algunos soldados que fueron designando a los culpables, los cuales fueron juzgados en el acto y condenados, diez a la última pena y veinte a presidio perpetuo, ejecutándose las sentencias de inmediato.

No terminó aquí la severidad del castigo. El Regimiento Provincial de Segovia fue disuelto. Los oficiales y sargentos separados del servicio, los cabos reducidos a la condición de soldados y todos distribuidos entre los diferentes cuerpos del ejército.

Restablecida de forma tan drástica la disciplina se dirigió a Pamplona en donde obró de similar manera. Los dos batallones francos fueron trasladados a presidio. El coronel don León Iriarte y un comandante pasados por las armas, así como siete sargentos y los correspondientes soldados.

Criticadas las medidas en el momento, pero acalladas por las necesidades de la guerra, se recrudecieron cuando Espartero se encontraba en el exilio o en desgracia política.

Está fuera de toda duda que medidas tan duras hicieron temblar al ejército. Hasta que finalizó la guerra no hubo ningún acto de indisciplina colectiva entre las tropas a pesar de que faltaba en ocasiones el calzado, la comida, la paga y las municiones.

Espartero no fue un hombre querido. Fue temido y respetado. Su valor, buena suerte y dotes militares le hicieron ser un caudillo para sus soldados, al que se le seguía hasta la muerte por temor al castigo. Políticamente ocurrió de forma similar: sus propios correligionarios le respetaban, pero nunca obtuvo la unanimidad de criterios para sus acciones. Solamente cuando transcurrieron los años y el tiempo cicatrizó las heridas empezó a ser el

Duque de la Victoria, un hombre adorado, un *General del pueblo*, como decía Romanones, recordándole sólo en sus medidas positivas y en su buena intención en las demás.

Es difícil realizar una síntesis del perfil humano del general Espartero. Su espíritu mesiánico le hacía invencible a la fatiga, privaciones y frustraciones. Ambicioso, sin llegar por ello a *pisar* a los demás con tal de alcanzar la cota más alta. Vanidoso hasta límites irrisorios, le gustaba el halago y la complacencia. Duro y cruel: la vida humana no tenía gran importancia si se interponía en la misión a cumplir. Infantil en algunas de sus reacciones. Desprendido en lo económico y bienintencionado en todas sus decisiones.

### PERFIL MILITAR

#### *Su formación*

No vamos a relatar de forma pormenorizada todas las acciones bélicas del protagonista. Haremos mención a algunas de ellas, ya que ningún otro estadista o militar, si exceptuamos a Napoleón, ocupó en tan breve intervalo de tiempo todo el espacio de la historia de una nación.

En veintinueve años llegó desde soldado distinguido a capitán general, pasando posteriormente a Regente del Reino y tratamiento de Alteza. A los cincuenta años se eclipsó su figura y excepto el corto bienio progresista en la década de los cincuenta, no tuvo implicaciones directas en la política nacional.

Vamos a fijarnos en los aspectos importantes, que nos hagan ver su preparación militar y su hacer en el llamada Arte Militar. Comencemos por sus inicios.

Espartero ingresa por recomendación de su hermano Manuel —el presbítero dominico, tal como anteriormente hemos expuesto— como «soldado distinguido por el inspector» en el Regimiento Provincial de Ciudad Rodrigo. El soldado distinguido era aquel que ingresaba en una unidad militar, para posteriormente pasar a ser cadete de cuerpo y continuar la carrera de las armas como oficial.

La desgraciada batalla de Ocaña frustra las posibles aspiraciones de Espartero, al menos por el camino de cadete de cuerpo. Más de la mitad del ejército español fue destruido y el cincuenta y cinco por ciento de los soldados y cuadros de mandos no regresaron a las unidades regulares, sino que se integraron en la partidas y guerrillas que se estaban constituyendo. En mi libro sobre la guerra de la Independencia en el Campo de Gibraltar y Serranía de Ronda se observa este fenómeno y la mayoría de los mandos que

nutren las nacientes partidas proceden del desastre de Ocaña y de la derrota en Sierra Morena, a principios de 1810.

Varias universidades habían formado batallones de estudiantes, con las denominaciones de *Voluntarios de honor*, *Cuerpos Sagrados*, etc. ...; por ello, no es de extrañar que Espartero, alegando sus dos años universitarios, se incorporara al de la Universidad de Toledo. No obstante, al ser disueltos estos cuerpos solicitó, cuando se encontraba en la Academia, pasar revista en el Regimiento de Ciudad Rodrigo, única forma de cobrar el haber en mano.

Su batallón universitario permaneció de guarnición en Sevilla proporcionando protección a la Junta Central, no participando por ello en las acciones de contención al ejército francés, al mando del mariscal Soult, en Sierra Morena. Cuando la Junta abandonó Sevilla y se refugió en la Isla de León, hasta allí le acompañó el batallón, alcanzando la ciudad en marzo de 1810.

El Ejército necesitaba oficiales instruidos en las técnicas militares, por lo que la Regencia encargó al coronel de Artillería, don Mariano Gil de Bernabé, que organizara una academia al respecto. El único requisito para su ingreso era el de ser universitario, por lo que Espartero, junto con la mayoría de sus compañeros del batallón, ingresaron en el centro a principios de septiembre de 1810.

No era una vida regalada y fácil la de aquellos cadetes, ya que unían a sus obligaciones escolares, otras estrictamente bélico-militares, como cualquiera otro de los cuerpos de la guarnición. Lo mismo que el cadete actual entra de guardia o hace servicios en las unidades, el de aquella época entra de retén o salía de avanzada, manteniendo escaramuzas con las fuerzas sitiadoras del mariscal Víctor, con su correspondiente contribución de sangre. En la *Hoja de Servicios* de Espartero figura la concesión de la Cruz de Chiclana, por haber combatido en la batalla del mismo nombre, aunque en su historial no se consigna nada al respecto, lo cual no es extraño, ya que está confeccionada muchos años después de ese acontecimiento. No obstante lo anterior, el futuro Duque de la Victoria obtuvo la calificación de *bueno* (aprobado en términos civiles) en aritmética, álgebra, geometría, fortificación y dibujo y *sobresaliente* en táctica, lo que da idea de su aplicación.

Si el Ejército estaba falto de oficiales capacitados en las armas combatientes (caballería e infantería), lo era con mayor razón de los cuerpos facultativos (artillería e ingenieros), principalmente del segundo, ya que eran los encargados de los levantamientos de planos, construcción de fortificaciones, reparación de puentes, carreteras y un sinnúmero de funciones, útiles no solamente para la guerra sino para la paz. Con tal motivo se creó en Cádiz una Academia de Ingenieros, dándose opción a entrar en ella a los cadetes más aplicados y que, a juicio de los profesores, pudieran tener mejores aptitudes.

Cuarenta y nueve cadetes fueron elegidos por Real Orden de 11 de septiembre de 1811, verificando sus exámenes de suficiencia en diciembre y recibiendo sus despachos de subtenientes de Ingenieros el 1 de enero de 1812 <sup>2</sup>.

Por necesidades de la guerra, los cursos escolares no coincidían con las fechas normales, sino que eran acelerados, de tal manera que los exámenes de primer curso los realizó en septiembre, aprobando todas las asignaturas menos una, que obtuvo *mediano* (suspenso alto militar), necesitando efectuar otro examen de recuperación.

No debió sentirse muy a gusto don Baldomero en las aulas de tan elitista cuerpo que, junto con el de artillería, ha proporcionado numerosos científicos en el pasado. Su falta de nobleza de sangre y, lo más importante, su carácter le hacía no llevarse bien con sus compañeros y profesores.

En los exámenes de marzo de 1813 (2.º año) suspendió varias asignaturas, sin posibilidad de recuperación, obligándose a repetir curso. No parece que fue la falta de conocimientos el motivo sino su falta de vocación para el trabajo científico.

Las necesidades bélicas juegan a veces a favor de los estudiantes y a los subtenientes suspendidos se les dio opción a ingresar con el mismo empleo en infantería.

Dentro del perfil militar nos hemos extendido en los estudios de Espartero porque es lo más controvertido de su personalidad intelectual. No fue un zafio e ignorante militar como se le ha querido tachar sino un hombre relativamente bien cultivado para su época. Sus estudios universitarios de filosofía y los cuatro cursos militares le proporcionaron suficientes conocimientos militares y científicos, debiéndose descartar la supina ignorancia como se ha querido pintar a la figura del Regente. Hay que tener presente que la duración de la carrera de las armas era, en aquella época, de tres años, saliendo con el empleo de subteniente, ascendiendo de forma automática a los dos años al de teniente (en los cuerpos facultativos era de cinco años, aunque salían de tenientes).

### *Sus años americanos*

Abandonó Espartero la escuela a finales de abril, destinándose al Regimiento Provincial de Infantería de Soria de la división del general Villacampa, que operaba en Cataluña.

---

<sup>2</sup> El serle dado el despacho de subteniente nada más entrar en la academia era como considerar que habían superado tres cursos académicos como cadetes.



La guerra de la Independencia tocaba a su fin y Espartero veía que se difuminaban sus posibilidades de ascensos y honores. Participó en el sitio de Tortosa y en las acciones de Cherta y Amposta, no figurando ninguna mención especial en su *Hoja de Servicios*. El nombramiento de Villacampa como Capitán General de Castilla la Nueva, a principios de 1814, acortó aún más las posibilidades de merecimientos, ya que el regimiento marchó a Madrid de guarnición.

Como sabemos, con Fernando VII se volvió al Antiguo Régimen, encontrándose en la creencia que con la restauración del absolutismo y con algo de fuerza militar, los movimientos independentistas de las colonias españolas en América quedarían totalmente aplastados.

Espartero se alistó inmediatamente (septiembre de 1814), siendo destinado al Regimiento Extremadura. Todos sus biógrafos aluden a un altercado que tuvo con el General en Jefe de la expedición, Morillo, al que solicitó permiso de unos días para despedirse de sus familiares. Éste, prorrumpiendo en mil denuestos, llegó a decirle: *el soldado español, cuando de servir a su país se trata, acostumbra a olvidarse de sus padres y hermanos ... que no era nada militar aquella demanda ... que mostraba un alma muy madrera, y por consiguiente era signo de poco valor, lo cual no era ciertamente lo más recomendable para la carrera de las armas*. Al escuchar esto se enfureció el joven Espartero y, llevando la mano derecha a su espada, contestó a Morillo: *mi General, si otro que VE. me hubiera dicho tales cosas, mi contestación hubiera sido muy breve ... con esta espada*. Cayóle en gracia a Morillo la contestación de su joven subalterno, de tal forma que le autorizó a trasladarse a Granátula a despedirse de sus familiares.

A bordo de la fragata *Carlota* se hizo a la mar, en Cádiz, el 1 de febrero de 1815, en busca de la gloria.

Con objeto de que nos sirva de entramado militar, vamos a exponer la primera página de su *Hoja de Servicios*, en donde se relacionan las fechas de los distintos ascensos militares:

<i>Fecha</i>	<i>Empleo</i>
1 de noviembre de 1809	Soldado Distinguido por el Inspector
1 de enero de 1812	Subteniente por Real Despacho
2 de septiembre de 1814	Teniente por idem.
9 de septiembre de 1816	Capitán por idem.
1 de agosto de 1817	2.º Comandante por idem.
26 de febrero de 1821	1.º Comandante por idem.

<i>Fecha</i>	<i>Empleo</i>
23 de marzo de 1822	Coronel Graduado de Infantería por idem.
1 de febrero de 1823	Coronel Efectivo de Infantería por idem.
9 de octubre de 1823	Brigadier de Infantería
17 de febrero de 1834	Mariscal de Campo
21 de junio de 1836	Teniente General
1 de mayo de 1838	Capitán General

Es decir, de los veintinueve años de su vida militar en activo, más de la mitad la hizo con el empleo de Oficial General, aunque cinco años permaneció de cuartel en Pamplona o en un cargo meramente administrativo en Logroño.

Espartero desembarcó en América en abril de 1815, restableciéndose con prontitud la tranquilidad en el territorio de Venezuela (aunque por poco tiempo).

La enormidad de los dominios españoles impedían que un solo ejército pudiera actuar en los mismos, por lo que Morillo constituyó una serie de divisiones, formadas sobre las bases de algunos de los seis regimientos de infantería y dos de caballería que formaban el ejército expedicionario.

A tal fin y sobre la base del Regimiento de Extremadura se creó una división, que se puso bajo las órdenes del general don Miguel Tacón y Rosique —que en la actual Colombia había combatido contra los independentistas desde 1810—, la cual atravesó el istmo de Panamá y posteriormente en barco se dirigió al Perú.

La expedición desembarcó en El Callao el 14 de septiembre de 1815, siendo recibida en Lima por el anciano virrey Abarcas, marqués de la Concordia, el cual poco tiempo después (seguramente la expedición de Tacón traía el nombramiento de su sucesor) fue sustituido por don Joaquín de la Pezuela, general que había mandado con éxito las fuerzas españolas del Alto Perú, de tal forma que en Viluma (1815) obtuvo una rotunda victoria sobre los insurrectos, que le valió el marquesado del mismo nombre.

Tacón se puso a las órdenes del nuevo virrey, que le encargó el mando del Ejército del Alto Perú (también llamado del Sur del Perú). Para llevar a cabo la pacificación del territorio necesitaba aislar al virreinato de las fuerzas sublevadas de Chile y Río de la Plata (Argentina), capitaneadas por el propio San Martín. Para ello nada mejor que fortificar tres puntos fuertes que formaran un muro contra los que se estrellaran las fuerzas independentistas. Consideró para ello la fortificación de las ciudades de Arequipa,

Potosí y Charcas. No disponiendo de personal facultativo de ingenieros, recurrió a Espartero —al que previamente ascendió a capitán—, que gracias a sus dos cursos en la Escuela del Cuerpo pudo llevar a cabo su misión de forma satisfactoria.

El agradecimiento a Tacón fue grande, ya que a pesar de ser el capitán más moderno, lo ascendió a 2.º Comandante, destinándolo al Batallón del Centro, unidad creada con personal del país.

La guerra corría desigual suerte, afectándole extraordinariamente los acontecimientos de la Península. El pronunciamiento de Riego y la posterior jura de la Constitución de 1812 por Fernando VII se conoció en Perú a través de las provincias, independientes de hecho del antiguo virreinato de Río de la Plata. La confrontación entre los militares realistas y constitucionalistas estaba servida, encontrándose entre los primeros el propio virrey Pezuela.

La situación se hacía insostenible. Las fuerzas de San Martín ganaban terreno. Como era necesario dotar de la energía necesaria y del prestigio suficiente a la máxima autoridad del virreinato, los altos oficiales del ejército destituyeron el 29 de enero de 1821 en Aznapuquio al virrey Pezuela, nombrando a continuación para el cargo al general don José de la Serna e Hinojosa, que de forma inmediata tomó las disposiciones militares para rehacer los maltrechos intereses españoles.

Se ha querido involucrar a Espartero en el golpe de fuerza contra Pezuela, cuestión que ni deja de ser verdad o mentira, por la falta de datos fidedignos, pero el futuro Duque de la Victoria era en aquella época un simple comandante por lo que difícilmente tendría acceso a la presencia del Virrey. Lo que sí puede darse por seguro es que De la Serna contaría con el respaldo de tropas adictas, entre las que se encontraría el Batallón del Centro.

La guerra en América tenía unas características especialísimas, asemejándose más al hacer del guerrillero que a los combates de cuerpos organizados. Los jefes de columna disponían de amplia autonomía en su territorio, actuando precisamente Espartero en el sur del actual Perú y oeste de Bolivia. Por ello su formación como general y estrategia dejó mucho que desear, sobresaliendo en sus condiciones como caudillo que en todo momento se enfrenta a los mayores peligros, arrastra a sus hombres, logra la victoria y persigue con saña al enemigo que huye.

Los largos años pasados en América marcan la táctica militar que aplicó, posteriormente, en sus primeros años de guerra civil. Ojo certero para darse cuenta del terreno circundante y poder extraer el máximo provecho; máxima movilidad con objeto de multiplicar adecuadamente las fuerzas a sus órdenes; provocar el combate, nunca decisivo, en terreno favorable; des-

concertar al contrario con espectaculares cargas a la bayoneta; acosar sin descanso, de forma separada, a las columnas enemigas para impedir su unión, establecerse en el terreno y presentar una fuerza capaz de derrotarlo y, por último, perseguir al enemigo derrotado hasta conseguir su total destrucción.

Cuando se analizan los primeros años de la guerra civil, se observa a un Espartero triunfante cuando actúa con fuerzas que escasamente sobrepasaban dos o tres mil hombres. Como veremos, en la funesta tragedia de Descarga no supo maniobrar con las tres divisiones que se pusieron bajo su mando, siendo uno de los episodios más negros de los liberales. A partir de 1836 va formándose su figura de estrategia sin que fuera tenida en cuenta por el propio Gobierno de la nación, que le propuso planes de campaña para que los ejecutase, sin aprobar los que emanaban de su persona. Supo reunirse de buenos oficiales de Estado Mayor, entre ellos el general Linage, que le asesoró tanto militar como políticamente.

Pero volvamos a las tierras americanas del Perú y, como sería harto tedioso enumerar el constante caminar de Espartero, merece la pena relatar las victoriosas batallas de Torata y Moquehua para dar una pincelada de su carácter guerrero.

Corría 1823, y los insurgentes, al frente del general Alvarado, se movían con importantes fuerzas (cinco mil hombres) para romper la línea española formada por las ciudades de Arequipa y Potosí, en el convencimiento de encontrarlas desguarnecidas. De esta forma penetrarían hasta el corazón del Perú, conquistando Lima y Cuzco.

Las fuerzas españolas en la zona las constituían una pequeña división de mil seiscientos hombres, al mando del general don Jerónimo Valdés. El plan de maniobra consistía en ganar tiempo posibilitando la aproximación del resto del ejército del Alto Perú, al mando del general Canterac. Posteriormente, y reunidas todas las fuerzas, se elegiría una zona adecuada en donde batir al enemigo. Valdés constituyó en vanguardia al Batallón del Centro al mando de Espartero, el cual con cuatrocientos hombres se situó en Torata, mientras él se dirigía a Moquehua, lugar elegido por el General en Jefe para asestar el golpe decisivo.

Las operaciones, durante los primeros días de enero de 1824, se desarrollaron según los planes establecidos, de tal forma que Valdés dirigió a Canterac el siguiente parte: *Hasta ahora todo ha salido a medida de mis deseos, y el enemigo, sin advertirlo, marcha a su total destrucción.*

Alvarado se movió sobre Torata con objeto de amenazar la línea de retirada de Valdés, encontrándose en dicha ciudad con las tropas de Espartero, el cual y a pesar del horrible fuego de todo el ejército insurgente, sostuvo la

posición durante dos horas y, autorizado por Valdés, se replegó en perfecto orden, combatiendo al enemigo por espacio de una legua, hasta que se reunió con el resto de la división.

Valdés seguía con el plan marcado por Canterac, atrayendo al enemigo a un terreno propicio y causándole el máximo número de bajas posibles. Alvarado aumentó la presión sobre los españoles y Valdés no tuvo más remedio que empeñarse en combate, impidiendo el mínimo avance del contrario. Sobre las cuatro de la tarde del día 19 de enero, se presentó el General en Jefe acompañado de dos ayudantes y, al verle, recobraron nuevos bríos.

Cansado el jefe insurgente de tan tenaz resistencia y conociendo la proximidad de refuerzos para los españoles, decidió comprometer el éxito de la jornada fiándose en la considerable superioridad de fuerzas. Al parecer alargó en demasía su línea del frente, tal vez con la intención de desbordar a Valdés por ambos flancos, pero éste, dándose cuenta de su debilidad, lanzó sobre su flanco izquierdo al coronel Ametller con tres compañías, las cuales pusieron en fuga al enemigo sembrando el terreno de cadáveres. Ante el desconcierto producido, Valdés y Canterac consideraron que no había que perder momentos tan preciosos y ordenaron avanzar sobre toda la línea enemiga.

Cupo al Batallón del Centro combatir contra la mítica Legión Peruana, que constituía el ala derecha del ejército independentista; la cual, ante el empuje de las bayonetas, empezó a ceder ostensiblemente terreno a pesar de los esfuerzos que su jefe hacía, ordenando regresar a los soldados que retrocedían. Entonces Espartero, abriéndose paso con la fiereza que le caracterizaba, se abalanzó sobre dicho mando y atravesándolo con su espada le dijo: *así se manda reunir y volver la cara*, cayendo tendido el infeliz soldado.

Espartero recibió durante la batalla tres heridas de consideración y, a pesar de las órdenes, se abstuvo de retirarse y siguió mandando su batallón en la persecución consiguiente.

Se hicieron fuertes los insurgentes en Moquehau, pero desmoralizados y a pesar de tener superioridad numérica, aunque menor por la llegada de la división de Canterac, fueron completamente derrotados.

El ejército «Libertador» —tal era el nombre que se le había puesto— dejó en poder de los españoles más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, toda la artillería y numerosas armas, municiones y banderas. Espartero, a pesar de sus heridas, se mantuvo al frente de su batallón persiguiendo con saña al enemigo e infligiéndole pérdidas de consideración. Con esta batalla (en realidad fue una sola, ya que se perseguía el mismo fin estratégico), se consiguió una momentánea ocupación del territorio, entrando las fuerzas españolas en Lima el 19 de junio del mismo año.

En los campos de Torata obtuvo Espartero el empleo de coronel efectivo, Jerónimo Valdés el título de vizconde de Torata, y todo el ejército español sus últimos tintes de gloria.

Era costumbre militar de la época crear medallas conmemorativas por batallas victoriosas y decisivas, ostentando nuestro general, precisamente, la de las dos batallas citadas anteriormente, así como otra más global, denominada del «Sur del Perú»<sup>3</sup>.

En las calificaciones reglamentarias anuales (1827) de Espartero se encuentran las correspondientes de sus dos jefes inmediatos de la época americana, generales Valdés y La Serna. El primero consigna:

*Tiene mucho valor; talento, aplicación y conocida adhesión al Rey nuestro Señor: es muy a propósito para el mando de un cuerpo, y más aún para servir en clase de oficial de E.M. por sus conocimientos. Este será algún día un buen general, por su golpe de vista militar y viveza para aprovecharse de los descuidos del enemigo.*

El antiguo virrey del Perú, conde de los Andes, dice:

*Tiene conocimientos generales del arte militar y acreditado valor en varias acciones de guerra: tiene talento y viveza; es inteligente en táctica, y de mucha disposición para el mando de un cuerpo, y aún más para el E.M. de un ejército: su conducta política y militar fue buena.*

Independientemente de que la concepción del entonces brigadier Espartero parece acertada, visto su curriculum militar pasado y el futuro que faltaba por vivir, los dos generales intentaban proporcionar con sus informes la jefatura de un regimiento para su antiguo subordinado, incidiendo en las cuestiones que más podían valer en aquellos momentos: su fidelidad a la figura del monarca, su comportamiento político y su aptitud para el mando. Desgraciadamente no fueron tenidos en cuenta los citados informes por el ministerio de la Guerra, y Espartero fue nombrado al año siguiente comandante de armas y presidente de la Junta de Agravios de Logroño. Pero de estos informes existe una anotación que dice mucho en la capacidad militar de Espartero, y es su formación como oficial de Estado Mayor.

---

<sup>3</sup> En la España actual permanece en cierta medida esta tradición, aunque no concretada en una acción determinada sino para toda la campaña. Un ejemplo de ello es la *Medalla del Sahara*, que la ostentan los cuadros de mando que actuaron en dicho territorio durante los años difíciles de la primera mitad de la década de los setenta.

Tras las batallas de Torata y Moquehua las fuerzas españolas se dedicaron a limpiar el territorio de insurgentes. Prácticamente no llegó a combatirse, pues nuestras tropas apenas tuvieron tiempo de emplear otras armas que las de los pies para deshacer a sus despavoridos enemigos: campaña notable por los centenares de leguas que hizo en cortísimo tiempo la División Valdés (a la que pertenecía Espartero). El virrey De la Serna fue generoso con los vencedores. Con fecha 5 de octubre (aunque su *hoja de servicios* indica el 9) Espartero fue ascendido a brigadier, nombrándosele Jefe de Estado Mayor del Ejército del Alto Perú, reconociendo con ello el virrey su capacidad organizativa, de gestión y táctica.

Durante este año (1823), el Gobierno español había mandado al continente americano unos comisarios regios con facultades para firmar, con los poderes existentes en Buenos Aires, un convenio o armisticio especial de carácter fundamentalmente económico-comercial y que debía durar año y medio. Por este convenio se reconocía la soberanía económica del antiguo virreinato y se recogía la posibilidad de que otros territorios se acogieran a él. Con tal motivo, las autoridades de Buenos Aires, con la adquiescencia de los delegados de Madrid, comisionaron al general insurrecto, La Hera, para tratar con el virrey De la Serna, al objeto de extender el convenio al Perú. Pacificado como estaba el territorio, no aceptó La Serna la suspensión de armas y no proporcionó el salvaconducto correspondiente. No obstante, comisionó a Espartero para que se reuniera en la ciudad de Salta con La Hera. Espartero realizó —según el virrey— la comisión con extraordinario acierto, ya que lo que pretendía La Serna era negarse a cualquier connivencia con los rebeldes a la Corona, pero sin desencadenar de nuevo y de forma inmediata las hostilidades. La Hera regresó resentido a Buenos Aires, quedando en mal lugar los comisarios regios, don Antonio Luis Pereira, oidor de la audiencia de Chile y don Luis de la Robla, teniente coronel, que habían prometido cosas dando por sentado su aceptación por parte de La Serna.

La conferencia de Salta es uno de los puntos oscuros de la independencia americana ya que hay que preguntarse: ¿Qué conocimiento tenían en Madrid de las circunstancias en el continente? ¿eran tan extensos los poderes dados a los comisarios? ¿pretendía el Gobierno que los sublevados reconocieran como rey a Fernando VII aunque con independencia económica? ¿querían resucitar el viejo sueño de Aranda de convertir en reinos las distintas posesiones, colocando en ellos a infantes españoles, bajo la supremacía del monarca español? Falta en este punto una investigación exhaustiva sobre la comisión realizada para tener elementos de juicio y conocer quién se equivocó en sus planteamientos.



Entra el año 1824 y llega al Perú la noticia de la vuelta al absolutismo de Fernando VII, y con él la confrontación entre los altos oficiales del ejército expedicionario. La que más repercusión tuvo fue la del general Olañeta, que se enfrentó a los generales don José Santos la Hera y don Rafael Maroto —que luego veremos luchar en la guerra carlista— y que se negó a reconocer la autoridad del virrey, ya que en el Real Decreto de restitución de las prerrogativas del monarca se consignaba que quedaban sin efecto cuantas disposiciones se habían dictado durante el trienio constitucional. Las consecuencias fueron funestas para las armas españolas, volviendo a surgir el grito de independencia con más fuerza que nunca.

De la Serna, en aras de alcanzar la unidad de las armas españolas, quiso resignar el mando, no consintiéndolo los distintos generales. Se decidió enviar un emisario a Madrid para que informara al monarca de la situación, recibiera instrucciones —ya que desde febrero de 1821 no se había recibido ninguna comunicación de la Corte—, obtuviera refuerzos y la aprobación de las disposiciones tomadas, incluidos los ascensos dados a los mandos. El virrey comisionó a Espartero, el cual embarcó en Quilca el 5 de junio de 1824 en el bergantín inglés Tiber, arribando a Cádiz el 28 de septiembre y llegando a Madrid el 12 de octubre.

A pesar de que la *Gaceta de Madrid* (boletín oficial de la época) había encomiado la postura de Olañeta, las gestiones y el fervor de Espartero consiguieron que se aprobara todo lo hecho por La Serna, reiterándole la real confianza. Asimismo se expidieron los nombramientos y ascensos dados por el virrey, entre ellos, por supuesto, el del futuro Duque de la Victoria, que fue reafirmado como Jefe de Estado Mayor.

Sin conseguir los refuerzos militares se embarcó Espartero en Burdeos con destino a Lima, en diciembre de 1824, en el mismo día que se produjo la batalla de Ayacucho, en donde fueron derrotadas las tropas españolas y se consumó la independencia americana.

A lo largo de su vida se le recriminó a Espartero su pertenencia al ejército derrotado, incluso sus enemigos lo mencionan entre los que sufrieron tal afrenta en el campo de batalla. La verdad es que llegó a Lima el 5 de mayo de 1825 cuando todo había terminado. La sola mención a Ayacucho ponía a don Baldomero de mal humor.

### *Los primeros años de la guerra civil*

Nueve años pasaron hasta que Espartero volviera a entrar en acción, encontrándose entre ellos el tiempo que permaneció en prisión por orden de

Bolívar, pero lo que a él más le pesaba fue su inactividad desde que regresó a España. Años de cuartel (disponible en la actualidad) y de destinos burocráticos. Años que, en fin, empleó para enamorarse y casarse.

Transcurre el tiempo y en enero de 1834 nos encontramos al brigadier Espartero de Comandante General de Vizcaya y al frente de una pequeña división, bajo el mando de su antiguo jefe don Jerónimo Valdés, que a buen seguro lo reclamó como subordinado. Lo primero que hace es avituallar y fortificar lo mejor posible a la capital, Bilbao. Posteriormente, con las escasas fuerzas que puede disponer para maniobrar, persigue y acosa a las nacientes partidas carlistas; fortifica y establece guarniciones en puntos importantes, como Durango, Guernica, Bermeo, etc...

A principios de febrero, una columna carlista importante, calculada en seis mil hombres, sitia Guernica, defendida por ciento sesenta isabelinos. Corre en su ayuda el Comandante General con mil trescientos hombres y, con una hábil maniobra, obliga a replegarse a los desconcertados carlistas que aún no saben batirse con el ejército organizado. No obstante, el día siguiente, 18 de febrero, Guernica aparece sitiada de nuevo y en su interior la pequeña división de Espartero. El ataque carlista no se hizo esperar. A los cinco días la situación de los cristinos era crítica, faltos de víveres y municiones, por lo que Espartero decidió replegarse sobre Bilbao. La operación se inició en la madrugada del 24, rompiendo la línea carlista. En su repliegue sobre la capital, mantuvo combates en Mundaca, Pedernales y Bermeo, resolviéndose todos ellos a cargas de bayoneta. Por último, a las nueve de la noche del mismo día entró en Bilbao, después de haber caminado y combatido sin descanso durante más de veinte horas.

Por esta acción se le asciende a mariscal de campo, confirmándole en su cargo de Comandante General de la provincia de Vizcaya. El 1.º de mayo de 1834 es nombrado Comandante General de las Provincias Vascongadas y poco tiempo después es condecorado con la Laureada de San Fernando por el levantamiento del sitio de Mundaca.

La primera fase se parecía a la guerra de guerrillas de la guerra de la Independencia. Espartero tenía una gran ventaja sobre sus adversarios: capacidad en la maniobra de pequeñas columnas; flexibilidad y rapidez en sus movimientos; adaptación inmediata al terreno, y ojo certero para aprovecharse de cualquier error del contrario, cualidades que nacieron en la guerra de la Independencia americana y que supo aprovechar.

A mediados de 1835, la capacidad organizativa de Zumalacárregui había conseguido formar un ejército de las partidas carlistas, enfrentándose con éxito a las unidades del ejército regular. Por el contrario las tropas isabelinas se encontraban afectadas por las divisiones políticas de Madrid, con-

llevando una aguda crisis de liderazgo de tal forma que, en apenas año y medio, el mando del Ejército del Norte pasó sucesivamente de Valdés a Quesada, Rodil, Espoz y Mina, para nuevamente recaer en el primero. La interinidad del cargo impedía la elaboración de un plan de campaña y su ejecución posterior.

Por estas fechas, Zumalacárregui puso sitio a Villafranca de Guipúzcoa, considerada de interés estratégico por encontrarse en el valle del río Oria, en una posición intermedia entre Tolosa y Vergara. Ante esta situación el General en Jefe, don Jerónimo Valdés, ordena a Espartero que al frente de las divisiones de Vizcaya (brigadier Conde de Mirasol), Alava (brigadier Barón del Solar de Espinosa) y una brigada navarra (coronel Ulibarri), avance sobre Villafranca, donde convergerán también dos divisiones, procedentes del valle del Baztán, mandadas por el general Oráa y el brigadier Jáuregui.

Vemos, pues, a Espartero al frente de fuerzas importantes con la orden de alcanzar un objetivo estratégico. Avanza impetuoso sobre Durango, Vergara y Mondragón. Conoce que hay fuerzas enemigas en Oñate. Espera noticias del General en Jefe o de Oráa y se confunde ante su ausencia. El 2 de junio de 1835 decide tomar los altos de Descarga, una posición fuerte, dominando los accesos a Villafranca y Vergara (el puerto se encuentra a ocho o diez kilómetros de esta última ciudad), que le permitirá esperar el concurso de las otras tropas isabelinas. Espartero adopta disposiciones para asegurar los puntos más expuestos, aunque fiándose en la superioridad de sus posiciones; mientras, los soldados se aprestan a descansar de las fatigas de la expedición. De pronto, a las ocho de la noche, se toca orden general y se ordena la retirada hacia Vergara, iniciando la marcha la división de Alava, seguida de la brigada de Navarra y en retaguardia la de Vizcaya. La tranquilidad más absoluta, a pesar de los elementos atmosféricos, es la tónica de la acción, de tal forma que a las diez y media de la noche, la división de vanguardia ha entrado en Vergara e inicia su alojamiento.

El general carlista Eraso ordena a un escuadrón de cuarenta caballos y tres compañías de infantería del titulado batallón «Guías de Álava», al mando de su propio hijo, que observen el repliegue isabelino. No se sabe de quién fue la idea de cambiar la misión de fuerzas tan reducidas, pasando de meras observadoras a atacantes al darse cuenta de la vulnerabilidad que presentaba la brigada navarra. El ataque fue violentísimo y muy breve, pero suficiente para hacer creer a las tropas de la Reina que los enemigos eran muy numerosos. Los soldados inician la desbandada, contagiando a la división de Vizcaya que les seguía. Inútiles fueron los esfuerzos de Espartero,

que iba en el centro, para contener el pánico y, arrastrado por los propios fugitivos entra con ellos en Vergara, desconociendo las vicisitudes de la división de retaguardia. Dos batallones de Almansa, de esta división, se dispersan al ser atacados por los cuarenta jinetes, cayendo prisionero el conde de Mirasol, aunque en el transcurso de la noche pudo fugarse y llegar a Vergara. El coronel Araoz, Jefe de Estado Mayor de la misma, al frente del Batallón del Príncipe y el coronel Baseti con el III Batallón de Almansa forman en línea deteniendo los ataques carlistas, replegando en orden el resto de la fuerza sobre Vergara. El día 3 salen los restos de las tres unidades de Vergara y, más que replegarse, huyen hacia Bilbao, penetrando en esta ciudad el día 4.

El desastre de Descarga fue enorme: más de mil prisioneros y las ciudades de Villafranca, Durango, Eibar y Tolosa cayeron en poder de los carlistas. Se perdieron otros puntos fuertes y lo que es más grave, los carlistas adquirieron una preponderancia que iba a ser muy difícil de erradicar.

Mucho se ha hablado sobre esta actuación de Espartero, y tanto sus panegiristas como sus detractores le reprochan no haber actuado con sentido común. El propio General, cuando se le preguntaba sobre el desastre, eludía cualquier comentario al respecto, por lo que no se sabe la razón de decisión tan intempestiva: ordenar una retirada cuando las tropas acababan de iniciar el descanso (*un vivac, el más arreglado a las leyes de la castrametación que se vio jamás en ninguna ocasión ni época de la pasada lucha*, según sus biógrafos entusiastas).

Los biógrafos más empeñados en dejar acrisolado y limpio el nombre del General, califican las decisiones de la jornada de *imprevisiva e imprevista, intespectiva e inoportuna, malhadada y funesta*. Varias razones podrían aducirse: primero, la inexperiencia de Espartero y la responsabilidad asumida (las tres divisiones eran muy reducidas, de tres a cuatro mil hombres cada una, no obstante, era el mayor contingente que había mandado jamás); segundo, el desconocimiento de los movimientos de Valdés y Oráa (el no haber recibido ninguna orden ni notificación le desconcertaba, pudiendo imaginarse que habían sido batidos por el ya mítico Zumalacárregui); tercero, el conocimiento de que Eraso, lugarteniente de Zumalacárregui, se encontraba en las inmediaciones de Oñate con numerosas fuerzas que podrían, al avanzar él hacia el este (Villafranca) ocupar Vergara y cortarle la retirada a su base natural (Bilbao); cuarto, la distancia tan reducida entre el puerto de Descarga y Vergara que no llegaba a diez kilómetros, incluso la vanguardia se encontraba a menos, con lo que en pocas horas los soldados se encontrarían en una zona más positiva para el descanso, ya que las condiciones meteorológicas eran infames, con lluvia y viento. Tal como se ve

se pueden dar muchas razones, pero al no haber dado ni justificado su acción, todo se queda en el plano de la mera especulación.

Los reproches alcanzaron también a Oráa, defendiéndose en un extenso comunicado, en el que achaca al plan de campaña del General en Jefe, Valdés, la falta de coordinación entre las fuerzas intervinientes.

Consecuencia obligada del desastre de Descarga fue el sitio de Bilbao, que comenzó el 10 de junio de 1835, dos días después que Espartero abandonara la zona, en dirección a Vitoria, con sus maltrechas divisiones.

No todo fue malo para las tropas de la Reina, ya que el 15 del mismo mes Zumalacárregui cae herido en un reconocimiento y fallece el 24.

Escarmentado el Gobierno del desastre, ordena a Valdés concentrar el ejército al sur del Ebro y *no empeñar ninguna acción formal con los rebeldes*, lo que le incapacitaba para presentar batalla a Eraso, sucesor de Zumalacárregui.

La inactividad a que se vieron sometidas las tropas no ha quedado bien aclarada. Los distintos protagonistas se acusaron mutuamente, con posterioridad, de la misma. Por un lado, Latre y Espartero plantearon al General en Jefe la necesidad de presionar a los carlistas para obligarles a levantar el sitio de la capital de Vizcaya y, por otro, Valdés les acusó de insubordinación al no querer obedecer su plan de campaña. Este plan, según Valdés, recogía la protección de la villa, desde Portugalete, con las divisiones de Latre y Espartero, mientras el propio Valdés con el resto del ejército atraía a las tropas carlistas al centro del País Vasco. El plan no se ejecutó en su totalidad pero, a decir verdad, las divisiones de Latre y Espartero estaban desplegadas en Portugalete sobre el 20 de junio, mientras que el resto se mantuvieron en una situación de indecisión, con avances y repliegues sin sentido.

Las luchas políticas en Madrid; las intrigas en el Gabinete, del que Valdés era ministro de la Guerra; los escasos éxitos en la guerra, y las desavenencias con sus subordinados fueron algunas de las causas por las que éste presentó su dimisión en el mando del ejército con carácter irrevocable.

Hasta tanto no se nombró nuevo General en Jefe, recayó el mando en el más antiguo, general Santos la Hera, el cual, como es lógico, conociendo su interinidad no quería iniciar ninguna acción ofensiva que pudiera comprometer a las fuerzas bajo su mando, dando por este motivo orden de repliegue a Latre y Espartero. Estimó el segundo la improcedencia de tal orden y dejando al primero al mando de las fuerzas, se dirigió sólo, con una pequeña escolta y sus ayudantes, desde Portugalete hasta Miranda, atravesando de norte a sur el País Vasco, que estaba totalmente sublevado. A mitad de camino y conociendo que don José Santos de la Hera había salido de Miranda,

le remite una carta en términos durísimos, de un subordinado a un superior, encartándole para que se encuentre el día 29 en Balmaseda, en donde él lo esperaba, para posteriormente dirigirse a Portugalete y presentar batalla a los carlistas. Terminaba la misiva diciendo: *pero si, como no espero, V. desatiende el consejo de su amigo, este tirará la faja, detestará hasta el nombre de español y V. quedará cubierto de ignominia*. No es éste el mejor ejemplo de un hombre que consideraba la disciplina como la virtud militar por excelencia, de tal forma que quien la incumpliera era reo inmediato de muerte, como de hecho hizo a lo largo de su vida militar.

Latre, por su parte, empleó un sistema mucho más diplomático, al indicar a La Hera que *acababa de recibir dos papeles en que aparecía la firma de S.E., que temiendo que fuesen supuestos, difería el cumplimiento,...*, aconsejando a continuación la necesidad de acudir en ayuda de Bilbao por ser esta plaza la baza del empréstito que iba a recibir el Pretendiente.

La convergencia de las fuerzas se realizó en los últimos días de junio y el 1.º de julio entraron los cristinos en Bilbao sin haberse librado nada más que esporádicos combates. Los carlistas, tras la muerte de Zumalacárregui, habían decidido de hecho levantar el sitio, que aceleraron ante la llegada de los contrarios. Coincidió el acontecimiento con la llegada al frente del nuevo Comandante, general don Luis Fernández de Córdoba. Al mismo tiempo, el Pretendiente Carlos V nombraba al general Moreno como sustituto de Zumalacárregui, aunque con la denominación de Jefe del Estado Mayor, ya que el mando nominal lo retenía él mismo. La llegada de Córdoba sirvió para revitalizar el frente y dar ánimos a las abatidas tropas de la Reina. En julio se dio la batalla de Mendigorriá, a orillas del río Arga, en el camino que une Estella con Pamplona, resultando un triunfo sobre los carlistas que, si no fue decisivo, sí tuvo el efecto deseado de desbancarlos de la fama de imbatibilidad que habían ganado a lo largo de 1835.

Espartero, que mandaba el ala izquierda del ejército, se cubrió de gloria al desalojar a cinco batallones enemigos que defendían el puente sobre el Arga, a base de reiteradas cargas a la bayoneta. A continuación inició la persecución, frenada tras reiteradas órdenes de Córdoba que no quería empeñar el éxito de la jornada. La acción de Mendigorriá, con la que inició Fernández de Córdoba su mando, fue también el inicio de las desavenencias continuas que tuvo con su más directo subordinado, Espartero, al querer ambos adueñarse de la gloria de la batalla.

En mes y medio la guerra dio un vuelco total. El primer semestre del año 1835 fue de completo dominio de los ejércitos carlistas, acrecentado el 4 de junio por el desastre de Descarga, en el que tanta responsabilidad tuvo Espartero. Parecía que el Pretendiente Carlos V recibiría el apoyo interna-

cional ante la inminente caída de Bilbao. Sin embargo, la mala suerte de la muerte inesperada de Zumalacárregui, unido a la indómita decisión de Espartero de rehacerse de la derrota sufrida y plantear una batalla decisiva ante Bilbao, hicieron retroceder las posibilidades del carlismo. La batalla de Mendigorriá, dada el 16 de julio, entre las maltrechas tropas de la Reina, aunque bien mandadas por dos valientes caudillos (Fernández de Córdoba y Espartero) y las victoriosas y bien provistas tropas carlistas, aunque sin mando, marca la inflexión de la contienda. A partir de este momento empiezan a llevar la iniciativa los isabelinos, aprestándose los carlistas a expandir la bandera del Pretendiente por todo el territorio nacional. La guerra hubiera podido terminar mucho antes si no hubiese sido frenada en multitud de ocasiones por las luchas políticas, algunas veces sangrientas, en que se debatían los dos partidos nacidos al amparo de la ideología liberal: moderados y progresistas.

Después de la batalla de Mendigorriá, los carlistas, aunque derrotados en la misma, no perdieron su capacidad combativa, por lo que volvieron a bloquear Bilbao con catorce batallones el 24 de agosto de 1835. El General en Jefe ordena a Espartero que se ponga a las órdenes del General en Jefe de la Reserva, de tal forma que el primero avance hacia la plaza sitiada apoyado por las fuerzas del segundo. La operación se efectuó tal como estaba planeada, alcanzándose Bilbao el 7 de septiembre y retirándose los carlistas sin combatir.

De inexplicable podía haber pensado Fernández de Córdoba la actuación carlista, ante operación tan sencilla ejecutada por sus tropas. Sin embargo, no entraba en los cálculos del caudillo carlista, Moreno, arriesgar todo por Bilbao; antes bien, quería destruir una parte del ejército enemigo, y nada mejor que atraerlo ante el cebo de la capital vizcaína. Para ello contó con la inestimable colaboración de Maroto, que mandaba la división vizcaína y que conocía perfectamente la forma de actuar de Espartero, no en balde había sido su jefe en América.

Cumplida la misión, recibió Espartero la orden de regresar a Vitoria, saliendo de Bilbao el 11 de septiembre. A poca distancia de la capital, los cazadores de su división —el cuerpo empleado generalmente para proporcionar seguridad—, son detenidos por dos batallones carlistas que le disputan el paso. Impetuoso, Espartero avanza con un batallón de la guardia y, ante su ataque, las unidades enemigas huyen en precipitada fuga en dirección hacia Arrigorriaga. Espartero no se para, y de acuerdo con su mentalidad táctica ordena la persecución, penetrando con su división en el pueblo de Arrigorriaga, aprestándose a atravesar el puente sobre el Nervión para continuar con la persecución. Allí recibe la noticia, de unos deserto-



res carlistas, de que al otro lado del puente se encuentra una masa formidable de dieciocho batallones y más de trescientos caballos. Crítica se planteaba la situación y su gravedad fue comprendida por el futuro Duque de la Victoria. Avanzar era un suicidio y retroceder era atraer sobre su retaguardia fuerzas tan considerables. Viendo la importancia que podría tener el puente, colocó sus mejores tropas para su defensa, los cazadores en los bordes del río y el resto formados en masa esperando la acometida, que no se hizo esperar. Al mismo tiempo comunicó al general de la Reserva las disposiciones adoptadas, esperando órdenes, que se concretaron en retroceder sobre Bilbao. El movimiento retrógrado se efectuó con orden, a pesar de la presión constante de los carlistas, manteniéndose Espartero en la retaguardia. Pero al llegar al puente de Bolueta, a la vista de Bilbao, lo encontró ocupado por los carlistas. La situación se hizo crítica y el desastre inminente, recibiendo el fuego intenso por los dos frentes. Los ánimos empezaron a decaer, dándose casos de desesperación en algunas unidades, que buscaron su salvación arrojándose al río Nervión. En aquellos momentos volvió a brillar la estrella de Espartero, haciendo alarde de ese valor tan temerario que le valió las recompensas de la Gran Cruz de Carlos III, concedida el 27 de abril de 1836 y la Cruz Laureada de San Fernando, tras juicio contradictorio en 1854. Al frente de su escolta se lanza en impetuosa carga sobre las tropas que defienden el puente, obligándoles a replegarse. Se rehacen los carlistas y obligan a Espartero a reiterar las cargas con cada vez más menguadas fuerzas. Por fin el puente queda en poder de los cristinos, y toda la división se acoge a los muros de Bilbao, penetrando al frente de ella su General, herido por un balazo en el brazo y una lanzada en el costado.

Censurable tácticamente la actuación de Espartero al penetrar, sin los preceptivos reconocimientos, por terreno tan agreste y que se prestaba tan bien a una celada.

A principios de enero de 1836 se reorganiza el Ejército del Norte, siendo herido Espartero en su orgullo al ponerlo a las órdenes del general británico Lacy Evans. El Gobierno de la nación y el General en Jefe, Córdoba, seguían considerando al jefe liberal un buen subordinado, pero no con la capacidad de asumir responsabilidades operativas. Pesaban mucho los desastres de Descarga y Arrigorriaga, su indisciplina ante las órdenes de Santos la Hera y los fusilamientos de los *chapelgorris*, de enormes repercusiones políticas.

El 4 de marzo conoció Espartero la presencia del general Eguía en Amurrio, con su vanguardia en el pueblo de Orduña, al frente de veinte batallones. Avanzó presuroso el jefe isabelino, ocupando el puerto de Ordu-

ña, imponente mole de novecientos metros que dominaba el valle del Nervión. A continuación desplegó dos brigadas en el puerto y se lanzó al frente de la brigada de vanguardia y los escuadrones de húsares sobre la vanguardia carlista, con la intención de efectuar un reconocimiento ofensivo. La vanguardia enemiga quedó desconcertada, sin comprender cómo fuerzas tan reducidas se empeñaban en una lucha, protegidos como estaban del grueso carlista situado en Amurrio, a un legua escasa de distancia.

La acción de Orduña, en la que obtuvo Espartero una nueva Laureada de San Fernando, marca la inflexión del guerrillero a general con conocimiento certero de la situación y capacidad de maniobra.

No pretendía Espartero exponerse ante el grueso carlista, antes bien, tras la derrota infringida, retrocede camino de Vitoria, estableciéndose en Murguía.

Reforzado con la división del general Rivero, avanza de nuevo sobre Amurrio el 17 de marzo, guarneciendo el camino hasta Murguía y atacando a los carlistas en los altos de Unzá. La acción de Unzá no fue decisiva, ni puede considerarse vencedor a ninguno de los contendientes, ya que ambos retrocedieron a sus anteriores posiciones. No obstante *fue una de las glorias más puras de Espartero, ya que resplandeció allí su ingenio de general para disponer el movimiento, su pericia táctica para llevarle a cabo, y su gran valor de soldado en los trances más difíciles y de sumo riesgo*. Reconoció y aplaudió Fernández de Córdoba la actuación de su subordinado, de tal forma que le autorizó a conceder gracias a sus subordinados y grados hasta el empleo de capitán.

Las convulsiones políticas y la falta de pertrechos y fondos provocaron la inactividad del ejército, impidiéndoles efectuar alguna acción ofensiva. Declinaba ya el mes de mayo, cuando el General en Jefe decidió atacar una posición clave del territorio afecto al Pretendiente, el puerto de Arlabán, fuertemente fortificado y guarnecido por tropas escogidas.

Correspondió a la III División (Espartero) trepar hacia la cumbre, iniciando la ascensión el 22 de mayo con una intensa lluvia que casi impedía ver el resplandor de los disparos. Coronan la cumbre el mismo día y como posteriormente diría el general Córdoba: *las águilas volaban más bajas que las cimas de estos puertos*. Al día siguiente descienden como el rayo y se apoderan de Salinas de Léniz y el 24 ocupan Villarreal, destruyendo a su paso todas las fortificaciones levantadas con tanto ahinco por los carlistas. Incluso vuelan la fábrica de pólvoras que el enemigo tenía en Araya.

El objetivo militar de destrucción de las fortificaciones y la voluntad de entrar en Vizcaya se había conseguido, ordenando Córdoba la retirada hacia las posiciones isabelinas al sur de las sierras de Aralar, Arlabán y Urquilla.

A pesar de la manifiesta antipatía de Córdoba para con Espartero, cuestión que era compartida, publicó en la orden general la gesta llevada a cabo por la III División y su General, al mismo tiempo que proponía al Gobierno su ascenso a teniente general, firmado con fecha de 20 de junio. No terminó con ello su estima ante los méritos militares, sino que por tener que desplazarse a Madrid, delegó en él el mando del ejército, a pesar de que no era el más antiguo de entre los mariscales de campo: bien que le advirtió *que no emprendiese operación ofensiva durante su ausencia*.

Asentado como se encontraba el Pretendiente en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra, planea el cambio estratégico de impulsar el levantamiento por todo el territorio nacional, conociendo el malestar del pueblo para con sus gobernantes. Para ello inicia el sistema de expediciones, siendo la más famosa y larga la del mariscal de campo Gómez, que partió de Amurrio el 25 de junio de 1836, al frente de una pequeña división de dos mil setecientos infantes y ciento ochenta jinetes. De acuerdo con las órdenes, Gómez debería avanzar por la cordillera Cantábrica sobre el principado de Asturias y Galicia, zonas en donde el carlismo tenía numerosos adeptos. Derrota el 27 de junio a la división isabelina del general Tello, atraviesa el peligroso puerto de Tarna a principios de julio y ocupa Oviedo el día 3.

Recibe Espartero, el 29 de junio, la orden de perseguir a las fuerzas carlistas, haciéndolo con escasa fortuna durante los meses de julio y agosto, hasta que cae gravemente enfermo el 16 del último mes. Mantiene el mando de su unidad, hasta que el 27 del mismo mes cede el mando al brigadier don Isidro Aláiz y se traslada a Logroño para curar su maltrecha salud.

El mes de agosto es de vital importancia para la Historia de España, ya que se producen los levantamientos populares en Málaga, Valencia, Sevilla ... y Madrid. Los sargentos de la Guardia Real exigen de la Soberana la restitución de la Constitución de 1812, que es firmada el 13 de agosto.

La noticia es conocida por Espartero el 22 de agosto en Frómista, publicando una orden general comunicando tan magno acontecimiento a su división, poniendo a las fuerzas bajo la protección del naciente régimen.

Conocidos los sucesos de La Granja, Fernández de Córdoba dimite en el mando y propone como sustituto a Espartero, por *su alta graduación, experiencia de la guerra, perfecto conocimiento del país, crédito entre las tropas y entre los mismos enemigos, y por todas las demás ventajosas prendas y circunstancias que en él concurren* ... No obstante, el Gobierno no quiere precipitarse y asume el mando del Ejército el propio ministro de la Guerra, marqués de Rodil, el cual lo ostenta con un cierto carácter de inte-

rinidad ya que con fecha 17 de septiembre de 1836 se nombra General en Jefe del Ejército de Operaciones, Virrey de Navarra y Capitán General de las Provincias Vascongadas a don Baldomero Espartero. Tenía nuestro héroe cuarenta y tres años.

Existe un hecho anecdótico que cabe consignar por la fidelidad que mantuvo durante años a la figura de su general: nos referimos a la creación del Regimiento de Luchana.

En la acción de Ezcaro, entre las facciones de Gómez y Espartero, dada el 8 de agosto, fueron tomados prisioneros un nutrido grupo de hombres, la mayoría castellanos (las fuerzas expedicionarias carlistas lo eran en casi su totalidad). Espartero les dio la opción de alistarse bajo sus banderas, constituyendo con ellos un Batallón de *Guías*, a modo de guardia personal suya. Posteriormente y tras la batalla de Luchana, tomó la denominación de regimiento.

### *Espartero, General en Jefe*

La designación de Espartero fue muy controvertida, empezando a ser bandera de una de las dos facciones en que se había disgregado el partido liberal. Para los progresistas su designación era consecuencia de sus indudables méritos militares, y para los moderados, por su prontitud en acatar la Constitución de 1812. En realidad todos tenían algo de razón.

En 1836 la guerra civil se ha regularizado. El carlismo ha montado una incipiente administración en los territorios al norte del Ebro. Su ejército ha perdido la moral exultante de los primeros días, pasando a ser como el de cualquier otro estado, en donde la disciplina es la base del mismo. Las unidades constituidas, en un principio, con un carácter localista se organizan en regimientos, a los que se les dan nombres sonoros, como los del *Rey*, *La Reina*, etc... que recuerdan a sus homónimos isabelinos. Se crean academias de formación de oficiales y adquieren la importancia que merecen las unidades de ingenieros y artillería y el servicio de sanidad. Los recursos de esta Administración se dirigen hacia una estricta economía de guerra, contruyéndose fábricas de pólvoras, municiones y armamento.

La consideración de *zona liberada* carlista es implícitamente aceptada por las autoridades de la nación; de hecho, a finales de 1835, Fernández de Córdoba, en uso de sus atribuciones políticas, prohíbe el traspaso de la línea de acceso a los territorios carlistas, al mismo tiempo que despliega en los puntos vitales a las distintas divisiones del ejército con el objeto de cerrarles el paso a posibles expediciones hacia el interior de la Península.

Al hacerse cargo del mando, Espartero se encontró con un numeroso y bien pertrechado ejército como enemigo que, a pesar de los reveses ante Bilbao y Mendigorriá del año anterior, no había perdido su moral combativa. Por su parte, disponía de un ejército mucho más numeroso, pero mal alimentado, vestido y pagado, con una baja moral y con el cáncer de la indisciplina royéndole las entrañas.

Estratégicamente la posición carlista era mucho más fuerte, ya que no necesitaba establecer guarniciones y prácticamente el grueso del ejército podía maniobrar por líneas interiores, pudiendo atacar de forma sucesiva a las columnas cristinas que pretendieran penetrar en el territorio. Por ende, los liberales disponían de tres núcleos fuertes en Vitoria, San Sebastián y Pamplona, no superando cada uno, en ningún caso, los diez mil hombres, amén de numerosos puntos fortificados que hipotecaban cerca del setenta por ciento de las fuerzas disponibles. Su única posibilidad de actuar era por líneas exteriores, lo que dificultaba extraordinariamente la coordinación de las operaciones.

Aparte de las consideraciones militares, que por sí solas impedían cualquier operación, se encontraban las políticas, casi revolucionarias, en que por aquellos meses vivía la nación española, afectando grandemente la marcha de la guerra al no existir una política coherente ni una voluntad efectiva de terminar con la contienda.

Al darse cuenta de la realidad cambia la mentalidad del futuro Príncipe de Vergara, que tiene que hacer el esfuerzo de amainar su carácter impulsivo y adaptarse a la situación. Por ello, los que esperaban de forma inmediata un recrudecimiento de las operaciones se vieron defraudados y su conducta se vio censurada por la vehemencia popular.

Sus primeras acciones se encaminan a reorganizar el ejército, —aunque una constante en los primeros meses fueron la falta de calzado adecuado y dinero— y a humanizar la guerra —paradoja en una persona que había dado tantas muestras de crueldad—, intentando que el tratado de Elliot, encaminado a salvaguardar las vidas de los prisioneros, heridos y población civil se cumpliera.

Los dos meses que estuvieron inactivas las operaciones fueron aprovechadas por los carlistas para poner nuevamente sitio a Bilbao, esta vez con un gran aparato bélico, superior al aplicado durante el primero.

Se ha visto la imposibilidad del ejército liberal de organizar una masa de maniobra suficiente sin desguarnecer algunos puntos de la línea, más si se tiene en cuenta que la capital vizcaína ocupaba precisamente el borde más occidental de la misma. El socorro a la ciudad podía tener consecuencias funestas para el desenlace de la guerra, ya que una derrota del

cuerpo auxiliador podía acarrear la ruptura de la línea y la extensión de la rebelión por todo el territorio español. Ante esta tesitura decide consultar al Gobierno, que le prescribe la conservación de la ciudad por interesarse en ello *consideraciones de las más alta política y privar a los enemigos de los auxilios que con su posesión obtendrían forzosamente en gran número.*

Evidentemente, las razones políticas eran considerables ya que la credibilidad internacional del Gobierno de la Regente, dados los informes de los embajadores acreditados en Madrid, era cada vez más débil, debido al caos en que se encontraba la nación. La ocupación de la plaza por el denominado Carlos V le posibilitaba un cierto reconocimiento, no ya por su ideología, totalmente distinta a los tiempos que corrían por Europa, sino como única forma de eliminar el foco de inestabilidad que representaba España.

Con objeto de cumplir esta orden terminante, reúne Espartero catorce batallones y trescientos caballos. Avanza por la ribera del Ebro en dirección al oeste, no aconsejando su visión militar del momento recorrer el camino más corto, el que une Vitoria con Bilbao, dados los peligros que podía arrostrar. El 28 de octubre llega a Villarcayo, en la provincia de Burgos, y, el día 1 de noviembre alcanza Balmaseda. Sus movimientos son lentos, inusitado para un ejército de la época, pero la escasez de calzado de sus hombres le impiden avanzar con rapidez y verificar movimientos por terrenos abruptos.

Desde Balmaseda se dispone a ir hasta Portugalete, pero allí recibe noticias de que los facciosos están levantando el sitio como si pretendieran realizar una expedición al interior de la Península. Esta noticia y el conocimiento de que la división enemiga de don Pablo Sanz se aproxima desde Asturias le hace retroceder a una posición más centrada desde donde puede esperar acontecimientos. Se concentra en el Valle del Mena, en donde se producen los primeros síntomas de indisciplina, verdadera lacra del ejército liberal.

El 9 de noviembre los carlistas reanudan el sitio y Espartero, conociendo las fortificaciones que habían puesto aquéllos entre su ejército y Bilbao y la dificultad de superarlas, vuelve a desbordar las líneas contrarias dirigiéndose a Castro-Urdiales, a donde llega el 20 del mismo mes con la pretensión de embarcar su ejército, apoyándose en las unidades navales españolas e inglesas que se encontraban en la zona, pero un temporal obliga a los buques a permanecer en el puerto. Por fin el 23 amaina la fuerza del viento y empiezan a embarcar, alcanzando los primeros batallones la población de Portugalete. Pero al día siguiente vuelve el mar a ensorbecerse y

el ejército queda dividido y en una situación precaria, a costa del peligro del ataque carlista. La situación se normaliza y el día 27 han pasado todas las fuerzas desde Castro-Urdiales a Portugalete. Pero la batalla por Bilbao no ha hecho más que empezar.

Espartero quiere caer sobre la ciudad sitiada por el oeste; para ello, atraviesa el río Galindo por un puente de barcas sin apenas resistencia, ocupa las alturas de Baracaldo y hace retroceder a los carlistas que se repliegan por el puente de Castrejana. Las tropas de la Reina se apoderan del convento de Burceña. A su vez el General en Jefe, poniéndose a la cabeza de su escolta y estado mayor, arremete contra las últimas posiciones carlistas, que retroceden apresuradamente sobre el río Cadagua.

Parecía que la operación iba a ser más fácil de lo previsto tal como se desarrollaban los primeros combates, pero cuando se prepara para atravesar el río Cadagua por el puente de Castrejana —camino natural hacia Bilbao— se encuentra con una resistencia insospechada por parte de los carlistas. La vanguardia recibe un nutrido fuego del bien parapetado enemigo que le hace sufrir sensibles pérdidas; no obstante, resiste, pero los carlistas envían fuerzas considerables al puente de Arsoategui, amenazando su flanco descubierto. La situación llega a ser crítica y, ante ello, Espartero ordena la retirada hacia el Galindo, pernoctando las tropas en los altos de Baracaldo.

Los liberales se dan cuenta que intentar auxiliar la plaza por la orilla izquierda del Nervión era un suicidio, decidiendo Espartero convocar, el 30 de noviembre, una junta de generales que le asesorara sobre lo que se podría hacer. Las opiniones fueron dispares, proponiendo algunos el abandono de la misión. Solamente la voluntad de Espartero pudo enderezar la situación.

Se decide avanzar el grueso de la fuerza por la orilla opuesta del Nervión, para lo cual era preciso atravesar dicho río. Para ello, como todos los puentes habían sido destruidos, se construye uno de barcas, y se procede el 1 de diciembre a pasar el ejército a la otra orilla. Se atraviesa el río Gobela sin grandes problemas avanzando en tres columnas, una brigada en vanguardia y dos alas, cada una formada por una división. La pretensión era desbordar las posiciones carlistas, pero no pudieron atravesar el río Azúa por estar cortados los puentes. El intenso fuego que se le hacía desde unas elevaciones de la orilla izquierda que dominaban el valle del río, y la existencia de otro río (el Gobela) a sus espaldas, planteaba una delicada situación para los cristinos, dándose la orden de retirada. La presión carlista fue muy fuerte. La retirada se efectuó por escalones, dándose muestras de valor y rechazando las acometidas de los carlistas. En uno de los choques cayó



mortalmente herido el conde de Campoalange, Grande de España, que hasta el último minuto siguió arengando a sus hombres.

Los días 6 y 7 de diciembre hubo que mantener las posiciones, ya que el puente de barcas montado sobre el Nervión se había deteriorado de tal manera que no podía ser utilizado, procediéndose a la construcción de otro nuevo.

Se decide efectuar el paso de noche, siendo éste un momento muy delicado. Para ello, ordena Espartero que se verifique por batallones, dejando cada uno una compañía en la posición y encendidos todos los fuegos, de tal forma que no se diera cuenta el enemigo de la operación. Todo marchaba perfectamente cuando, a mitad de la maniobra, el puente se hizo pedazos. El general Ceballos Escalera, que había quedado en la orilla derecha del Nervión, requisó todos los barcos existentes, embarca sus fuerzas y a las compañías que habían quedado en las posiciones y atraviesa el río. En la mañana del día 8, el ejército se encontraba de nuevo en Portugalete: parecía que se alejaba el auxilio a Bilbao.

A la bajada de moral por la frustrada segunda tentativa se unía la falta de fondos para atender las necesidades más perentorias, la ausencia de ropa de abrigo y calzado y unas condiciones meteorológicas totalmente adversas. Para paliar la falta de dinero, recurre Espartero a su propia fortuna personal, actitud que le honra y que cobraría casi diez años más tarde.

Más de una semana pasó el ejército en estas condiciones, hasta que el 17 parecía que la suerte empezaba a cambiar. El teniente de navío Chacón, arrojando la violencia del temporal, pudo llegar a Portugalete trayendo algo de dinero, y el mismo día el vapor inglés James Waps proporcionó pares de zapatos a los descalzos soldados.

Levantada la moral por estos acontecimientos se decide reiniciar las operaciones; para ello, se modifica sustancialmente el plan de maniobra. Ya no se atacaría por una de las orillas del Nervión, sino por las dos, encontrándose lo suficientemente juntas para apoyarse y lo suficientemente separadas para obligar a su vez a los carlistas a hacer lo mismo.

El día 19, de madrugada, atraviesan el Nervión en pontones la caballería y la artillería y el 20 lo efectúa la infantería. La operación es apoyada eficazmente por los cañones de los buques españoles e ingleses que habían penetrado en la ría hasta la altura del Galindo. Estas fuerzas tenían por misión presionar en el Azúa, de tal forma que pudiera aliviarse la tensión sobre la acción principal que se quería realizar sobre el demolido puente de Luchana, muy próximo a la desembocadura del Azúa.

Este plan se apoyaba sobre dos puntos cardinales: el de amenazar o herir el ala izquierda del enemigo empujándole de este modo, en que acudiera a

sostenerla y debilitara a las fuerzas con que cubría el puente de Luchana; segundo, reconstruir este puente y lanzar al otro lado, con el objeto de proteger operación tan atrevida, fuerzas bastante considerables para contener el ímpetu de los batallones carlistas que guarnecían la falda del monte Cabras.

La batalla fue muy cruenta y el duque de la Victoria, aquejado de cistitis, guardaba cama, hasta que al anochecer del 24 de diciembre, al ver que los intentos por ocupar el puente son vanos, se levanta del lecho y se lanza al frente de varios batallones a su conquista. Los soldados, enardecidos por el valor de su General en Jefe, conquistan el estratégico punto en la madrugada del día de Navidad. El caudillo carlista se da cuenta de que la batalla está perdida, ordenando la retirada y el levantamiento del sitio. No hay persecución. Las fuerzas liberales están exhaustas. El objetivo ha sido alcanzado, entrando al amanecer del 25 en la villa de Bilbao entre los aplausos de la población. Espartero se convierte en el ídolo del pueblo.

Aquí finalizamos su perfil militar. En la batalla de Luchana supo vencer al desánimo, elevar la moral de las tropas, maniobrar con habilidad, ser precavido y al mismo tiempo audaz, y buscar, ver y encontrar lo que todo general se propone: el punto decisivo. Su victoria ante fuerzas más numerosas y pertrechadas le eleva a la categoría de gran general; la pena, que sus enemigos fuesen españoles.

A partir de entonces, aunque la guerra se prolongó varios años, la iniciativa se encontró la mayor parte del lado isabelino.

### *PERFIL POLÍTICO*

La guerra de la Independencia revolucionó la procedencia del cuerpo de oficiales. Hasta entonces la oficialidad del Ejército de los Borbones era fundamentalmente elitista, de tal forma que los verdaderamente profesionales eran los soldados, extrayéndose los mandos de las capas más aristocráticas de la sociedad, las cuales dedicaban el primogénito a conservar el patrimonio familiar y los segundones se dedicaban a la Iglesia o a la milicia. El Ejército conformaba una sociedad cerrada muy fiel a la figura del monarca.

Carlos IV y Fernando VII continuaron los tradicionales pactos de familia con Francia en la figura de Napoleón, de tal forma que el 2 de mayo no fue una sublevación militar sino popular, siendo escasos los cuadros de mando que se adhirieron. La España de 1808 necesitaba un ejército, formándolo del pueblo en armas, extrayendo los oficiales de los universitarios

y de los más capaces de los guerrilleros. La Regencia crea academias militares, en las que se forman mandos afines a las ideas constitucionales. De tal forma es así, que tras el regreso de Fernando VII, se puede decir que la inmensa mayoría de los oficiales que habían hecho la guerra, y los que regresaron de las prisiones francesas, estaban imbuidos de las ideas liberales. Por ello, el tachar a Espartero de liberal como si fuera la excepción de la regla, es un contrasentido. Distinto es el encasillamiento de liberalismo ya que, a raíz de la muerte de Fernando VII, se dividió en moderados y progresistas.

Espartero era el prototipo del militar constitucional. Prácticamente la guerra la pasó en la sitiada Cádiz, cuna de la Constitución de 1812, y dentro de una academia militar creada por la Regencia. Marchó a América no sólo por sus ansias de gloria sino también por la ola de absolutismo que imperaba en España. La firma de la Constitución en 1820 la expresó con versos de alegría, y se le acusó de haber presionado, junto con otros oficiales, al entonces virrey Pezuela para que dimitiera, entregando el mando a De la Serna. En realidad, su escasa graduación hace impensable que tuviera preponderancia en el nombramiento del último; a lo sumo, se podría decir que apoyó con su unidad la elección del nuevo virrey. Tenemos pues al futuro duque de la Victoria con una ideología de monarquía liberal que era común a la mayoría.

Se le acusó de que actuó, incluso firmando condenas a muerte, contra los responsables de pronunciamientos liberales en Cataluña, encontrándose allí de guarnición con su regimiento, a las órdenes del Capitán General, conde de España. Es probable que le repugnara la acción represiva ordenada por el gobierno de Fernando VII, pero era un soldado y como tal acataba órdenes, no teniendo aún formada su ideología política, excepto en su sentimiento constitucionalista.

Como la casi totalidad del Ejército apoyó a Isabel II, cuya madre, la Reina Gobernadora María Cristina, abogaba por una monarquía liberal; pero de hecho, no se decantó por ninguno de los dos partidos (moderado y progresista) en que se dividió la clase política.

Existen diversos trabajos sobre el ejército carlista de la primera guerra, coincidiendo todos en que menos de doscientos oficiales se sumaron a la causa del Pretendiente don Carlos; de ellos, veintidós generales, que debe considerarse una mínima parte si se tiene en cuenta que el cuadro de oficiales generales en 1833 era de quinientos sesenta y nueve.

Cuando la llamada expedición real de Carlos V amenazaba la Corte, acudió Espartero en su ayuda, llamado por el progresista Mendizábal, a la sazón Presidente del Gobierno. A su llegada a Madrid fue inmediatamente

tentado por los moderados para dar un golpe de timón que hiciera caer al Gobierno. Espartero rechazó el ofrecimiento, más que por convicción política por considerar que el peligro que corría la Patria desaconsejaba inestabilizar más de lo que estaban las instituciones del Estado. Fue precisamente en ese momento, agosto de 1837, cuando Espartero se adhirió al progresismo; como decimos, más que por convencimiento de su ideología, por rechazo a la inestabilidad que preconizaban los moderados.

Su adhesión al progresismo no era en principio beligerante, pero las maquinaciones de los moderados por hacer caer el Gobierno —con el plante de los oficiales de la División de la Guardia y las cortapisas que pusieron los distintos gobiernos de esta tendencia a la marcha de la guerra, restringiendo las peticiones en hombres y materiales, impidiendo una dirección efectiva de las operaciones y contraponiendo la figura de Narváez a la de Espartero—, van acercando al futuro Regente a las filas de los progresistas militantes, que sólo desean disponer de una persona de su prestigio para alzarse con el poder. No obstante, este ofrecimiento al liderazgo no es unánime, ya que determinados sectores, los más intransigentes, no perdonan a Espartero su falta de energía en reprimir el motín de la División de la Guardia en 1837, que hizo caer al gobierno progresista de Calatrava.

El fracaso moderado en terminar la contienda y las maquinaciones de Narváez y Fernández de Córdoba de levantar al Ejército de Reserva, dejaron todos los triunfos en manos de Espartero, que fue elevado en la consideración nacional hasta alturas insospechadas, de tal forma que nada se efectuaba en la vida política española de 1839 sin su previa aprobación. Contaba el duque de la Victoria con dos elementos extraordinariamente adictos: la oficialidad, que recibía ascensos, honores y paga gracias a él, y la Milicia Nacional. Los primeros lo abandonaron en 1843, pero la segunda le fue fiel en todo momento.

Hemos visto en el perfil humano, que el vencedor de Luchana era engreído; nada mejor para hacerse apreciar por él que llenarle de alabanzas, y esto es lo que realizó una camarilla, capitaneada por su antiguo jefe de Estado Mayor, general Linage, su «ángel malo», como se le llegó a denominar en los periódicos y en la opinión pública. Como dice Romanones en la biografía: *El coro de aduladores, cortejo obligado del vencedor, le hizo creer; derramando sobre él a boleo cuantos adjetivos encomiásticos ofrece la rica habla castellana, que en lo militar podía codearse con Napoleón o Federico el Grande, y en lo político, con Metternich y Tayllerand.*

Tras la promulgación de la Constitución de 1837 ganaron las elecciones los progresistas; sin embargo, los incidentes de Aravaca, con el plante de la

División de la Guardia, obligaron a dimitir al Gobierno Calatrava y, tras un breve gobierno de Bardají, se dio paso a los moderados a pesar de que aquellos seguían teniendo mayoría. Evidentemente, la mezcla no podía ser más explosiva: una Constitución progresista, una Reina Gobernadora contraria a la misma por recortarle sus atribuciones, un Gobierno moderado en unas Cortes con mayoría contraria, y un general progresista que, aunque declinaba el poder directo, exigía tácitamente su aprobación para cualquier acto de gobierno.

A finales de 1839 se disolvían las Cortes sin llegar a concluir el periodo para el que habían sido elegidas, iniciándose por parte de los moderados una campaña para hacerse con el poder en las siguientes elecciones, al mismo tiempo que desde sus periódicos afines se vertían continuas diatribas contra la intervención de Espartero en los asuntos del Estado. Las cosas fueron subiendo de tono, publicando el general-secretario del duque de la Victoria, Linage, el posteriormente denominado *Manifiesto de Mas de las Matas* —por ser ésta la ubicación en aquel momento del cuartel general del Ejército de Operaciones— en donde se refutaba de forma enérgica todas las afirmaciones de querer actuar como un dictador para con la Patria. Sus acusaciones contra ministros y personajes influyentes del Gobierno eran demasiado claras, por lo que el ministro de la Guerra exigió del General en Jefe el castigo o reprensión del culpable. Tras la negativa de Espartero a arrestar y apartar de su lado a su subordinado, hizo ver de forma clara que estaba detrás del manifiesto. Los moderados se encontraron con un enemigo demasiado poderoso y los progresistas con la esperanza de que el día de la revolución triunfante y definitiva estaba cerca y que ya tenían un verdadero líder.

La Reina María Cristina sabía que la única forma de gobernar era atrayéndose a la persona más influyente del reino: Espartero. Para ello, nombra a su mujer su dama de compañía; le escribe cartas autógrafas y le adula constantemente. Pero el victorioso general, que en todo momento había dado muestras de idolatrar a su Reina —se llegó a considerar que le tenía amor platónico—, de pronto empieza a cambiar en su forma de actuar con respecto a su Soberana. La razón que se puede aducir es el sentimentalismo (infantilismo en realidad) que tenía para una viuda joven y guapa, madre de dos niñas pequeñas, con toda la responsabilidad de la carga del Estado, rompiéndosele de pronto el esquema al conocer el casamiento secreto de María Cristina con el apuesto Fernando Muñoz.

La chispa que hizo saltar el polvorín español fue la Ley de Ayuntamientos que el Gobierno moderado quería que firmara la Soberana, ley considerada anticonstitucional por los progresistas. El artículo 70 de la

Constitución expresaba explícitamente que: *Para el gobierno interior de los pueblos habrá Ayuntamientos nombrados por los vecinos a quienes la ley conceda este derecho*. El poder local posibilitaba la presión en los comicios generales, por lo que quien lo detentara tenía la mayoría en las Cortes. Unos ayuntamientos demasiado «democráticos» impedían el «caciquismo» y por tanto una posible victoria de los progresistas. La Ley de Ayuntamientos vulneraba claramente el espíritu de la Constitución, pero rozaba la literalidad del artículo al exponer que los alcaldes serían elegidos por el gobierno, disponiendo de atribuciones para suspender todos los acuerdos de la corporación que no estuviesen ajustados a su opinión. No se contentaba con ello la citada ley, sino que exigía que la lista electoral sería elegida por el alcalde. La aprobación de la ley ocasionaba que de facto y de hecho el gobierno de turno tendría las llaves de cualquier elección que se celebrase.

Evidentemente, definido Espartero como progresista, no podía aceptar la citada norma y así lo expresó a la Reina; la cual, a pesar de sus titubeos iniciales la firmó, pensando tal vez que la fidelidad que en todo momento le había demostrado el general no se rompería por tal motivo. No fue así. Espartero, que había sido recibido como un héroe en Barcelona y que diariamente llegaban centenares de telegramas a su cuartel general, dimitió de todos sus cargos y honores, dándole extraordinaria publicidad, lo que obligó a la Regente a mantenerlo en el puesto. Tras la firma se produjeron las primeras revueltas: Barcelona, Zaragoza, Madrid y otras ciudades se sublevaron y al ser requerido Espartero para reprimirlas indicó que no podía dar una orden de esa naturaleza *porque las tropas se negarían a hacer fuego al pueblo*. No obstante la negativa, desplegó las tropas y las turbas calmaron sus ansias de pillaje. Corría el mes de julio de 1840.

A finales de julio se nombró nuevo Gobierno, cuya duración fue efímera, ya que la crisis se originó al no querer aceptar la Regente la disolución de las Cortes y la congelación de la Ley de Ayuntamientos. La situación política fue haciéndose más caótica, de tal forma que presionada la Reina, presentó de forma imprevisible su abdicación, dejando el poder y sus hijas en manos de Espartero, al que había nombrado previamente Presidente del Consejo de Ministros. El documento autógrafo de abdicación contenía las primeras causas de descomposición posterior, al expresar la conveniencia de que la regencia la ostentaran varias personas.

El coro de aduladores que rodeaba a Espartero, y su carácter mesiánico, le hicieron ver que era el hombre elegido para salvar a la Patria y colocarla en el sitio que por la Historia le correspondía. Su fortuna en la guerra, sus heroicidades que le hacían ser un mito entre el pueblo, sus dotes diplomáti-

cas puestas a prueba en Vergara, su talante liberal, su procedencia, y tantas otras cosas, le elevaron en su propia consideración, de tal forma que a partir de este momento se creía un predestinado de Dios, que todo lo que pensaba y hacía era lo mejor y que nunca dejaría de tener el apoyo del pueblo, porque en realidad él era el pueblo.

Espartero entraba en un mundo en donde la verdad nunca se muestra nítida, en donde la sinceridad no era la mejor virtud, en donde nada era totalmente blanco o negro sino que predominaban los grises: entraba, en definitiva, en el mundo de la política y lo hizo de la peor manera posible, escoltado por su esfera militar y con lenguaje y maneras propias de una acción bélica, y no para el tratamiento que hay que plantear en la Cámara. Por ello, desde el primer momento se alejaron no solamente los moderados, que era lógico, sino los hombres más señalados del progresismo.

El primer problema que se planteó en la nueva situación política fue la elección de la regencia. Como vimos, María Cristina en su abdicación había dejado entrever la conveniencia de una regencia compuesta por varias personas, por lo que los progresistas aconsejaron la formación de una regencia trina con Espartero, Argüelles y Mendizábal, mientras los partidarios del primero preconizaban otra única con éste como Regente.

Antes de iniciarse las discusiones en las Cortes, Linage publicó una carta en la prensa declarando que el «Conde-Duque» —como se hacía llamar, imitando al de Olivares— aceptaría lo que aprobaran las Cortes, pero que en el caso de que la regencia no fuera única, se retiraría a su casa de Logroño abandonando los asuntos públicos. Salió elegido regente Espartero, pero si ya algunos progresistas le habían abandonado —por los sucesos de Aravaca, por los de Barcelona y por sus maneras al hacerse cargo del poder—, ahora le abandonan los mejores parlamentarios de este partido. A los pocos meses de la abdicación de la Reina María Cristina ya existía un foco insurreccional alimentado por ésta, y en donde se alineaban moderados y progresistas con un objetivo, el de derrocar al general.

Desde hacía muchos años, la intervención extranjera en España, a través de sus embajadores, era determinante en asuntos concretos, enfrentándose los inexpertos gobiernos del Regente a las intromisiones de la Iglesia, a la posición francesa ante la futura boda de Isabel II, y, a la sibilante diplomacia británica, de tal forma que confrontándose demasiado directamente en unos casos y claudicando en otros, iba dejando jirones de soberanía por cada día de régimen que transcurría.

María Cristina desde París se retracta de su abdicación, alegando que le fue arrancada por la fuerza. Una de las razones fue el cambio de personas



que cuidaban de la Reina niña y de su hermana María Luisa, considerando que ella como madre tenía la facultad de su elección. Fue el encendido de la conspiración. La operación constituyó un secreto a voces, excluyendo de su conocimiento al Regente que, encerrado en su urna de cristal, sólo quería oír el incienso que echaban sobre sus oídos sus admiradores. La sublevación se produjo en Zaragoza, Vitoria, Barcelona, Pamplona y Madrid. O'Donnell, cabeza de la misma, logró huir a Francia. Borso di Carminati y Montes de Oca fueron fusilados. Mención aparte fue el intento de asalto al Palacio Real del general Diego de León, defendido por el comandante Dulce. Diego de León, la primera lanza de España, no quiso aceptar la oferta de huida, aceptando la pena que se le impusiera. Espartero no se comportó generosamente, desechó todas las peticiones de clemencia, españolas y extranjeras, siendo León pasado por las armas.

Los gobiernos se sucedían ininterrumpidamente (González Olañeta, Rodil y Gómez Becerra) no pudiendo llevar a cabo ninguno de ellos un programa coherente, por lo que Espartero se decidió por elección de nuevas Cortes.

El conde de Luchana tenía por principio básico de convivencia política el «hágase la voluntad nacional», y de hecho lo mantuvo en todo momento, de tal manera que por Orden de la Regencia de 21 de diciembre, solicitaba la más absoluta libertad en las elecciones (febrero de 1841), para conocer la «verdadera opinión y voluntad del país». En mayo de 1843 vuelve a exponer prácticamente lo mismo, ordenando a todos los funcionarios públicos la más absoluta neutralidad, para que los elegidos *...sean la verdadera expresión de la voluntad popular*.

Dimitido Gómez Becerra, el Regente nombra Presidente del Gobierno a uno de sus más encarnizados enemigos, Joaquín María López, en un intento de rebajar la tensión política. Se aprobó una ley de amnistía que sólo favorecía a los sublevados de octubre del 42, y se relevó a Linage, pero nada de ello impidió el alzamiento popular. Primero fue Málaga. Prim se sublevó en Cataluña, profundamente sensibilizada por la política librecambista del Regente que beneficiaba a Inglaterra en detrimento de la incipiente industria del Principado. Luego siguieron Madrid, Granada, etc...

Espartero, al frente de un ejército, avanzaba hacia el sur, pareciendo más una huida que un encuentro hacia los sublevados. El 30 de julio abandonaba la Península, embarcando en un buque inglés que lo condujo a Londres. El Gobierno recién constituido le privó de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones, ordenando a todas las autoridades del Estado que en caso de encontrarle y reconocerlo, sin más trámite, fuera pasado por las armas como traidor a la Patria.

En sus dos retiradas políticas, la de 1843 y la de 1856, contaba con gran parte del fervor popular y, por supuesto, con la fidelidad de la Milicia Nacional, fuerza que contaba con más de cien mil hombres perfectamente armados con armamento ligero; por ello, es una incógnita la razón por la que en las dos veces decidió huir sin luchar. Evidentemente, el valor físico y el miedo al fusilamiento no eran la razón, sabiendo que había arrojado las penalidades de mil combates y se había lanzado sobre la parte más peligrosa del combate. Por ello, la causa más plausible de tan anormal comportamiento era su fidelidad a la Corona, de tal manera que, el hecho de enfrentarse los dos partidos que habían aceptado la sucesión de Fernando VII originaba una más que probable guerra civil y cuanto menos la venida de la república.

Los progresistas pagaron duramente su unión contranatura con los moderados. En un principio gobernó Joaquín María López, que fue el que anatemizó a su antiguo jefe, sucediéndole Salustiano Olózaga, que se vio envuelto en un oscuro episodio, presumiblemente urdido por sus oponentes políticos con la connivencia de la propia Casa Real. El cambio de régimen, con el adelantamiento de la mayoría de edad de Isabel II a los trece años, exigía unas nuevas Cortes, cuyo decreto de disolución presentó Olózaga a la Soberana. Al poco tiempo empezó a correrse el rumor de que la firma de la Reina había sido obtenida por la fuerza, incluso con violencia física. El escándalo se hizo inmenso. El Presidente del Gobierno, aunque se defendió, tuvo que dimitir, cediendo a un gobierno moderado presidido por González Bravo, que preparó las elecciones con mayoría absoluta para su partido. En mayo de 1844 le sucedió Narváez, el «espadón de Loja», viendo el progresismo que solamente mediante otra revolución podrían hacerse con el poder.

A los pocos meses de su alevosa derrota, Espartero, resurgiendo de sus cenizas, volvió a liderar su partido, ya que los progresistas que habían apoyado el levantamiento de julio de 1843 volvieron a aceptarlo como líder a finales del mismo año, dándose cuenta de su gran error.

Mucho fango se intentó echar sobre su memoria: se le acusó de haberse llevado dinero del Estado y de las más mezquinas acciones, pero nada de ello le hizo caer del pedestal del pueblo. Con el paso del tiempo, los propios moderados tuvieron que retractarse de tanta infamia, exponiendo que no solamente no se había llevado dinero, sino que el propio Estado le era deudor por los adelantamientos económicos que efectuó de su propio pecunio para poder pagar al ejército.

Pocas realizaciones se hicieron durante los dos años de la regencia, pero como dijo posteriormente, poco se podía hacer entre tantas luchas políticas, en la permanente inestabilidad, en la sucesión de gobiernos que caían por

motivos sin sentido y en el permanente recurso a las urnas que exigía que España estuviera siempre en campaña electoral.

Al final de sus días expuso algunos retazos de su vida y al contar los años de la Regencia, decía:

*Mi Regencia, sin embargo, algo bueno debió hacer en el terreno de los principios y en la práctica de la administración y gobierno. En esa época corta se completó la desamortización de toda la propiedad que tan gran vuelo ha dado a las rentas públicas. Se impulsaron las obras públicas para dar comunicación fácil al comercio y al mercado. Se puso en práctica la Ley de Instrucción Pública de 1838 y principiaron las Escuelas Normales, que tan grandes resultados han dado para la ilustración pública y la moral. Se proveyó a la subsistencia del clero y a los gastos del culto y, finalmente, se iba atendiendo a todo como se podía, en medio de un Tesoro exhausto y un presupuesto pobre y miserable.*

Espartero se comportó en el exilio con gran dignidad. Fue acogido por el gobierno inglés con gran simpatía, incluso se le ofreció una pensión que rechazó. Las invitaciones, tanto de la Casa Real británica como de la nobleza y miembros del gobierno fueron numerosas, ocasionando protestas diplomáticas del embajador español, duque de Sotomayor, y recibiendo incluso ofensas contra doña Jacinta, cuestión que el General no podía admitir, retándole a un duelo. Durante los cinco años que permaneció en Inglaterra, aunque dedicado intensamente al campo y a la jardinería que llegó a ser su otra vocación, no desatendió los asuntos internos españoles. Al poco tiempo se planteó el casamiento de Isabel II, existiendo varios candidatos: los dos hijos de Francisco de Paula, hermano de Fernando VII; Leopoldo de Sajonia-Coburgo, candidato de Inglaterra, aunque posteriormente el gobierno británico declaró que el candidato más idóneo era un español; los duques de Aumale y Montpensier, hijos de Luis Felipe de Orleans, rey de Francia desde la revolución de 1830; incluso el conde de Montemolín, hijo del denominado Carlos V, candidato del erudito Jaime Balmes, como solución al problema dinástico español. El tema fue tratado por los moderados de forma caótica, cometiéndose grandes fallos diplomáticos, optándose, por fin, por el candidato que menos problemas exteriores causaría, don Francisco de Asís, del que dijo la Reina tras la noche de boda, que tenía más encajes que ella. Este matrimonio, aparentemente inocuo, fue causa de múltiples males para España, hizo desgraciada a Isabel II propiciando una vida íntima llena de engaños y de mentiras que ineludiblemente traspasaron lo que era el lecho conyugal y se extendieron por el territorio nacional. De esta forma, la Reina, espejo de virtud para los españoles, se transformó en una especie de «fulana», perdiéndosele el respeto que se debía a la Corona.

El candidato progresista era el hermano del anterior, don Enrique, que había demostrado ideas liberales. Espartero apoyó la candidatura, incluso se planteó la posibilidad de volver a España mediante un acto de fuerza y audacia. La operación no llegó a producirse ya que, llegadas noticias a oídos de Narváez, reiteró el decreto de exoneración, ordenando que fuera pasado por las armas nada más desembarcar y ser reconocido.

En la España del XIX era imposible alcanzar el poder sin previamente detentar el Gobierno. El sistema electoral estaba prostituido y en manos de los caciques locales. En resumen, el constitucionalismo (no ya la democracia) no existía, por lo que el único camino que le quedaba al progresismo era la insurrección armada.

A finales de 1844 se sublevó en Logroño un fiel de Espartero, el general don Martín Zurbano. En las mismas fechas lo hizo en Cartagena el coronel Bonet y dos años más tarde se sublevaron las guarniciones gallegas. Todas fueron aplastadas y sus responsables pasados por las armas. Uno de los artífices de las sangrientas represiones fue el general don José Gutiérrez de la Concha, cuñado de Espartero, siendo lógico que no existiera simpatía entre ambos.

En 1845 se promulgaba una Constitución moderada, sin que la añorada estabilidad política, social o militar se hiciera patente. El 3 de septiembre de 1847, siendo Presidente del Gobierno don Joaquín Francisco Pacheco, se expedía un decreto de Isabel II nombrando a Espartero senador del Reino, lo que significaba de facto y de hecho una rehabilitación de su figura. Otro real decreto de 1 de octubre le nombraba ministro plenipotenciario ante S.M. británica, lo que declinó porque deseaba volver a la Patria.

A principios de 1848 pasó por Madrid para tomar posesión de su escaño de senador, contando las crónicas que su estancia fue una ininterrumpida sucesión de personas que deseaban admirar al «pacificador» de la Patria. Poco duró su estancia en la capital, pues estaba convencido y desengañado de las luchas políticas y predispuesto a pasar el resto de sus días en Logroño cuidando de sus fincas. Al despedirse de la Reina, se cuenta, que le dijo: *Suplico a Vuestra Majestad me llame siempre que necesite una espada para defenderla o un corazón para amarla*, aseveración que se hizo profética cuando la Reina lo llamó ante la revolución de 1854.

Como complemento de la anterior escena, se cuenta que cuando la Reina lo vio en el Palacio Real, rompió en llantos y le dijo: *Ya sabía yo que serías mi salvación*.

En 1854 comienza el llamado «bienio progresista», durante el cual fue Presidente del Gobierno el propio don Baldomero, pero como diría posteriormente: *Yo no me sentí ni por un minuto verdadero jefe del Gobierno*, siéndolo-

lo de hecho el general O'Donnell. Como siempre los escollos abundaron, siendo el primero el odio del pueblo hacia la antigua Reina Gobernadora, a la que consideraban culpable de todos sus males. La revolución exigía su procesamiento, lo que era una monstruosidad para su propia hija, Isabel II. Espartero facilitó su huida hacia Portugal, lo que originó manifestaciones en su contra, cuando hacía una semana escasa todo eran vítores y aplausos.

Los prohombres de la revolución consideran agotada la Constitución de 1845 y convocan Cortes Constituyentes, que lógicamente cuentan con mayoría progresista. Esta Constitución, aprobada y firmada, no llegó a ver la luz, por la caída del régimen que la había elaborado.

Las «poses» de Espartero, su carácter engolado y reglamentista provocaron que fuera fácil presa de chistes y artículos en los diarios, principalmente de un folleto titulado «Padre Cobos», cuya anotaciones eran verdaderamente sangrientas.

El gobierno progresista no eliminó los continuos pronunciamientos militares, sublevaciones y levantamientos populares. O'Donnell era partidario de mano dura contra los revoltosos, exigiendo en cambio mesura, Espartero. Este intercambio de opiniones entre ambos tratadistas en presencia de Isabel II provocaron la dimisión del segundo, creyendo que no sería aceptada, pero la Reina ya había planeado esta especie de «golpe de estado» con O'Donnell, nombrándole de inmediato Presidente de Gobierno, haciendo a continuación presentación de su Gabinete. Espartero se dio cuenta del engaño.

La caída de Espartero provocó el levantamiento de barricadas en Madrid. Los diputados se parapetaron en el edificio de las Cortes y comunicaron que preferían morir antes que abandonar sus escaños. La Milicia Nacional se alzó en armas esperando las consignas de su jefe, pero el duque de la Victoria no apareció. Su sensibilidad ante la posible caída del trono le hizo abandonar la Corte y dirigirse de forma definitiva hacia sus tierras de La Rioja.

Cinco años duró el Gobierno de la Unión Liberal, el partido creado por O'Donnell con los moderados y progresistas más centristas. Durante ese tiempo España se abrió al exterior. Se combatió en Italia, México, Cochinchina y Marruecos, pareciendo que de nuevo entraba en el concierto de las naciones. Pero la utopía era transitoria. Cayó O'Donnell por las maquinaciones de la Reina y de los moderados, y se entró en una fase que sólo el poder del terror, creado por Narváez, mantenía el trono. Todos, progresistas, demócratas, republicanos, federalistas, marxistas, etc... se unían para derribar a Isabel II. El mando real de los primeros, aunque mantenían la designación nominal de Espartero como su jefe de filas, lo detentaban otros, entre ellos Prim.

La revolución de 1868 proporcionó la última satisfacción al valiente soldado cuando las Cortes le propusieron como candidato a la Corona española, distinción que declinó: por sus años, no tener descendencia y por no considerarse digno de tal alta estima.

Proclamado Amadeo I, lo acata como Soberano, diciéndole: ... *acato fielmente la persona de V.M. como Rey de España, cuya suprema dignidad le ha sido conferida por la voluntad nacional*. Fue el nuevo Rey, huésped del anciano general en Logroño, quedando prendado el joven monarca de sus virtudes. Al despedirse le hizo la merced de Príncipe de Vergara, con tratamiento de Alteza Real.

Derrocado Amadeo, el primer Presidente de la República, Estanislao Figueras, se apresuró a comunicar el nuevo régimen al ilustre anciano, el cual sin ninguna reserva, declaró: *cúmplase la voluntad nacional*.

Finaliza 1874 y Martínez Campos proclama Rey, en Sagunto, a Alfonso XII, que también se le apellidó el «Pacificador» por la terminación de la tercera guerra carlista. Regresando de la campaña se paró el Rey en Logroño para cumplimentar a Espartero y, éste, haciendo un gesto de verdadera majestad, se quitó la Gran Cruz de San Fernando que lucía en su pecho y colocándola en el de su Rey, le dijo que se había hecho merecedor a ella por su comportamiento en la guerra. El Monarca quedó profundamente agradecido al gesto del viejo general.

Viendo a España en paz y tranquilidad transcurrieron los pocos años que le quedaban de vida. La muerte de su amada Jacinta le postró para siempre. Murió el 8 de enero de 1879, cuando contaba ochenta y siete años de edad.

## BIBLIOGRAFIA

- ALMIRANTE: *Estudios Militares* (Antología). Ediciones Ejército, Madrid, 1943.
- ALBI, J. y STAMPA, L.: *Las campañas de la caballería española en el siglo XIX*, Servicio Histórico Militar, tomo II, Madrid, 1985.
- ALONSO BAQUER, Miguel: *Las preferencias estratégicas del Militar Español*, Servicio de Publicaciones del EME, Colección Adalid, Madrid, 1985.
- ANÓNIMO: *Biografía de D. Martín Zurbano. Relación histórica de todos los hechos de este célebre guerrillero durante la guerra civil y la regencia de Espartero, y de los acontecimientos que motivaron su fusilamiento en Logroño*, edición facsímil, Madrid, 1870.
- ANÓNIMO: *Historia de don Diego León, primer conde de Belascoain, con una breve relación de todas sus hazañas y hechos de armas durante la guerra civil, hasta su muerte en 13 de octubre de 1841*.
- ANÓNIMO: *Historia del general carlista don Ramón Cabrera, desde su nacimiento hasta los últimos sucesos*», edición facsímil, Madrid, 1874.
- ANÓNIMO: *Historia Militar*, libro de texto que se impartía en las Academias Militares Españolas, Imprenta del Colegio «María Cristina», 1921.
- ANÓNIMO: *Historia Militar y política de don Tomás de Zaumalacárregui, y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte enlazados a su época y nombre*, ded. facsímil, Madrid, 1870.
- ARTAGAN, B. de: *Victorias carlistas de antaño*, Biblioteca de la Bandera Regional, Barcelona, 1910.
- BIDONDO, Emilio A.: *La Guerra de la Independencia en el Alto Perú*, Círculo Militar de Argentina, Buenos Aires, 1979.
- CHAMORRO Y BAQUERIZO, Pedro: «Biografía del General Conde de Luchana», *Estado Mayor General del Ejército Español. Historia del Ilustre Cuerpo de Oficiales Generales, Capitanes Generales*, Madrid, 1851; IDEM: *Estado Mayor General del Ejército Español. Historia del Ilustre Cuerpo de Oficiales Generales, Teniente Generales, Mariscales de Campo y Brigadieres*, tres tomos, Madrid 1852 y 1854.
- CHRISTIANSEN, E.: *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*, ed. Aguilar, Madrid, 1974.
- CLEMENTE, José Carlos: *Bases documentales del carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1985.
- GARCÍA RIVERA, F. (general): *Independencia de América. Bolívar*, ed. Juventud, Barcelona, 1944.
- GIRÓN, Pedro Agustín (marqués de las Amarillas): *Recuerdos 1778-1837*, ed. Universidad de Navarra, S.A., Pamplona, 1978.



- GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José (general): *Guerra de la Independencia*, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, Madrid, 1902.
- KIERNAN, V.G.: *La revolución de 1854 en España*, ed. Aguilar, Madrid, 1970.
- LAVAUUR, Luis: «La expedición carlista del General Gómez», *Revista de Historia Militar*, n.º 42, 1977.
- MUNIÑA GÓMEZ, Eduardo: *Introducción a la estrategia militar española*, Servicio de Publicaciones del EME, Colección Adalid, Madrid, 1984.
- O'LEARY: *Memorias del General O'Leary* (edición facsímil), Ministerio de Defensa de Venezuela, 1981.
- ONCKEN, Guillermo (director): *Historia Universal*, tomo XXXIX, Montaner y Simón Editores, Barcelona, 1934.
- PALACIO ATARD, Vicente (varios autores): *España y el mar en el siglo de Carlos III*, ed. Marinvest S.A, Madrid, 1989.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: «Cádiz», *Episodios Nacionales*, ed. Urbión, Madrid, 1976.
- PÉREZ TURRADO, Gaspar: *La Marina española en la independencia de Costa Firme*, ed. Naval, Madrid, 1992.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil*, ed. Felipe González Rojas, Madrid.
- RIVAS SANTIAGO, Natalio: *Miscelánea de episodios históricos. Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias*, Madrid, 1950.
- ROLDÁN GONZÁLEZ, Enrique: «Los ejércitos carlistas del siglo XIX», *Revista de Historia Militar*, n.º 53, 1982.
- ROMANONES, Conde de: *Espartero. El general del pueblo*, Madrid, 1932.
- ROSELL, Cayetano: *Adición a la Historia de España del Padre Juan de Mariana y continuación de Miniana*, (tomos XXIII, XXIV y XXV), Madrid, 1942.
- SEGUNDO FLORES, José: *Espartero. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos*, Madrid, 1844.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: *La España del siglo XIX*, (tomos I y II), ed. Laia, Barcelona, 1980.
- VEGECIO RENATO, FL.: *Instituciones Militares*, Reproducción hecha con fines didácticos, no comerciales, para uso interno de la Escuela Superior del Ejército, Madrid, 1979.
- VIDAL DELGADO, Rafael: *Historia de la Guerra de la Independencia en el Campo de Gibraltar*, Algeciras, 1995.
- VILLAMARTÍN: *Nociones de Arte Militar (Selecciones)*, ed. Ejército.



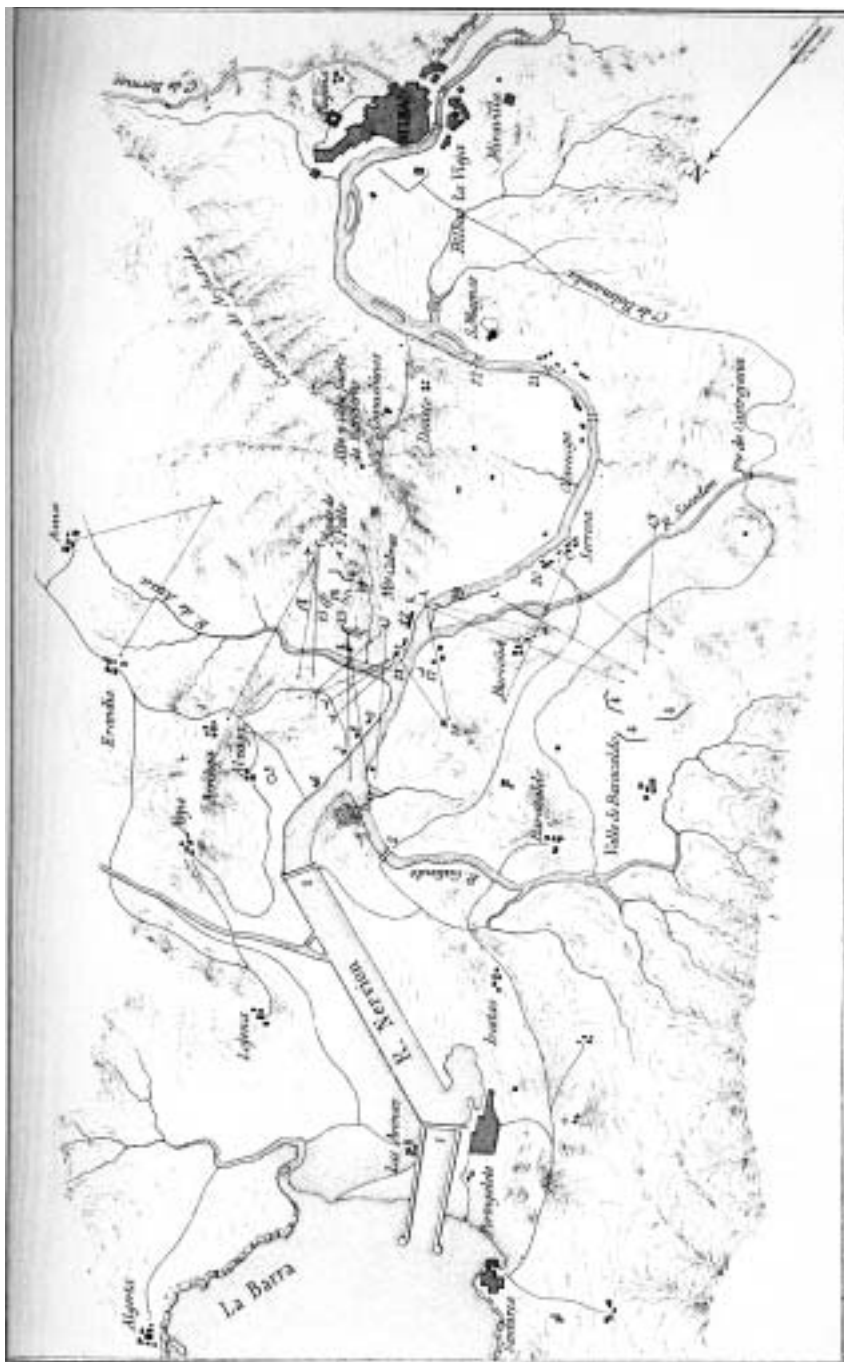
*Excmo. Sr. General don Baldomero Fernández Espartero*



*Teniente General don José Canterac Dorlic y D'Ornezan*



*El Virrey D. José de la Serna e Hinojosa. Conde de los Andes*

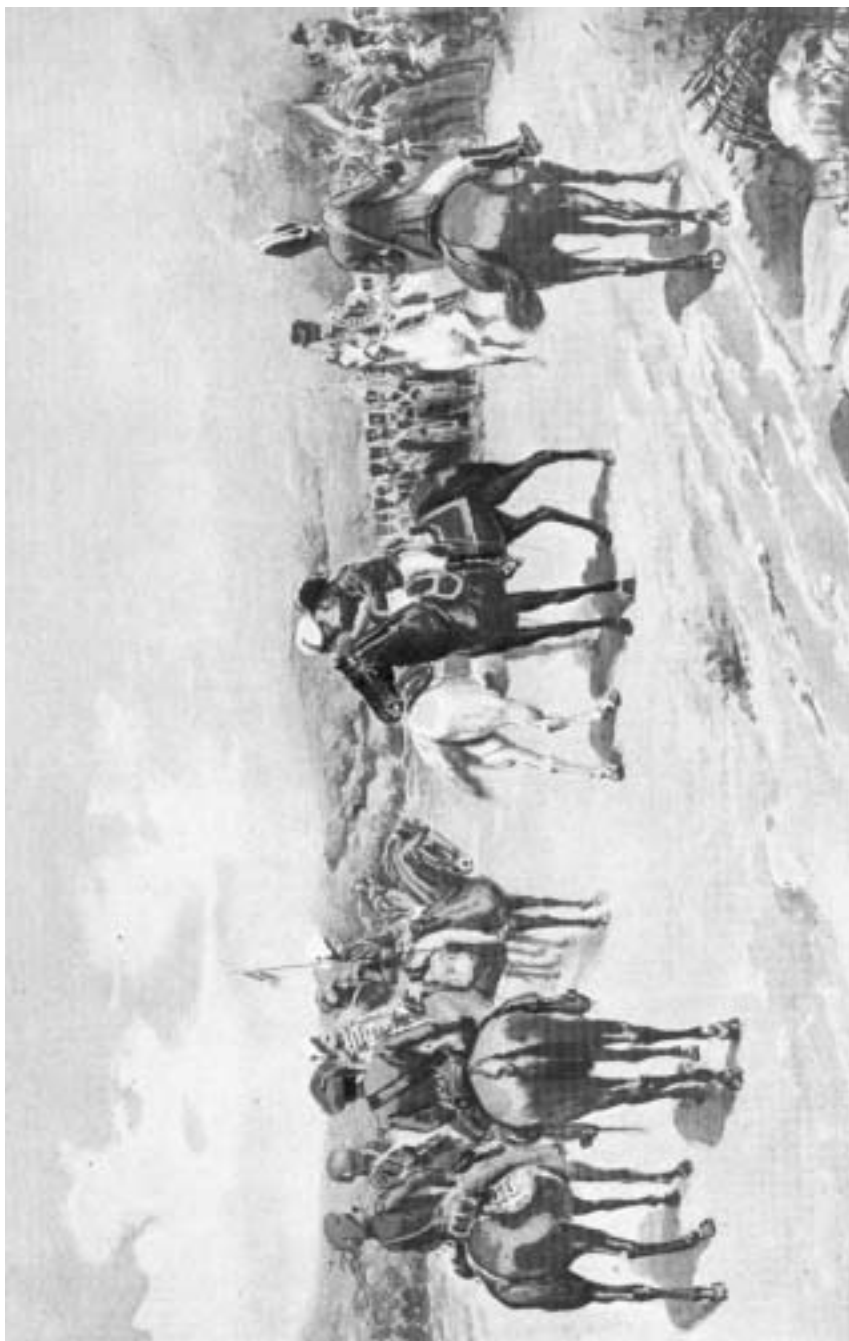


*Teatro de las operaciones del Ejército del Norte ejecutadas para salvar Bilbao en 1836*





*El General Espartero revistando sus tropas antes de la batalla de Luchana*



*El abrazo de Vergara*



## DOCUMENTOS

Memorias Militares  
Reconocimientos, Croquis  
y Mapas por el Coronel  
de Ingenieros

D. Juan Palomino

1809 à 1818



9.

Diario de Operaciones  
de las Divisiones en que  
he estado Destinado des-  
de 23 de Junio de 1808. has-  
ta 16 de Febrero de 1810.

Diario de la 3.<sup>a</sup> División del Exto. de Andalucía  
al mando del Excmo. Sr. Fr.º Fr.º Navier Castaños  
Jeefe de División.

El Mariscal del campo Sr. Feliz Torres.

Año de 1808.

Junio.

22. Salio la División de Vera con Direccion á Cameto de las Torres donde llegó el 30 en novedad particular, poco aproximándose lo contrario y aun entrando en Jaen en el día 9 de Julio. Sabieron para esta Ciudad y para reformar á la División volante que mandaba el General Berregán, los Regimientos de Infanteria Cordova y Valancia, y para la seguridad de las tropas de la División y evitar una sorpresa se puso esta en posición, se destacaron grandes guardias muy avanzadas cubriendo todas las avenidas.

En el día 8 en la noche se empezó a formar una sublevacion en la División llamada por uno de los Reg. de Artilleria que pretendian sacar partidas del Alroto, lo q. fueron aprehendidos y remitidos al General en Jeefe.

Julio.

6. Llegó la División á Morstero y se reunieron a ella los Regimientos Cordova y Valancia. En el día 8 hubo una alarma falsa que obligó a poner

1.ª División en Peñon, se tomaron las alturas del Puente y las del Arceife dividiendo la Artillería en cinco puntos q.º se apoyaron al Pto Gradalquivir. A las 4 de la tarde se mandó retirar la tropa y darle descanso.

2.ª Arforilla. Cuando la División en dos líneas y lo mismo sucedió a la 4.ª División q.º llegó en la tarde, se formó una Emboscada, la Caballería ocupó el centro, la artillería cubrió las alas y centro, y las avanzadas se extendieron hasta el lado q.º distaba media legua a Vanguardia.

3.ª Marchó la División alo vior de Andujar, ocupaba la cabeza de la columna, las tropas ligeras con alguna Caballería, las primeras desalojaron las avanzadas enemigas q.º se retiraron a Andujar, la División posicionada de lo vior formó en Batalla ocupando la Artillería las 2.ª Alas, en las q.º se colocó en varias especies de plataformas q.º se presentaba el terreno, la Artillería Caballería ocupaba la izquierda frente a el Carrizo q.º de Arforilla sale para Andujar.

A las 9 se presentó el General M. Gago, y mandó romper el fuego de Artillería contra la cabeza del Puente de Andujar cuyo fuego duró hasta las 10 a la mañana, los enemigos desalojaron la cabeza del Puente y se retiraron alo interior, a las 12 del día llegó la 4.ª División y camió a la izquierda de la 3.ª

17. Se puso en movimiento la Division para ocupar las alturas a la derecha una legua distante apoyada en el Rio Guadalquivir, este movimiento se hizo por la mañana al frente de Andulca, y a las once y diez del día, los enemigos colocaron 6 piezas de a 4 y rompieron el fuego, la Division contestó con la del mismo calibre y con 5 de a 8 q. quedaron en la posición q. se defendía, con las q. se les desmontó a el enemigo cinco piezas, ellos causaron la pérdida de unos 60 muertos y 40 heridos, pero la de los enemigos fue considerablemente mayor. la Division continuó al punto destinado y en la derecha se rompió el fuego a facileria por los Regimientos de inf. de Cordov. y tropas ligeras voluntarias de Valencia, los q. derrotaron a los enemigos a la Gran Guardia q. tenía en el molino defendiendo hasta 70 muertos, una desgracia en las tropas Españolas q. se batieron.

En la tarde se formó la Division en dos líneas la Caballeria ocupó el centro en una línea y la Artilleria se colocó en las Alas y las Gran Guardias y avanzadas se extendieron a la orilla de Rio. En la noche a las 9 se recibió ordenes para volver a la posición anterior.

18. Se puso en movimiento la Division y tomó posición en la izquierda a la 4.ª Division donde permaneció hasta la tarde en q. volvió a la posición primera.

En la noche de este día se advirtieron á las 9 de ella grandes fuegos en las inmediaciones y frente de Arroyo, á las 12 a la misma hora un paisano con la noticia de q<sup>e</sup> los Cremlises habian abandonado la Poblacion dirigiéndose hacia Bailén.

19. Corriendo el General en Jefe de la salida de los Cremlises supuso q<sup>e</sup> la 4.<sup>a</sup> División igniera su retirada, para lo q<sup>e</sup> se reforzó con los Regimientos de Inf<sup>a</sup> de Cordova y Caballeria del Principe, q<sup>e</sup> á las 8 de la mañana se puso en movimiento. Al mismo tiempo la 3.<sup>a</sup> División marchó á cubrir lo Badoz de la derecha del Rio Guadalquivir donde permaneció hasta la 1 de la tarde en q<sup>e</sup> marchó á unirse con la 4.<sup>a</sup> División.
20. Se unió la División con la 4.<sup>a</sup> D. en la Venta ó casa de Cortés a una legua de Bailén, en la tarde tomó posición á la derecha cerrando en círculo la q<sup>e</sup> ocupaban los Cremlises.
21. Retrocedió la División y formó en Batalla en el Arceife donde tendieron las Armas los Francés en la mañana de este día, luego quedó campada en el mismo sitio. De este campamento (segun orden) me separé de la División y pare á la Carolina.

Nota.

Este list. Campamento de quatro Divisiones estaba al mando del Excmo. Sr. D. Fr. de Xavier Cantón,



La Batalla de Espinosa se dio el 19 de Julio frente a dicho Pueblo, batien dose el E'rcito francés á las ordenes del General Doupont compuesto de 20000 y mas hombres con la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> Division española al mando de los Mariscales de Campo D.<sup>o</sup> Federico Pedring y Marques de Loupignis, quienes sufrieron un unico ataque desde las 2.<sup>a</sup> de la mañana hasta las 11 1/2 de la misma en q.<sup>e</sup> capituló Doupont con Pedring. La fuerza de las tropas españolas en estas dos Divisiones ascendia á poco mas de 15000 hombres, siendo las dos tercias partes de estas soldado voluntario sin instruccion ni disciplina: y qual cantidad concurriran en las tropas de la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Divisiones.

En la capitulacion q.<sup>e</sup> hizo Doupont con el General Castaño, se comprehendieron tambien los 9000 y mas hombres q.<sup>e</sup> llegaron á Guadarrama á las ordenes del General de Divisiones Bidel, resultando q.<sup>e</sup> el total de tropas francesas q.<sup>e</sup> rindieron las Armas ascendió á 18.000 hombres, mas 4000 muertos, en todo 22.000 hombres.

Las Divisiones 1.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> salieron para Madrid y las 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> se acantonaron en la Carolina y Puebla inmediatamente.

De resultas de esta Batalla y capitulacion de Doupont, pidieron tambien capitulacion las tropas francesas q.<sup>e</sup> estaban en Madrid, para lo q.<sup>e</sup> se mandó al Mariscal de Campo D.<sup>o</sup> Tomas Moreno á obsequiar esta Comision.

Aquí concluyó la Primera Campaña y el General Castaño pasó á Sevilla para llevar nuevas ordenes.

Septiembre.

24. Me incorporé en la noche con la 4.<sup>a</sup> División a las órdenes del teniente general don Manuel de la Peña.

Octubre.

6. Llegó la División a Calama.  
20. Hubo una Alarma y tomaron decisias las tropas con motivo haberse efectuado las grandes guardias enemigas de St. Adriano y Acopra y pasar el Río Cbo por los bado alguna caballeria e infanteria, por lo que se hicieron el Batallon de Campo Mayor y Dragones de Pavia quienes arrojaron a las enemigas a sus posiciones.

Noviembre.

9. Se dividió la División en tres secciones la primera puso el General su Cuartel en Arnedo, la 2.<sup>a</sup> en Quel con el Gral. a seccion don Narciso de Pedro y la 3.<sup>a</sup> en Antof con el grueso de la caballeria.  
12. Salio la seccion al Villar de Arnedo y volvió a Quel en la mañana del 13.  
19. Salio la Seccion al Villar de Arnedo y volvió a Quel en la mañana del 20.

En esta mañana se debia haber atacado el Puente de Lobos y continuas con el Cpto. hasta Lagrario.

21. Salio la Seccion para Antof. y se reunió con la q.<sup>a</sup> estaba en dho. punto donde llegó la 1.<sup>a</sup> y salió la División para Lincanta donde llegó el 22. en la tarde.

23. Le firmó la División y tomó Posiciones de Tropa de haberse presentado en la línea de Infantería y una de Caballería enemigas, á las q. se le atacó por tres veces y otras tantas se retiraron. Al mismo tiempo atacó el enemigo el punto de Tudela q. lo defendian las tropas del Exo. de Navarra á las Órdenes del General Palafox, los franceses penetraron en Tudela á las 1/2 de día, y salieron á cubrir el flanco de Cascaño los Regimientos de Trufa de Africa y Campo Mayor con 100 piezas de Artillería de á 6 y 12 Dragones de Lusitania, 20 de Castilla y parte de Bavaria.

Los franceses baxaron para Cascaño en la tarde de dicho día y los 20 cuerpos de Infantería sostubieron los ataques con tanta serenidad q. llegaron á el enemigo en número de 5000 hombres, se mandaron 200 piezas mas de Artillería á esta sección, la q. volvió á ser atacada con fuerzas superiores y mantubo el punto hasta las 7 de la noche q. se retiró perdiendo una pieza de cañon inutil.

El día mañana el Sral. pasó Órdenes al General Guzmanet q. mandaba la 1.ª División q. estaba en Tarazona para q. abanzase á cubrir á Cascaño afín q. la 4.ª División pasase á ocupar el punto de Tudela, pero la 1.ª División no se movió y á las 5 a la tarde solo mandó una pequeña sección para el punto de Cascaño, que siendo ya inutil se puso en movimiento el Exo. y se retiró de aquel punto en la noche de dicho día, con

Dirección a Guadalajara y de ésta a Cuernavaca. El día 27 al 28 atacaron los enemigos a la División de Vanguardia a las Órdenes del General Berzosa en el punto entre Cuernavaca y Alama de cuyas batallas se perdió el todo de esta División y solo se presentaron en el momento dho. Frab. y el Fer.<sup>te</sup> Coronel agregado al Regim.<sup>to</sup> a Órdenes Militares Sr. Miguel de Alava.

### Diciembre.

7. En la tarde de este día se notó cierto disgusto errabguina de las tropas q. componían el Eto. Fue este agorrese en movimiento para salir de Mondajón y el Conde de Villavieja q. mandaba las tropas fue sorprendido al ver q. el Comand.<sup>te</sup> a Artillería D.<sup>no</sup> S. Santiago hacia quien caudaba este alboroto sublevarido al Eto. y llegando hasta el extremo de volver la Artillería cargada a metralla para los cuerpos q. quisieran seguir la lista q. se había mandado seguir y no se verificaran a Madrid como el querían. No obstante se volvió el desorden y a la una de la noche se puso en movimiento el Eto. para las barreras.
8. En la mañana de este día se volvió a amblar el Eto. en el momento de ponerse en marcha, siendo los promotores el mismo Santiago, algunos Guardias a Corps y Carabineros, de esto acompañaban ya a Santiago en clase de Ordenanzas el Conde de Miranda q. mandaba la tropa en este día consiguió apaciguar el motín y salir del

Pueblo de San Juan a las 29. de la tarde con direccion a Alcazar del Rey, pudiendo conseguir llevarse junto con el Santiago, con cuya seguridad cesaron los alborotos. Entrando en buena el dia 11. donde fue flogado Santiago y parado por los Armas.

Año de 1809.

Enero.

- 12.. Fue destinado a la Division de Vanguardia q<sup>l</sup> se hallaba en Oles, esta la mandaba el General Venegas, y se iba a llevar del mando el General Guismaret; el dia 13 fue derrotada esta Vanguardia al tiempo q<sup>l</sup> el Gral. Guismaret llego a Huata, donde recibí dispersion y se dirigió con ellos a unirse con el Cpto. q<sup>l</sup> lo verificó en Tabarradonquio hasta Sta Cruz & Almiradela.

Febrero.

- 9.. Fue el Cpto. a Valdepeñas, despues a algunos dias a Marmareros, quedando la 1<sup>a</sup> Division en Valdepeñas a las ordenes del General Berally, donde tubo destino el dia 16 tornó posición la Division y pasaron a ella refuerzos del Cuartel Gral. de Huata a haber hecho movimiento los Enemigos hacia Villalta.

Marzo.

- 22.. Fue destinado a la q<sup>l</sup> dicron nombre a la Division q<sup>e</sup> se hallaba en Almodovar del campo a las ordenes del teniente Coronel a Orgaz; En los dias 26 y 27 se celebraron tres consejos de Guerra de Huata de las noticias recibidas de haber sido derrotado el Cpto. en Ciudad Real, y salió la Division para el Pueblo de Guano; constaba la fue

2a de la Division de Nros Hombres y 35 caballos que se agregaron.

#### Abril.

4. Cuse á la Carolina y al dia siguiente tube orden para pasar á Ardujar y unirme á la 1a Division á las Ordenes del Conde de Argas q. pasaba á Extremadura. Llegó la Division al Plornquillo el dia 22. y alquando del mando al Conde de Argas cuse á Sevilla á Nros Ordenes donde llegué el dia 27.

#### Mayo.

5. Desde este dia hasta el 29 de Octubre desempeñé de Comisionario por orden de la Junta Central.

#### Noviembre

6. Desde el dia 6 hasta el 19 de Dic.<sup>to</sup> fui comisionado á reconocer la derecha de la Sierra-Morena

#### Año de 1810.

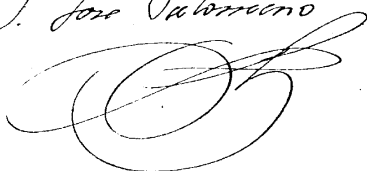
#### Enero.

12. Salí á reconocer la izquierda de Sierra-Morena, Me fui á las casas de Miranda y me agregué á la Division q. mandaba el General Peron por haber hecho movimiento los Franceses en los dias 16 y 17.
18. Salí á continuar mi comision llegando á Mestanza el 20 en la tarde. En este pueblo se hallaba el General Lopez y me agregué á su Division por haber los Franceses forzado la Sierra morena en el mismo dia 20.
21. Salí con la Division con direccion á buscar el Cuartel Genl. y no siendo practicable seguimos

seguimos la ruta por la Sierra con direccion á Sevilla guardando siempre el curso del Rio Guadalquivir; La Division se vio amenazada de Enemigos en Villanueva de la Lora, en Abujaca, al paso del Puente de mano de Hierro, y en Cartillana: con motivo á este ultimo accidente se dirigió la Division al Borquillo y de aqui á Lope en donde se embarcó para Luda el 17 de Febrero: Antes del embarco hallandose la Division en Triguera el 5 de Febrero donde iba á dar descanso se vio precisada á salir para Cartalla á causa de aproximarse los Enemigos en mayor numero y no hallarse en las inmediaciones posiciones Militares para contener á la Caballeria, y así en este de Cartalla se tomaron los Bateos del Rio de este nombre, se prohibieron las Barcas y todo se tubo pronto para acudir á cualquier ocurrencia q. pudiesen haber á caheido.

Luda 18 de Febrero de 1810

J. José Galvino





(10)

Diario de operaciones de la 1.<sup>a</sup> División  
al mando del Brigadier D.<sup>no</sup> Juan.<sup>to</sup>  
Copons, en la Expedición q.<sup>a</sup> emprendió  
desde los puntos de Mestaza y  
S.<sup>ta</sup> Lorenzo a la Plaza de Cadix  
el día 26 de Febrero de 1812.

DIARIO de operaciones de la 1.<sup>a</sup> División al mando del Brigadier D.<sup>o</sup> Fran.<sup>o</sup> Lopez y Novia, en la Marcha que emprendió el 25 de Enero de los puntos de Méstanza y S.<sup>o</sup> Lorenzo hasta la Ciudad de Cádiz.

Hallándose el General Lopez Jefe de la 1.<sup>a</sup> División del Ex.<sup>o</sup> Real en su marcha cubriendo los puntos de Méstanza y S.<sup>o</sup> Lorenzo con los Regimientos en el primero, los Batallones de Infantería de la Bayona y Murcia, y en el segundo los de Marina y Veter. Malaga, en todo cuatro Batallones y cuyo total de fuerza se expresa en el título N.<sup>o</sup> 1.<sup>o</sup> El día 25 á las 12 de la noche Recibió Vto. Gral. oficio del General en Jefe noticiándole como los Enemigos habían penetrado la Sierra Morena por el Puerto del Rey, en cuyo concepto — obrase con arreglo á las instrucciones q.<sup>o</sup> tenía y le permitieron las circunstancias. Púsose no obstante de ser peligrosa por quanto habiendo los Enemigos forzado el Puerto del Rey se encontraba ya á Vanguardia de la División por abanzar el punto de Méstanza hasta 3 leguas á Vanguardia respecto al Puerto del Rey, hallarse una División Francesa en el Valle de la Alcañal á tres leguas de Méstanza en su flanco izquierdo, el haber esta Marchado su Artillería en el día anterior, hecan indicios claros de que trataban de atacar el punto de Méstanza ocupado antes el Pueblo del Hoyo (Marchado) q.<sup>o</sup> deberian emprender las tropas Españolas en caso de suceso adverso; El tiempo q.<sup>o</sup> anticiparon las que atacaron el Puerto del Rey proporcionó la Marcha a una División que se hallaba rodeada de Enemigos en toda su circunferen-

cia; Las acertadas ordenes y actividad del General Lopez libertaron à estas tropas de ser presa del enemigo, cuyas ordenes comunicadas con oportunidad hizo retirar el todo de la Division en el Pueblo de Puencaliente en el centro de Sierra-Morena, siguiendo el orden de marcha siguiente.

#### Enero.

21. ..... Salio' el General con los Batallones de la Oroya y Murcia para Puencaliente; Esta primera Jornada fue porcionissima para el soldado, no cesó de nevar en todo el dia y noche hasta las 12 de esta q.<sup>a</sup> se llegó à poblado, transitando por cardines y otras arroyos conpuentes de tierra escarpadas y desfiladeros con precipicio y continuo arroyos que pasari, la suma desorden del soldado hacia mayor la incomodidad q.<sup>a</sup> sufrió.

22. ..... Se cubrieron las averridas à el Pueblo poniendo avanzadas en los principales puertos, interin llegaban los Batallones q.<sup>os</sup> se hallaban en lo sobrem. tambien se recibió noticia de q.<sup>e</sup> los Enemigos ocupaban à Villanueva de la Tava.

23. ..... Habiendo llegado los Batallones de Marina y Vela Mellaga en la noche anterior, el General cito' à Junta à todos los Jefes de la Division, aquiener manifestò el motivo de la retirada y el aviso de oficio q.<sup>e</sup> habia tenido del G.<sup>ral.</sup> en jefe del paso de los Enemigos por el Puerto del Oley, como tambien las instrucciones q.<sup>e</sup> tenia para obrar con la Division; pero en vista de las circunstancias del dia y sin comprometer su responsabilidad, puestaa la tomada sobre si, esperaba le diesen su parecer à cerca de la ruta que habia pensado tomar paralela al Rio Guadalquivir à ses leguas distante de el con el fin de tener noticia del camino de los Enemigos q.<sup>e</sup> se dirijian para Cordova, y al mismo

tiempo ver de pasar dho. Rio en division favorable y llevar la Division al Cnto. ò donde pudiera ser útil; pero si las circunstancias hazieren variar la Pta. ò si los Enemigos impidieren el paso del Rio, se acordaria el modo como seguir hasta el ultimo punto donde incorporados con otro Cnto. fuese la Division útil à la Patria. Todo lo que fuere de parecer de seguir la Pta. y Plan propuesto, y de unanime consentimiento se acordó la salida para el dia siguiente, y se mandó dar la Orden N.º 2.

24. Villanueva de la Tora. El camino es todo de sierra, montuoso y el terreno de él quebrado y pedregoso. En la mañana de este dia, habia salido de este Pueblo una division de 4000 Soldados con direccion à Cordova.

25. Obispo. El camino para este Pueblo es sumamente quebrantoso, todo es con lueñas, barranco y desfiladero; Muria le queda antes de llegar à Obispo se encuentra el Rio Guito q.º corre por un barranco muy profundo, en seguida empieza à ascender el terreno el qual continúa por espacio de una legua y en la parte superior se haze la Poblacion. Esta Division presenta ventajas para Infanteria, pero tiene el defecto de haber de cubrir muchos puntos para lo qual es indispensable un crecido numero de tropas. En la noche de este dia recibió el General aviso de haber los Franceses entrado en Cordova.

26. Espiel. En este Pueblo tomó la tropa pan y vino y continuó à Belmés donde llegó à las 11 de la noche, el camino es malo y quebrantoso, una media legua antes de llegar à Belmés es todo terreno llano, el Pueblo se halla situado al pie de una pequeña altura en forma de Peña

mide y en su cumbre un antiguo Castillo de poca construcción. El General tubo noticia q<sup>e</sup> el Duque de Albuquerque habia pasado el Rio Guadalupe con su Ex<sup>to</sup>. por la Barca de Castillana. Tambien Recivio aviso que en la mañana del 25 despues de haber salido la División de Villanueva de la Tera habia entrado otra de Polanco franceses.

27......Fuente Obispa. Las dos primeras leguas es a un camino regular, la restante a el Pueblo estubo en llanuras, este dia todo fue de agua y asi la tropa se fatigó mucho.

En todo lo Pueblo procuraba el General buscar Rumo para aliviar la tropa, de este Pueblo se le trajeron 69 pares de Zapato, lo q<sup>e</sup> se repartieron entre lo mas necesitado.

28......Azuaga. El camino de este tránsito es mixto, la primera legua es regular, lo restante es muy penoso. La Posicion de este Pueblo es sobre una pequeña elevacion en la q<sup>e</sup> se halla un pequeño y antiguo Castillo de figura poco regular.

En este Pueblo se Recivieron 800 pares de Abanca y lo de Zapato q<sup>e</sup> se repartieron a la División.

29......Marín. El camino a este Pueblo estubo de Sierra, terreno muy quebrado y una estrecha senda conduce al Pueblo, a la primera legua pasa el Rio Tollo, el q<sup>e</sup> en las fuentes Navian tiene cantidad de aguas e imposibilita su paso por muchos dias.

Con motivo a la separacion q<sup>e</sup> observó el Gral. hacia un algunos individuos de la División dió la orden N<sup>o</sup> 3.

20.....Pedroso. El camino a este Pueblo es todo Sierra; muy quebrado con muchos barrancos y una peña grande le da vueltas a el Pueblo.

Aquí llegó noticia el General q<sup>d</sup> los Franceses habían llegado a Sevilla y q<sup>d</sup> esta había capitulado.

21.....Cantillana. El camino a este Pueblo las tres primeras leguas son de terreno regular, con Monte bajo y parte de él. Las dos siguientes de terreno quebrado. Como legua antes del Pueblo pasa el Rio Vial cuyo caudal es corto.

En Cantillana llegó el Gral. la noticia circunstanciada de la Capitulacion de Sevilla, pues los Franceses habían pedido de este Pueblo noticias para su Ex<sup>ta</sup>. Con este motivo y al ver q<sup>d</sup> las operaciones q<sup>d</sup> tenía el Gral. no podía continuarlas por el incidente referido pues de pasar la Division por la Barca la exponia a ser batida sin utilidad cito a los Jefes de los cuerpos para acordar la nueva ruta q<sup>d</sup> se debía seguir, verificado asi se determinó campare la Division a la Orilla de la R<sup>ta</sup> mirrada Cantillana, se pusieron dos Puertas y se acordó continuar a Ayamonte. Concluido este acuerdo el Gral. hizo una Proclama q<sup>d</sup> se leyó a la tropa N<sup>o</sup> 4.

Febrero.

1<sup>o</sup>.....Ponquillo. En la mediana del camino se encuentra el Pueblo de Castilblanco, donde llegó la tropa para y se recogieron varias partidas de dispersos de la Division del General Serain: tambien tubo noticia el Gral. de haber entrado en Cantillana una Division Francesa con

puente de Laballeria e Ynfanteria con objeto de buscar y traer la Division, con cuyo motivo se hacia llamada y se siguió para el Piorquillo.

En esta mañana mandó el Gral. a su Ayudante el capitán del Regimiento de Murcia don Antonio Moreno q.º se adelantase al Piorquillo, tomarle Postas y ver si podia introducirse en Sevilla, al mismo se informase si el Excmo. del Duque de Alburquerque se hallaba en las inmediaciones de Sevilla y ultimamente q.º adquiriere quantas noticias pudiesen ser convenientes y utiles para la Division, a la llegada de esta al Piorquillo se presentó el capitán Moreno e informó ser cierto la entrada de los Franceses en Sevilla y q.º el Duque de Alburquerque con su Excmo. se había retirado hacia St. Lucas de Barrameda.

El camino de Cantillana al Piorquillo esto de Monte y el terreno pedregoso.

2...... Castillo de las Guardas. Antes de salir del Piorquillo se advirtió abaxi volando los Pluertos de la linea de Defensa establecida en la Sierra, con este motivo desampararon el Pueblo una multitud de personas q.º le ocupaban sus oficiales como soldado; el Gral. mandó formar la Division y se mantuvo firme sobre las armas hasta la hora q.º se determinó la marcha.

En esta mañana salieron dos oficiales de Marina uno para Moguer con objeto de proporcionar buques para la Division y otro para Cadix avisando la llegada de ellos y al mismo tiempo q.º proporcionasen auxilios para el transporte de ella, con el fin de unir ésta Divisi:



con con el Coto del Gral. Albuquerque.

En este Pueblo se hallaba el 2.º Batallón de Artillería de Sevilla q.º hacia parte de la División del Gral. Serrien q.º se hallaba dispersada.

El camino para este Pueblo es bastante penoso.

3.º... Salamea la Real. El camino a este Pueblo es malo, por ser llano y parte de monte con varias subidas y bajadas siendo el piso pedregoso, se encuentran en el intermedio varias Hontas aun q.º de poco caudal.

Este Pueblo se repartieron 168 pares de Zapatos a la tropa.

4.º... Calverde del camino. el camino a este Pueblo estado mojado, con muchas cuerdas y el piso pedregoso.

En este Pueblo se sacaron Zapatos para la Tropa y se les repartieron 37 pares; también se mando a un Oficial de Marina a Huelva para q.º proporcionase transportes para la División.

5.º... Beas. En este Pueblo se hizo alto con la División, luego se siguió para Moguer con dirección a embarcar la Tropa, pero habiendo llvido el Gral. avisó a no haber buques suficientes, y q.º si los buques se dirigían para este Pueblo debería padecer mucho la Tropa por la mala situación de su local, se procedió para triguera, en donde querían esperar noticias q.º le dirigieren sus operaciones. todo este camino es bastante llano.

6.º... Salio' el Gral. para Ayamonte a tratar con la Junta de Sevilla Placenta en este Pueblo y q.º en la actualidad mandaba en la Provincia, por lo q.º llavo' el mando de las tropas en el Brigadier D. Joaquín de Estrada Coronel del Regim.º de P.º de Málaga; a principios de la noche de este día se llvido aviso q.º los enemigos se hallaban de 3 a 4 leguas de triguera, los mandó a poco Infantería

y 500 Caballos; el jefe llevó á los remos de la escuadra para tratar de marchar con arreglo á las Instrucciones q.<sup>e</sup> dió el General, y se acordó de avisar al Gral. este movimiento y emprender la marcha á las 10 de la noche para Gibraltar. Aquí se hallaba el Mariscal de Campo D.<sup>o</sup> Ramon Bricivas Coronel que mandaba la Division de Reserva situada en Esija; El jefe que mandaba la Division se avisó con dicho General y de sus Resultas movió sus tropas para la Sierra; la Division siguió por Cartalla donde llegó á las 11 del dia 7, en la tarde de este dia llegó el General de la Division de Ayamonte con motivo con motivo á el aviso q.<sup>e</sup> se le comunicó del movimiento q.<sup>e</sup> se emprendia. El camino de esta tomada es bastante regular, en el se encuentran dos Puercos q.<sup>e</sup> pasar.

Con motivo á conservar la misma buena disciplina el General dió la Orden N.<sup>o</sup> 9.

8. .... Salio el Batallon de Marina para la Higuera, el que debia embarcarse en los Barcos de transporte y conducirlos á Cartalla.

En el mismo dia Huvio orden de la Junta de Sevilla para q.<sup>e</sup> el Gral. se encargase del Batallon de Walones, 2.<sup>o</sup> de Sevilla y demas tropas de Infanteria existentes en el condado y agregadas á la Division las transportase á Cadix.

El mes mismo se ofreció á la Justicia de Gibraltar dándole 50,000 terciones de pan y 50 fanegas de cebada, con el objeto de haver ver q.<sup>e</sup> las fuerzas de la Division seran grandes, y contener á el enemigo si trataba de perseguirle ignorando la fuerza efectiva y representándole ser mayor poder ganar tiempo en la unacion en q.<sup>e</sup> se le podia.

9 ..... Se Provisionaron los Barcos en el Pto de Lepe para pasar á este Pueblo y se pusieron tres puentes en el Bado de piedra. Se suspendió la marcha q. se iba á emprender y en la tarde se dió la orden N.º 6. y se embarcaron para Cadix el Batallón de Velez-Málaga y tres compañías del de Murcia: tambien se Recibió noticia q. los Granujas habian pedido Raciones en triqueroy para 1500 hombres.

10 ..... Salíó la compañía de Cazadores del Batallón de Murcia para Ayamonte con la orden de conducir el numero de Barcos que faltaban para trasportar la División.

En la tarde de este dia pasó el Real Ejército y tropa á la Villa de Lepe, el Carrero es Regular, la tropa pasó el Rio por la Barca.

11 ..... En la mañana se embarcó lo q. faltaba del Regim.º de Murcia excepto la compañía de Tiradores, y 80 hombres del Batallón de la Reyna.

En la noche de este dia Recibió de Ayamonte la compañía de Tiradores del Batallón de Murcia, con la noticia de no haber Barca para la Via de Lepe pues lo q. se hallaban en aquel puerto estaban ocupados á conducir tropas á Cadix.

12 ..... Sin novedad.

13 ..... Retardandose el Embarco de las tropas, marcharon las compañías de Cazadores de la Reyna y Murcia para Moguer, en donde se embarcaron para Cadix.

14 ..... Recibió el General Orden de la Junta de Sevilla para q. pusiere 200 hombres á disposicion del Part.º Real Virrey de Gand, para perseguir á una partida Francesa

q.º arribaba habiendo en el condeudo.

En este sulio' la tropa del Batallon de la Plegma á las ordenes de Sr.º Gral. Visconde de Gond, y se situó en Cartalla.

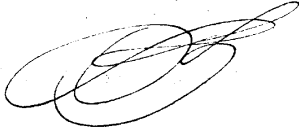
15 . . . . . Partió el Batallon de la Plegma por orden de la Junta de Sevilla, para embarcarse para Cádiz.

16 . . . . . Habiendose reunido un suficiente numero de Barcos para transportar las tropas, se embarcaron estas á las seis de la tarde y el General y Plana Mayor lo verificó á las Doce de la noche en q.º los buques se hicieron á la vela.

17 . . . . . Á las once de la mañana se desembarcó el conyunto de tropas en Cádiz, donde me se paró á la Divisiva.

Cádiz 18 de Febrero de 1810.

Juan José Salazar.



Exto. Reunido del Centro. 1.<sup>a</sup> Division N.<sup>o</sup> 5.<sup>o</sup>

Fuerza con q.<sup>e</sup> la Division salio de Metamora.

Regimientos.

Marina Real.

Reyna. Inf.<sup>a</sup> de linea.

Murcia. id.

Veles Malaga. id.

Total de Fuerza ..... 3169. fi.

---

Exto. Reunido del Centro. 1.<sup>a</sup> Division.

Fuerza q.<sup>e</sup> embarcó la Division para la Plaza de Cadix.

Regimientos.

Marina Real.

Reyna. Inf.<sup>a</sup> de linea.

Murcia. id.

veles Malaga. id.

Total de Fuerza ..... 1432. fi.

Orden para el 23

N.º 2

Los Regimientos de Marina y de la Malaya, movilizarán la tropa á favor de los batallones y de piedad por plaza. Los sargentos q.º sobren á los Regimientos de la División por estas compañías en los batallones los entregarán á la Man.

Se pasará una revista muy prolija de Armas por los Jefes esta tarde á las tres, poniendo su particular cuidado q.º las piedras estén bien puestas, se preferirá por el Comandante de cada compañía á sus soldados la puntualidad á acudir á su puesto á los toques, y no separarse de su formación, por q.º el q.º contraviniere será pasado por las Armas durante el tiempo preciso para confesar: á esta orden formará la compañía círculo y se leerá por el mismo Comandante á la hora de la formación de la Revista.

En caso de marcha se llevará todo el Equipaje, Capitanes, Botica, Cirujano, Música, Prisioneros y Rancheros en la Plaza por el severo castigo á todo el asistente ó Muletero q.º no andará con el prontamente. Para la revista se nombrarán oficiales y 60 hombres del Regimiento de Murcia. El Equipaje marchará áanguardia á la distancia de medio tiro de bala la forma siguiente. Las Murcienses con un sarg.º y 8 hom. seguidamente Vivere con un sarg.º y 8 hombres; despues los Naves, Botica y Equipaje y será la escolta laanguardia: El oficial mas antiguo que mande es el responsable de la union y táctica como q.º no se separe nadie por pretexto alguno, y en caso de encontrarse enemigos hará alto y al q.º intentare escapar le matará la vida, quedando responsable con su empleo de la union y táctica de operacion en todo caso.

Las Compañías de Cazadores se pondrán á la cabeza,  
y recibirán ordenes del Gral. de la División. Marina y Cabeza  
las recibirán del coronel de este último cuerpo, ó en su de-  
fecto del ten. coronel.

Segura y Murcia al mando de sus respectivos Regimen-  
tes, en qualquier caso, acun q. no se prebenza.

Cuerpo de Perros. Murcia.



Plata que siguió la División 1.<sup>a</sup> desde Mértola a Cádiz.

<u>Días.</u>	<u>Pueblos.</u>	<u>Leguas.</u>	<u>Vecinos.</u>	<u>Caminos.</u>
<u>Enero.</u>				
20...	Mértola			"
21...	Lalolama del Pino	3		sierra.
	Fuencabiente	4		id.
24...	Villanueva de la Tana	9		id.
25...	Obejo	9	120	id.
26...	Lepiel	4		id.
	Belmez	3		id.
27...	Fuente Ovejuna	3	1000	Regular.
28...	Acuña	3	1200	mediano.
29...	Alarcos	4	350	id.
30...	Pedroso	4	300	malo.
31...	Castellana	9		id.
<u>Febrero.</u>				
1 <sup>o</sup> ...	Castilblanco	3		id.
	Alconquillo	3		id.
2...	Castillo de las Guardas	2		id.
3...	Pto Tinto	2 $\frac{3}{4}$		Regular.
	Las minas	" $\frac{1}{4}$		malo.
	Salamanca la Real	2		buena.
4...	Salverde	3		malo.
5...	Baus	3	800	Regular.
	Figueroa	3	900	id.
6...	Cartilla	6	800	id.
10...	Lepe	5	600	id.
17...	Cádiz (por mar)	<u>21</u>		"
		<u>21</u>	Leguas.	

*Ataque de Toledo de Francia.*  
1811

RELACION DE TOLUCA DE FRANCIA. L. Operación

La División provisional emprendió la marcha desde el Pueblo de Fernae á las 3 de la mañana del día 10, trasladándose al de <sup>St.</sup> Espinase Doni incorporada á la 4.<sup>a</sup> División, y con una Brigada de Artillería Portuguesa la continuaron en dirección á la Ciudad de Toluca, pasando por los Pueblos de Atochi y Acaquidá. Desde la carretera de Paris se descubrieron los trincheras que estaban en posición sobre las alturas q.<sup>e</sup> dominan la ciudad, extendiéndose hasta el Canal de Acaquidá, y de este á Acaquidá: á las 7 de la mañana tubo principio el fuego de Escarcelles, y la columna se estableció á cubierto de algunas cañes, por que el vivo fuego de Artillería causaba bastantes daños: Una hora despues formaron las Divisiones de Colónas, que abandonaron por derecha á izquierda del Corrimo Real dejando la Artillería por este, y desarrollaron á la izquierda de la primera altura, donde tomaron parte de las Escarcelles, de la táctica de la posición principal: Apoderado de este primer punto se colocaron las dos Divisiones en la huida opuesta al enemigo dominando tres líneas de batalla con dos batallones en reserva de la primera Brigada de la 3.<sup>a</sup> División colocada los pasos á la izquierda: En esta disposición se mandó atacar la posición enemiga, q.<sup>e</sup> terreno por esta parte cubierta con una trinchera, y varios redutos. El largo terreno lleno de ranfos, y desigual q.<sup>e</sup> tubo que correr la tropa bajo una formación penosa, el no haberse hecho advertencia sobre la ejecución de la operación, y la viveza del fuego enemigo no apagado por tiradores, son

indudablemente las circunstancias q.<sup>as</sup> obligaron à la primera línea à correrse à la derecha donde los fuegos del Enemigo heran fuertes, y aumentada por las lasa Cañillerías, y primeras de la Ciudad, à que se paralizase el movimiento al llegar al barranco, y à que no perdiendovenir los batallones el adelantar de el en fuerza de la barrera perdida q.<sup>a</sup> causaba la bien crucial de los fuegos, se atropellaron los movimientos q.<sup>as</sup> fluctuaron involuntariamente formados en la línea. En esta situación fue imposible remediar el mal, y fueron retirarse à la posición anterior q.<sup>a</sup> se ocupó en la formación primera. La pérdida sufrida en esta ocasión ha sido considerable en fuerza à que el fuego enemigo se dirigió todo à nuestras tropas por q.<sup>a</sup> las inglesas, q.<sup>as</sup> debían atacar por la izquierda se retiraron en desorden à no haver llegado à tiempo. Mas de los batallones en las quales no cesó el fuego vivo de Artillería q.<sup>a</sup> tambien habian de la Ciudad, se mandó dirigir la columna por la izquierda para atacar la Derecha del Enemigo, de donde en la altura los Regimientos de Guadalupe, y Voluntarios de Asturias, y Compiéron el movimiento los de la Corona, Piverso, Obispo, y 2.<sup>o</sup> de Asturias, siendo Reserva de este los de Marina, Santiago 1.<sup>o</sup> Cantabria, Laredo, y tiradores de Cantabria, siguiendo el mismo movimiento y mas à la izquierda la 6.<sup>a</sup> Division Inglesa. Grande y Obstinada fue la defensa del Enemigo, pero al fin tubo q.<sup>i</sup> cediendo todas sus obras, ocupando solamente el Reducto de la Cretta. Las tropas se establecieron por el barranco mas inmediato à aquel, y se aumentó la

seguía con el Regimiento 1.º Cantabro. Momentáneamente se recibió la orden de atacar el Reducto flanqueado por la derecha, y el Sr. Comandante Sr. del Centro, el Mariscal de Campo Sr. Pedro de la Barcaña á la cabeza de los Regimientos de la Corona, Aizera, 1.º Cantabro, y sobre todo dirigió el ataque tan valientemente, q.º abandonado el Reducto por el enemigo, fué ocupado por nuestros tropas, habiendo muerto Prisioneros. En esta ocasión la 6.ª División Inglesa sostuvo el fuego con mucha firmeza, y contribuyó en gran manera al feliz resultado.

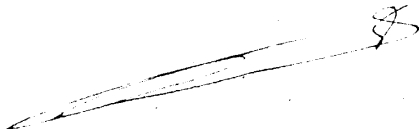
Durante enteramente de la prisión se establecieron los padrones abandonados, y el enemigo se retiró á el sur todo el campamento, y á la ciudad: siguió el fuego de cañon hasta once horas, á cuyo tiempo pasaron las Brigadas á establecerse en campo en la primera colina defendiendo en la otra la primera de la primera q.º guarneció los Reductos, y se citó en termino de conservarlas si el enemigo pretendía entrarlas.

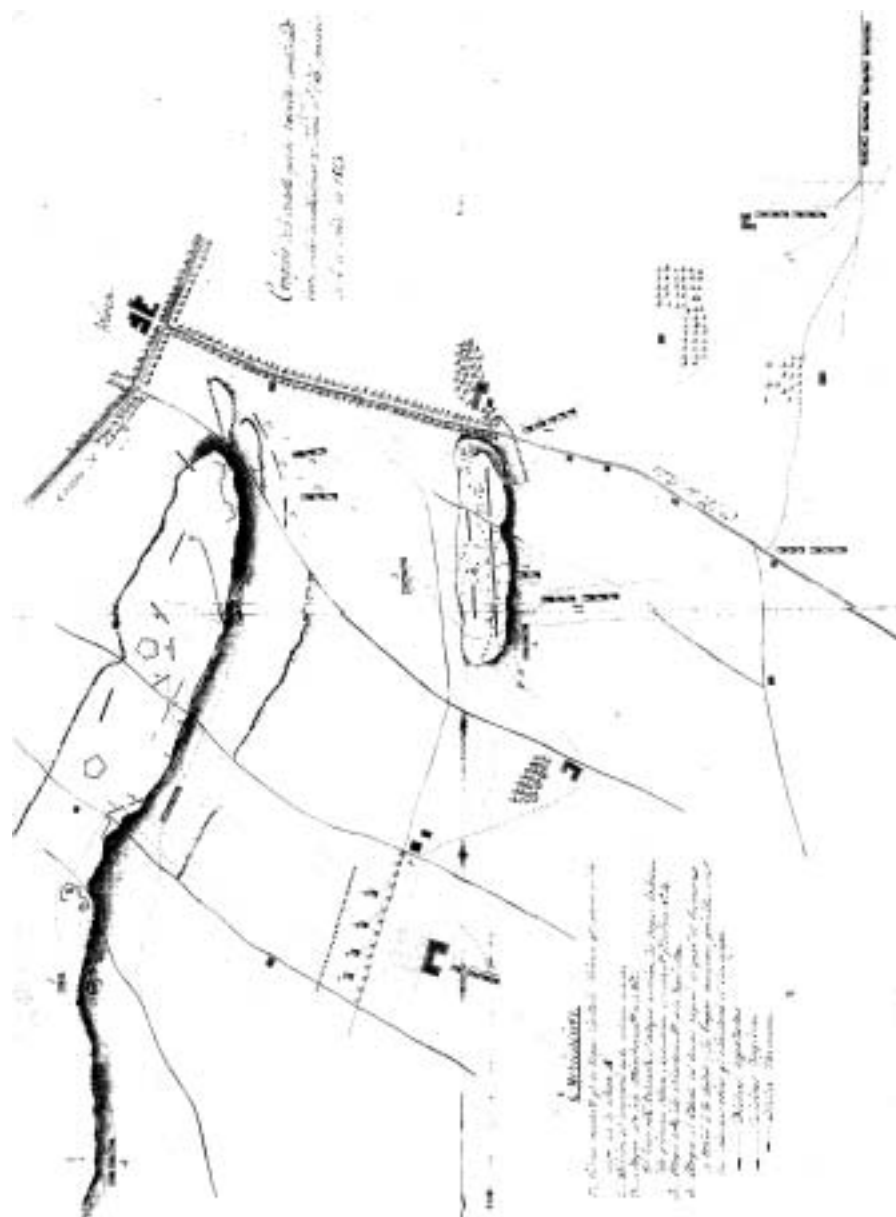
El Enemigo durante el día sostuvo un fuego sumamente vivo, y muy particularmente de Artillería, pero durante el principal ataque, fué de lo mas fuerte y sostenido que pudo darse.

La conducta de la oficialidad ha sido brillante, y la tropa manifestó un valor decidido, apesar de que al poco tiempo una pérdida excesiva de oficiales puso á la Compañía en la triste situación de quedar algunas sin ninguno, y poco después siguieron sin ser reemplazados dando lugar á esto lo mal dotados q.º se hallan los

por, desde la noche del 21 de Agosto del año proximo por  
vado.

Sancti Spiritus 17 de Agosto de 1814







## ACTIVIDADES

## VII JORNADAS DE HISTORIA MILITAR EN EL CESEDEN

En el Paraninfo del CESEDEN y durante los días 26,27, 28 y 29 de noviembre de 2001, se han desarrollado las VII Jornadas de Historia Militar sobre el tema *De la Paz de París a Trafalgar(1763-1805)*.

El acto fue presidido por el Excmo.Sr. Almirante General Jefe de E.M. de la Defensa.

La presentación de las Jornadas la realizó el Teniente General Presidente de la CEHISMI, y la introducción corrió a cargo del Excmo.Sr. don Juan Pérez de Tudela y Bueso.

Títulos y conferenciantes:

- *Los caracteres de la Fase Mundial (1763-1805)*  
Excmo.Sr. don Juan Pérez de Tudela y Bueso
- *La formación del oficial en el siglo XVIII*  
Excmo. Sr. don Hugo O'Donnell y Duque de Estrada
- *El Coronel Cadalso. Un oficial patriota y crítico*  
Excmo. Sr. GB. don Miguel Alonso Baquer
- *La aeronáutica hasta el siglo XIX. Fábulas, leyendas y tradiciones*  
Excmo. Sr. Cor. (EA) don Adolfo Roldán Villén

## CICLO DE CONFERENCIAS

En la Sala-Museo del Instituto de Historia y Cultura Militar se ha desarrollado un ciclo de conferencias, durante los días 22,23,24,25,29 y 30 de octubre sobre el tema *Historia Militar: Métodos y recursos de investigación*.

Director: Excmo. Sr. don Juan Antonio Ariza López  
(General Subdirector del Instituto de Historia y Cultura Militar)

- Coordinador: Excmo. Sr. don Miguel Ángel Ladero Quesada  
(De la Real Academia de la Historia)
- Secretario: Ilmo. Sr. don Carlos Zamorano García  
(Coronel de Ingenieros Jefe de la Ponencia de Historia del Ejército español)

Títulos y conferenciantes:

- *La frontera de Granada, 1265-1481*  
Don Miguel Ángel Ladero Quesada
- *Aragón y Navarra*  
Don José Ángel Sesma Muñoz
- *La investigación en Historia Militar Moderna: Realidades y Perspectivas*  
Don Enrique Martínez Ruiz y Doña Magdalena de Pazzis Pi Corrales
- *Mis investigaciones en España*  
Don René Quatrefages
- *Una investigación sobre el 98*  
Don José Luis Martínez Sanz
- *Métodos y recursos de investigación para un análisis social del Ejército desde la crisis del Antiguo Régimen hasta la guerra civil*  
Don Fernando Fernández Bastarreche

El Ciclo fue clausurado por el Infante de España don Carlos de Borbón, Presidente del Real Consejo de las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa.

#### JORNADAS ORGANIZADAS POR EL CIDOC

En las Jornadas organizadas por el Comité Internacional de Documentación (CIDOC) celebradas en Barcelona ha participado don Salvador Nadales con la Conferencia *Museo del Ejército. Gestión de la documentación. Documentación de la gestión.*

## JORNADAS DE HISTORIA MILITAR Y CULTURA DE DEFENSA

El aula de Cultura e Historia Militar «Comandante Villamartín» ha celebrado en el Aula de Cultura «Ramos Carratalá» de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, en Cartagena, y durante los días 20,22, 26 y 28 de noviembre, un ciclo de conferencias con el tema *La acción de España en Marruecos. Las campañas de 1909-1927*.

La apertura de las Jornadas corrió a cargo del subdirector general de Acción Cultural y Patrimonio Histórico (MINISDEF), Ilmo. Sr. Coronel de Artillería don Aurelio M. Valdés Sánchez.

Títulos y conferenciantes:

- *Génesis, antecedentes bélicos y desarrollo del conflicto*  
Don Miguel Alonso Baquer
- *La Aviación española en la campaña de Marruecos (1909-1927)*  
Don José Sánchez Méndez
- *La Armada en la campañas de pacificación de Marruecos (1909-1927)*  
Don Mariano Juan y Ferragut
- *España y el Magreb: percepciones mutuas de geometría variable*  
Don Domingo del Pino Gutiérrez

## JORNADAS DE DIRECTORES DE CENTROS REGIONALES

En la sala de juntas del Archivo General Militar de Guadalajara se han celebrado unas Jornadas de Directores de Centros Regionales durante los días 13,14 y 15 de noviembre.

## EXPOSICIONES Y COLABORACIONES

El Archivo General Militar de Madrid ha participado con sus fondos en las siguientes exposiciones:

Título: *Soldados.*  
Localidad: Plaza Colón (Madrid)  
Organiza: Ministerio de Defensa  
Fecha: 05.10.01/12.10.01

Título: *Tesoros de la Cartografía Española*  
Localidad: Sala de Exposiciones de Caja Duero (Salamanca)  
Organiza: Biblioteca Nacional (Madrid)  
Fecha: 21.06.01/10.12.01

Título: *Cartografía histórica de Cullera*  
Localidad: Cullera  
Organiza: Sala de Exposiciones Ayuntamiento  
Fecha: 20.10.01/30.10.01

## CURSOS

En el Instituto de Historia y Cultura Militar se han desarrollado durante el SEGUNDO SEMESTRE los siguientes cursos:

- Del 1 al 6 de julio el Museo del Ejército ha celebrado en Barcelona el curso *Congreso Internacional de Museos.*
- Del 25 de septiembre al 8 de noviembre se ha impartido el *X Curso de Uniformología* al que han asistido cincuenta y dos alumnos.
- En el Museo del Ejército, del 7 al 14 de noviembre, se ha celebrado el curso *La conservación de bienes culturales: la manipulación de objetos del Museo del Ejército.*

## PRÓXIMOS CURSOS

En el Instituto de Historia y Cultura Militar se desarrollarán durante el PRIMER SEMESTRE de 2002 los siguientes cursos:

- Del 5 de febrero al 6 de marzo el *VII Curso de Vexilología*.
- Del 12 de marzo al 6 de abril el *X Curso de Historia y Estética de la Música Marcial*.
- Del 23 de abril al 14 de junio el *XIX Curso de Heráldica Militar*

## RESTAURACIÓN

Han salido para restauración en los talleres Barbachano & Beny cinco legajos de la 2.<sup>a</sup> sección del Archivo General Militar de Segovia.

## JUNTA ECONÓMICA EN ÁVILA

El día 20 de noviembre se celebró una Junta Económica del Instituto de Historia y Cultura Militar, a la que asistieron todos los directores, que fue presidida por el Excmo.Sr. General de División don Juan María Peñaranda y Algar, director del Instituto.

## VISITAS

Han visitado el Museo del Ejército durante el SEGUNDO SEMESTRE las siguientes personalidades:

- 6 de julio: Delegación de la Scuola de Marecialli e Brigadieri de Florencia.
- 19 de Julio: JEMAD italiano.
- 27 de Septiembre: Delegación italiana.
- 6 de Noviembre: II Curso de las ESFAS.

23 de Noviembre: Sr. Director del Museo de Honduras.

26 de Noviembre: JEME italiano.

El número total de visitantes ha sido de 17.895 personas.

El 19 de octubre visitó el ARGEMIL-Segovia el X Curso de Uniformología.

El día 28 de septiembre visita el ARGEMIL-Ávila una delegación italiana, acompañada por el General Ariza, Subdirector del Instituto de Historia y Cultura Militar.

El día 7 de noviembre realiza una visita al ARGEMIL-Ávila, el Excmo.Sr. General Jefe de la Región Noroeste don Ignacio Oliver Buhigas, acompañado del General Jefe de Estado Mayor. Es recibido por el Excmo.Sr. General Subdirector del IHCM y el Coronel Director, además de los Mandos de los Centros ubicados en la Plaza.

El día 22 de noviembre visitó el ARGEMIL-Ávila un grupo de militares rusos en virtud del Tratado de Fuerzas Armadas Convencionales en Europa.

### DONACIONES Y DEPÓSITOS

Durante el SEGUNDO SEMESTRE han sido donadas al Museo del Ejército los siguientes objetos:

#### REAL PATRONATO DE CONSERVACIÓN DEL ALCÁZAR:

- Retrato al óleo del General de Brigada don Juan A. Sánchez García.
- Retrato al óleo del General de División don Juan M.<sup>a</sup> de Peñaranda y Algar.
- Manuscrito autógrafo de Eloy Gonzalo.
- Título al valor concedido a don Luis Olegara y Pinera (con la firma autógrafa del canciller A.Hitler).

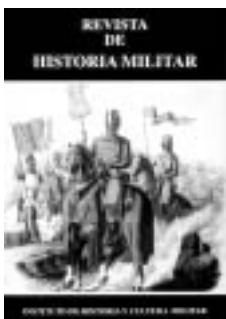


- Título al valor concedido a don Germán Marina Gómez (con la firma autógrafa del canciller A. Hitler).
- Título al valor concedido a don Arsenio Rodríguez Lafuente (con la firma autógrafa del canciller A. Hitler).
- Plano de la campaña de Rusia utilizado por el general don Agustín Muñoz Grandes, acompañado de una carta de su hijo Agustín con explicaciones sobre el documento.
- Bandera con el Escudo de España, con anotaciones autógrafas realizadas durante las marchas de la División Azul.

DON EUSTASIO ILLANAS:

- Siete condecoraciones alemanas.

## OBRAS EDITADAS



### **Revista de Historia Militar**

Números 50 a 91 (ambos inclusive).

Números extraordinarios dedicados a «Villamartín», «III Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado», «V Centenario de Hernán Cortés» (Agotado) y «Órdenes Militares».

Índice general de la Revista de Historia Militar (1999). Comprende los números 1 al 85.

### **África**

*Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1771).* (Agotado.)

*Historia de las Campañas de Marruecos:*

Tomo I: (Campañas anteriores a 1900). (Agotado.)

Tomo II: (1900-1918). (Agotado.)

Tomo III: (1919-1923). 724 páginas. (Agotado.)

Tomo IV: (1923-1927). 270 páginas.

### **Historia del Ejército Español**

Tomo I: *Los orígenes (desde los tiempos primitivos hasta la invasión musulmana)*, con 30 láminas, 448 páginas, 2ª edición (1983).

Tomo II: *Los Ejércitos de la Reconquista*, con 32 láminas, 235 páginas (1984). (Agotado).





## Ultramar

### **Cartografía y Relaciones Históricas**

Tomo I: *América en general* (dos volúmenes).

Tomo II: *EE.UU. y Canadá*. Reeditado en 1989 (dos volúmenes).

Tomo III: *Méjico*. Reeditado en 1990 (dos volúmenes).

Tomo IV: *América Central*. Reeditado en 1990 (dos volúmenes).

Tomo V: *Colombia. Panamá y Venezuela* (dos volúmenes).

Tomo VI: *Venezuela*. Editado en 1990 (dos volúmenes).

Tomo VII: *El Río de la Plata*. Editado en 1992 (dos volúmenes).

Tomo VIII: *El Perú*. Editado en 1996 (dos volúmenes).

Tomo IX: *Grandes y Pequeñas Antillas*. Editado en 1999 (cuatro volúmenes).

Tomo X: *Filipinas*. Editado en 1996 (dos volúmenes).



## **Historia**

*Coronel Juan Guillermo de Marquiegui: Un personaje americano al servicio de España (1777-1840)*. 245 páginas, 8 láminas en color y 12 en negro (Madrid, 1982).

*La guerra del Caribe*. Reedición en 1990. Aportación del Servicio Histórico Militar a la conmemoración del V Centenario.

*La conquista de México*: Facsímil de la obra de Antonio Solís y Ribadeneyra. Edición de 1704 en Bruselas. (Agotado.)



## **Fortalezas**

*El Real Felipe del Callao. Primer Castillo de la Mar del Sur*. 96 páginas, 27 láminas en color y 39 en negro (1983).

*El Castillo de San Lorenzo el Real de Chagre*. Edición en colaboración: Ministerio de Defensa. Servicio Histórico Militar y M.O.P.U.

*Las fortalezas de Puerto Cabello*. Aportación del Servicio Histórico Militar a la conmemoración del V Centenario. 366 páginas en papel couché y 137 láminas (1988).

### **Historiales de los Cuerpos y del Ejército en general**

Tomo I: *Emblemática general del Ejército. Historiales de los Regimientos de Infantería núms. 1 al 11.* (Agotado.)

Tomo II: *Regimientos de Infantería núms. 12 al 30.* (Agotado.)

Tomo III: *Regimientos de Infantería núms. 31 al 40.* (Agotado.)

Tomo IV: *Regimientos de Infantería núms. 41 al 54,* 403 páginas, 17 láminas a color (1973). (Agotado.)

Tomo V: *Regimientos de Infantería núms. 55 al 60.* 35 láminas en color y 14 en negro (1981). (Agotado.)

Tomo VI: *Regimiento de Infantería Alcázar de Toledo núm. 61 y Regimiento de Infantería Lealtad núm. 30,* con 288 páginas, 20 láminas a cuatro colores y 5 en negro (1984). (Agotado.)

Tomo VII: *Regimiento de Cazadores de Montaña «Arapiles» núm. 62,* con 189 páginas, 19 láminas a color y 9 en negro (1986). (Agotado.)

Tomo VIII: *Regimiento de Cazadores de Montaña «Barcelona» número 63 y Batallones Cataluña, Barcelona, Chiclana y Badajoz,* con 347 páginas, 31 láminas en color y 5 en negro (1988). (Agotado.)

Tomo IX: *Regimientos América y Constitución y Batallón Estella,* con 350 páginas, 42 láminas a color y 9 en negro (1992). (Agotado.)

Tomo X: *Rgto. Inf. Cazadores de Montaña Sicilia núm. 67 (Bons. de Inf. Colón y Legazpi).* (Agotado.)



*Regimiento de Caballería Dragones de Santiago núm. 1,* con 18 páginas (1965).

(Agotado.)

*Regimiento Mixto de Artillería núm. 2,* con 15 páginas (1965). (Agotado.)

*Regimiento de Zapadores núm. 1 para Cuerpo de Ejército,* con 25 páginas (1965). (Agotado.)

*El Ejército de los Borbones. Tomo I. Reinados de Felipe V y Luis I (1700-1746),* con 300 páginas en negro y 134 en color, en papel estucado (1990). (Agotado.)

*El Ejército de los Borbones. Tomo II. Reinados de Fernando VI y Carlos III (1745-1788),* con 606 páginas, 72 láminas en color (1991). (Agotado.)

*El Ejército de los Borbones. Tomo III. Las tropas de Ultramar (siglo XVIII) (dos volúmenes),* con 1.058 páginas y 143 láminas a color. 1992.



- El Ejército de los Borbones*. Tomo IV. Reinado de Carlos IV (1788-1808), con 663 páginas y 143 láminas a color.
- El Ejército de los Borbones*. Tomo V. Reinado de Fernando VII (1808-1833). Vol. I. La Guerra de la Independencia (1808-1814), con 516 páginas y 101 láminas a color. Vol. 2 Reinado de Fernando VII (1808-1833), 544 págs.
- Historial del Regimiento de Lanceros del Rey*, Facsímil con 121 páginas en papel couché mate a cinco colores (1989). (Agotado.)
- Organización de la Artillería española en el siglo XVIII*, 376 páginas (1982). (Agotado.)
- Las Campañas de la Caballería española en el siglo XIX*. Tomos I y II, con 960 páginas, 48 gráficos y 16 láminas en color (1985).
- Bases documentales del carlismo y guerras carlistas de los siglos XIX y XX*. Tomos I y II, con 480 páginas, 11 láminas en negro y 9 en color (1985).
- Evolución de la Divisas en las Armas del Ejército español* (1987). Con prólogo, tres anexos y un apéndice con las modificaciones posteriores a 1982. Trata de los distintos empleos, grados y jerarquías, con minuciosas ilustraciones en color. (Agotado.)
- Historia de tres Laureadas: «El Regimiento de Artillería nº 46»*, con 918 páginas, 10 láminas en color y 23 en negro (1984).



### Tratado de Heráldica Militar

Tomo I: Libros 1º y 2º, con un solo ejemplar, con 288 páginas sobre papel ahuesado, con 68 láminas en ocho colores y 50 en negro (escudos de armas, esmaltes heráldicos, coronas, cascos, etc.) 1983.

Tomo II: Libro 3º. Diferentes métodos de blasonar y lemas heráldicos. Libro 4º. Terminología armera y el arnés, con 389 páginas sobre papel ahuesado, con 8 láminas en ocho colores y 1 en negro (1984).



*Blasones Militares*. Edición restringida, 440 páginas, tamaño folio, en papel couché, ciento cincuenta documentos (pasaportes, licencias, nombramientos, etc.) con el sello de las autoridades militares que los expidieron; ciento veinticuatro escudos de armas, en color, de ilustres personalidades militares de los tres últimos siglos; catorce retratos y reseñas de otros tantos virreyes del Perú (1987).

### Galería Militar Contemporánea

Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando (Primera parte)*, 2ª edición (1984), con 435 páginas.

Tomo II: *Medalla Militar. Primera parte: Generales y Coroneles* (1970), con 622 páginas. (Agotado.)

Tomo III: *Medalla Militar. Segunda parte: Tenientes Coroneles y Comandantes* (1973), con 497 páginas. (Agotado.)

Tomo IV: *Medalla Militar. Tercera parte: Oficiales* (1974), con 498 páginas (Agotado.)

Tomo V: *Medalla Militar. Cuarta parte: Suboficiales, tropa y condecoraciones colectivas*. (Agotado.)

Tomo VI: *La Real y Militar Orden de San Fernando (Segunda parte)* (1980), con 354 páginas. (Agotado.)

Tomo VII: *Medalla militar. Quinta parte. Condecoraciones en las Campañas de África de 1893 a 1935* (1980), con 335 páginas.

### Otras obras

*Carlos III. Tropas de la Casa Real. Reales Cédulas*. Edición restringida. Servicio Histórico Militar. (1988), 350 páginas, tamaño folio, en papel verjurado, 24 láminas en papel couché y color, 12 de ellas dobles. (Agotado)



*Índice bibliográfico de la Colección Documental del Fraile*, con 449 páginas (1983).

*Catálogo de los fondos cartográficos del Servicio Histórico Militar*. Dos volúmenes (1981). (Agotado)

*Cerramientos y Trazas de Montea*. Edición en colaboración: Servicio Histórico Militar y CEHOPU.

*Historia de la Música Militar de España*, de Ricardo Fernández de Latorre. Instituto de Historia y Cultura Militar. Tamaño holandesa, contiene CD de Música Militar, 688 páginas (2000).



### **Carpetas de láminas:**

*Ejército Austro-húngaro.* Carpeta de Armas y carpeta de Servicios. 4 láminas cada una.

*Caballería europea.* 4 láminas. (Agotado)

*Milicia Nacional local voluntaria de Madrid.* Dos carpetas de 6 láminas.

*Ejército alemán, siglo XIX.* 6 láminas.

*Carlos III. Tropas de Casa Real.* 6 láminas. (Agotado)

*Ejército francés (siglos XVIII y XIX).* 6 láminas. (Agotado)

*Carlos III. Estados Militares de España.* 6 láminas. (Agotado)

*Primer Regimiento de la Guardia Real de Infantería.* Vestuario 1700-1816. 6 láminas. (Agotado)

*Tropas de Ultramar.* 6 láminas.

*El Ejército de los Estados Unidos (siglo XVIII).* 6 láminas.

*Comitiva Regia del Matrimonio de Alfonso XII y la Archiduquesa María Cristina.* 14 láminas.

*El Ejército de Fernando VII.* 8 láminas.

*Colección Marqués de Zambrano* (carpetas 1 y 2).

### **OBSERVACIONES**

Todas estas obras pueden adquirirse, personalmente, en el Instituto de Historia y Cultura Militar y en la Librería de Defensa (calle de Pedro Teixeira, s/n, planta baja o por teléfono al 91 205 42 02).



